APULEYO

EL ASNO DE ORO

EDITORIAL GREDOS

APULEYO

EL ASNO DE ORO

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

LISARDO RUBIO FERNÁNDEZ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 9

Asesor para la sección latina: SEBASTIÁN MARINER BIGORRA.

Según las normas de la B. C. G., esta obra ha sido revisada por MANUEL C. DÍAZ Y DÍAZ.

PRIMERA EDICIÓN, junio de 1978.
1.ª Reimpresión, diciembre de 1983.

Depósito Legal: M. 22745 - 1983.

ISBN 84-249-3509-8. Guaflex.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1983.—5639.

INTRODUCCIÓN

APULEYO[1]

1. *Datos biográficos*

Aunque la Antigüedad no nos ha dejado ninguna biografía de Apuleyo, sin embargo no se ciernen sobre el autor de *El Asno de Oro* las tinieblas insalvables que envuelven al autor de *El Satiricón.* Parte de los escritos de Apuleyo son una preciosa fuente de información sobre el escritor; nos referimos a tres de sus obras: la *Apología,* las *Floridas* y *Las Metamorfosis* o *El Asno de Oro.* Por lo que atañe a la novela, es indudable que algunos rasgos del héroe, Lucio, convienen a Apuleyo; pero ver en *El Asno de Oro* una autobiografía y aplicar al escritor todas las noticias referidas a Lucio, como lo han hecho Th. Sinko y Enrico Cocchia[2], es muy aventurado. La prudencia aconseja atenerse a la *Apología* y a las *Floridas,* y no utilizar *Las*

---

[1] En esta misma «Biblioteca Clásica Gredos» pueden verse, al principio del volumen dedicado a Petronio, unas sumarísimas observaciones generales sobre la novela en el mundo latino y, lo que es más importante, la excelente bibliografía de estos últimos años dedicada a la novela en el mundo clásico.

[2] TH. SINKO, «Apuleiana», *Eos,* XVIII (1912), págs. 137 y sigs.; E. COCCHIA, *Romanzo e realtà nella vita e nell'attività letteraria di Lucio Apuleio,* Catania, 1915.

Metamorfosis sino en la medida que por otra parte podamos contrastar sus testimonios.

Hilvanando, pues, entre sí los datos fundamentales suministrados por el autor en las dos obras mencionadas, se ha llegado, a veces con aventurada y presuntuosa exactitud cronológica, a reconstruir la biografía de nuestro autor. La resumiremos a grandes rasgos y ateniéndonos a las noticias más seguras.

Apuleyo[3] es africano (como Frontón y la mayoría de los escritores que han destacado en el siglo II, salvo Suetonio). Nace en Madaura, como ya se creía dando fe a las subscripciones de los manuscritos y a *Las Metamorfosis* (XI, 27), y como quedó confirmado por una inscripción descubierta en Argelia en 1818, que dice así: «Al filósofo platónico, gloria de su ciudad, los madaurenses dedicaron esta lápida a expensas del erario público»[4]. El padre de nuestro escritor era oriundo de Italia y había llegado a África con una expedición de veteranos para repoblar la colonia de Madaura, donde se estableció y pasó por todos los honores hasta alcanzar la suprema magistratura del duumvirato.

No es segura la fecha del nacimiento de su hijo: las deducciones a base de los datos de la *Apología* oscilan entre los dos límites extremos de los años 114 y 125.

---

[3] Como en el caso de Petronio, tampoco conocemos más que el gentilicio de Apuleyo. Se le da generalmente el *praenomen* de *Lucius*, pero tal nombre no está atestiguado nunca en las citas de los antiguos ni tiene apoyo firme en la tradición manuscrita. En realidad arranca de la novela del Asno, donde el protagonista narra su historia en primera persona, y ello ha motivado la confusión del héroe y del autor de la novela. El cognomen *Theseus*, que nunca se ha generalizado, también arranca de la novela (libro I 23).

[4] ST. GSELL, *Inscriptions latines de l'Algérie*, I, París, 1922, 2115.

El joven Apuleyo recibió una educación esmerada, como correspondía a un hijo de familia distinguida y de brillante posición. Estudió en Cartago, «la venerable maestra de toda la provincia»[5], y guardó toda la vida perenne recuerdo de gratitud y cariño a la ciudad en que cursó sus primeros estudios: atribuirá a los maestros y tutores de su infancia gran parte de los méritos y éxitos de su carrera literaria.

Coincidiendo con el final de la etapa escolar del joven, sobreviene la muerte de su padre; el joven entra en posesión de una saneada herencia. Y dada esa apasionada e insaciable curiosidad por aprender y saber cosas, de que nos habla repetidas veces, aprovecha su holgada posición económica para dedicarse a viajar por Oriente, Grecia e Italia. Pasa una larga temporada en Atenas y completa allí sus estudios: «Mis estudios filosóficos, iniciados en Cartago, llegaron a la madurez en la capital ateniense»[6]. Recuérdese que Atenas había conservado siempre su prestigio secular como centro de atracción intelectual, y que ese prestigio se había incluso renovado y acentuado en el siglo II de nuestra Era por el resurgimiento reciente de su literatura bajo el impulso de los sofistas que recorrían el Imperio y triunfaban clamorosamente en las salas de lectura de Roma; eso sin contar la pléyade de escritores ilustres por otros conceptos que también florecieron entonces, como Plutarco, Apiano, Arriano y Dión Cassio.

En Atenas se familiariza con la filosofía griega. Estudia el aristotelismo y sobre todo el platonismo, de que va a hacer su profesión; se hace iniciar en los misterios entonces en boga en todo el mundo grecorro-

[5] *Floridas* XVIII y XX.
[6] *Floridas* XVIII.

mano, toma parte en toda clase de cultos, «por amor a la verdad y por piadoso deber para con los dioses» [7].

No menos de diez años duraron estas andanzas que tenían a la vez carácter de peregrinación, de viajes científicos y de excursiones turísticas. Como la etapa de Atenas, fue igualmente muy importante la de Roma, donde nuestro viajero permaneció unos dos años, especialmente dedicados al estudio de la elocuencia y a los ejercicios del foro.

Ya formado, Apuleyo lleva la vida de los sofistas de su tiempo: da conferencias en griego y en latín. Desarrolla su actividad en África y concretamente en Cartago, que será el centro de su gloria.

En un viaje, rumbo a Alejandría, cae enfermo en Oea (Tripolitania). Allí recibe la visita de un amigo llamado Ponciano [8]: se habían conocido en Atenas, donde habían convivido íntimamente. Ponciano invita a su amigo a alojarse en casa de su madre so pretexto de que allí sería bien atendido y se recuperaría mejor. Aceptada la invitación, pasa una larga temporada con Pudentila: tal era el nombre de la rica viuda, madre de Ponciano. La convivencia entre Apuleyo y Pudentila acaba en boda, a pesar de la notable diferencia de edad: ella tenía cerca de veinte años más que él. Ponciano, que había tenido mucha parte en el arreglo matrimonial, muere; su hermano menor, Pudens, suscita un pleito contra Apuleyo, a quien acusa de haber embaucado a su madre por arte de magia. Apuleyo pronuncia su propia defensa, la *Apología*, y logra un triunfo completo.

Los datos biográficos posteriores al pleito son ya mucho más esporádicos. Varios pasajes de las *Floridas* hacen suponer que vivió principalmente en Cartago,

7 *Apología* 55.
8 *Apología* 72.

donde goza de fama extraordinaria (se le eleva una estatua y se le nombra sumo sacerdote de la provincia)[9] y escribe la mayoría de sus libros.

En el año 162, bajo el reinado de Marco Aurelio y Lucio Vero, pronuncia, en honor del procónsul Severiano, un panegírico del que conocemos un fragmento insertado en las *Flóridas*[10]. En el 174 habla ante el procónsul Escipión Orfito[11], que es amigo personal de Apuleyo: sin duda se habían conocido y tratado en Roma por los años de su juventud.

En adelante perdemos el rastro de Apuleyo; se cree que alcanzó una edad avanzada y murió en los últimos años del reinado de Marco Aurelio o primeros del de Cómodo. Nunca dejó descansar la pluma, y *El Asno de Oro* sería una de sus últimas obras[12].

2. *Su obra.*

Los mejores escritores del siglo II son todos bilingües, y no pocos, aunque latinos de nacimiento, abandonan su lengua madre para escribir sólo en griego, como el propio Marco Aurelio. Apuleyo escribe en griego y en latín, en verso y en prosa; es filósofo, retórico y novelista, con una fecundidad extraordinaria en todos los géneros. En una de sus *Floridas*[13] leemos este párrafo: «Confieso que me gusta componer poemas en todos los géneros, tan apropiados a la batuta épica como a la lírica, tan aptos al borceguí cómico como al trágico coturno; además, sátiras y enigmas, histo-

---

9 *Floridas, passim,* y sobre todo, XVII y XVIII.

10 *Floridas* IX.

11 *Floridas* XVII.

12 C. MORELLI, «Apuleiana», *Studi Ital. di Filol. Class.* (1913), 145-188; (1915), 91-157; P. G. WALSH, *The roman novel*, 1970, páginas 248 y sigs.

13 La IX.

rias variadas, discursos aplaudidos por los doctos y diálogos alabados por los filósofos; todo esto y otros escritos análogos, lo hago tanto en griego como en latín, con el mismo afán, el mismo empeño y parecido estilo».

Y en otra[14]: «Empédocles compone poemas, Platón diálogos, Sócrates himnos, Epicarmo mimos, Jenofonte historias, Crates sátiras: vuestro Apuleyo abraza todo eso y cultiva las nueve musas con el mismo empeño».

Esos dos textos son muy significativos: nos dan una idea muy exacta del mundo intelectual de Apuleyo y de su tiempo; todo el dilettantismo, el filohelenismo, el barroquismo literario y científico que caracterizan al siglo II de nuestra Era, asoman en esas líneas. Nadie encarna la época mejor que Apuleyo.

Nadie, salvo tal vez el propio emperador Adriano. Éste es igualmente apasionado por lo helénico: hablaba y escribía en griego con la misma facilidad que en latín, y reproducía en su famosa villa de Tíbur los lugares célebres de Grecia, como el Liceo, el valle del Tempe, el Pritaneo, etc.; es igualmente dilettante, un dilettante coronado como Nerón, o, mejor dicho, «un Nerón sin la locura»; es igualmente erudito: a la vez poeta, músico, escultor, pintor, arqueólogo, médico y físico; y, por último, es también, como Apuleyo, un viajero infatigable: pasa la mayor parte de su reinado fuera de Roma; disfruta de los viajes como un turista y los utiliza como un emperador: visita los monumentos famosos del Imperio, caza leones en Libia, hace la ascensión del Etna con un tiempo espantoso; y, para que no falte detalle en el paralelismo que establecemos, se hace iniciar en los misterios de Eleusis[15].

---

14 La XX.

15 LEON HOMO, *El Imperio Romano*, ed. cast., Espasa-Calpe, Madrid, 1936, págs. 55-56.

La producción de Apuleyo fue inmensa. Por referencias del autor en su *Apología*, o por citas de los gramáticos, conocemos cerca de veinte títulos de obras que no han llegado a nuestros días, y unos cuantos títulos más de otras que se le atribuyen y cuya autenticidad resulta dudosa o totalmente inconsistente[16].

Lo que de nuestro autor subsiste sin sombras de duda son unos tratados filosóficos, parte de su producción oratoria y la novela de *Las Metamorfosis* o *Asno de Oro*.

Son cuatro los tratados filosóficos: el *De Platón y su doctrina* (en dos libros), que es un catecismo platónico, tal vez unos apuntes del curso seguido en Atenas por nuestro autor; el *Del mundo*, una adaptación latina del tratado pseudo-aristotélico *Perì kósmos*; el *Perì Hermeneías*, un tratado de lógica formal que, a pesar de su título griego, está escrito en latín; y el *Sobre el dios de Sócrates*, que es una conferencia de divulgación filosófica de las doctrinas sobre los demonios.

Entre las obras oratorias figura ante todo la pieza esencial de su propia defensa en el grave pleito familiar que se le planteó: se titula *De magia* o *Pro se de magia*, o más comúnmente *Apología*. Es el único discurso judicial de toda la latinidad imperial. Los ma-

---

16 Obras perdidas de Apuleyo: Una traducción del *Fedón* de Platón; El Hermágoras; Sobre los proverbios; Compendio de Historia; Sobre la República; un tratado de Música; un tratado de Aritmética; un tratado de Arboricultura; un tratado de Agricultura; un tratado de Física; un discurso pronunciado con ocasión de la estatua que en su honor erigieron los habitantes de Oea; un discurso sobre Esculapio; un himno en griego y en latín en loa de Esculapio; un poema sobre las virtudes de Escipión Orfito; Cuestiones de mesa; unos Pasatiempos; unas Sátiras y unos logogrifos. Entre las obras dudosa se le atribuyen varios tratados de medicina, botánica médica, etcétera.

nuscritos lo han transmitido en dos libros, caso insólito, debido a la excesiva extensión de la apología, que no pudo ser pronunciada en el tiempo reglamentariamente limitado que se concedía a la defensa. El discurso realmente pronunciado tuvo que ser más breve y menos trabajado literariamente. Lo que subsiste es un arreglo posterior a la causa y pensado por el autor para defenderse ante la posteridad. Ante el procónsul no le fue menester disertar tanto.

Junto a la *Apología* van las *Floridas*. Apuleyo reunió y publicó en cuatro libros sus declamaciones. Un autor desconocido, probablemente africano, extractó veintitrés fragmentos de desigual extensión, y eso es lo que, con la *Apología,* subsiste de los discursos de Apuleyo. La colección se titula *Florida,* que se interpreta comúnmente como «Antología» o ««Florilegio»; tal vez haya, no obstante, en dicho título una alusión al llamado *genus floridum dicendi,* es decir, al «estilo florido en oratoria», del que es una deslumbrante muestra esta colección de fragmentos.

Pero la popularidad de Apuleyo a través de los siglos no arranca de su producción filosófica o retórica. Son los once libros de *Las Metamorfosis,* y sobre todo el inmortal cuento de Psique y el Amor (IV, 28 - VI, 24), lo que abrió a nuestro autor la puerta grande de la inmortalidad en la literatura universal.

3. *«Las Metamorfosis» o «El Asno de Oro».*

3.1. FUENTES. — Para la gente de cultura media, Apuleyo no es sino el autor de «Psique y el Amor» o a lo sumo de *Las Metamorfosis* o *El Asno de Oro.*

Se trata aquí de la mágica metamorfosis de un distinguido mercader de Corinto, llamado Lucio, en un asno que, bajo su apariencia de cuadrúpedo, con-

serva todas las facultades humanas salvo la voz; así sufre una interminable serie de tribulaciones, a cual más penosa, y a la vez, naturalmente, es testigo de numerosas y emocionantes aventuras o de sensacionales historias de duendes. Vuelve a recobrar la forma humana al oler unas rosas, y, tras esta recuperación, Lucio nos cuenta su extraordinaria historia.

Ha llegado hasta nuestros días el mismo tema desarrollado en griego; con el título de *Lucio o el Asno* figura entre las obras de Luciano, autor casi rigurosamente contemporáneo de Apuleyo. Ello ha planteado varios y graves problemas.

¿Es auténtico el diálogo de Luciano, o hay que seguir hablando del Pseudo-Luciano? La crítica moderna se inclina con bastante unanimidad por la segunda alternativa. No insistimos en esta cuestión, ya que para nuestro propósito su interés es totalmente marginal.

En todo caso el *Asno* de Pseudo-Luciano y *El Asno de Oro* de Apuleyo presentan múltiples correspondencias literales o casi literales en párrafos enteros: alguna relación ha de existir, pues, entre ambos. ¿Cuál de los dos copia al otro? O ¿hay un tercer autor imitado paralelamente en griego y en latín por Luciano y Apuleyo, respectivamente?

En el parangón directo entre Apuleyo y Luciano salta a la vista la desproporción material en el desarrollo del tema en uno y otro caso: Apuleyo es ocho veces más extenso que Luciano: o mucho abrevia éste, o mucho amplifica aquél, si es que uno de los dos toma al otro por modelo.

No parece verosímil que un autor griego como (Pseudo-) Luciano vaya a buscar su inspiración en un autor latino: normalmente la corriente fluye en sentido inverso. Además, Apuleyo afirma que su tema es

originariamente griego: «aquí empieza una fábula de origen griego» [17].

Tampoco cree nadie que Apuleyo haya seguido a Luciano: el autor latino da la impresión de traducir o adaptar una materia preexistente; las numerosas y clarísimas coincidencias textuales con Luciano (sea cual fuere el modelo seguido o transcrito) muestran que la originalidad no era preocupación esencial de nuestro autor; en cambio, si detrás de *Las Metamorfosis* no hubiera más que el breve opúsculo de Luciano, la novela latina tendría más de creación que de adaptación.

Lo más verosímil, como hoy suele admitirse, es postular un original griego perdido, como fuente común para Luciano y Apuleyo [18].

A favor de tal conjetura viene a sumarse un precioso testimonio de Focio, patriarca de Constantinopla en la segunda mitad del siglo IX. Focio en un libro titulado *Biblioteca* [19] da a su hermano noticias de 280 obras antiguas que ha leído; entre ellas cita «unas Metamorfosis de Lucio de Patras en varios libros» y plantea ya el problema de la relación existente entre Lucio de Patras y Luciano. Aunque con cierta sombra de duda, se inclina a creer que la paternidad del tema ha de atribuirse al escritor de Patras, donde Luciano «recortó la materia» a su antojo, suprimiendo lo que no interesaba a sus propósitos.

El testimonio de Focio parece disipar todas las dificultades: hubo una novela griega en varios libros;

---

17 *Metamorfosis* I 1.

18 Entre las últimas discusiones del problema señalamos la de G. BIANCO, *La fonte greca delle Metamorfosi di Apuleio*, Brescia, 1971.

19 PHOTIUS, *Bibliotheca*, cod. 129; MIGNE, *Patrología Griega*, tomo CIII; E. COCCHIA, «Della relazione che intercede secondo Fozio tra Lucio di Patra e Luciano», *Riv. d'Ist. Class.* (1919), 358-365.

llevaba el título de Metamorfosis y era obra de Lucio de Patras; de ella salieron, paralelamente, el Asno de Luciano y el Asno de Oro de Apuleyo.

Sin embargo no acaban aquí las dudas. Si Focio parece resolver una dificultad, a la vez plantea otras nuevas. Es problemática la existencia de Lucio de Patras, ya que no hay la menor alusión a tal escritor fuera del texto de Focio. «Lucio» es precisamente el nombre del asno protagonista y a la vez el supuesto narrador de la propia historia: ¿no habrá confundido Focio al narrador y al autor como les pasa a los modernos que identifican a Apuleyo con el héroe de su novela, a la que atribuyen un valor personal y autobiográfico? Si el códice del patriarca carecía de nombre de autor, sería fácil equivocarse, pues el título sería: «Metamorfosis de Lucio»; y este «Lucio» podría interpretarse indiferentemente como el nombre del autor de *Las Metamorfosis* o del personaje que las sufre.

Aún relegada al mundo de los mitos la existencia de Lucio de Patras, lo que sí queda firmemente establecido por el testimonio de Focio es la existencia en el siglo IX de una novela griega con las metamorfosis de un asno. Y por ello se ha lanzado nuevamente la crítica en busca del auténtico autor de esas Metamorfosis griegas, autor que para unos [20] sería el propio Apuleyo (en tal caso nuestro autor se imitaría a sí mismo en la obra que ahora traducimos), y para otros [21] sería el propio Luciano (que se resumiría a sí mismo en el consabido opúsculo).

---

[20] E. COCCHIA, *Romanzo e realtà nella vita e nell'attività letteraria di Lucio Apuleio*, Catania, 1915.

[21] B. E. PERRY, *The Metamorphoses ascribed to Lucius of Patrae, its content, nature and authorship*, Princeton, 1920; P. G. WALSH, *The roman novel*, Cambridge, 1970, págs. 147 y sigs.

3.2. TÍTULO DE LA NOVELA. — En la actualidad no suele dudarse sobre el título que llevó en un principio el libro de Apuleyo. El único título auténtico sería el de *Metamorfosis*. El códice Laurenciano 68, 2 (siglo XI), que está en la base de la tradición manuscrita [22], repite ese título en cada suscripción y no conoce ningún otro. Después de lo dicho anteriormente sobre las fuentes, es de creer que Apuleyo conservó el título del original griego, aunque, como salta a la vista de cualquier lector, lo de «las metamorfosis» en plural no responde muy bien al contenido, ya que la mayor parte de las historias de nuestra novela no son precisamente metamorfosis; en realidad sólo hay una metamorfosis, la del asno, y ésta, sólo en cierto modo y como marco externo, envuelve el contenido de la obra.

Apropiado o no él pretendido título original, el libro se ha vulgarizado ya desde la antigüedad como *El Asno de Oro*; la primera cita con esta denominación «vulgar» (?) es de san Agustín [23].

Evidentemente —se dice— el adjetivo latino *aureus* o su correspondiente traducción «de oro», cuando se aplica a un asno de carne y hueso como aquí, es una especificación encomiástica; se añade al cuadrúpedo excepcional que piensa y razona como el hombre; «el asno de oro» es, pues, «el asno que vale el oro que pesa», «el asno incomparable». Metáforas como «edad de oro», «libro de oro», «boca de oro», «corazón de oro», etc., son frecuentes tanto en latín como en castellano y otras lenguas. El mismo Apuleyo llama «niño de oro» [24] al prodigioso niño que Psique lleva en su

---

22 Cf. *infra* pág. 26; B. E. PERRY, «The significance of the title in Apuleius' Metamorphoses», *Classical Philology* (1923), 229-238.

23 *Ciudad de Dios* XVIII 18.

24 *Metamorfosis* V 4.

seno, y «mansión de oro»[25] a la fastuosa morada de Venus.

Sin embargo, en un trabajo reciente de R. Martin[26] se nos da, con nuevos y bien fundados argumentos, una nueva interpretación del adjetivo *aureus* aplicado al curioso asno. *Asinus aureus* no es el «asno de oro» como quiere la tradición, sino el ὄνος πυρρός («el asno pelirrojo»), que, según Plutarco, era para los fieles de Isis la encarnación del pecado y de las fuerzas del mal.

Visto el problema desde esta nueva perspectiva, *Asinus Aureus* parece el único título admisible para la obra de Apuleyo, y el precioso testimonio de san Agustín cobra nuevo valor; san Agustín conocía perfectamente a su paisano Apuleyo, como lo conocían los paganos contemporáneos, cuando lo oponían a Jesucristo, según escribe el mismo Agustín; ahora bien, en *La Ciudad de Dios* (XVIII 18) se consigna explícitamente que Apuleyo dio a su obra el título de *Asinus Aureus: libri quos «Asini Aurei» titulo Apuleius inscripsit.* ¿No merece mayor crédito este testimonio temprano y formal de una reconocida autoridad que el suministrado seis siglos más tarde por el manuscrito *Laurentianus*?

Aún se lee en ciertas ediciones antiguas otro título, el de «*Milesias* de Apuleyo», inspirado por el propio autor, que inicia su relato con estas palabras: «Lector, quiero hilvanar para ti en esta charla milesia una serie de variadas historias...».

Los términos «cuentos milesios», «charlas milesias», o simplemente «milesias» a secas, son denominaciones frecuentemente aplicadas en la literatura grecorromana

---

[25] *Metamorfosis* V 29.

[26] R. MARTIN, «Le sens de l'expression 'asinus aureus' et la signification du roman apuléien», *Revue des Études Latines*, 48 (1970), 332-354.

a ciertas creaciones literarias de la fantasía que servían de marco a cuadros de costumbres y no encajaban entre los grandes géneros literarios catalogados en los trabajos de retórica. Las milesias tenían por denominador común la facilidad y la ligereza del estilo, así como la variedad de incidentes y episodios sin unidad intrínseca; la característica más destacada de los cuentos milesios era lo escabroso de los temas tratados y la libertad del lenguaje en su desarrollo, libertad que no retrocedía ante la más cruda obscenidad; Ovidio llama a las milesias de Arístides de Mileto «crónica escandalosa» y «diversiones libertinas»[27]. Plutarco[28] dice que las milesias halladas entre los efectos de un oficial romano caído en el campo de batalla frente a los partos escandalizaron el pudor del rey bárbaro. Y el emperador Septimio Severo echa en cara a Clodio Albino su afición empedernida por las «milesias púnicas» de su compatriota Apuleyo[29].

El género había nacido en Mileto, ciudad de costumbres notoriamente relajadas. El creador del prototipo de esta literatura fue un tal Arístides, cuyo libro titulado «Milesíacas» alcanzó gran difusión y fue traducido al latín por el conocido historiador Cornelio Sisenna (120 ? - 67).

3.3. CARACTERIZACIÓN. — En su estilo milesio, Apuleyo hilvana historias y anécdotas para «acariciar con grato murmullo el oído de todo lector benévolo»: duendes, hechiceras, bandoleros, charlatanes captarán sucesivamente nuestra atención; crónicas macabras, juicios sensacionales, espectáculos fastuosos, historias

---

[27] *Tristes* II 413-414 y 443-444.

[28] *Vida de Craso*, 32.

[29] JULIO CAPITOLINO, *Clodio Albino*, 12, 12; A. MAZZARINO, *La Milesia e Apuleio*, Turín, 1950.

románticas, resurrecciones de difuntos, apariciones de divinidades, execraciones, maldiciones, fervorosas plegarias, iniciaciones místicas se seguirán a lo largo de la novela en variada e imprevisible ordenación. La misma anécdota resultará con frecuencia alegre y triste a la vez, real y maravillosa, pícara y sentimental; con sin igual destreza se mezclarán los tonos y episodios más dispares, sin que resulte nunca demasiado violento el tránsito entre situaciones orgánicamente incoherentes. La única constante que asegura a la obra al menos cierta unidad extrínseca es el héroe, Lucio, es decir, el asno que ha vivido, visto u oído los acontecimientos que se narran.

¿Hay fuera de esto algún tipo de unidad interna, artística o moral? La cuestión no está decididamente zanjada ni mucho menos. Sin embargo, predomina hoy la respuesta negativa. *Las Metamorfosis* no son un símbolo religioso o moral orientado a mayor gloria de Isis y a la edificación del lector, aunque es cierto que Lucio se regenera en el último libro por obra y gracia de Isis. El libro XI, con toda la transfiguración material y moral que se quiera, no basta para contrarrestar los efectos del lodo —por no decir las lecciones de libertinaje— que el lector ha de salvar en los libros precedentes. En conjunto, *Las Metamorfosis* tienen mucho más de escandaloso que de edificante.

Tampoco es el libro una novela previamente concebida como sátira, aunque es evidente que abundan los rasgos satíricos contra la avaricia (de Milón), contra la depravación del clero (sacerdotes de la diosa Siria), o contra la corrupción de las costumbres (tantos y tantos maridos burlados por sus esposas, y viceversa). *Las Metamorfosis* son a la vez obra de edificación, obra satírica, novela erótica y símbolo religioso: Apuleyo desborda cualquier fórmula única en que se quie-

ra circunscribir su talento[30]. Lo hemos visto vanagloriarse de cultivar por igual las nueve Musas, y parece haberse empeñado en que se admirara el coro de las nueve Musas en esa producción extraña y única que son *Las Metamorfosis*[31].

3.4. El cuento de Psique y Cupido. — Entre las aventuras novelescas narradas en *Las Metamorfosis* destaca por su extensión (Libros IV 28 - VI 24), por su estilo, por su altura moral, por su fantasía tan deliciosa como irreal, ese prototipo de los cuentos de hadas que es la fábula de Psique y Cupido. Sin duda remonta a las tradiciones primitivas de Grecia, como lo dan a entender tantos monumentos del arte antiguo. Resulta misterioso que no la haya hecho suya ningún poeta conocido. ¿Cómo ese cantor armonioso de los amores del Olimpo que es Ovidio no dedicó unos versos a los amores del Amor en persona? Psique permanece misteriosamente muda durante siglos en sus representaciones iconográficas: camafeos, medallones, terracotas, sarcófagos (paganos y cristianos), pinturas; sólo en las postrimerías del paganismo, ya en plena

30 D. S. Robertson - P. Vallette, *Apulée, Les Métamorphoses*, I, págs. XXXII y sigs., «Les Belles-Lettres», París, 1940.

31 La exégesis multisecular sobre el significado y valor de *El Asno de Oro* sigue en nuestros días tan activa como siempre en su afán de interpretación. He aquí algunos trabajos modernos sobre el tema: B. Lavagnini, «Il significato e il valore del romanzo di Apuleio», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa*, 29 (1923); E. Paratore, *La novella in Apuleio*, 2.ª ed., 1942; P. Scazzoso, *Le Metamorphosi di Apuleio: Studio critico del significato del romanzo*, Milán, 1951. Últimamente buenos conocedores del tema vuelven a insistir en la tesis del significado oculto y trascendental de *El Asno de Oro*: así B. E. Perry, *The ancient Romance*, 1967; A. Scobie, *Aspects of the ancient romance and its heritage*, 1969; R. Martin (véase nota 26), «Le sens de l'expression 'asinus aureus' et la signification du roman apuléien» (1970); P. G. Walhs (véase nota 42).

expansión cristiana, se le ocurre al africano Apuleyo, y sólo a él, transmitirnos la mítica alegoría. Ello sería motivo suficiente para incluir *Las Metamorfosis* entre los libros más preciosos del mundo clásico.

Son legión los artistas, poetas y filósofos que posteriormente se han inspirado en la fábula de Psique; pero, siempre que a través de los siglos se ha intentado descubrir el valor simbólico del mito —suponiendo que la fábula arrope alguna idea trascendente—, siempre ha salido una interpretación personal, adecuada a la mentalidad del comentarista. Tal vez radique ahí la gran virtud de la inmortal historia, en su adaptación a todos los gustos.

Ya a finales del siglo V, Fulgencio[32], el obispo africano, da la primera interpretación cristiana del cuento: la ciudad en que se desarrolla la fábula es el mundo; el rey y la reina de la ciudad son Dios y la carne; sus tres hijas son la carne, la libertad y el alma; etc.

Y ¿cómo no recordar aquí a nuestro gran Calderón? Para el poeta de los autos sacramentales, en «la alegoría de Psiquis y Cupido», Cupido o «Dios de amor» es Cristo; Psiquis es el alma fiel que aspira incesantemente hacia él; el himeneo de los dos amantes es la unión mística del hombre con Dios en la Eucaristía.

En el sentir filosófico, la interpretación menos extraña (y más en consonancia con el filósofo platónico de Madaura) ve en Psique la personificación del alma que, atormentada y desgraciada en ausencia del místico esposo, logra la suprema perfección de su ser y alcanza la plenitud de su felicidad en la unión del amor.

[32] En su curiosísima *Mitología* en tres libros. Fulgencio ha tenido notable y larga influencia en los mitógrafos de los siglos posteriores.

Si la sagacidad de los comentaristas no da con una interpretación objetiva y razonable, tal vez sea porque no existe el sentido oculto que se supone. Sin duda el mito abrigaba originariamente una idea; pero sobre el núcleo de la idea primitiva debió sedimentar todo el fondo de la tradición escrita (si es que la hubo y se perdió) o de la tradición oral que en todo caso ha de admitirse ante las innumerables representaciones de las artes figurativas; la forma ha debido prevalecer insensiblemente bajo los añadidos de maravillas siempre nuevas que irían diluyendo la idea primitiva subyacente, en la misma medida que iban dando cuerpo al incomparable cuento de hadas tal como lo recogió, sin preocupaciones filosóficas, la pluma de Apuleyo: nos hallamos ante un brillante juego de la imaginación más que ante un velo prestado a la verdad.

3.5. ESTILO. — En cuanto al estilo de nuestro autor, son unánimes los elogios desde San Agustín y Sidonio Apolinar hasta los tiempos modernos; los humanistas pregonan sin excepción y siempre con entusiasmo los méritos de Apuleyo como escritor; para Pío V, *Las Metarmorfosis* «son un libro sin par, un verdadero lingote de oro»; en opinión de Felipe Beroaldo —el primero de los comentaristas de *Las Metamorfosis*—. «si las Musas quisieran hablar en latín, les gustaría hacerlo en el estilo de ese libro».

En cambio, la elocuencia arrebatadora, «atronadora» [33] que admiraban San Agustín y Sidonio Apolinar, resulta demasiado estridente a los oídos de nuestros contemporáneos. Se dice que el estilo de Apuleyo es demasiado barroco, duro, afectado; se le acusa de atormentar la lengua en busca de la novedad, de amordazar las palabras para adaptarlas a significaciones

[33] SIDONIO APOLINAR, *Epístolas* IV 3, 1.

inauditas; no se concibe «una degradación» tan rápida en los pocos años que separan a Apuleyo de los Plinio y Tácito. Pero ¿es legítimo medir a un autor del siglo II con la medida de los cánones clásicos?

Se han buscado en el estilo de Apuleyo influencias púnicas o libias, y ello con tanto mayor empeño cuanto que el propio autor inicia el libro de *Las Metamorfosis* pidiendo perdón por los barbarismos que pudieran escapársele; pero África no ha sido hallada en los escritos de Apuleyo ni por los críticos antiguos ni por los modernos. Lo que hay en *El Asno de Oro* es una brillantísima muestra del estilo imperial. Lo africano está en el vigor y fascinación del autor, en la inquietud espiritual que respira, en la necesidad de agitar a las multitudes, que se observa en él como en todos los escritores africanos.

3.6. INTERÉS. — Aunque se discuta el valor estilístico de *Las Metamorfosis,* no decae el interés por el libro: sigue siendo considerado como una alhaja de las letras: a él deben las artes el mito de Psique; es la única novela antigua íntegramente conservada y la muestra esencial del género de las famosas milesias; por último, y sobre todo, *El Asno de Oro,* con *El Satiricón,* serán siempre el insustituible manual de quien pretenda conocer la vida real del Imperio; Apuleyo quiso ante todo distraer la ociosidad de sus contemporáneos con bonitas historias, halagar sus oídos con música agradable. Ahora, la lejanía de los siglos añade un interés más sustancial, pues si no cabe mayor inventiva y fantasía en el cuento, tampoco cabe mayor veracidad y realismo en los detalles que integran sus cuadros. *El Asno de Oro* pone ante nuestros ojos el diario vivir de nuestros antepasados, el retrato, captado al natural, de toda la sociedad del siglo II con su confusa e indigesta mezcla de astrología, metafísica y mitología; con los contrastes entre la opulencia de

unos sectores y la rudimentaria economía de otros; en *Las Metamorfosis* vemos la audacia de los salteadores de caminos, la insolencia de los soldados bajo un régimen totalitario, la crueldad de los amos y la miseria de los esclavos, la lucha diaria del hombre que, en un mar de tribulaciones, busca la felicidad sin dar con ella en este mundo, y que por último se acoge a la fe y a la esperanza para lograr la paz interior. Aquí nos hallamos ya en las fronteras del cristianismo.

3.7. EL TEXTO DE «LAS METAMORFOSIS». EDICIONES. TRADUCCIONES CASTELLANAS. — La tradición del texto de *El Asno de Oro* está actualmente bien dilucidada. Se conocen unos cuarenta manuscritos; todos ellos derivan más o menos directamente del *Laurentianus* 68, 2 (siglo XI). En este manuscrito se basan, pues, las ediciones críticas de la obra; sólo cuando no está claro el testimonio del *Laurentianus* 68, 2, se acude a sus descendientes y, en primer lugar, a otro *Laurentianus*, el 29, 2, que es la copia más antigua y por lo tanto efectuada cuando el 68, 2 estaba menos deteriorado por efectos del tiempo y retoques posteriores[34].

La edición *princeps* fue la de Roma (1469). Buenas ediciones modernas son: la de G. F. Hildebrand (dos volúmenes, Leipzig, 1842), con las notas de Oudendorp; la de R. Helm (3.ª ed., Leipzig, 1931; reimpresión en 1968); la de C. Giarratano (Turín, 1929, 2.ª ed. revisada por P. Frassinetti, Turín-Paravia, 1960); la de D. S. Robertson, P. Vallette (tres vols., «Les Belles-Lettres», 1940-1945) y la de P. Scazzoso (Florencia, 1971).

Léxico: W. A. OLDFATHER, H. V. CANTER, B. E. PERRY, *Index Apuleianus*, Middleton, Connecticut, 1934.

---

[34] Sobre la transmisión del texto del *Asno de Oro* puede consultarse el estudio de D. S. ROBERTSON en *Apulée, Les Métamorphoses*, París, 1940, tomo I, págs. XXXVIII-LIX.

En Barcelona ha publicado M. Olivar *Les Metamorfosis* (texto latino y traducción catalana en dos volúmenes, I, 1929 y II, 1931, colección «Bernat Metge»). En castellano siempre se ha leído *El Asno de Oro* en la versión del arcediano de Sevilla Diego López de Cortegana (Sevilla, 1513): tiene, entre otros méritos, el de haber sido la primera de las versiones vernáculas de *El Asno de Oro*; reproducida muchas veces en los siglos siguientes, citemos, entre las reediciones más recientes, la de la «Biblioteca Clásica» (1890 y 1914), la de la «Colección Universal» (Madrid, 1920), la de la «Biblioteca Mundial Sopena» (Buenos Aires, 1939), y la de «Obras Maestras» (Barcelona, 1955). Una extraña y pobre traducción (¿de Jaime Uyá?) apareció en Barcelona, 1969, en la colección «Podium: Obras significativas», bajo el título *Apuleyo: El Asno de Oro; Turmeda: Disputa del Asno.*

Nuestro colega A. Ruiz de Elvira ha dado una elegante versión del cuento de Psique en *Estudios Clásicos*, Suplemento, Serie de Traducciones, 5 (1953) 55-85.

En nuestra traducción hemos seguido el texto de D. S. Robertson - P. Vallette, citado líneas más arriba.

NOVELA LATINA Y LITERATURA ESPAÑOLA

He aquí, para concluir esta introducción, algunas observaciones sobre la novela latina en la literatura española.

El tema general de la literatura latina en su relación con la española no ha merecido la debida atención de nuestros hombres de letras. M. Menéndez y Pelayo es una notabilísima excepción; pero, en el caso concreto de la novela latina, se inclina a creer que no ha dejado claras huellas en nuestras letras, y su opinión ha contribuido sin duda a desalentar entre nos-

otros ulteriores investigaciones sobre el tema. Oigamos al autor de *Los Orígenes de la Novela*: «Petronio ha influido muy poco en la literatura moderna... Apuleyo, en quien la obscenidad es menos frecuente y menos inseparable del fondo del libro, ha recreado con sus portentosas invenciones a todos los pueblos cultos, y muy especialmente a los españoles e italianos, que disfrutan desde el siglo XVI las dos elegantes y clásicas traducciones del arcediano Cortegana y de Messer Agnolo Firenzuola; ha inspirado gran número de producciones dramáticas y novelescas, y aun puede añadirse que toda novela autobiográfica y muy particularmente nuestro género picaresco de los siglos XVI y XVII, y su imitación francesa el *Gil Blas*, deben algo a Apuleyo, si no en la materia de sus narraciones, en el cuadro general novelesco, que se presta a una holgada representación de la vida humana en todos los estados y condiciones de ella».

«Tal es la herencia, ciertamente exigua, que la cultura greco-latina... pudo legarle en este género de ficciones...» [35].

Y, en otro lugar, dice todavía Menéndez y Pelayo: «El cuadro autobiográfico de *El Asno de Oro* tiene analogía remota con el de nuestra novela picaresca, sin que por eso haya que admitir imitación ni reminiscencia... Imitación directa de Apuleyo, no encontramos ni en el *Lazarillo* ni en sus continuaciones, ni mucho menos en el *Guzmán de Alfarache*» [36].

Siguen poco después otros párrafos que reflejan las mismas dudas con ciertas matizaciones: «*El Asno de Oro*, traducido al castellano por Diego López de Cortegana, fue libro muy popular en España durante los

---

35 M. MENÉNDEZ PELAYO, *Orígenes de la Novela*, I, Edición Nacional, Madrid, 1953, pág. 25.

36 MENÉNDEZ PELAYO, *Bibliografía Hispano-Latina*, I, Edición Nacional, Madrid, 1950, pág. 176.

siglos XVI y XVII. Así lo testifica, entre otros, el autor de *La Pícara Justina* (1605), cuando dice en su prólogo hablando de los libros de que se valió, que «no hay enredo en *Celestina*, chistes en *Momo*, simplezas en *Lázaro*..., cuentos en *Asno de Oro*..., cuya nota aquí no tenga, cuya quinta esencia no saque». A pesar de tal declaración, ningún cuento de Apuleyo encontramos en la parte hoy conocida de *La Pícara Justina*, pero acaso estaría en los varios tomos que el supuesto Licenciado de Úbeda tenía compuestos, prosiguiendo su obra, cuyo estilo por otra parte, en lo enrevesado y artificioso, no deja de tener algún parentesco con el de Apuleyo» [37].

Por último hemos de recordar que nuestro gran polígrafo no se atreve a negar de plano que los pellejos de vino sobre los que Don Quijote descarga la ira de su lanza tengan su precedente en los tres odres que degüella Lucio cuando, al regresar de una cena, se apresta a entrar en casa de Milón (*Asno de Oro*, II 32); también reconoce que hay varias reminiscencias confesadas en Gonzalo de Céspedes y Meneses (*El Soldado Píndaro*).

H. Cortés se ha atrevido, a pesar de lo dicho por Menéndez y Pelayo, a rastrear la influencia de Apuleyo en nuestra literatura y ha visto sus huellas en los libros de caballería, en Cervantes, en Lope de Vega, en Tirso de Molina, en *La Pícara Justina* y en Baltasar Gracián [38].

Que el mito de Psique y Cupido ha inspirado a muchos de nuestros escritores es evidente; ya hemos mencionado antes el auto sacramental de Calderón; José M. de Cossío se refiere al éxito que tuvo el mito

---

37 *O. c.*, pág. 176.

38 HONORIO CORTÉS, «Algunas reminiscencias de Apuleyo en la Literatura Española», *Rev. de Filología Española* (1935), 44-53; «Apuleyo y El Asno de Oro en la Literatura Española», *Studium* (Bogotá, 1952), 245-258.

entre los poetas sevillanos: «La traducción de *El Asno de Oro*, de Apuleyo, por el arcediano Diego López de Cortegana, personaje tan ilustre e influyente, atrajo la atención de los poetas hacia la fábula de Psique... (El mito de Psique y Cupido) gustado a través de la prosa de Cortegana es el que casi unánimemente han de cantar los poetas sevillanos del siglo XVI». Sigue la serie de dichos poetas: Gutierre de Cetina, Fernando de Herrera, Juan de Malara, etc.[39].

Por nuestra parte sentimos la tentación de pensar que el autor de *La Pícara Justina* conoció no sólo *El Asno de Oro*, sino también *El Satiricón*. En *La Pícara Justina* se define un ideal artístico demasiado parecido al de Petronio, que hemos señalado en su lugar; he aquí ahora los correspondientes párrafos de la novela española: «Antes pienso pintarme tal cual soy, que tan bien se vende una pintura fea, si es con arte, como una muy hermosa y bella».—«Y tan bien hizo Dios la luna, con que descubrir la noche, como el sol con que se ve el claro y resplandeciente día. En las plantas hacen labor las espinas, etc.».

Y otro tanto cabe decir de Mateo Alemán. Las expresivas reflexiones de Guzmán sobre la pobreza como «inventiva sutil» podrían ser un eco de esta frase de Petronio (capítulo 135): «Yo admiraba el ingenio de la pobreza y su habilidad hasta en los más mínimos detalles». Y podría servir de lema al mismo Guzmán otro párrafo de Petronio (capítulo 125): «¡Dioses y diosas del cielo! ¡Qué malo es vivir fuera de la ley! Siempre está uno esperando el castigo merecido».

Sin embargo, es posible que, más que en detalles concretos, haya de buscarse la influencia latina en las estructuras y atmósfera general de ciertas obras maes-

---

[39] J. M. DE COSSÍO, *Fábulas mitológicas en España*, Madrid, 1952, pág. 257.

tras de nuestras letras. En un artículo de la *Hispanic Review* se señalan las semejanzas entre el *Lazarillo* y *El Asno de Oro;* para el autor de dicho artículo la novela latina «es fuente más que probable» de la novelita española [40].

También nos parece fuente más que probable para el *Guzmán de Alfarache*:

1) En ambos casos el protagonista narra sus aventuras en primera persona.

2) Muchos rasgos de la vida de Apuleyo y Alemán han pasado a sus respectivas novelas, sin que en un caso ni en otro sea fácil discernir lo que es autobiográfico de lo que no lo es.

3) En ambas obras se intercalan varias novelitas cortas y se destaca una particularmente extensa y sentimental: a la historia de Psique y Cupido corresponde en el *Guzmán* la historia de Ozmín y Daraja.

4) También en ambos casos cortan el hilo de la narración toda clase de cuentos y anécdotas variadas.

5) Guzmán y Lucio tienen la misma afición a plasmar su filosofía en refranes.

6) En ambos casos hay la misma mezcla de trazos edificantes en contraste con un fondo esencialmente descarado y amoral. Al *Asno de Oro* puede aplicarse con toda propiedad el juicio de Cejador sobre el *Guzmán*: «*El Guzmán de Alfarache* es obra de crítica moral o sátira social por el fondo, y novela picaresca por la forma o envoltorio; es filosofía y arte, ambas tan bien casadas, que no hay herramienta de tan fina hoja que acierte a despartirlas» [41]. Recuérdese lo dicho en su lugar sobre *El Asno de Oro*.

---

[40] M. J. Asensio, «Más sobre el Lazarillo», *Hispanic Review* (1960), 245-250.

[41] J. Cejador, *Historia de la Lengua y literatura española*, IV, Madrid, 1916, pág. 135.

7) Por último, el fatalismo y básico pesimismo que pesa sobre el pícaro Guzmán tiene la más exacta correspondencia en la «implacable Fortuna» que persigue a Lucio, cuyo estribillo a lo largo de *Las Metamorfosis* son esta u otras palabras similares: «los rudos asaltos de la Fortuna», «la ceguera de la Fortuna», «mi Fortuna siempre inhumana», «la Fortuna siempre encarnizada con mi desgracia», etc. (cf. VI 28; VII 16 y 25; VIII 24; XI 15; etc.). Incluso la liberación final de Lucio es obra de la Fortuna, pero una Fortuna que esta vez tiene los ojos muy abiertos y lo mira con compasión (XI 15).

Traduciendo a Petronio y Apuleyo nos ha venido muchas veces a la mente otro capítulo importante de nuestra literatura: el de la hechicería. En la novela latina ya vemos a las hechiceras pidiendo ayuda a los seres superiores del cielo y del infierno, ya vemos sus ensalmos y, «en el sobrado alto de la solana», vemos un laboratorio bien surtido donde no falta ningún instrumento o ingrediente para realizar en la mayor soledad (la Celestina también ha de estar a solas para formular su conjuro) las más sorprendentes maravillas; en Apuleyo ya «vuelan» las brujas, ya saben someter a su voluntad el mundo sobrenatural, el mundo de los astros y los elementos de la naturaleza; pero ante todo saben dominar los sentimientos del corazón y aplican su arte fundamentalmente al servicio del amor [42].

---

[42] En los últimos años destacamos: A. Scobie, *Aspects of the Ancient Romance and its Heritage*, 1969 (un capítulo especial dedicado a nuestra picaresca, págs. 91-100); P. G. Walsh, *The Roman novel. The Satyricon of Petronius and the Metamorphoses of Apuleius*, 1970 (un largo capítulo sobre la picaresca, págs. 229-293); J. M. Walker, *The Satyricon, the Golden Ass and the Spanish Golden Age picaresque novel*, 1971.

NOTA BIBLIOGRAFICA

I. La novela en la Antigüedad clásica

Véase en esta misma colección el correspondiente apartado bibliográfico de nuestro volumen dedicado a Petronio, *El Satiricón.*

II. Apuleyo

A) Texto

Editio princeps, Roma, 1469.

R. Helm, *Apuleius I, Metamorphoseon libri XI,* Leipzig, 1968 (= 1931).

G. F. Hildebrand, *L. Apulei opera omnia,* Leipzig, 1842.

D. S. Robertson - P. Vallette, *Apulée, les Métamorphoses,* «Les Belles-Lettres», 3 volúmenes, 1956 y 1958.

P. Scazzoso, *Apuleio, Metamorfosi,* Florencia, 1971.

Léxico

W. A. Oldfather, H. V. Canter, B. E. Perry, *Index Apuleianus,* Middleton, 1934.

B) Estudios

M. J. Asensio, «Más sobre el *Lazarillo de Tormes*», *Hispanic Review* (1960), 245-250.

M. Bernhard, *Der Stil des Apuleius von Madaura,* Stuttgart, 1927.

G. BIANCO, *La fonte greca delle Metamorfosi di Apuleio*, Brescia, 1971.

E. COCCHIA, *Romanzo e realtà nella vita e nell'attività letteraria di Lucio Apuleio*, Catania, 1915.

H. CORTÉS, «Algunas reminiscencias de Apuleyo en la Literatura Española», *Rev. de Filología Española* (1935), 44-53..

— «Apuleyo y el *Asno de Oro* en la Literatura Española», *Studium* 2 (Bogotá, 1952), 245-258.

P. GRIMAL, «L'originalité des *Métamorphoses* d'Apulée», *L'Information Littéraire*, París (1957), 156 y sigs.

E. H. HAINHT, *Apuleius and his influence*, Nueva York, 1927.

M. HICTER, «L'autobiographie dans l'*Âne d'Or* d'Apulée», *L'Antiquité Classique* (1944), 95-111.

B. LAVAGNINI, «Il significato e il valore del romanzo di Apuleio», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa* (1923).

R. MARTIN, «Le sens de l'expression 'asinus aureus' et la signification du roman apuléien», *Rev. des Études Latines* (1970), 332-354.

M. MENÉNDEZ PELAYO, *Bibliografía Hispano-Latina*, I, Edición Nacional, Madrid, 1950, 85-184.

J. MOLINO, «El *Lazarillo de Tormes* et les *Métamorphoses* d'Apulée», *Bulletin Hispanique* (1965), 322-333.

E. PARATORE, *La novella in Apuleio*, Palermo-Roma, 2.ª ed., 1942.

B. E. BERRY, *The Metamorphoses ascribed to Lucius of Patrae, its content, nature and authorship*, Princeton, 1920.

— «The significance of the title in Apuleius' Metamorphoses», *Classical Philology* (1923), 229-238.

A. SCOBIE, *The dating of the earliest printed Spanish and French translation of Apuleius' Metamorphoses*, 1972.

P. SCAZZOSO, *Le Metamorfosi di Apuleio: Studio critico del significato del romanzo*, Milán, 1951.

LIBRO I

Presentación del protagonista y presunto narrador (1). — Lucio emprende el camino de Tesalia, la tierra de la magia. Primeros relatos maravillosos, como introducción al mundo de la hechicería (2-20). — Llegada a Hipata: Lucio se aloja en casa de Milón (21-26).

1. Lector, quiero hilvanar para ti, en esta charla
milesia[1], una serie de variadas historias y acariciar
tu oído benévolo con un grato murmullo; dígnate tan
sólo recorrer con tu mirada este papiro egipcio escrito
con la fina caña del Nilo[2] y podrás admirar a criatu- 2
ras humanas que cambian de forma y condición, y,
viceversa, que posteriormente recobran su primitivo
estado. Empiezo. 3
¿Quién te habla? Muy brevemente, entérate.
El ático Himeto, el istmo de Efirea y el espartano
Ténaro, tierras felices, celebradas para siempre por
una literatura todavía más feliz, son la antigua cuna
de mi raza. Allí aprendí el griego, primera conquista 4
de mi infancia.

---

1 Véase la Introducción, págs. 19-20.

2 «Este papiro»: hoy diríamos «las hojas de este libro». El papiro es la planta que proporcionaba a los antiguos las láminas utilizadas entonces como papel; Egipto, por la calidad y cantidad de sus papiros, era emporio de primera categoría en la industria de material escriptorio. Sobre el papiro se escribía con finas cañas afiladas a modo de pluma.

Trasladado luego a la capital del Lacio para seguir
los estudios de los ciudadanos romanos, tuve que em-
prender el estudio de su lengua nativa con ímprobo
trabajo y *sin la dirección de un maestro*.
5 Ya de antemano te pido perdón, si luego, narrador
sin gracia, tropiezo y uso algún giro exótico o extraño.
6 Por lo demás, este mismo cambio de idioma concuerda
con la materia que cultivo: el arte de las metamor-
fosis.

Empieza una fábula de origen griego. Atención, lector: te gustará.

2. Iba yo camino de Tesalia. — Pues también, por
línea materna, soy oriundo de allí y es para nosotros
título de orgullo contar entre nuestros antepasados al
célebre Plutarco[3] y luego a su sobrino el filósofo
Sexto. — Iba yo, pues, a Tesalia por cuestión de nego-
2 cios. Tras recorrer altas montañas, húmedos valles,
frescas praderas y campos de cultivo, mi caballo, un
caballo del país y todo blanco, se hallaba extenuado;
3 cansado yo también de ir sentado, quiero estirar las
piernas y echo pie a tierra: seco el sudor de la caba-
llería con unas hojas, doy un cuidadoso masaje a su
frente, acaricio sus orejas, le quito los frenos, me
pongo a caminar muy despacito para darle tiempo a
disipar su cansancio descargando su vientre según
4 natural necesidad. Mientras la caballería con la cabeza
gacha y de lado busca en movimiento su pasto sobre
las praderas recorridas, me sumo, como tercero, a
dos compañeros de ruta que casualmente iban delante
5 a muy poca distancia. Al prestar oído por captar su

---

3 Plutarco es el conocido autor de las *Vidas Paralelas*. En cambio, de su sobrino Sexto apenas tenemos noticias. Cultivó la filosofía estoica; J. Capitolino (*Historia Augusta*, M. Antoninus Philosophus 3 y Verus 2) lo cita como uno de los maestros de Marco Aurelio.

conversación, uno de ellos, estallando de risa: «Ahórrate —exclama— unas mentiras tan absurdas, tan disparatadas».

Al oír esta exclamación y, además, sediento de no- 6
vedades, interrumpo: «Ponedme al tanto de vuestra conversación; no soy un entrometido, pero me gustaría saberlo todo o, al menos, todo lo posible; al propio tiempo, la ruda pendiente que iniciamos se aliviará con la amenidad de una bonita historia».

3. El primer interlocutor: «¡Sí, mentira todo eso! —dice—; tan verídico como si alguien pretendiera afirmar: basta un mágico murmullo... y los ríos vuelven rápidamente hacia atrás, es posible encadenar e inmovilizar a los mares, adormecer el soplo de los vientos, detener la marcha del sol, atraer el rocío de la luna, arrancar del cielo las estrellas, suprimir el día y alargar la noche».

Yo, entonces, tomo la palabra con mayor libertad: 2
«Oye, amigo, tú que habías iniciado la historia, no te acobardes; por favor, complétala». Y, dirigiéndome al otro: «¿No estás acaso rechazando con tus oídos sordos, tu entendimiento obtuso, lo que puede ser exacta realidad?

»Por Hércules, no pecas de listo: los peores pre- 3
juicios hacen ver mentiras en lo que uno nunca ha visto u oído simplemente porque ello sobrepasa el alcance de nuestra inteligencia; un examen algo detenido te convencerá de que tales hechos son no sólo evidentemente ciertos, sino hasta de fácil ejecución.

4. »Así yo, ayer por la tarde, desafiando a mis comensales, me afanaba por engullir un trozo demasiado grande de torta con queso, cuando la pasta blanda y pegajosa me quedó adherida a las paredes inferiores de la garganta interceptándome las vías respiratorias

2 de tal modo que nada me faltó para morir. Y, no
obstante, últimamente en Atenas y ante el pórtico del
Pecilo, con este par de ojos que tengo, vi a un mala-
barista tragarse un sable de caballería horriblemente
3 afilado. Después, animado por alguna exigua moneda,
se hundió hasta el fondo de las entrañas y por la
4 parte mortífera una lanza de cazador. Más todavía:
sobre el mango herrado del arma, que sobresalía por
encima de la cabeza, un chiquillo de graciosas y suaves
formas comienza a trepar y a exhibirse en acrobáticas
volteretas como si no fuera de carne y hueso, ante la
5 admiración unánime de los asistentes; parecía la her-
mosa serpiente que con móviles articulaciones abraza
el caduceo del dios-médico al enroscarse entre sus nu-
6 dos y ramas mal cortadas[4]. Pero, bueno, tú prosigue
ya, por favor, la historia iniciada. Yo te creeré por este
otro y por mí; y en la primera taberna en que poda-
mos parar, repartiré contigo mi merienda. He aquí
el premio que te espera».

5. «Yo —replica— aprecio tu oferta en su justo
valor; ciertamente he de volver al principio de la his-
toria ya iniciada. Pero antes, te lo juro por este divino
Sol que todo lo ve, yo no refiero nada cuya exactitud
2 no pueda comprobarse. Y se desvanecerán vuestras
dudas en cuanto lleguéis a la primera ciudad de Tesa-
lia, pues allí no habla de otra cosa la gente sino de
estos hechos, desarrollados en pleno día.

3 »Pero previamente debéis saber de dónde soy y quién
soy. Me llamo Aristómenes, soy de Egio; enteraos tam-
bién de cómo me gano la vida: soy corredor de miel,
queso y mercancías similares servidas en las tabernas

[4] Según el gramático Festo (edición Lindsay, pág. 98), los nudos del caduceo de Esculapio son el símbolo de las dificultades de la Medicina. La serpiente, como el perro, es el animal consagrado al dios de la Medicina.

por todos los rincones de Tesalia, Etolia y Beocia.
Enterado, pues, de que en Hipata, la ciudad más im- 4
portante de Tesalia, se vendía, a precio muy arreglado,
un queso fresco de exquisito sabor, acudí rápidamente
con intención de adquirir toda la partida. Pero, como 5
suele ocurrir, me puse en ruta con mala sombra, y la
esperanza del negocio me ha salido fallida: la víspera,
en efecto, Lupo, un comprador al por mayor, había
adquirido toda la mercancía.

»Cansado, pues, de correr inútilmente, al caer de la tarde, me dirigía con calma a unos baños.

6. »De pronto veo a mi camarada Sócrates. Estaba
sentado en el suelo, medio desnudo, con un manto vie-
jo y roto, casi desconocido por su palidez, desfigurado
y demacrado; parecía uno de esos miserables que,
abandonados de la suerte, piden limosna por las calles.
En estas condiciones, aunque era íntimo amigo mío y 2
perfectamente conocido, me fui acercando a él con mis
dudas: 'Oye —le digo—, querido Sócrates, ¿qué pasa?
¡Qué aspecto! ¡Qué infamia! En tu casa ya te lloran
muerto y enterrado; tus hijos ya tienen tutores, asig-
nados por decreto del juez provincial[5]; tu mujer, des- 3
pués de cumplir sus últimas obligaciones con relación
a ti y de consumirse mucho tiempo en el duelo y aba-
timiento hasta el extremo que, a fuerza de llorar, ha
perdido casi por completo la vista, ahora se ve obli-
gada por la propia familia a animar su casa desolada
con la alegría de un nuevo matrimonio. Tú, en cambio,
para mayor deshonra nuestra, apareces aquí como un
alma en pena'.

»'Aristómenes —contestó él—, tú ignoras, bien se 4
ve, las volubles peripecias de la fortuna, sus capricho-

[5] Los jueces provinciales eran cuatro para toda Italia; cada uno tenía en su distrito competencia administrativa y judicial. A ellos incumbía la designación de tutores.

sas sorpresas, sus sucesivos vaivenes'. Al hablar así,
cubrió con sus harapos entrecosidos su rostro, ahora
ruborizado, de tal modo que dejó al descubierto el
resto de su cuerpo de la cintura para abajo.
5 »No pude soportar ya más tan lamentable y mísero
espectáculo, y le tiendo la mano para ayudarlo a levan-
tarse.

7. »Pero él, así como estaba, es decir, con la ca-
beza tapada: 'Deja —decía—, deja que la Fortuna dis-
frute por más tiempo del trofeo que ella misma se
ha erigido'.
2 »Logré que me siguiera. Y al propio tiempo, me
quito una de mis dos túnicas, se la pongo apresura-
damente para vestirlo, o, mejor dicho, para abrigarlo;
acto seguido lo conduzco al baño; yo mismo le pre-
3 paro el perfume y las *toallas; a fuerza de frotar, hago*
desaparecer la roña espesa que lo recubre. Cuando
ya está bien limpio, lo llevo a la fonda, sosteniendo
a duras penas, por hallarme igualmente cansado, sus
miembros desfallecidos; le preparo buena cama, lo
reanimo con buena comida y buena bebida y lo dis-
traigo contándole historias.
4 »Ya le entran ganas de hablar, de reír, hasta de
gastar bromas y hacer chistes, cuando, emitiendo de
lo más hondo de su corazón un suspiro desgarrador
y golpeándose la frente con su mano enloquecida, ex-
5 clama: '¡Desgraciado de mí! Por correr tras el placer
de un renombrado espectáculo de gladiadores he caído
6 en esta pesadilla. Efectivamente, como muy bien sabes,
había salido hacia Macedonia por un lucrativo nego-
cio; después de nueve meses de trabajo regresaba con
un bonito beneficio; poco antes de llegar a Larisa,
había tomado un atajo para ver ese espectáculo, cuan-
do, en un valle solitario y accidentado, me veo rodeado
por unos horribles salteadores: despojado de todo,

salgo justo con vida; y en esta situación extrema voy 7
a refugiarme a la taberna de cierta Meroe, mujer entrada en años, pero todavía muy galante; le cuento los pormenores de mi largo viaje, del angustioso regreso con el horrible atraco. Empieza por tratarme 8
con las máximas atenciones, comparte conmigo, gratuitamente, su excelente mesa, y luego, en un exceso de pasión, su propia cama. Aquí mismo empieza mi 9
desgracia: una sola noche a su lado, una sola, y heme aquí ya víctima de una interminable y nauseabunda convivencia; hasta los harapos que la generosidad de 10
los atracadores me había dejado para cubrirme, fueron a parar a sus manos; le di hasta el mísero salario que ganaba arrastrando sacos cuando todavía era capaz de hacerlo; tú mismo acabas de ver a qué estado me han reducido mi excelente esposa y mi mala suerte'.

8. »'Por Pólux —le contesté—, bien merecido tienes el peor de los castigos, si no obstante pudiera haber otro peor que tu última aventura: ¿cómo has podido, por los vulgares placeres del amor, por una vil prostituta, sacrificar tu hogar y tus hijos?'.

»'¡Silencio, silencio!', me replica llevándose el índi- 2
ce a los labios, atónito, aterrorizado. Y, mirando a su alrededor para ver si era posible hablar sin riesgos, añadió: '¡Cuidado! Es una mujer con virtudes sobrenaturales; podrías atraerte algún disgusto con palabras imprudentes'.

»'Oye, dime, por favor; al fin y al cabo, ¿qué clase 3
de mujer es esa poderosa reina de las cantineras?'.

»'Es una hechicera, una adivina capaz de rebajar la 4
bóveda del cielo, de suspender en los aires la tierra, de petrificar las aguas, de disolver las montañas, de invocar a los poderes infernales, de hacer descender sobre la tierra a los dioses, de oscurecer las estrellas o iluminar hasta el Tártaro'.

5 »'Por favor, te lo ruego, retira ese cuadro trágico, dobla ese lienzo teatral y háblame en términos usuales'.

6 »'¿Quieres enterarte de uno o dos, o de un montón, de sus prodigios? Lograr que se enamoren locamente de ella los habitantes de la comarca y hasta los indios y los etíopes de ambas Etiopías[6] es el preludio de su ciencia y un mero pasatiempo. Escucha lo que hizo en presencia de muchos testigos.

9. »'Uno de sus amantes había tenido la osadía de ir con otra: con una sola palabra, lo cambió en castor:
2 para que corriera la suerte de este animal salvaje, que, por temor a la cautividad, se libra de los cazadores seccionándose los genitales.

3 »'A un cantinero, vecino suyo y que por lo tanto le hacía la competencia, lo cambió en rana; ahora el pobre viejo aquel nada en un tonel y, sumergido en las heces del vino, saluda cortésmente con su ronca voz a los antiguos clientes.

4 »'Un tercero, un abogado, había hablado contra ella: lo transformó en borrego, y ahora ahí tenéis al borrego aquel defendiendo pleitos.

5 »'La mujer de cierto amante suyo se había permitido aludir a ella con algún gracioso sobreentendido; esa desgraciada estaba encinta; ella encerró en su seno el fruto que llevaba, paralizó su normal des-
6 arrollo, la condenó a un embarazo permanente; y, según cómputo general, ahí la tienes en el octavo año de su gravidez: pobrecita, está hinchada como si hubiera de dar a luz a un elefante.

---

[6] Una de las dos Etiopías correspondía aproximadamente a la Etiopía actual; la otra se extendía por el Africa Central hasta la zona del Níger y el Océano (cf. *Odisea* I 22 ss.).

10. »'Al sumarse a ésta otras muchas víctimas, fue
en aumento la indignación pública y se acordó una vez
que al día siguiente se la castigaría con toda severidad
bajo una lluvia de piedras. Ella se adelantó a este 2
proyecto con la virtud de sus encantamientos; y así
como la famosa Medea[7], tras conseguir de Creón el
breve aplazamiento de un día, consumió en el incendio
provocado por una corona en llamas a toda la familia
del anciano rey, incluida su hija y él mismo, así tam- 3
bién Meroe, valiéndose, sobre una fosa, de ciertas
devociones sepulcrales, como últimamente me lo ha
explicado ella misma en un momento de embriaguez,
retuvo a todos, por la fuerza misteriosa de los seres
sobrenaturales, encerrados en sus respectivas casas.
Durante dos días completos fue imposible forzar las
cerraduras, arrancar las puertas y hasta perforar las
paredes. Por fin, resignándose mutuamente, todos a 4
una proclamaron y juraron, comprometiéndose por el
más sagrado de los juramentos, que ninguno de ellos
le pondría la mano encima y que le prestarían ayuda
y protección si a alguien se le ocurriera pensar otra
cosa. En estas condiciones se dejó aplacar y liberó 5
a toda la ciudad. En cuanto al cabecilla de aquella
manifestación, a altas horas de la noche, con su casa
entera y verdadera (es decir, paredes, solar y cimien-
tos) cerrada como estaba, lo transportó a cien millas
de distancia, a otra ciudad situada en la cúspide de
una roca abrupta y, por lo tanto, sin agua. Más toda- 6

---

[7] Se alude aquí a una legendaria operación mágica de Medea para vengarse de Jasón, que la había abandonado y se había casado con la hija del rey de Corinto, Creón. Medea envió a su rival como regalo de boda un fino velo y una corona de oro; ambos objetos iban impregnados de materias inflamables y, en el momento previsto, abrasaron a la novia y provocaron un incendio general que redujo a cenizas el palacio de Creón.

vía: como la densidad de la población no dejaba sitio
para el nuevo huésped, Meroe arrojó la casa ante la
puerta de la ciudad y se largó'.

11. »'Me estás contando, amigo Sócrates, cosas tan
2 maravillosas como horribles. Tanto es así que ya me
has preocupado bastante a mí también, o, mejor di-
cho, asustado; has hecho que me sienta acribillado no
ya por remordimientos, sino por puntas de lanza:
¡si de un modo análogo, por algún poder sobrenatural,
lograra la vieja aquella enterarse de nuestra actual
3 conversación! Acostémonos cuanto antes y, cuando el
sueño haya aliviado nuestra fatiga, sin esperar el día,
huyamos de aquí, alejémonos lo más posible'.
4 »Aún estaba yo dando consejos, cuando el bueno
de Sócrates, vencido por los efectos del vino —al que
no estaba acostumbrado— y por una larga fatiga, ron-
caba ya profundamente dormido.
5 »Yo entonces cierro la puerta, echo el pestillo, corro
el camastro hasta aplicarlo al mismo gozne, y me tum-
6 bo encima. Al principio el pánico me mantiene un rato
despierto; después, sobre la media noche, pego un
poco el ojo.
7 »Acababa de dormirme, cuando, bruscamente, con
una sacudida demasiado violenta para atribuirla a los
ladrones, se abre la puerta, o mejor dicho, se hunde
hacia el interior con los goznes rotos o arrancados
8 de cuajo. El camastro, por lo demás cortito, falto de
pie y apolillado, se derrumba ante la violencia del cho-
que; yo también salgo despedido, rodando, y, al recaer
al suelo la cama, me cubre y aprisiona.

12. »Entonces comprobé que ciertas emociones se
manifiestan por efectos naturalmente contradictorios.
Pues, como es muy frecuente que se llore de alegría,
yo en aquel momento de terrible angustia no pude

contener la risa al verme convertido de Aristómenes
en tortuga. Y cuando, aplastado en el sucio suelo, res- 2
guardado por la inteligente protección del camastro,
miro de reojo a ver qué pasa, me veo a dos mujeres
ya entradas en años; una llevaba una lámpara encen- 3
dida, la otra una esponja y una espada desenvainada.
Con este equipo rodearon a Sócrates, que dormía muy
tranquilo. La que tenía la espada habla así: 'Aquí 4
tienes, hermana Pantia, a mi querido Endimión[8], mi
adorado tormento, que día y noche se ha burlado de
mi corta edad; aquí tienes al que, menospreciando mi 5
amor, me deshonra con sus calumnias y, además, se
prepara a huir. Por lo visto, a mí me espera, cual nueva 6
Calipso abandonada por el astuto Ulises, llorar mi
eterna soledad'.

»En esto, extendiendo su brazo para señalarme a
su amiga Pantia, añade: 'En cuanto a este otro, el 7
bueno de Aristómenes, el consejero que tuvo la inicia-
tiva de la evasión y que ahora mismo va a morir, pos-
trado en tierra y acostado bajo su camastro está vien-
do todo esto y se figura que van a quedar impunes
las ofensas que me ha dirigido. Un día... no, pronto, 8
mejor aún, en este preciso instante, le haré arrepen-
tirse de sus sarcasmos de ayer y de su curiosidad
presente'.

13. »Al oír esas palabras, pobre de mí, me siento
inundado de un sudor frío, me tiritan las entrañas de
tal modo que hasta el camastro, agitado por mis sobre-
saltos, bailaba sobre mi espalda. La amable Pantia 2
contestó: 'Dime, pues, hermana, ¿empezamos por des-

---

[8] Endimión, joven y hermoso cazador de quien se había enamorado la Luna. Ésta lo visitaba de noche y lo besaba mientras él dormía.

pedazar a éste a la manera de las bacantes[9], o lo atamos debidamente para mutilar su virilidad?'.

3 »Entonces Meroe —pues la misma realidad me hacía comprender que, dadas las referencias de Sócrates, ése era su nombre—: 'No —*dijo*—; *que sobreviva ése* al menos para amontonar un poco de tierra sobre el
4 cuerpo de este desgraciado'; e, inclinando la cabeza de Sócrates, le hundió por la izquierda del cuello su
5 espada, hasta la empuñadura, y recogió cuidadosamente en un exiguo odre la sangre que brotaba, sin que la menor gotita salpicara el escenario. Esto lo he visto
6 yo con mis propios ojos. Y, sin duda para que no faltara detalle al ritual del sacrificio, introduciendo la mano derecha por la herida aquella y rebuscando hasta el fondo de las entrañas, la dulce Meroe retiró el corazón de mi pobre compañero. Él, al cortarle el cuello el golpe de la espada, dejó escapar a través de la herida un grito, o mejor dicho, un vago silbido, y expiró.

7 »Pantia, cubriendo con una esponja la enorme herida entreabierta, dijo: 'Atención, esponja, ten cuidado:
8 eres hija del mar, no pases por el río'. Terminada esta operación y retirándose ya, dan un empujón a mi camastro, se ponen a caballo sobre mi cara y alivian su vejiga, inundándome de un líquido terriblemente inmundo.

14. »Apenas habían cruzado el umbral, las puertas se levantan intactas por sí solas y recobran su primitiva posición: los goznes se colocan en sus respectivos huecos, las barras de refuerzo buscan sus puntos de
2 apoyo, los pestillos vuelven a sus escarpias. Pero yo

---

[9] Penteo pretendió evitar una bacanal que las mujeres de Tebas celebraban en el Citerón; pero las bacantes lo despedazaron lamentablemente, capitaneadas por la propia madre de Penteo, que creyó ver en su hijo a un animal salvaje.

seguía allí, como estaba, extendido en el suelo, sin
fuerzas, desnudo, helado, remojado como un recién
nacido al venir al mundo; mejor dicho, estaba medio
muerto, me sentía como un superviviente de mí mis-
mo, un póstumo o por lo menos un aspirante a morir
en cruz [10].

»'¿Qué será de mí —me decía— cuando por la ma- 3
ñana aparezca este hombre degollado? ¿A quién pare-
cerá verosímil mi relato, aunque sea la pura verdad?
Podías al menos haber gritado en petición de auxilio 4
si, con ser todo un hombre, no podías resistir a una
mujer. ¿Degüellan a un hombre en tu presencia y te
callas? Además, ¿cómo no fuiste víctima del mismo 5
atentado? ¿Por qué su feroz crueldad perdonó al tes-
tigo del crimen? ¿Acaso buscándose una denuncia?
Bien: antes has escapado a la muerte, ahora vuelve
a ella'.

»Mientras yo daba vueltas a esos pensamientos, la 6
noche se desvanecía ante la llegada del día. Así, pues,
me pareció que la mejor solución era escapar furti-
vamente antes del alba y ponerme en ruta aunque
fuera a tientas. Cojo mi paquetito, introduzco la llave 7
y retiro el pestillo; pero aquella puerta de incorrup-
tible lealtad, que por sí sola había saltado de noche,
a duras penas logra abrirse entonces a fuerza de por-
fiar con la llave.

15. »'Oye, tú, ¿dónde estás? —pregunto—. Ábreme
la puerta del corral; quiero salir antes del alba'. El
portero, acostado en el suelo de la entrada y todavía
medio dormido, me dijo: '¿Qué? ¿Ignoras que los ca- 2
minos están infestados de atracadores, para ponerte
en ruta a tan altas horas de la noche? Si tienes algún
crimen sobre tu conciencia y quieres morir, mi cabe-

[10] Suplicio reservado a las clases sociales más humildes.

3 za no es una calabaza para morir en tu lugar'. 'No
falta ya mucho para ser de día —le contesto—. Ade-
más, ¿qué pueden quitar los salteadores al más pobre
de los viajeros? ¿Ignoras acaso, imbécil, que ni diez
4 atletas pueden desvalijar al que va desnudo?'. Enton-
ces el portero, cayéndose de sueño y medio incons-
ciente, dando media vuelta, dijo: '¿Quién me asegura
que no pretendes darte a la fuga después de degollar
a tu compañero de viaje, al hombre aquel que anoche
acompañaste aquí?'.

5 »En aquel momento, me parece recordarlo todavía,
vi la tierra abrirse bajo mis pies y, en el fondo del
Tártaro, al Can Cérbero hambriento y dispuesto a
6 devorarme. Y se me ocurrió que sin duda la dulce
Meroe no me había perdonado la vida por compasión,
sino que, por crueldad, me había reservado para la
cruz.

16. »De vuelta, pues, al dormitorio, pensaba en el
procedimiento más expeditivo para quitarme la vida.
2 Como la Fortuna no me había dejado a mano otra
arma que el camastro: 'Querido camastro —dije—,
camastro de mi alma, que has escanciado en mi com-
pañía tantas copas de amargura, tú que conoces y has
3 presenciado lo que esta noche ha pasado aquí, único
testigo que puedo citar en defensa de mi inocencia,
proporcióname una arma saludable para volar a los
4 infiernos'. Al propio tiempo me pongo a desenredar la
cuerda que formaba la red del camastro; ato uno de
sus extremos sobre una vigueta que, bajo la ventana,
sobresalía hacia el exterior; por la otra punta hago un
fuerte nudo; luego, subiendo sobre la cama y estirán-
dome para asegurar mi muerte, introduzco el cuello
5 en el lazo. Pero, al empujar con el pie el punto de
apoyo con el fin de que el propio peso apretara la
6 soga al cuello y me cortara la respiración, inesperada-

mente se rompe la cuerda, ya vieja y apolillada; yo caigo en el vacío, justo encima de Sócrates, que yacía junto a mí, y ruedo al suelo con él.

17. »Y he aquí que el portero, en ese preciso
momento, irrumpe en el departamento gritando desa-
foradamente: '¿Dónde estás, tú que a altas horas de
la noche tenías tanta prisa por salir y ahora estás
roncando entre las mantas?'.
»Entonces, despertándose tal vez por el golpe de mi 2
caída, tal vez por los gritos ensordecedores de aquel
hombre, Sócrates es el primero en levantarse y dice:
'No en vano detestan todos los viajeros a tales meso-
neros. Este impertinente entra aquí en el momento 3
más inoportuno, sin duda por afán de robar algo, y
con sus clamorosos chillidos, cuando más cansado
estoy, me saca del más profundo de los sueños'.
Me levanto alegre y feliz, rebosando de esta felici- 4
dad inesperada. 'Aquí tienes, portero incorruptible,
aquí tienes a mi compañero y hermano, al que esta
noche, según tus calumnias en medio de la borrachera,
yo había dado muerte'. Y mientras se lo decía, besaba
y abrazaba a Sócrates. Pero él, captando el olor nau- 5
seabundo con que me habían infectado las brujas
aquellas, me rechaza duramente: 'Fuera de aquí, as- 6
queroso, hueles peor que la más inmunda cloaca'. Y se
pone a indagar con interés la marca del perfume aquel.
Pero yo, inventando en buena hora una broma absur- 7
da, para distraerlo y cambiar de tema, le echo la mano
encima diciendo: '¿Por qué no nos vamos y disfruta- 8
mos el encanto de una marcha matutina?'.
»Cojo mi paquetito, pago al mesonero el importe
de nuestra estancia y emprendemos la ruta.

18. »Habíamos caminado un buen trecho; el sol acababa de salir y lo iluminaba todo con sus rayos.

Yo examinaba con curiosa atención el cuello de mi compañero por el lado en que había visto clavarle la
2 espada, y me decía a mí mismo: 'Necio de ti, has debido de estar sumido bajo los efectos del vino para
3 soñar tales disparates. Ahí tienes a Sócrates intacto, sano y salvo. ¿Dónde está la lesión? ¿Dónde la esponja? ¿Dónde, finalmente, la huella de tan profunda y
4 reciente herida?'. Y, dirigiéndome a él: 'No en vano —le dije— afirman médicos dignos de crédito que un estómago atiborrado de comida y bebida sueña con tra-
5 gedias y pesadillas; así yo, por no haber tenido ayer cuidado en el beber, pasé una noche espantosa representándome cuadros horribles y truculentos; aún ahora me figuro salpicado y manchado de sangre humana'.

6 »Él, entonces, sonriendo, replicó: 'No, hombre; de
7 sangre, no; di, más bien, de un líquido infecto. Por mi parte, también he soñado: creía que me degollaban; me dolía aquí, en el cuello, y pensaba que me arrancaban el corazón; y aún ahora se me corta la respiración, me tiemblan las piernas, pierdo el equilibrio y siento necesidad de comer algo para reanimarme'.

8 »'Toma, aquí tienes a punto el desayuno —le digo descolgando la alforja de mi espalda; le ofrezco rápidamente pan con queso, y añado—: Sentémonos junto a este plátano'.

19. »Hecho esto, tomo yo también un bocadillo igual y, cuando estaba observando el excelente apetito que él tenía, veo que su cara se desencaja, que se desmaya y se pone pálido como un boj.

2 »Hasta tal punto había cobrado un color cadavérico, que, asustado e imaginándome otra vez a las brujas
3 de la noche, se me atravesó en la garganta el primer bocado de pan, aunque menudo del todo, y no lo podía
4 hacer pasar ni en un sentido ni en otro. Y lo que col-

maba mi pánico era la falta de transeúntes[11]. ¿Quién 5
iba a admitir la muerte de uno de los dos compañeros
sin la culpabilidad del otro?

»Sócrates, no obstante, tras ventilar abundante co- 6
mida, empezaba a sentir una sed irresistible; había 7
devorado con avidez la mitad del delicioso queso, y,
no muy lejos del pie del plátano, se deslizaba suave
y perezosamente un arroyo tan apacible como un lago,
cuyo colorido competía con el de la plata o el vidrio.
'Oye —le digo—, sacia tu sed con las puras aguas de 8
esta fuente'. Se pone de pie, busca un punto en la
orilla al nivel del agua, se arrodilla y, sediento, se
inclina para beber. Apenas había tocado con la punta 9
de los labios la superficie del agua, cuando la herida
de su cuello se abre en profunda brecha y sale por ella
de repente la esponja acompañada de una ligera hemo-
rragia. Su cuerpo inánime se hubiera desplomado so- 10
bre el río si yo no lo hubiera retenido por un pie y
arrastrado a duras penas sobre la orilla. Allí, después 11
de llorar a mi pobrecito compañero, como aconseja-
ban las circunstancias, lo cubrí de una tierra arenosa,
su eterna morada en la proximidad del río. En cuanto 12
a mí, tembloroso y en extremo preocupado por mi
suerte, emprendí la huida por caminos apartados y
solitarios; como si tuviera sobre mi conciencia un asesinato, abandoné mi patria y mi hogar en busca de un destierro voluntario. Ahora vivo en Etolia, donde he contraído nuevo matrimonio.»

20. He ahí la historia de Aristómenes. Pero su compañero, que ya desde el principio se había obstinado en no dar crédito a sus palabras, persistía en

11 Ante la posible muerte de Sócrates, Aristómenes quería tener algún testigo para descartar la sospecha de asesinato por su parte.

2 su actitud: «Nada más fabuloso —le dice— que esta
fábula; nada más absurdo que esta mentira». Y, diri-
giéndose a mí, me dice: «¿Y tú, tú que tienes aspecto
y modales de persona culta, te crees este cuento?».
3 «Yo, ciertamente —le contesto—, opino que no hay
nada imposible; que todo en la vida de los mortales
4 discurre según decretos del destino: a mí, a ti, a todos
los hombres nos ocurren muchas cosas extrañas y
poco menos que inauditas: si se las cuentas a un igno-
5 rante, no te cree. Por mi parte, doy crédito, te lo juro,
a las palabras de tu compañero y le quedo muy agra-
decido por habernos distraído con el encanto de una
preciosa historia; yo, al menos, he recorrido esta ruda
6 y larga cuesta sin cansarme ni aburrirme. Creo que
hasta mi *caballería se felicita de esta suerte,* pues he
llegado, sin cansarla, a la puerta de la ciudad cabal-
gando, no sobre su lomo, sino sobre mis propios
oídos».

21. Aquí termina nuestra conversación y nuestro
viaje en común. Pues mis dos compañeros giraron a la
izquierda, hacia una humilde casa de campo próxima.
2 Yo, dirigiéndome a la primera hospedería que en-
contré, *pregunto directamente* a la cantinera —una
mujer ya mayor—: «¿Es Hipata esta ciudad?». Dice
3 que sí con una inclinación de cabeza. «¿Conoces a
Milón, uno de los primeros ciudadanos?». Se echó a
reír, diciendo: «Sin la menor duda, Milón, aquí es el
primero, y vive fuera del recinto de la aglomeración
4 urbana». «Déjate de bromas, excelente abuela, y dime,
por favor, quién es y dónde vive». «¿Ves —contesta—
allá al fondo, aquellas ventanas abiertas que miran
hacia la ciudad, y, del otro lado, una puerta que en
5 sentido opuesto da a la callejuela próxima? Allí vive tu
Milón, persona de mucho dinero y ricas posesiones,
pero de mala fe por su extrema avaricia y su misera-

ble tacañería; practica la usura con bonito interés, 6
garantizando sus operaciones con hipotecas en oro y
plata. Confinado en su humilde hogar y siempre pendiente de su pasión por el dinero, allí vive con una
esposa que comparte su miseria. No tiene más que 7
una sola y única sirvienta y va siempre vestido como
un mendigo».

Ante tal retrato, me echo a reír, diciendo: «Mi 8
amigo Demeas ha velado por mí con previsora bondad, cuando, al partir, me recomendó a tal personaje: un huésped en cuya mansión no habría de temer ni el humo del hogar ni el olor de la parrilla».

22. Y, hablando así, recorro el corto trayecto y me
acerco a la entrada, cuya puerta estaba sólidamente
cerrada con buen cerrojo; doy golpes, llamo. Por fin 2
sale una jovencita y me dice: «Oye tú, que tan estrepitosamente has golpeado a la puerta, ¿qué garantía ofreces por el empréstito? ¿Serías acaso el primero en ignorar que aquí no se presta a no ser con el em-
peño de oro y plata?». «No seas tan mal pensada —le 3
contesto— y dime más bien si tu amo está en casa».
«Sí —añade—; pero ¿cuál es el motivo de tu visita?».
«Le traigo una carta que le manda Demeas, de Corin- 4
to». «Mientras te anuncio —dice—, espérame ahí, don-
de estás». Sin terminar de hablar, corre otra vez el 5
cerrojo y se dirige al interior. Al cabo de un instante
vuelve y abre diciendo: «Te manda pasar».

La sigo y lo encuentro recostado en un mísero ca- 6
mastro, a punto de empezar a cenar. A su lado estaba 7
sentada su mujer [12]. La mesa estaba lista, pero sin

[12] Normalmente, los hombres comían acostados y las mujeres sentadas a su lado, como puede comprobarse en varias representaciones iconográficas. Sin embargo, esa costumbre ya no se observaba en el Imperio con mucho rigor (Valerio Máximo, II 1, 2).

nada encima; señalándola: «He ahí —me dice— la
8 hospitalidad que puedo ofrecer». «Muy bien», le digo,
y a la vez le entrego la carta de Demeas. Tras ojearla
rápidamente, añade: «Encantado con que mi querido
Demeas me haya enviado un huésped tan distinguido».

23. Y, pronunciando esas palabras, invita a su mu-
jer a cederme el sitio y a mí a sentarme en su lugar;
como yo, por cortesía, no me daba prisa, él cogió la
orla de mi manto para ayudarme: «Siéntate —dice—
2 a mi lado. Pues el miedo a los salteadores no nos per-
mite adquirir sillas y un mobiliario adecuado». Así lo
3 hice. Y prosiguió: «De tus elegantes modales y de tu
compostura verdaderamente virginal yo podría ya de-
4 ducir sin más la nobleza de tu estirpe, aunque la
carta de mi amigo Demeas no proclamara tus méritos.
No menosprecies, por favor, la modestia de mi hu-
5 milde choza. Mira, el dormitorio inmediato será tu
digna habitación. Séate grata la estancia entre nos-
6 otros. Pues mi casa será en adelante una casa grande
por verse honrada con tu presencia; y será para ti un
título de gloria el haber sabido imitar, contentándote
con mi modesta morada, las virtudes del gran Teseo,
el homónimo de tu padre, que no desdeñó la humilde
7 hospitalidad de la anciana Hecale» [13]. Después, llaman-
do a la joven sirvienta: «Fotis —le dice—, encárgate
del equipaje de nuestro huésped y colócalo en lugar
8 seguro en esa habitación; a la vez, saca en seguida
del armario aceite para la loción, toallas para secarse,
todo lo necesario para el aseo, y acompaña a mi hués-
ped al baño más próximo; debe de estar cansado por
el duro y largo viaje».

[13] Hecale fue una humilde campesina que acogió maternalmente a Teseo cuando éste se dirigía a combatir el toro de Maratón (PLUTARCO, *Teseo* 14).

24. Al oír esas palabras, teniendo en cuenta el ca-
rácter y tacañería de Milón y deseando granjearme más
a fondo su simpatía: «No necesito nada —le digo—;
todos esos enseres de aseo me acompañan siempre
en mis viajes. En cuanto al balneario, me será fácil 2
preguntar por él. Mira, lo más esencial con mucho
para mí es mi caballo, que me ha traído valientemente
hasta aquí; toma, Fotis, estas monedas; cómprale heno
y cebada».

Arreglado este asunto y dispuestas mis cosas en la 3
habitación, me dirijo yo mismo al baño, con la pre-
caución de pasar antes por el mercado para abaste-
cernos [14] de alimentos. Veo allí en venta un delicioso 4
pescado; pregunto el precio; me dicen que cien sester-
cios; hago ademán de dejarlo y lo saco por veinte de-
narios [15]. Justamente, al salir de allí, me encuentro con 5
Pitias, mi condiscípulo de Atenas; quedó un poco pa-
rado al reconocerme, me asaltó efusivamente y, entre
besos y abrazos: «Querido Lucio —dijo—, hace un 6
siglo que no nos hemos visto; por Hércules, desde que
dejamos la escuela de Clitio. ¿Cuál es el motivo de 7
este viaje?». «Mañana lo sabrás —le contesto—. Pero,
¿qué es esto? Mi enhorabuena. Te veo con ordenan-
zas, con *fascios*, con todo el boato propio de un
magistrado». «Estoy encargado de la sección de abas- 8
tos, soy edil [16]. Si te apetece algo, lo tendrás en segui-
da». Le doy las gracias: había asegurado suficiente-
mente mi cena con la compra del pescado. Pero Pitias, 9
al ver mi cesta y sacudirla para ver mejor el pescado:

---

14 «Abastecernos», en plural, porque el héroe piensa también en su esclavo.

15 Un denario valía cuatro sestercios; el comprador se llevó, pues, la mercancía por ochenta sestercios en lugar de los cien que pedía el comprador.

16 Por lo que aquí se dice, se ve que las funciones de este edil venían a coincidir con las de un inspector de abastos.

«¿Cuánto —me pregunta— te han costado estos boquerones?». «Me costó trabajo —le digo— para sacárselos al pescadero por veinte denarios».

25. Al oírme, me coge del brazo en el acto y, metiéndome de nuevo en el mercado: «¿A quién —me
2 dice— has comprado aquí este saldo?». Le señalo a
un pobre viejo, sentado en un rincón. Inmediatamente,
con sus prerrogativas de edil, increpándolo con la ma-
3 yor rudeza: «Ahora —dice— ya no tenéis consideración
ni para nuestros propios amigos ni, en general, para
ningún forastero; ponéis un alto precio al pescado
más ruin y, con la carestía de los víveres, reducís
esta ciudad, la flor y nata de Tesalia, a la condición
4 de un desierto o de un picacho solitario. Pero ello no
pasará impunemente. Yo me encargaré de mostrarte,
bajo mi administración, cómo se ha de reprimir a los
desaprensivos». Y, vaciando en el suelo la cesta, manda
a su oficial pisotear los pececillos y triturarlos todos
5 hasta el último. Después, satisfecho de su severidad,
mi amigo Pitias me invitó a salir : «Querido Lucio, me
conformo con dar una lección como ésta al pobre
viejo».
6 Consternado y estupefacto por esta escena, vuelvo
a emprender el camino del balneario, viéndome ya,
por obra y gracia de mi listo condiscípulo, sin dinero
y sin cena; después del baño regreso a casa de mi
huésped y me retiro a mi habitación.

26. Se me presenta entonces Fotis y me dice: «Tu
huésped pregunta por ti». Pero, enterado ya del régi-
men de abstinencia de Milón, me disculpé cortésmen-
te; para disipar el cansancio del viaje me parecía más
2 conveniente el sueño que el alimento. Cuando recibe
el recado, viene él personalmente y, echándome la
mano encima, trata amablemente de arrastrarme. Yo

me hago rogar, resistiéndome por cumplido: «No me
iré —dice— si no me acompañas». Lo dice y lo jura; 3
su obstinación me obliga ya a obedecer; él me lleva,
a pesar de mi resistencia, hasta su camastro, donde
me hace sentar: «¿Cómo está —dice— nuestro amigo
Demeas?, ¿y su mujer?, ¿y sus hijos?, ¿y toda la gente
de su casa?». Le doy noticias detalladas de todo. Se 4
informa luego con mucho interés del motivo de mi
viaje. Cuando se lo hube explicado con exactitud, se 5
pone a interrogarme muy minuciosamente sobre mi
patria, sobre las principales familias de mi país y
hasta sobre el mismísimo gobernador. Se dio cuenta 6
de que al cansancio de un duro viaje se estaba aña-
diendo ahora la fatiga de una prolongada conversa-
ción; que yo me quedaba dormido en medio de una
palabra, que intentaba en vano un vago balbuceo sin
lograr articular por mi estado de postración; enton-
ces, por fin, me permite retirarme a dormir. Acabé por 7
escapar a ese viejo impertinente, anfitrión locuaz y
famélico; me pesaban los ojos por efecto del sueño,
no el estómago por efecto de la cena, pues mi cena
había consistido únicamente en cuentos; y, entrando
en mi habitación, me entregué al anhelado descanso.

LIBRO II

Primera salida de Lucio por la ciudad: encuentro casual con su aya Birrena; advertencias que ésta le hace (1-5). — Lucio conquista a Fotis, la sirvienta de su huésped Milón (6-17). — Birrena invita a Lucio a cenar en su casa: historia de Telifrón; una velada fúnebre (18-31). — Grave incidente al regresar Lucio a casa de Milón: topa con tres maleantes, a los que da muerte (32).

1. En cuanto se disipó la noche y el sol trajo un nuevo día, desperté y salté de la cama, impaciente y lleno de curiosidad por conocer cosas raras y maravi-
2 llosas. «Heme aquí —pensaba— en el corazón de Tesalia, la tierra universalmente célebre como cuna de la magia y de los encantamientos; en el recinto de esta ciudad ocurrió la aventura aquella de mi excelente compañero Aristómenes». Suspenso así entre la impaciencia y la curiosidad, observaba cada cosa con
3 el mayor interés. Nada de cuanto veía en la ciudad me parecía ser lo que aparentaba; todo se me figuraba
4 alterado y transformado por una fórmula infernal: si veía una piedra, me imaginaba que era un hombre petrificado; si oía aves, también eran personas cubiertas de plumas; los árboles que rodeaban el recinto de la ciudad eran igualmente personas cargadas de follaje; las aguas de las fuentes manaban de algún
5 cuerpo humano. Creía que en cualquier momento las

estatuas e imágenes echarían a andar, que las paredes se pondrían a hablar, que los bueyes y otros animales análogos anunciarían el porvenir, que del propio cielo y de la órbita radiante del sol bajaría de pronto algún oráculo.

2. Con esta obsesión, o, mejor dicho, con esta fie-
bre producida por el deseo que me atormentaba, lo
iba recorriendo todo sin descubrir no obstante el más
leve indicio o el menor rastro de mis sueños. Como 2
quien se ha entregado a los excesos del vino, yo iba
rondando de puerta en puerta, cuando, de pronto y 3
sin saber cómo, me encuentro en el mercado; y he
aquí que en ese preciso instante pasaba una señora
acompañada de nutrida servidumbre; acelero el paso
para alcanzarla; el oro de sus alhajas y de su indu- 4
mentaria —como engarce en un caso, como tejido en
el otro— anunciaba ciertamente una gran dama.

A su lado iba un anciano, cargado de años, que al 5
verme: «Sí, por Hércules —dice—, es Lucio». Y me 6
da un beso. Acto seguido susurra al oído de la señora
unas palabras que no pude captar: «¿Qué esperas
—añade— para acercarte a saludar a tu madre?».
«No me atrevo —contesto—, no conozco a esta seño- 7
ra». Sin más, todo sonrojado, me quedo cabizbajo e
inmóvil. Pero ella, volviendo sobre mí su mirada: «He 8
ahí —dice— el sello de familia, la modestia de la
dignísima Salvia, su madre; y en todos sus rasgos
físicos es un maravilloso y vivo retrato suyo: estatura 9
proporcionada, musculosa esbeltez, color matizado,
cabellera rubia y sin artificios, ojos azules, pero des-
piertos y con la viva mirada del águila, un rostro con
la lozanía de la flor, un porte lleno de gracia y natu-
ralidad».

3. Luego, añadió: «Soy yo, querido Lucio, quien
con mis manos te acogí al nacer. ¿Cómo no, unida
como estaba a tu madre por los lazos de la sangre y
2 del común alimento? Efectivamente, ambas somos de
la familia de Plutarco, juntas nos criamos con la leche
de la misma nodriza y juntas crecimos conviviendo
como hermanas. Sólo nos separa la posición social:
pues tu madre se casó con un hombre de brillantísima
3 carrera, yo con un simple ciudadano. Yo soy aquella
Birrena, cuyo nombre tal vez recuerdes haber oído
pronunciar a menudo entre los encargados de tu edu-
4 cación. Acepta, pues, con confianza mi hospitalidad;
mejor dicho: toma posesión de tu propia casa».
5 Durante este discurso tuve tiempo de disipar mi
sonrojo: «De ninguna manera —le digo—; no podría
abandonar la hospitalidad de Milón sin que haya nin-
gún motivo de queja; pero en todo lo que no esté
reñido con los deberes de la cortesía, me tendrás total-
mente a tu lado. Cuantas veces tenga ocasión de volver
por aquí, no dejaré de parar en tu casa».
6 Mientras intercambiamos estas y otras palabras del
mismo estilo, recorremos apenas unos pasos y llega-
mos a la casa de Birrena.

4. El atrio era una verdadera preciosidad: en cada
uno de sus cuatro ángulos se elevaban sendas colum-
2 nas rematadas con estatuas de la Victoria. La diosa,
con las alas desplegadas, no caminaba, sino que rozaba
ligeramente con las plantas sonrosadas de sus pies el
inestable punto de apoyo de una esfera en movimiento;
no descansa en equilibrio, más bien parece emprender
3 el vuelo. Un mármol de Paros, cincelado con los rasgos
de Diana, ocupa exactamente el centro de la estancia;
era una obra de radiante perfección: la diosa, con su
túnica desplegada al viento y en viva carrera, parecía
salir al encuentro de los visitantes; su majestad inspi-

raba veneración. Unos perros forman a ambos lados 4
su escolta; también los perros eran de piedra; tenían
una mirada amenazadora, las orejas tiesas, las fosas
nasales dilatadas, la boca dispuesta a devorar; si en la
vecindad se dejaba oír algún ladrido, te figurarías que
salía de aquellas fauces de mármol. El maravilloso 5
escultor aquel se había superado a sí mismo en un
detalle: mientras los perros, erguidos de cuerpo y
cuello, descansan en sus patas traseras, parecen correr
con las delanteras. A espaldas de la diosa se yergue 6
una roca en forma de gruta con musgo, césped, hojas,
varitas, pámpanos por aquí, arbustos por allí, una ver-
dadera flora nacida en la piedra. En el interior de la 7
gruta destaca la sombra de la estatua sobre la blan-
cura del mármol. En la cornisa de la roca cuelgan
frutas y racimos de tan acabada perfección, que el
arte, compitiendo con la naturaleza, supo crearlos con
el mismo aparente realismo. Se diría que, cuando el 8
otoño, con su aroma de mosto, los acaricia para darles
el color de la madurez, se podrían recoger y comer;
y, si uno se inclinaba para ver la fuente que mana en 9
suave ondulación a los pies de la diosa, se imaginaba
que, como a los racimos colgados de la viña en el
campo, tampoco a éstos les falta siquiera la ilusión
del movimiento entre otros detalles de realismo. En 10
medio de la enramada, un Acteón de piedra se adelanta
hacia la diosa con indiscreta mirada; medio cambiado
ya en ciervo, se le ve a la vez en la piedra de la roca
y en el agua de la fuente acechando la entrada de
Diana en el baño [17].

---

[17] El cazador Acteón había sorprendido a Diana bañándose; como castigo de su indiscreción, la diosa lo metamorfoseó en ciervo e hizo que lo devoraran sus propios perros (OVIDIO, *Metamorfosis* III 131-252).

5. Mientras examino estos detalles y me deleito a
mis anchas: «Todo cuanto ves —dice Birrena— es
tuyo». Y, al mismo tiempo, ordena que se retiren
2 todos los demás para charlar a solas conmigo. Cuando
salieron todos, me dice: «Por esta diosa aquí presente,
oh querido Lucio (pues me tienes gravemente preocu-
pada y deseo prevenirte a tiempo como a un hijo que-
3 rido), estáte alerta, pero muy alerta, para no sèr víc-
tima de las peligrosas mañas y los criminales atracti-
vos de Pánfila, la mujer de Milón, de quien, según
4 dices, eres huésped. Se la tiene por una hechicera de
primer orden y una maestra en toda clase de encan-
tamientos sepulcrales. Le basta soplar sobre unas sim-
ples varitas, unas menudas piedras u otras chucherías
por el estilo, para sumergir toda la luz de este mundo
sideral en el fondo del Tártaro y el antiguo Caos.
5 »En cuanto ve a un joven bien parecido, se ena-
mora de su belleza y ya no tiene ojos ni corazón a no
6 ser para él. Le prodiga caricias, conquista su simpatía
y lo encadena para siempre con los lazos de un amor
7 insaciable. Luego, a los menos complacientes y a los
que, por su frialdad, caen en desgracia, en un abrir y
cerrar de ojos los transforma en piedras, en borregos
o en un animal cualquiera; otros en cambio son lim-
8 piamente eliminados. Ya ves lo que me inquieta en tu
caso y me decide a ponerte en guardia. Pues la llama
del amor jamás se extingue en su corazón, y con tu
juventud y tu hermosura eres buen partido para ella».
Así me habló Birrena, sensiblemente angustiada.

6. Pero yo, con mi curiosidad habitual, en cuanto
oí nombrar el objeto permanente de mis deseos, es
decir, el arte de magia, lejos de ponerme en guardia
2 ante Pánfila, sentí al contrario el vivo y espontáneo
deseo de ingresar, al precio que fuera, en tal escuela
y precipitarme a sabiendas y de un salto en pleno

abismo. Apresuradamente y perdiendo la cabeza me 3
libero de la mano de Birrena como de una importuna
atadura, le digo un rápido adiós y corro en un vuelo
al domicilio de Milón. Acelerando el paso como un 4
loco: «Bueno, Lucio —me decía—, ten mucha vista
y no te distraigas. Ahí está la ocasión soñada; tu viejo 5
anhelo se realiza: podrás saciar tu pasión por los
cuentos maravillosos. Deja a un lado los temores in- 6
fantiles, enfréntate decididamente y cara a cara con
la realidad. No te enredes en ninguna intriga amorosa
con la patrona que te hospeda; respeta religiosamente
el lecho nupcial del honrado Milón; sin embargo, pue-
des lanzar toda tu artillería contra la sirvienta Fotis:
pues es bonita, salada y vivaracha. Anoche todavía, 7
cuando te caías de sueño, te acompañó amablemente
al dormitorio, te arregló con cariño en la cama, te
arropó con evidente ternura y, después de besar tu
frente, se veía en sus ojos con qué sentimiento se reti-
raba; y, finalmente, volviéndose muchas veces, se pa-
raba a mirarte. Acompáñete la suerte y, aunque la 8
aventura sea arriesgada, hay que intentar la conquista
de Fotis».

7. Deliberando así en mi fuero interno, llego a la
puerta de Milón, y, como dice el proverbio, me adhiero
a mi propia opinión. No encuentro en casa ni a Milón
ni a su esposa, sino únicamente a mi querida Fotis:
preparaba para los amos un plato de embutido tro- 2
ceado y picadillo de carne cocida en la propia salsa;
por lo que el olfato daba ya a entender, un guiso de
lo más sabroso. La muchacha, lindamente vestida, con 3
una túnica de lino, ceñida con un cinturón rojo oscuro
casi a la altura de los pechos, daba con sus preciosas
manos vueltas y más vueltas a la sartén; al compás
de este rápido movimiento circular, bailaba todo su
cuerpo con suave deslizamiento de los miembros y

contoneándose en las más vivas y graciosas ondula-
ciones sus vibrantes caderas y hasta la espalda en toda
4 su extensión. Ante tal espectáculo quedé inmóvil,
asombrado, embelesado. Mis sentidos, tranquilos hasta
5 entonces, se inflamaron al instante. Por fin le dirijo
la palabra: «¡Qué gracia y salero tienes, querida Fotis,
para armonizar el movimiento del puchero y el de tus
6 caderas! ¡Qué delicioso guiso estás preparando! ¡Feliz,
mil veces feliz, quien consiga de ti permiso para meter
la punta del dedo!».

7 Entonces, la simpática y traviesa chiquilla: «Vete
de aquí —me dice—, pobre desgraciado; aléjate lo
más posible de mi fogón. Si te alcanzara la más leve
chispa, te abrasarías hasta la médula de los huesos y
nadie más que yo podría extinguir tu incendio, yo que,
como buena cocinera, sé sacudir con la misma gracia
una olla o una cama».

8. Al hablar así, se volvió hacia mí y se puso a
sonreír. Yo, sin embargo, antes de irme, tuve buen
cuidado de pasar revista de arriba abajo a toda su
2 persona. Pero ¿para qué mencionar otros detalles, si
nunca me he fijado más que en la cabeza y el pelo?
Es lo primero que contemplo en la calle y lo que me
3 deleita posteriormente en casa. Y esta preferencia se
funda en buenas y sólidas razones. Esta parte esencial
del cuerpo, siempre al descubierto y bien visible por
su posición, es la primera que se ofrece a la mirada.
El resto del cuerpo está favorecido por los alegres
colores de un vestido estampado; en cambio, la cabeza
4 tiene un encanto natural. Finalmente, no pocas muje-
res, para lucir su atractivo natural, desechan toda in-
dumentaria, prescinden de todo velo y se complacen
en presentar al desnudo sus encantos, esperando ma-
yor éxito del sonrosado color de su cutis que del oro
5 de sus trajes. Y, al contrario (voy a decir una horrible

blasfemia que ojalá nunca se vea realizada), por extra-
ordinaria que sea la hermosura de una mujer, si se le
corta el pelo al rape y se le priva del natural esplen-
dor de su rostro, ya puede haber bajado del cielo, ser 6
hija del mar criada entre las olas; ya puede ser la
propia Venus rodeada por el cortejo en pleno de las
Gracias, escoltada por un enjambre de Amores, ceñida
de encantos, exhalando el perfume del cinamomo y
destilando bálsamo: si está calva, no podrá gustar ni
a su pobre Vulcano.

9. ¿Qué hay comparable al delicioso colorido de
una cabellera? Su brillo se acentúa a medida que se
ilumina: refleja los rayos del sol concentrándolos o,
al contrario, amortiguando su luz para matizar colo- 2
res opuestos entre sí; unas veces resplandece como el
oro para ir difuminándose hasta alcanzar el tono mate
de la miel; otras veces, un negro azabache compite
con las medias tintas azuladas de un cuello de paloma.
Y cuando se perfuma el cabello con esencia de Arabia 3
y, con los dientes de un delicado peine, se arregla en
forma de cola, es para el enamorado como una especie
de espejo donde le gusta contemplar la propia imagen.
¿Qué más? Otras veces, en gruesas trenzas, el pelo 4
sirve de remate a la cabeza, o, libremente suelto, cubre
la espalda en amplia cascada. En una palabra, el arre- 5
glo del peinado es tan esencial, que ya puede una mu-
jer presentarse cargada de oro, de bellos ropajes, de
piedras preciosas y todos los demás inventos de la
coquetería; a pesar de ello, si no se distingue por su
peinado, nunca podrá pasar por mujer elegante.

Mi querida Fotis no había estudiado su peinado; y 6
no obstante, su pelo desordenado era un encanto más.
Pues su nutrida cabellera, suavemente echada hacia 7
atrás y atada con un lazo sobre la coronilla, caía luego
a lo largo de la nuca hasta cubrirle el cuello y termi-

nar gradualmente en graciosos bucles que le rozaban el borde de la túnica.

10. Ya no pude aguantar más el suplicio de tan encendida complacencia; me incliné sobre ella, y en el punto preciso en que el pelo sube a enlazarse sobre la coronilla, le apliqué el más dulce de los besos.
2 Ella entonces, volviendo la cabeza y guiñándome el ojo con mirada arrebatadora: «Oye, tú, estudiantillo —me dice—, estás saboreando una fruta agridulce. Ten cuidado: la dulzura de esta miel puede acarrearte eterna amargura de hiel».
3 «¿Qué quieres decir, encanto? —le pregunto—. Yo estoy dispuesto, reconfortado antes con un beso tuyo, sólo uno, a dejarme asar, extendido en esa hoguera». Y, al decírselo, la estreché más fuertemente en mis
4 brazos y la cubrí de besos. Mi pasión despertó su ternura y pronto correspondió a mi amor con idéntico cariño. Sus labios entreabiertos exhalaban un delicioso aroma, un néctar de amor que me embriagaba:
5 «Me muero —le digo—, mejor dicho, ya estoy muerto
6 si no te compadeces de mí». En esto, ella, besándome una vez más: «Ten confianza —me dice—, comparto tus sentimientos; soy tu esclava, y nuestra pasión no habrá de esperar demasiado. A la hora de encender las lámparas, acudiré a tu habitación. Vete, pues, y prepárate; pasaremos la noche entera en animosa y alegre liza».

11. Con el intercambio de estas palabras y otras fórmulas cariñosas, nos despedimos. Sobre el mediodía, Birrena me envía, como regalos de bienvenida, un cerdo bien cebado, cinco pollitos y un cántaro de
2 exquisito vino añejo. Llamé entonces a Fotis y le dije: «He aquí a Baco que espontáneamente se ofrece para animar a Venus y prestarle sus armas. Hemos de beber

este vino hasta la última gota para que ahogue la
cobardía del recato y comunique alegre vigor a nues-
tro amor. El navío de Venus no necesita más abaste- 3
cimiento que éste; para pasar una noche en vela, ha
de abundar el aceite en la lámpara y el vino en la
copa».

El resto del día fue dedicado al baño y después a 4
la cena. Pues, a invitación del bueno de Milón, había
ocupado mi sitio en su acogedora mesita. Sin olvidar
las advertencias de Birrena, evitaba con las máximas
precauciones la mirada de su mujer, cuyo rostro ins-
piraba a mis ojos el mismo pánico que me inspiraría
el lago Averno. Me vuelvo en cambio continuamente 5
para mirar a la camarera, Fotis, y recobrar así ánimos.
Entretanto, había llegado la noche; Pánfila, mirando
a la lámpara, dice: «¡Qué día de lluvia tendremos
mañana!». Y, al preguntarle su marido cómo lo sabía, 6
contestó que la lámpara se lo estaba anunciando. Milón
se echó a reír, diciendo: «Mantenemos a una ilustre
sibila en esta lámpara: desde su candelero, como ob-
servatorio, contempla todos los fenómenos del firma-
mento hasta la altura del sol».

12. Interviniendo yo entonces: «Ahí no tenemos
—le digo— más que nociones elementales en las artes
adivinatorias. Nada tiene de extraño que esta llama, 2
aunque insignificante y encendida por manos huma-
nas, guarde el recuerdo del otro fuego de mayor mag-
nitud, el fuego celeste que en cierto modo la ha en-
gendrado; nada tiene de extraño, pues, que ella sepa
y nos anuncie con divina presciencia lo que aquel fuego
prepara en las etéreas alturas. Así también estos días, 3
en mi patria, en Corinto, hay un individuo, de nacio-
nalidad caldea [18], que tiene alborotada a toda la ciudad

[18] Los caldeos tenían el monopolio de las artes adivinatorias.

con sus sorprendentes oráculos y se gana la vida
4 divulgando los secretos del destino: señala la fecha
que garantiza un indisoluble matrimonio o una fun-
dación perdurable, la que es apta para una operación
financiera y la que asegura un viaje feliz por vía te-
5 rrestre o marítima. A mí mismo, al preguntarle lo que
me ocurriría en este viaje, me anunció una serie de
cosas altamente maravillosas y muy diversas: que co-
nocería una gloria inmarcesible y que sería el héroe
de una gran historia, de una leyenda inverosímil, de
una obra en varios libros».

13. En esto, Milón se echó a reír, preguntándome:
«¿Qué aspecto tiene el caldeo ese y cómo se llama?».
«Es alto, algo moreno —le contesto—, y se llama Dió-
2 fanes». «El mismo —replica—, no puede ser otro. Tam-
bién aquí, entre nosotros, anunció a no poca gente
muchos oráculos semejantes logrando con ello no un
poco de calderilla, sino crecidas retribuciones, hasta
que la Fortuna le volvió la espalda o, mejor dicho,
interceptó cruelmente la carrera del desgraciado. Efec-
3 tivamente, un día, rodeado de un nutrido corro de
personas, distribuía sus profecías a la galería de espec-
tadores. Entonces se acercó a él un mercader llamado
Cerdón [19]; quería saber la fecha adecuada para cierto
4 viaje. Diófanes había señalado ya el día; Cerdón había
soltado la bolsa, sacado el dinero y contado los cien
denarios para pagar la consulta del adivino; en esto,
un joven de buena familia, acercándose por detrás,
coge al agorero por el manto y, al volverse, lo estrecha
fuertemente entre sus brazos y se pone a besarlo. Dió-
5 fanes, correspondiendo a su efusión, le hace sentarse
a su lado; desconcertado por este encuentro impre-
visto y olvidándose del negocio que estaba realizando

[19] «Cerdón», en griego, significa «ganancioso».

en aquel preciso instante, se dirige al recién llegado:
«¡Cuánto tiempo he suspirado por ti! ¡Por fin has 6
llegado!». «Sí, ayer, al anochecer —replicó el joven—.
Cuéntame tú también, hermano, cómo has realizado
el viaje por mar y por tierra desde que saliste precipitadamente de Eubea».

14. Ante la pregunta, Diófanes, nuestro ilustre
caldeo, sin pensar en nada y fuera de sí todavía, empieza: «¡Recaiga sobre los enemigos de nuestro pueblo
y sobre nuestros enemigos personales un viaje tan
funesto! Una auténtica Odisea. La nave que nos trans- 2
portaba, azotada por el oleaje de las tormentas, tras
perder ambos timones[20], fue arrastrada violentamente
hacia la costa opuesta y luego hundida. Nosotros, después de perderlo todo, logramos a duras penas salvarnos a nado. Lo que pudimos luego reunir gracias a 3
la compasión de personas desconocidas o a la amabilidad de nuestros amigos, todo cayó en manos de una
pandilla de atracadores. Hasta mi único hermano Arignoto, que pretendió rechazar el ataque, cayó, el pobre,
degollado ante mis propios ojos».

Aún estaba él contando su triste historia, cuando 4
ya Cerdón, el mercader, había barrido las monedas
destinadas a pagar el importe de la predicción y se
había dado precipitadamente a la fuga. Y ahora sí que 5
acabó Diófanes por recobrar el sentido y darse cuenta
del desastre en que imprudentemente había incurrido,
sobre todo al ver que todos nosotros, de pie a su alrededor, soltábamos una ruidosa carcajada.

«No obstante, ilustre amigo Lucio, ojalá, en tu caso 6
al menos, tenga razón el caldeo: ojalá te acompañe la
suerte y puedas proseguir el viaje sin tropiezos».

---

20 «Ambos timones»: las medallas y otros documentos antiguos nos muestran con frecuencia dos timones en las popas de las naves.

15. Mientras Milón continuaba charlando sin parar, yo suspiraba en silencio y me maldecía no poco a mí mismo por haber iniciado la serie de cuentos inoportunos, perdiendo así una buena parte de aquella tarde
2 y de su fruta más sabrosa. Finalmente, tragándome la vergüenza, digo a Milón: «Allá se las haya Diófanes con su suerte; que aventure una vez más por tierra o
3 por mar los despojos de las gentes. A mí, molido todavía del viaje de ayer, permíteme retirarme ahora mis-
4 mo a dormir». Dicho y hecho; me dirijo a mi habitación y allí encuentro dispuesta la más linda de las
5 cenas. Se habían tendido las mantas de los esclavos en el suelo, en el rincón más alejado de mi puerta, sin duda para evitar testigos a la juerga nocturna. A mi lecho iba adosada una mesita; encima estaban
6 las sobras de una cena en regla y muy decente y unas copas de respetable tamaño llenas de vino hasta media altura; sólo faltaba añadirles el agua de la mezcla[21]; al lado había una garrafa, cuya boca, destapada a golpes de cincel[22], se abría cómodamente a quien quisiera servirse: en una palabra, el digno aperitivo de la lucha amorosa.

16. Acababa de acostarme, cuando mi querida Fotis, que ya había acostado a la señora, se me acerca, sonriente, con una guirnalda de rosas y con la falda tam-
2 bién llena de pétalos de rosas. Luego, besándome con ternura, ciñéndome la cabeza con una guirnalda y cubriéndome de flores, echa mano a una copa, añade el agua caliente y me la ofrece para que beba; sin

[21] Normalmente, en la Antigüedad no se tomaba el vino puro, sino mezclado con agua; para preparar la mezcla se prefería el agua caliente a la fría.

[22] Las ánforas y vasijas en general se cerraban herméticamente con pez o con yeso. Se destapaban con una herramienta parecida a una hacha (*ascia*) o un cincel.

darme tiempo a apurarla, me la quita suavemente y 3
saborea poco a poco el resto en múltiples y ligeros
sorbos, mirándome con cariño. Una segunda, una ter- 4
cera copa y muchas más van y vienen entre nuestras
manos. En medio de la embriaguez, el desorden de mi
imaginación alcanzaba ya a mis sentidos y a toda mi
persona; quise mostrar a Fotis la impaciencia sobre-
saltada de mi amor: «Ten compasión —le digo—, acude 5
en mi ayuda, date prisa. Ya lo ves, estoy en tensión
desde la primera escaramuza de esta batalla que tú
me declaraste sin intervención del fecial[23]; en cuanto 6
sentí el flechazo del cruel Cupido herirme en lo más
íntimo del corazón, tendí mi arco, y con tal vigor que
temo ver romperse el nervio excesivamente tenso.
Si quieres hacerme plenamente feliz, deja suelta tu 7
cabellera, que tus rizos ondulados caigan libremente,
y dame abrazos cariñosos».

17. Sin demora, Fotis retira al instante la vajilla;
se despoja de todos sus velos y, con el pelo suelto,
en gracioso desorden, deliciosamente transfigurada, se
presentó a mí con los rasgos de Venus avanzando sobre
las olas del mar. Sus encantos quedaban parcialmente 2
en la penumbra sobre el ademán de sus dedos de
rosa; había en ello más coquetería que alarma del
pudor. «Al asalto —dice—, al asalto, y con valor, pues 3
no cederé terreno ni volveré la espalda; adelántate
si eres hombre, y lucha cara a cara; mata o muere:
hoy habrá guerra sin cuartel». Al hablar así, subió 4
a la cama, se recostó poco a poco sobre mí y en rápida
y lasciva agitación de su torso dio con su vaivén plena
satisfacción a mi amor, hasta que, embriagado el espí-
ritu y agotadas nuestras energías, caímos uno en bra-

---

[23] El fecial era un heraldo que los romanos enviaban a la frontera para declarar oficialmente la guerra al enemigo.

zos del otro para confundir nuestras almas mutua-
5 mente rendidas. Estas peripecias del torneo y otras
análogas nos mantuvieron despiertos hasta el amane-
cer; acudíamos al vino de vez en cuando para reani-
mar nuestras fuerzas agotadas, estimular nuestro ardor
y renovar el placer. Con el precedente de este encuen-
tro, organizamos otros muchos de la misma manera.

18. Casualmente, un buen día Birrena pretendió
con mucha insistencia que fuera a cenar a su casa;
aunque yo multiplicaba las disculpas, no accedió a
2 admitirlas. Así, pues, hube de acudir a Fotis y aseso-
rarme de su consejo, como auspicio. Ella, disgustada
de verme lejos, aunque sólo fuera a la distancia de una
pulgada, accedió no obstante amablemente a darme
3 unas breves vacaciones en el servicio del amor. Pero:
«Oye, tú —me dijo— no te distraigas, vuelve pronto
de la cena. Pues una pandilla de locos, jóvenes de las
mejores familias, perturban la tranquilidad pública;
podrás ver, al pasar, gente degollada en plena calle,
y las escasas fuerzas de policía son incapaces de prote-
4 ger a la ciudad contra tan grave desastre. En tu caso,
tu brillante fortuna y, además, el poco miramiento
que se tiene con un forastero pudieran acarrearte una
emboscada».
5 «No te preocupes —le digo—, querida Fotis. Pues,
sin contar que a todos los banquetes del mundo yo
hubiera preferido las delicias de tenerte a mi lado,
además volveré temprano para ahorrarte estos moti-
vos de alarma. Por otra parte, no iré solo y sin escolta.
Pues con la fiel espada que ciñe mi costado, yo mismo
montaré la guardia de mi seguridad personal».

Con dichas precauciones, salgo a cenar.

19. Había allí numerosos invitados y, como es de suponer, con la aristocrática señora estaba la flor y

nata de la ciudad. Mesas lujosas en que resplandece
el alerce y el marfil, lechos cubiertos con tejidos de
oro; grandes copas de un arte tan variado en su ele-
gancia como único en calidad. Aquí, un vidrio artís- 2
ticamente tallado; allí, una cristalería sin el menor de-
fecto; más allá, la plata reluciente y el oro deslum-
brante, el ámbar maravillosamente vaciado y hasta
piedras, para beber: todo lo más inverosímil está allí
reunido. Camareros bastante numerosos, espléndida- 3
mente uniformados, hacían las porciones y servían con
gracia los abundantes platos; unos jovencitos de ri-
zada cabellera[24] y elegante túnica ofrecían continua-
mente vino rancio en piedras preciosas vaciadas para
servir de copa. Ya se traen las luces: la conversación 4
de los comensales se anima; entre ellos se multiplican
las risas, los chistes y las bromas de buen gusto.

Birrena, entonces, me dirige la palabra: «¿Te en- 5
cuentras a gusto en nuestra tierra? Si no me equivoco,
nuestros templos, nuestros baños y demás edificios
públicos dejan muy atrás a los de todas las demás
ciudades; además disponemos de todas las comodida-
des de la vida diaria. Están aseguradas la libertad y 6
la paz; un forastero activo encuentra aquí la anima-
ción de Roma, y un huésped tranquilo, el sosiego del
campo; en una palabra: somos, para la provincia en-
tera, la plácida zona de recreo».

20. Yo añadí en el mismo sentido: «Tienes razón;
por lo que a mí toca, en ningún rincón del mundo creo
haberme sentido más libre que aquí. Sin embargo, me
invade un serio temor ante las invisibles e inevitables
trampas de la ciencia mágica. Pues, según dicen, ni 2

---

24 Esos bellos muchachos, ricamente ataviados, encargados de recibir a los invitados o de servir la mesa, eran un lujo habitual en las grandes familias ya en época republicana.

siquiera está segura la paz de los muertos en sus tum-
bas; al contrario, se acude a los hornos crematorios
y los sepulcros en busca de ciertos residuos y de tro-
zos de cadáveres para trágica perdición de los vivos.
3 Viejas brujas, durante la marcha del fúnebre cortejo,
en rápido vuelo, se adelantan a instalarse en la sepul-
tura ajena».

4 A mis palabras añade un tercero: «Más todavía:
aquí ni para nadie de los vivos hay la menor consi-
deración. No sé quién ha sido víctima de una desven-
tura análoga: lo mutilaron hasta desfigurarle comple-
tamente el rostro».

5 En esto, los comensales, sin excepción, sueltan fran-
cas carcajadas y todos a una vuelven sus miradas
6 sobre un hombre recostado aparte en un rincón. Él,
cohibido ante la insistente mirada de todos, murmuró
unas palabras de despecho e intentó levantarse para
7 salir. «No, querido Telifrón —le dijo Birrena—, espera
un poco y, con tu característica amabalidad, vuelve a
contarnos tu historia, para que también mi hijo Lucio
tenga el gusto de oír tu amena narración».

8 «Tú, señora —replicó él—, tú eres siempre la mis-
ma, muy buena y servicial; pero hay personas cuya
9 insolencia es intolerable». Tal era su excitación. No
obstante, la insistencia de Birrena, que lo apremiaba
y conjuraba por su vida, acabó por vencer su resis-
tencia.

21. Entonces, apilando las mantas para apoyar en
ellas el codo, con el cuerpo medio erguido, extiende
2 la mano derecha en ademán oratorio —esto es, cierra
los dos últimos dedos, mantiene en posición natural
los dos que siguen, y apunta amenazadoramente con
el pulgar—, y con indulgente sonrisa empieza a hablar
Telifrón:

«Era yo todavía menor de edad, cuando salí de 3
Mileto para asistir a los Juegos Olímpicos y visitar,
de paso, estas regiones en que nos hallamos y que
tanto renombre dan a la provincia. Había recorrido
toda la Tesalia cuando, en mala hora, llegué a Larisa.
Iba recorriendo todos los rincones; como mi presu- 4
puesto de viaje tocaba a su fin, acudía a todos los
medios para aliviar mi falta de recursos. Entonces
veo en medio de la plaza a un viejo de elevada esta-
tura. Subido a una piedra, gritaba con voz potente: 5
«¡Quien quiera guardar a un muerto, ponga precio al
servicio!».

»Dirigiéndome a un transeúnte: «¿Qué significa esto? 6
—le digo—. ¿Es frecuente en este país que los muer-
tos escapen?».

»'Cállate —respondió el otro—. Bien se ve que eres 7
un crío o un extranjero de tierras lejanas para ignorar
que te encuentras en Tesalia, donde las brujas desga-
rran corrientemente a mordiscos la cara de los muer-
tos en busca del ingrediente que complementa su cien-
cia mágica'.

22. »Yo pregunto con insistencia: 'Por favor, di-
me: ¿en qué consiste esta guardia fúnebre?'. 'En pri- 2
mer lugar —me contestó— hay que estar en vela toda
la noche ininterrumpidamente, con los ojos bien abier-
tos y sin pestañear clavados sobre el cadáver; no hay
que distraer la mirada sobre ningún otro objeto, ni si-
quiera de reojo. Pues esas malditas brujas, bajo la apa-
riencia de cualquier clase de animal, se deslizan tan
furtivamente que les es fácil burlar hasta la vigilancia
del Sol y de la Justicia; toman en efecto la forma de 3
aves, de perros, de ratas y hasta la de moscas. Luego,
con sus terribles encantamientos, infunden irresistible
sueño a los guardianes. No, nadie podría enumerar los 4
tenebrosos ardides que se inventa la fantasía de esas

5 malditas mujeres. No obstante, por tan peligroso ser-
vicio no se paga más que de cuatro a seis monedas
6 de oro. ¡Ah! Y casi olvidaba un detalle: si por la
mañana uno no entrega el cadáver intacto, todo lo
que en él falte o esté deteriorado, hay que reponerlo
con piezas recortadas de la propia cara'.

23. »Bien informado ya, me armo de viril arrojo
y me acerco decididamente al pregonero: 'Deja ya de
2 desgañitarte —le digo—. Aquí está, a punto, el guar-
dián; a ver tu oferta'.
3 »'Mil sestercios —dice— te están esperando. Pero,
oye, joven, fíjate bien: es el hijo de uno de los prin-
cipales ciudadanos: has de guardar debidamente su
cadáver de esas infames harpías'.
4 »'Déjate de tonterías y puras bagatelas —le repli-
co—. Aquí tienes a un hombre de hierro, que no duer-
me, más penetrante que el propio Linceo o que Argo:
en una palabra, soy todo ojos'.
5 »Aún no había terminado, me acompañó en el acto
a una casa cuya entrada principal estaba cerrada;
me invita a entrar por la puertecita trasera; entramos
en una habitación oscura, por estar cerradas las venta-
nas, y, mostrándome a una señora llorosa y vestida
6 de luto, a cuyo lado se detiene: 'He aquí —dice— a
un hombre que se ha comprometido a guardar fiel-
7 mente el cadáver de tu marido'. Ella, separando hacia
ambos lados los cabellos que le caían sobre la cara
y poniendo al descubierto un rostro de radiante her-
mosura a pesar del dolor, levanta la vista y me dice:
'Por favor, procura cumplir tu misión con la mayor
vigilancia posible'.
8 »'No pases cuidado —le contesto—; preocúpate tan
sólo de preparar una buena propina'.

24. »De acuerdo, pues, ella se levanta y me con-
duce a otra sala, donde estaba el cadáver, cubierto con 2
un espléndido sudario; introduce a siete personas en
calidad de testigos, descubre personalmente al difunto;
reclinada sobre él llora un buen rato y luego, invo-
cando la lealtad de los presentes, les va mostrando,
angustiada, cada miembro según la fórmula adecua-
damente preestablecida; un hombre levanta acta en
las tablillas[25]:

»'Mirad —dice— la nariz: intacta; los ojos, indem- 3
nes; las orejas, bien conservadas; los labios, perfec-
tos; la barbilla, entera.

»'Dad fe de todo ello, honorables Quírites'. En
el acto, se firman las tablillas, y ella se retiraba. Pero 4
yo, llamándola: 'Señora, manda que me traigan todo
lo necesario para el caso'. '¿Qué quieres decir?', repli- 5
ca. 'Una lámpara bastante grande, aceite suficiente
para toda la noche, agua caliente[26] con unas jarras
de vino y un vaso, y una fuente bien arreglada con
las sobras de la cena'.

»Ella, entonces, moviendo la cabeza: 'Vete a paseo, 6
impertinente —me dice—. En las fúnebres circunstan-
cias de esta casa, hablas de comer y reclamas tu parte,
cuando llevamos ya una porción de días sin ver ni el
humo del hogar. ¿Crees acaso que has venido aquí 7
a celebrar un banquete? ¿No sería más oportuno que
te pusieras a tono con las circunstancias de luto y de

---

[25] Las «tablillas» de cera (tablas con revestimiento de cera), con el pergamino y el papiro (ver *supra*, nota 2), hacían para los antiguos el oficio de nuestro papel; las tablillas eran lo más económico y usual para escritos de poca extensión. Si se usaban para redactar un documento, se aplicaban una sobre otra, de manera que quedara tapada la escritura, y se cosían con un hilo lacrado y sellado para asegurar la inviolabilidad del documento. Según el número de tablillas encuadernadas se formaba un díptico o un tríptico.

[26] Recuérdese lo dicho anteriormente en la nota 21.

8 lágrimas?' Pronunciando esas palabras, se volvió hacia
una joven sirvienta y le dijo: 'Mirrina, tráele rápida-
mente una lámpara y el correspondiente aceite; luego,
encierra al guardián y salte en seguida de la habita-
ción'.

25. »Me quedé, pues, solo en compañía del cadá-
ver, me froté los ojos, armándome contra el sueño, y
me puse a cantar para animarme.
2 »Ya había llegado el crepúsculo de la tarde, luego
la noche verdadera, luego la noche tenebrosa, después
las altas horas de la noche y por fin la noche profunda
3 y silenciosa. Mi pánico se iba acumulando por mo-
mentos, cuando, de repente, vi aparecer una coma-
dreja que se detuvo frente a mí y me clavó una mi-
rada tan penetrante, que este diminuto animalito, con
su desproporcionada arrogancia, me causó una autén-
4 tica preocupación. Por fin le llamo la atención: '¿Quie-
res irte, bestia maldita, y esconderte con tus herma-
nas las ratas? ¿O prefieres probar ahora mismo la
violencia de mis golpes? ¿Por qué no te vas?'.
5 »La comadreja da media vuelta y, en un trote, des-
aparece de la estancia. De pronto, un profundo sueño
me hace desvanecerme como si cayera al fondo de un
abismo: ni al propio dios de Delfos le hubiera sido
fácil distinguir, entre los dos que allí estábamos ten-
6 didos, cuál era el verdadero muerto. En actitud incons-
ciente y falto yo mismo de un guardián, estaba allí,
en cierto modo, sin estar.

26. »Ya la región de los gallos rompía con su so-
2 nora orquesta la tregua nocturna. Por fin, despierto
y bajo el más espantoso pánico, corro a ver el cadá-
ver; acerco la luz, descubro la cara y la examino deta-
lladamente según los artículos del contrato; precisa-
3 mente entonces irrumpe la desgraciada esposa, bañada

en lágrimas y acompañada por los testigos del día an-
terior; angustiada, se arroja sobre el cadáver y, tras
muchos y prolongados besos, hace un reconocimiento
perfecto a la luz de la lámpara. Luego, volviéndose,
llama a su administrador, Filodéspoto, y le ordena 4
que, sin demora, pague al excelente guardián; al efec-
tuarse inmediatamente la entrega, ella añade: 'Joven,
te quedamos sumamente agradecidos, y por este con-
cienzudo servicio declaro solemnemente que en ade-
lante te contaremos entre nuestras amistades'.

»Colmado de alegría ante esta inesperada ganancia 5
y extasiado ante las relucientes monedas de oro que
yo hacía sonar repetidas veces en la mano: 'Di más
bien, señora —le contesto—, entre tus servidores, y
cuantas veces necesites mis servicios, no tengas reparo
en darme órdenes'.

»Apenas había concluido la frase, los amigos de la 6
viuda, cargándome de execraciones como a maldito
agorero [27], echan mano a las primeras armas que en-
cuentran y se lanzan tras de mí: uno me golpea las 7
mandíbulas a puñetazos, otro la espalda a codazos,
un tercero me hunde las costillas con mano furibunda;
me dan patadas, me arrancan el pelo, me rasgan la
ropa. Así, como el joven y orgulloso Aonio o el cantor 8
inspirado de Pieria [28], me echan de la casa magullado y
hecho trizas.

27. »Cuando en la calle inmediata, reponiéndome
del susto, caía —demasiado tarde— en el sentido ne-
fasto de mis imprudentes palabras, y reconocía que

---

[27] Al ponerse a disposición de la señora para menesteres como el de la velada fúnebre, Telifrón parecía desear nuevos duelos familiares.

[28] El orgulloso aonio es Penteo, rey de Tebas (cf. *supra*, nota 9); Aonia es el nombre poético de Beocia. El cantor inspirado de Pieria es Orfeo.

bien merecidos tenía aquellos palos y muchos más,
2 he aquí que ya habían concluido las últimas lamen-
taciones y el supremo adiós. El ataúd estaba en mar-
cha. Por tratarse de un personaje aristocrático, las
honras fúnebres eran oficiales y el cortejo pasaba por
3 el foro. Un anciano vestido de negro, triste, deshecho
en lágrimas y arrancándose su noble pelo canoso, sale
al encuentro; abraza fuertemente el ataúd y con voz
potente, aunque entrecortada por los sollozos, excla-
4 ma: 'Ciudadanos, apelo a vuestra buena fe, a la bon-
dad del pueblo: vengad la muerte de un hermano vues-
tro, imponed un duro castigo a esta nefasta y maldita
5 mujer, culpable del mayor de los delitos. Ella es, en
efecto, ella y nadie más, la que ha envenenado a este
desgraciado joven, hijo de mi hermana; y lo ha hecho
para complacer a un adúltero y captar una herencia'.
6 »El anciano aquel, a voz en grito, iba repitiendo
a uno tras otro sus lastimosas quejas. La masa, entre-
tanto, se irritaba y la verosimilitud de los hechos iba
7 ganando adeptos para el acusador. Se oyen voces re-
clamando antorchas, se buscan piedras, se incita a los
chiquillos contra la mujer. Ella, con lágrimas bien
estudiadas, jurando por todos los dioses con la mayor
solemnidad, rechazaba la gravísima acusación.

28. »El anciano entonces replica: 'Remitámonos a la divina providencia para conocer la verdad. Aquí está un egipcio llamado Zatclas, profeta de primer orden. Hace tiempo hemos llegado a un acuerdo él y yo (buenos dineros me ha costado) para sacar del infierno un instante al espíritu del difunto y dar vida a este cadáver, con permiso de la muerte'.
2 »Pronunciadas estas palabras, presenta públicamen-
te a un joven vestido con túnica de lino, calzado con
sandalias de fibra de palmera; su cabeza estaba afei-
3 tada al rape. El anciano colma de prolongados besos

su mano y hasta abraza sus rodillas: 'Piedad —dice—, oh pontífice, ten piedad de nosotros: ¡por los astros del cielo, por las divinidades del infierno, por los elementos del universo, por el silencio de las noches, por los santuarios de Coptos, por los desbordamientos del Nilo, por los misterios de Menfis y por los sistros[29]
de Faros! ¡Que goce un instante de la luz del sol! 4
¡Da un rayo de luz a estos ojos cerrados para siem-
pre! No oponemos resistencia a los designios del des- 5
tino, no negamos a la tierra lo que es suyo; sólo pedimos unos instantes de vida para tener el consuelo de la venganza'.

»El profeta, atendiendo propicio la plegaria, aplica 6
cierta hierba a la boca del cadáver y otra a su pecho.
Luego, mirando a oriente, invoca en silencio al sol 7
en su majestuosa carrera; con este venerable ritual, hizo subir al máximo la expectación de los asistentes ante el prodigioso milagro que se iba a operar.

29. »Me mezclo a la masa de los acompañantes, y, justo detrás del ataúd, subiéndome a una piedra bastante elevada, lo contemplo todo con vivo interés.
Ya su pecho se dilata y respira; ya late el pulso; ya 2
se llena de vida todo su cuerpo: el cadáver se levanta
y el joven se pone a hablar: 'Por favor, saciado ya 3
de las aguas del Leteo y en plena navegación sobre las lagunas del Estigio, ¿por qué se me llama de nuevo a los quehaceres de una efímera existencia? Basta ya, te lo ruego, basta; déjame en mi remanso de paz'.

»Tales fueron las palabras que pronunció aquel 4
cuerpo; pero el profeta, con mayor calor, le dice: '¡No! Has de hablar; has de poner en claro ante el

[29] El sistro es instrumento característico del culto de Isis. Más adelante (libro XI, cap. 4) veremos que la diosa llevaba uno en la mano. Coptos, Menfis y Paros son aquí simples denominaciones del alto y bajo Egipto.

pueblo todo el misterio de tu muerte. ¿Crees acaso que mis encantamientos carecen de virtud para invocar las Furias y atormentar tus miembros agotados?'.

5 »El resucitado toma entonces la palabra y, con profundos suspiros, se dirige al pueblo en estos términos: 'Los culpables artificios de mi nueva esposa fueron la causa de mi muerte; víctima de una pócima mortal y sin dar tiempo a que mi lecho se enfriara, hube de traspasarlo a un seductor'.

6 »Entonces, la excelsa esposa, armándose de audacia y serenidad, rechaza con sacrílegos argumentos las acusaciones de su marido. El pueblo se alborota con división de opiniones: para unos, no cabe mayor infamia en una mujer y hay que enterrarla viva con el cuerpo de su marido; para otros, no hay que dar crédito a las mentiras de un cadáver.

30. »Pero las dudas se disiparon al continuar hablando el joven. Efectivamente, con un suspiro todavía
más profundo, añade: 'Os daré, sí, os daré pruebas
palpables de mi incorrupta veracidad; y os señalaré
circunstancias que nadie, absolutamente nadie, conoce
2 o sospecha'. Entonces, señalándome a mí con el dedo,
explica: 'Mientras el guardián que aquí veis velaba
mi cadáver con toda su perspicacia y atención, unas
viejas brujas pretendieron arrebatar mis despojos;
con dicho propósito se disfrazaron muchas veces y
siempre en vano; al no poder burlar la actividad y
3 vigilancia del guardián, como último recurso extendieron sobre él un vaho soporífero sepultándolo en un
profundo sueño. Luego, se pusieron a llamarme por
mi nombre y no dejaron de gritar hasta que mi cuerpo rígido y mis helados miembros, con perezoso esfuerzo, empezaron a obedecer por arte de magia.
4 Ahora bien, este hombre que aquí veis, en realidad
estaba vivo, y, de muerto, tan sólo tenía el sueño. Pero,

como era mi tocayo[30], al oír su nombre, sin caer en
la cuenta del caso, se levantó y, avanzando como un 5
fantasma, fue a dar contra la puerta de la sala; aun-
que la puerta estaba cuidadosamente cerrada, por un
agujerito le arrancaron primero la nariz y luego las
orejas: me sustituyó a mí como víctima para sufrir
la amputación[31]. Y, para que su astucia pasara inad- 6
vertida, con el modelo de las orejas cortadas, moldean
en cera otras orejas y se las aplican exactamente;
también le arreglan la nariz por el mismo procedi-
miento. Y ahora aquí está a mi lado el pobre desgra-
ciado: lo que ha cobrado no es el importe de su tra-
bajo, sino el de su mutilación'.

»Asustado por esas palabras, me pongo a compro- 7
bar la realidad de mi rostro. Me cojo la nariz: se me
queda en la mano; me toco las orejas: se me caen.
Los asistentes me apuntan con el dedo, todos concen- 8
tran sobre mí su mirada para señalarme. Cuando su
risa empezaba ya a ser incontenible, me escabullo,
bañado en un frío sudor, entre las piernas de la gente
que me rodeaba.

»Después, así desfigurado y condenado al ridículo, 9
no pude ya volver al hogar paterno. Dejo caer el cabe-
llo por ambos lados para ocultar las cicatrices de las
orejas; y en cuanto a la nariz, disimulo bastante bien
mi deformidad, gracias a este pañito que llevo pegado
con un ungüento.»

---

30 Recuérdese que es Telifrón quien está hablando.

31 El nombre de una persona plasma en sí toda la personalidad del individuo que lo lleva. En la magia, pues, conocer y pronunciar el nombre de una persona o de un ser superior es medio infalible de actuar sobre esa persona o ese ser superior y de hacerse obedecer. Gracias a la homonimia del difunto y su guardián se explica esta mutilación del segundo en lugar del primero.

31. En cuanto Telifrón terminó su historia, los
convidados, animados con el vino, reanudan otra vez
sus carcajadas. Y, mientras reclaman para el dios de
la risa las libaciones habituales, Birrena se dirige a
2 mí en los siguientes términos: «Mañana es día grande
para esta ciudad, el aniversario ininterrumpidamente
celebrado de su fundación. En este día, es típico y
exclusivo de nuestro pueblo el invocar al augusto dios
de la Risa con un ritual alegre y divertido. Tu presen-
cia acentuará para nosotros la alegría de esta fecha.
3 Y ojalá tu propia alegría pueda inspirarte algún re-
curso para honrar a nuestro dios: así será más com-
pleta nuestra ofrenda en honor de tan alta divinidad».
«Muy bien —le contesto—; se cumplirán tus órde-
nes. Y me gustaría ciertamente descubrir algún tema
que diera al gran dios de la Risa ocasión de manifes-
4 tarse a rienda suelta». Después de esto, mi esclavo
me recordó que era ya de noche; además, mi estó-
mago estaba ya a punto de reventar con la bebida.
Me levanto al instante, me despido rápidamente de
Birrena y con paso inseguro me pongo en marcha,
camino de casa.

32. Pero al enfilar la primera calle, un brusco ven-
daval apaga la luz que nos guiaba, y trabajo nos costó
salvar aquella repentina oscuridad en plena noche;
con los dedos de los pies magullados contra las pie-
2 dras, volvíamos a casa agotados de fatiga. Cuando, co-
gidos del brazo, ya íbamos a entrar, he aquí que tres
individuos vigorosos y corpulentos se precipitan con
todas sus fuerzas sobre nuestra puerta; sin intimi-
3 darse un tanto así por nuestra presencia, al contrario,
multiplican sus asaltos y rivalizan en violencia. Nos
parecieron, y, por razones obvias sobre todo a mí,
verdaderos salteadores y de los más rabiosos. Al
4 punto desenvaino la espada que llevaba oculta bajo la

ropa para tales menesteres y, con el arma en la mano,
sin titubear, me lanzo sobre los forajidos; y, a medida 5
que se me van presentando para resistir, los voy apu-
ñalando sin piedad hasta que acaban expirando a mis 6
pies acribillados de terribles heridas. Tal combate y 7
el consiguiente alboroto habían despertado a Fotis:
al ver la puerta abierta, me lanzo dentro de casa,
jadeante y bañado de sudor. Mi combate frente a los
tres asaltantes, como nuevo asalto a Gerión [32], me había
dejado agotado. Acostarme y dormirme fue todo uno.

---

32 Gerión: monstruo de triple cabeza y triple busto al que Hércules atacó y mató.

LIBRO III

Lucio se ve apresado por homicida; solemne juicio público en el teatro de Hipata; asiste toda la ciudad en pleno; las presuntas víctimas de Lucio son... tres odres: Hipata celebraba, a expensas de Lucio, la fiesta del dios de la Risa (1-14). — La mujer de Milón es gran hechicera: Fotis, la sirvienta, introduce a Lucio en los secretos de su arte (15-23). — Una manipulación imprudente en el laboratorio de Pánfila convierte a Lucio en asno (24-27). — Unos bandoleros asaltan la casa de Milón y se llevan este asno con las otras caballerías (28-29).

1. La Aurora, agitando sus brazos de rosa, cabalgaba por el cielo sobre corceles enjaezados de rojo, cuando la noche, arrancándome a la tranquilidad del
2 sueño, me entregó al ajetreo del día. La fiebre invadió mi alma al recordar la hazaña de la tarde anterior; con una pierna sobre otra, las manos juntas sobre las rodillas y los dedos entrecruzados, sentado sobre la cama, lloraba a lágrima viva figurándome ya el foro, el tribunal, la sentencia y hasta al propio verdugo.
3 «¿Podría tocarme en suerte un juez tan suave, tan benévolo, capaz de proclamar mi inocencia a pesar de ser culpable de un triple asesinato y estar salpicado
4 con la sangre de tantos ciudadanos? He aquí el famoso viaje que me profetizaba el infalible caldeo Diófa-
5 nes». Tales eran las reflexiones que yo me hacía; y lamentaba entre sollozos mi triste suerte.

Entretanto, llaman a la puerta; en medio de un estruendoso griterío se fuerza la entrada.

2. Sin más, irrumpen en tropel, por la entrada ya
libre del recinto, los magistrados, sus acólitos y una
masa de personas de todas clases: lleno completo.
Inmediatamente, dos lictores, por orden de los ma-
gistrados, me detienen y me llevan, sin hallar en mí
la menor resistencia. Apenas habíamos salido y anda- 2
do unos pasos, cuando ya la ciudad entera se había
echado a la calle y nos seguía en apretado y extraño
cortejo. Y aunque yo iba cabizbajo, mirando triste- 3
mente al suelo, o, mejor dicho, a los mismísimos infier-
nos, no obstante, al volver lateralmente la vista, obser-
vé un detalle que me causó la más viva sorpresa: en
aquel oleaje en que bullían tantos miles de personas 4
no había absolutamente nadie que no se riera a carca-
jadas. Finalmente, después de recorrer todas las calles 5
y de llevarme por todos los rincones de la ciudad
como a esas víctimas que en las procesiones lustrales
y expiatorias están destinadas a conjurar las amena-
zas de algún nefasto agüero, así también acabo yo en
el foro, ante el tribunal de justicia. Ya los magistrados 6
habían tomado asiento en su elevada tribuna, ya el
pregonero reclamaba silencio, cuando, de repente,
todos los espectadores al unísono elevan la siguiente
petición: en vista de la aglomeración y del peligro de
atropello derivado de tanta afluencia, el solemne juicio
debiera celebrarse en el teatro. Sin más, el pueblo se 7
dispersa en todas las direcciones y corre a ocupar con
increíble rapidez el recinto del teatro: hasta los pasi- 8
llos y el tejado se habían llenado a tope; muchos tre-
pan abrazados a las columnas, otros se cuelgan de las
estatuas, algunos asoman por las ventanas o buhardi-
llas: la pasión por contemplar el espectáculo les hacía
olvidar a todos el mortal peligro que corrían. Los

9 ujieres de la ciudad me hacen avanzar en medio del
escenario, como a una víctima, y me colocan en el cen-
tro de la orquesta.

3. Entonces, a la potente cita del heraldo, se
levanta el acusador; era persona de edad avanzada.
Para medir la duración de su discurso, echó agua en
una vasija parecida a un embudo, con un fino agujero
por donde caía el líquido gota a gota[33]; y se dirigió
al pueblo en los siguientes términos:
2 «Muy honorables ciudadanos: El caso de que se
trata es trascendente: de él depende muy especialmen-
te la tranquilidad de todos los ciudadanos; ha de cons-
3 tituir un saludable precedente de severidad. Por lo cual
es muy conveniente que individual y colectivamente,
según aconseja el honor cívico, colaboréis eficazmente
para que no salga impune un infame asesino culpable
4 de tantos y tan crueles homicidios. Y no os figuréis
que, instigado por particulares resentimientos, me
irrita un odio personal. Soy capitán de la guardia noc-
turna y no creo que hasta la fecha tenga nadie quejas
5 de mi actuación como vigilante. Os voy a exponer ya
fielmente la causa en sí, los hechos acaecidos la noche
pasada.

»Sobre la media noche poco más o menos, hacía
yo la ronda por la ciudad inspeccionando de puerta
en puerta todos los rincones con escrupulosa atención;
6 de pronto veo a este joven sanguinario, con la espada
desenvainada, sembrando la muerte a su paso; ya
eran tres los ciudadanos degollados por su crueldad;
las víctimas yacían a sus pies, respirando todavía y
7 palpitando en un mar de sangre. Él, aterrado y con
razón ante la magnitud de un crimen conscientemente
cometido, huyó rápidamente deslizándose a favor de las

---

33 Ahí tenemos una exacta descripción del conocido cronómetro de agua llamado clepsidra.

tinieblas hacia una casa donde permaneció oculto toda
la noche. Pero la divina providencia no permite la 8
impunidad de los criminales: antes de que él pudiera
escapar por alguna salida secreta, me puse al acecho
temprano y me encargué de traerlo ante vuestro au-
gusto y sagrado tribunal. Así, pues, ahí tenéis al acu- 9
sado, culpable de varios asesinatos, un acusado cogido
en delito flagrante, un acusado que no es del país. No
tengáis reparo en condenar a un extranjero por un cri-
men que castigaríais severamente incluso en uno de
vuestros ciudadanos».

4. Terminado el alegato, mi terrible acusador con-
tuvo su formidable vozarrón. Y al punto el ujier me
invitó a tomar la palabra por si acaso tenía algo que
decir en mi defensa. Pero yo en aquel instante no 2
sabía más que llorar; y más que asustado por la feroz
acusación, me sentía torturado por el remordimiento
de conciencia. Sin embargo, una inspiración del cielo
me dio ánimos para replicar en los siguientes términos:

«No ignoro, en presencia de los cadáveres de tres 3
ciudadanos, cuán difícil es la posición de quien está
acusado de asesinato: aunque diga la verdad y hable
él también de acuerdo con los hechos, le será difícil
convencer de su inocencia a tan nutrida asamblea. No
obstante, si la bondad del pueblo me concediera una 4
breve audiencia, poco me costaría demostraros que,
si mi vida está en peligro, no es por culpa mía; que
circunstancias fortuitas hacen recaer sobre mí vuestra
legítima indignación así como todo el odio provocado
por un crimen que no he cometido.

5. »Yo había cenado fuera, volvía a casa un poco
tarde y bastante bebido por añadidura (ahí está el
crimen auténtico y propiamente mío, lo reconozco).
Ante la misma puerta de la casa en que me hospe-

daba (es decir, la de Milón, vuestro honorable conciu-
2 dadano) veo a unos terribles malhechores que planea-
ban un asalto e intentaban ya forzar la puerta arran-
cando los goznes. Ya habían hecho saltar violentamen-
te todos los sistemas de cierre, aunque se había tenido
la precaución de asegurar todo con el mayor cuidado;
los malvados ya deliberaban entre sí sobre el asesinato
3 de los que allí moraban. Uno de ellos, más decidido
y más corpulento que los demás, arenga a sus cama-
4 radas con las siguientes consideraciones: '¡Vamos,
muchachos! Con la virilidad y el ardor de los valien-
tes, ataquemos mientras duermen. Lejos de nuestro
corazón el menor titubeo o cobardía: con el puñal
desenvainado, recorra la muerte todos los rincones
de la casa. Quien esté durmiendo en la cama, muera
5 degollado. Quien intente resistir, sucumba bajo el gol-
pe. Sólo en un caso podremos salir con vida: si no
6 dejamos con vida a nadie en la casa'. Lo confieso,
ciudadanos, ante esos desenfrenados forajidos, creí
cumplir un noble deber cívico, aunque en extremo
preocupado por mis hospitalarios amigos y por mí
7 mismo, eché mano al puñal (me acompaña siempre en
previsión de casos como éste) e intenté ahuyentarlos
8 asustándoles. Pero esos bárbaros, esos salvajes, lejos
de huir al verme armado, me oponen audaz resistencia.

6. »Se entabla una batalla campal. El jefe, el aban-
derado del grupo, me ataca con todo su arrojo: con
ambas manos me agarra del pelo y me dobla la cabeza
hacia atrás en un intento manifiesto de aplastármela
2 con una piedra. Mientras pide insistentemente que le
alarguen una, tengo la suerte de asestarle un certero
golpe y abatirlo. Luego, otro se tira sobre mis piernas
a mordiscos: yo centro tranquilamente el golpe sobre
la espalda y elimino al tercero, alcanzándolo de lleno

en el pecho cuando corría, sin precaución, a mi en-
cuentro.

»Restablecida así la calma, protegida la casa que 3
me alojaba y asegurada la tranquilidad general, me
creía que, lejos de sufrir un castigo, se reconocería
oficialmente mi heroísmo; máxime teniendo en cuenta
que jamás he sido citado en justicia por ninguna som-
bra de sospecha; al contrario, mi vida había sido inta-
chable en mi país y siempre había preferido la inocen-
cia a cualquier partido ventajoso. Y no logro com- 4
prender cómo se me somete hoy a juicio por dejarme
llevar de una legítima venganza frente a execrables
atracadores. Añádase que nadie puede sospechar ene- 5
mistades personales entre nosotros, ni siquiera que yo
los conociera anteriormente o que hubiera alguna
presa en perspectiva por cuya posesión pudiera atri-
buírseme tan horrendo crimen».

7. Después de estas palabras volvieron a saltarme
las lágrimas y, con los brazos extendidos en actitud de
súplica, imploraba tristemente a unos y a otros en
nombre de la pública clemencia y de sus seres más
queridos. Ya creía haberlos enternecido totalmente y 2
movido a compasión con mi llanto; tomaba por testi-
gos la clarividencia del Sol y la Justicia, y me reco-
mendaba en medio de mi infortunio a la divina pro-
videncia; entonces, elevando un poco la mirada hacia 3
la multitud, veo... que todos reventaban de inconteni-
ble risa: hasta el bueno de Milón, mi padre hospitala-
rio, se retorcía como el primero entre carcajadas.
Entonces pensé en mi fuero interno: «¡He ahí su 4
buena fe, he ahí su escrupulosidad de conciencia! Yo
salvo al que me hospeda, y, por ello, se me llama ase-
sino; por celo, se reclama para mí la pena de muerte;
él ni se acercó para alentarme y encima, como si eso
fuera poco, se ríe de mi triste suerte».

8. En esto se adelanta corriendo por el centro del
teatro una mujer hécha un mar de lágrimas, vestida
de negro y con un niño en brazos. Otra la seguía:
una vieja cubierta de horribles harapos e igualmente
2 llorosa. Ambas agitaban ramos de olivo[34]. Se pusieron
a los lados del lecho en que yacían, bien cubiertos,
los cadáveres de las víctimas, para exteriorizar su
3 dolor entre lúgubres lamentaciones: «En nombre de
la compasión pública —dicen—, por los más elemen-
tales derechos humanos, tened compasión de esos
jóvenes indignamente sacrificados, y, en nuestra sole-
dad de viudas, dadnos el consuelo de la venganza.
4 Socorred al menos el infortunio de estos niños, huér-
fanos a tan temprana edad; que la sangre de ese atra-
cador corra en desagravio de vuestras leyes y de la
moralidad pública».

5 Tras este incidente, se levanta el magistrado de más
edad y se dirige al pueblo en los siguientes términos:
«Por de pronto, que el crimen reclama un severo
castigo, ni el propio autor deja de reconocerlo; pero
todavía nos falta una diligencia, aunque accesoria: la
de localizar a los demás cómplices de tan horrible fe-
6 choría. Pues no es verosímil que un individuo haya
podido, él solo, dar muerte a tres hombres jóvenes
tan vigorosos. Así, pues, hay que acudir a la tortura
7 para arrancarle la verdad. Desde luego, el esclavo que
lo acompaña se ha esfumado misteriosamente y no
queda ahora otro remedio sino someter este hombre
a un interrogatorio para que delate a sus criminales
cómplices: sólo así será posible exterminar radical-
mente esta pandilla de terroristas sin piedad».

9. Acto seguido, según clásico procedimiento de los griegos, se trae el fuego, la rueda y toda clase de

---

[34] Era la actitud normal de los suplicantes. Estos ramos de olivo solían llevar cintas de lana entrelazadas a sus varas.

látigos[35]. Mi angustia se intensifica, o, mejor dicho, 2
se duplica al verme privado del derecho a morir al menos sin previa mutilación. Pero la vieja aquella que, 3
con sus llantos, había causado la conmoción general, habló así: «Dignísimos ciudadanos, antes de clavar en cruz al infame asesino de estos desgraciados hijos de mi corazón, permitidme mostraros al descubierto los cadáveres de las víctimas, para que a la vista de su 4
gallardía y su juventud crezca más y más vuestra justa indignación y procedáis con un rigor proporcionado a la magnitud del crimen».

Sus palabras son acogidas con aplausos; y, al punto, 5
el magistrado ordena que yo mismo destape los cadáveres previamente colocados en el lecho mortuorio. Como yo me resistía y me negaba reiteradamente a 6
renovar por tal exhibición la trágica escena del día anterior, los lictores, por orden de los magistrados, me apremian con la máxima insistencia y finalmente cogen a viva fuerza el brazo que yo tenía pegado al cuerpo y lo estiran, para desgracia mía, sobre los cadáveres. Vencido ya, me rindo ante lo inevitable y, 7
muy a pesar mío, retiro el manto que cubría los cadáveres. ¡Dios mío! ¡Lo que veo! ¡Qué prodigio! ¡Qué rumbo imprevisto en mi destino! Aunque era ya pro- 8
piedad de Proserpina y miembro de la familia del Orco, de pronto me siento sobrecogido e inmóvil ante el nuevo cariz de la situación. No hay palabras adecuadas para expresar mis sentimientos ante aquel inaudito espectáculo. Los cadáveres de las víctimas de- 9

---

35 La tortura, en términos generales, no es invento griego; la practicaron los romanos y todos los pueblos más o menos con similar refinamiento y crueldad. Lo que sí parece específicamente griego, según Cicerón (*Tusculanas* V 24), es el suplicio concreto de la rueda, a la que se ligaban los miembros del paciente para someterlos, girando gradualmente, a la tensión que se quisiera.

golladas eran tres odres hinchados, agujereados en varios puntos y, según mis recuerdos del combate nocturno, los boquetes coincidían por su posición con las heridas que yo había infligido a los atracadores.

10. Entonces, la risa que ciertos espectadores ha-
bían contenido maliciosamente unos momentos, estalló
en plena libertad hasta contagiar a la masa. A fuerza
de reír, unos armaban un guirigay de gallinero albo-
rotado, otros se oprimían el vientre con ambas manos
para paliar el dolor de la risa. En medio de una ale-
gría desbordante y abandonando el teatro, todos se
2 vuelven para mirarme. Por mi parte, en la posición
que tenía al llevar la mano al sudario, quedé inmóvil
y frío como una piedra más entre las estatuas o co-
3 lumnas del teatro. No resucité de entre los muertos
hasta que Milón, mi huésped, se acercó y me puso la
mano encima; venciendo amablemente mi resistencia,
me arrastró consigo entre frecuentes sollozos acom-
4 pañados de nuevas lágrimas, y, por discretos rodeos,
en busca de calles solitarias, me llevó hasta su casa.
Con toda clase de consideraciones trata de levantar
mi abatimiento y disipar el susto de que todavía no
5 me había recobrado; pero no consiguió en modo algu-
no suavizar mi indignación ante una afrenta grabada
en lo más profundo de mi corazón.

11. De pronto, hasta los magistrados en persona
y con las insignias de su cargo se presentan en nuestra
casa; con el mayor interés procuran tranquilizarme;
me dan la siguiente explicación: «No ignoramos, señor
Lucio, ni tu mérito personal ni la gloria de tus ante-
pasados; pues el renombre de tu ilustre linaje se
extiende por todos los ámbitos de la provincia. Te
2 amargas demasiado por la broma de que has sido
objeto: no se ha pretendido ofenderte. Olvida esta

tristeza que ahora te llena el corazón, echa fuera la
amargura de tu alma. Estas diversiones que año tras 3
año celebramos solemnemente en la ciudad en honor
del amabilísimo dios de la Risa deben su éxito a los
recursos siempre nuevos de la inventiva. Tú has sido 4
el autor y el protagonista de la fiesta: el favor y amistad de ese dios te acompañarán en toda circunstancia;
no permitirá que tu alma conozca el dolor y bendecirá tu frente derramando sin cesar la paz y la alegría.
Además, la ciudad entera, para agradecer tu colabora- 5
ción, ha decretado a tu favor honores extraordinarios;
pues te ha inscrito entre sus protectores y ha acordado
elevarte una estatua de bronce».

En contestación a este discurso, tomo la palabra: 6
«Ciudadanos de la muy ilustre e incomparable ciudad
de Tesalia: mi gratitud está a la altura de los altos
honores que me tributáis; no obstante, os invito a
guardaros vuestras estatuas e imágenes para personajes más dignos y más grandes que yo».

12. Después de esta modesta intervención, con la
cara iluminada por una ligera sonrisa y esforzándome
todo lo posible por aparentar alegría, saludo cortésmente a los magistrados al despedirse de mí. Entonces 2
he aquí que entra corriendo un servidor de Birrena:
«Tu madre —dice— pregunta por ti y te recuerda que
se acerca la hora del banquete, cuya invitación aceptaste ayer por la tarde». Yo, asustado ante el trance 3
y huyendo horrorizado ante el solo nombre de esa
casa, contesto: «Tendría sumo gusto, madre, en acceder a tus deseos si mis compromisos me lo permitieran. Pero mi querido Milón, en cuya casa me hospedo, 4
conjurándome por la divinidad especialmente honrada
en este día, me ha hecho comprometerme a cenar hoy
con él; más todavía: ni él se aparta de mí ni consiente

en que yo me aparte de él. En consecuencia aplacemos la invitación para más tarde».
5 Aún estaba yo hablando, cuando Milón me echa
encima su robusta mano y, mandando llevarnos todos
los artículos de aseo, me conduce al balneario más
próximo. Yo evitaba las miradas del público; y, para
no dar ocasión a que los transeúntes volvieran a reírse
de mí como antes, iba caminando pegado a su costado.
6 ¿Cómo me bañé? ¿Cómo me sequé? ¿Cómo volví de
nuevo a casa? Tan abochornado estaba, que ni pude
enterarme; todos me señalaban con la vista, con el
gesto, con la mano: yo quedé aturdido y sumido en
estúpido letargo.

13. Por fin liquidé rápidamente la mísera cena del
pobre Milón y, alegando un fuerte dolor de cabeza
como consecuencia de mi llanto prolongado, me fue
fácil conseguir permiso para retirarme a descansar;
acostado ya en la cama, iba recordando todos los pe-
2 nosos detalles de lo ocurrido, cuando, finalmente, mi
querida Fotis, que acababa de acostar a la señora, se
me presenta en un estado que en modo alguno enca-
jaba con su modo de ser: había perdido su fisonomía
risueña y el tono burlón de su voz; su frente profun-
damente arrugada denotaba seria preocupación. Con
3 vacilación y timidez tomó por último la palabra: «Yo
—dijo—, yo misma, lo confieso, soy yo la culpable de
4 tu desgracia»; y, sacando de su seno una especie de
correa, me la ofreció diciendo: «Tómala, por favor, y
véngate de la perfidia de una mujer; inflígele a tu
5 gusto un suplicio tan severo como te plazca. Pero no
creas, te lo ruego, que te amañé a sabiendas esta
angustiosa escena. ¡No quieran los dioses que por mi
6 culpa sufras el más leve daño! Y si alguna desgracia
amenaza tu cabeza, ojalá mi sangre sirva de rescate
total. Pero lo que yo hice, cumpliendo órdenes y con

otra intención, recayó en perjuicio tuyo por una mala suerte mía».

14. Yo, entonces, recobrando mi curiosidad natural y con el ardiente deseo de poner en claro el fondo
de la cuestión, tomo la palabra: «No hay en el mundo 2
correa más infame y audaz que la que tú has elegido
para tu propio suplicio; saldrá de mis manos cortada
y hecha añicos antes que pueda rozar tu piel suave
como la pluma y blanca como la leche. Pero háblame 3
con franqueza: ¿qué has hecho para dar a la fortuna
la ocasión de volverse cruel y fatalmente contra mí?
Pues, lo juro por tu querida cabeza: por mucho que
se me asegure, ni tú ni nadie me haría creer que
hayas pensado siquiera en causarme daño. Ahora bien, 4
cuando la intención es buena, las consecuencias fortuitas, incluso si acarrean perjuicios, no pueden imputarse como crimen».

Al terminar de hablar así veía que la mirada de 5
mi querida Fotis se humedecía y temblaba; yo acariciaba sus ojos lánguidos y entreabiertos hasta devorarlos ávidamente entre besos apasionados.

15. Ella recobró así su buen humor y dijo: «Por favor, ante todo, déjame cerrar bien la puerta de la habitación: si alguna de mis palabras filtrara al exterior, me sentiría culpable de una profanación y un
gran escándalo». Al mismo tiempo echó el pestillo, 2
enganchó sólidamente la barra y volvió a mi lado.
Abrazando mi cuello con ambas manos, me dijo con
voz tenue, casi imperceptible: «Tengo miedo, me asus- 3
ta descubrir lo que sigilosamente se oculta en esta
casa y revelar los misteriosos secretos de mi señora.
Pero confío plenamente en ti y en tus principios: sin 4
contar con el sentimiento del honor que has heredado,
sin contar con la altura espiritual que te caracteriza,

estás además iniciado en varios cultos y conoces, no
5 lo dudo, la sagrada ley del silencio. Así, pues, todo
cuanto yo pueda confiar al piadoso santuario de tu
corazón, por favor, has de guardarlo dentro de este
impenetrable reducto y has de corresponder a la fran-
queza de mis revelaciones con una discreción a toda
6 prueba. Hay cosas que yo sola sé en el mundo; y el
amor que por ti siento me impulsa a revelártelas.
7 Vas a enterarte de todo lo que hay en esta casa, vas
a conocer los maravillosos y secretos recursos de mi
señora para que los manes le obedezcan, para que los
astros cambien de rumbo, para que se le rindan las
voluntades de los dioses y para que los elementos na-
8 turales se pongan a su servicio. Y nunca acude a sus
artificios con mayor pasión que cuando algún joven
de agraciado físico atrae su complaciente mirada,
como por cierto suele ocurrir no pocas veces.

16. »Así, ahora mismo, por estar locamente ena-
morada de un joven beocio guapísimo, ha puesto en
febril movimiento todas las baterías de su arte, todo
2 su aparato de guerra. La oí por la tarde, sí, oí con mis
propios oídos cómo amenazaba al mismísimo sol con
sepultarlo bajo una nube de oscuridad entre eternas
tinieblas, porque el sol no se había dado bastante
prisa a bajar del cielo y a ceder el paso a la noche
en que ella pudiera entregarse a sus mágicos encan-
3 tamientos. Ayer, al volver del baño, vio casualmente
a dicho joven sentado en la barbería; me mandó ir
a recoger furtivamente el pelo que al paso de la tijera
4 había caído al suelo. Aunque yo lo recogía con cuida-
doso disimulo, lo advirtió el barbero, y, como por otra
parte, es del dominio público nuestra infamante pro-
fesión de hábiles hechiceras, me agarró, increpándome
5 sin piedad: 'Oye, tú, desperdicio, ¿puedes dejar ya
de robar el cabello de nuestros clientes más jóvenes

y apuestos? Si no renuncias a esas prácticas criminales, te pondré sin compasión en manos de la justicia'. Y pasando del dicho al hecho, alarga la mano 6
para registrarme y en un arrebato de ira me saca el
pelo que tenía escondido en mi seno. Me sentía muy 7
afectada por lo sucedido; y, pensando en el humor
de mi señora, que suele enfurecerse bastante por semejantes contratiempos y desahogarse sobre mis espaldas
con soberbias palizas, yo me disponía ya a emprender
la fuga, pero, acordándome de ti, deseché al instante
el proyecto.

17. »Me iba, pues, de allí muy decaída por volver
con las manos completamente vacías; entonces observé a un hombre que estaba esquilando con sus tijeras
unos pellejos de cabra; vi cómo los cosía cuidadosa- 2
mente, los hinchaba y luego los colgaba; el pelo caído
al suelo era rubio y por lo tanto muy parecido al del
joven beocio; recojo, pues, un poquito y, tergiversando la verdad, lo entrego a mi señora. Así, pues, a las 3
primeras horas de la noche, antes de que tú regresaras de la cena, mi Pánfila, fuera ya de sí, subió a una
terraza cubierta de tablas, situada detrás del edificio
y expuesta a todos los vientos; desde allí la vista se
extendía sin obstáculos hacia oriente y casi en todas
las direcciones; es lugar adecuado a las operaciones
mágicas, y Pánfila lo frecuenta en secreto. Empieza 4
por organizar el infernal laboratorio con su equipo habitual: se llena el escenario de aromas de todas clases,
láminas cubiertas de escrituras indescifrables, restos
de navíos perdidos en el mar, innumerables fragmen- 5
tos de cadáveres recientemente llorados y enterrados;
por un lado hay narices y dedos, por otro clavos con
trozos de carne colgando, más allá guarda la sangre
de personas degolladas y los cráneos mutilados que
ha podido arrebatar a la voracidad de las fieras.

18. »Luego, pronuncia palabras mágicas sobre las entrañas aún palpitantes y prepara el sacrificio derramando varios líquidos: primero agua de la fuente, luego leche de vaca, después miel silvestre y, final-
2 mente, hidromel. Entonces hace unas trenzas con aquel pretendido pelo, las anuda unas a otras y, con abundantes esencias, las echa sobre ascuas para que ardan.
3 En ese preciso instante, por una irresistible virtud de la ciencia mágica y por la ciega sumisión de las divinas voluntades puestas a su servicio, los pellejos, cuyo pelo crepita entre nubes de humo, recobran un alma
4 humana, tienen sensibilidad, oyen y echan a andar; van a donde les lleva el olor de sus propios despojos en combustión y, como lo haría el joven beocio, asal-
5 tan la puerta con ansias de entrar. He aquí el momento en que, mareado todavía por la bebida, te dejaste engañar por la súbita oscuridad de la noche: echaste valientemente mano al puñal, armándote como
4 Áyax en su locura[36]: pero Áyax atacó animales vivos y despedazó un rebaño entero; tu hazaña es más heroica; tú has dejado sin aliento a tres odres de piel
7 de cabra y bien hinchados; has abatido a tus enemigos sin mancharte de una gota de sangre; déjame que te abrace, ya que no eres homicida, sino odricida».

19. Esta broma de Fotis me hizo sonreír y, continuando ya en el mismo tono, le digo: «Así, pues, ya puedo contar esta hazaña como mi primer título de gloria y compararla a uno de los doce trabajos de
2 Hércules: tres odres muertos valen tanto como el triple cuerpo de Gerión o las tres cabezas del Can

[36] Áyax, hijo de Telamón, rabioso de ver asignar a Ulises las armas de Aquiles que él pretendía, se lanzó enloquecido sobre un rebaño y lo degolló creyéndose que degollaba a sus enemigos.

Cérbero[37]. Pero si quieres que te perdone sinceramente 3
y de corazón el gran delito que me ocasionó tantas
angustias, has de proporcionarme una cosa que anhelo
con toda el alma: muéstrame a tu señora en el mo- 4
mento en que se entrega a alguna operación de su
ciencia divina; quiero verla cuando invoca a los dio-
ses o, por lo menos, cuando cambia de forma, pues
siento verdadera pasión por conocer directamente los
secretos de la magia. Además me parece que tú misma, 5
en este orden de cosas, estás lejos de ser una inex-
perta aprendiza. Sí, lo sé y me doy perfecta cuenta
de ello; pues yo hasta ahora siempre había desdeñado
las caricias de las manos femeninas, aun de las manos
aristocráticas; en cambio tus ojos chispeantes, tus
rojas mejillas, tu resplandeciente cabellera, tus ávidos
besos, tu seno perfumado me han conquistado y han
hecho de mí como un esclavo voluntariamente entre-
gado a tu servicio. Tanto es así, que ya no me pre- 6
ocupo de mi hogar ni preparo el regreso a casa ni hay
para mí nada comparable a una de tus noches».

20. «¡Qué más quisiera yo, Lucio —replicó ella—,
que satisfacer tu deseo! Pero sin hablar ya de sus
habituales celos, mi señora busca siempre la soledad
y tiene por norma realizar sus manipulaciones secretas
tan sólo cuando sabe que ningún testigo la observa.
No obstante, sacrificaré mi seguridad personal ante 2
tu petición; y en consecuencia me pondré al acecho
del momento favorable y haré lo posible por darte
gusto, con la sola condición que ya te indiqué al em-

---

37 A la victoria de Hércules sobre Gerión nos hemos referido en la nota 32. Otro de los éxitos de Hércules consistió en bajar a los infiernos y sacar encadenado al Can Cérbero, monstruo temible con una, dos, tres, cincuenta y hasta cien cabezas, según las diversas tradiciones.

pezar: guarda fielmente el secreto que requiere la
gravedad del asunto».
3 En esta animada conversación, un mutuo deseo
despierta a la vez nuestras mentes y nuestros sentidos.
4 Despojándonos de toda indumentaria, sin mantas y
desnudos, como bacantes en delirio, nos entregamos
al amor; y cuando yo me sentía ya rendido, Fotis aún
supo añadir generosamente un complemento de feli-
cidad. Finalmente, el sueño se adueñó de nuestros
ojos cansados de velar y nos inmovilizó hasta una
hora avanzada del nuevo día.

21. De la misma manera transcurrieron algunas
noches más de placer. Un buen día, Fotis, nerviosa
y muy preocupada, se me presenta corriendo; como
los demás recursos, me dice, no han tenido el menor
éxito en los asuntos del corazón, su señora pensaba
aquella noche cubrirse de plumas como una ave y em-
2 prender así el vuelo hacia su amado; en consecuencia
debía prepararme, extremando precauciones, para ob-
3 servar el gran acontecimiento. En las primeras horas
de la noche, de puntillas, sin hacer el menor ruido,
ella misma me conduce hacia aquella estancia supe-
rior y me invita a contemplar por una rendija de la
4 puerta la escena que allí se desarrollaba. Pánfila em-
pieza por desnudarse por completo; luego abre una
arqueta y de allí saca unas cuantas cajas; destapa
una, y con la pomada que contiene se frota mucho
rato con ambas manos, se unta todo el cuerpo, desde
las uñas de los pies hasta la coronilla; habla con su
lámpara muy detenidamente en voz baja; agita con
5 leves sacudidas sus miembros. Y, tras un impercep-
tible movimiento ondulatorio, apunta una suave pelusa
que se desarrolla al instante y se convierte en recias
plumas; la nariz se le encorva y endurece; las uñas
6 se convierten en poderosas garras. Pánfila es ya buho.

Hace resonar un graznido de dolor y, para comprobar su nuevo estado, se pone a revolotear progresivamente; luego, lanzándose al exterior, gana altura y desaparece en pleno vuelo.

22. Así, por virtud de sus artificios mágicos, Pánfila se había metamorfoseado libremente; pero yo, sin hechizos ni encantamientos, y sólo por el asombro ante lo que había presenciado, quedé tan sobrecogido que
creía ser cualquier cosa menos Lucio: se desplomó 2
mi iniciativa; mi enajenamiento rayaba en locura, creía soñar despierto; me frotaba insistentemente los párpados para cerciorarme de que no era un sueño.
Cuando, por fin, recobré el sentido de la realidad, cogí 3
la mano de Fotis y, acercándola a mis ojos, le dije:
«Concédeme, por favor, ahora que el instante es pro- 4
picio, una prueba clara y única de tu cariño: dame un 5
poquito de ese ungüento, te lo pido, dulce vida mía, por estos ojos míos, que son tuyos. Asegúrame para siempre a tu servicio, como esclavo, con un favor que nunca podré pagar: haz de mí un alado Cupido para
revolotear alrededor de mi Venus». Ella replicó: «¿Sí? 6
Eres zorro tan astuto como amable galán: ¿pretendes que voluntariamente me pegue con el hacha en las piernas? Desarmado como estás, me cuesta trabajo preservarte de esas lobas de Tesalia[38]; si te pusiera alas, ¿a dónde te podría buscar y cuándo te volvería a ver?».

23. «El cielo me libre de tal ingratitud —le contesto—; aunque recorriera todo el cielo en vuelo tan

38 *Lupa* («loba») es denominación usual aplicada a las prostitutas en la Antigüedad; ello dio origen a nuestra palabra «lupanar». Aquí, Fotis aplica el término a las posibles rivales capaces de arrebatarle al amante por arte de magia, como suelen hacerlo las mujeres en Tesalia, o por cualquier otro procedimiento.

audaz como el del águila, como mensajero fiel del
soberano Júpiter o portador feliz de sus rayos, a pesar
de todo, después de mi brillante carrera aérea, aterri-
2 zaría sin tardanza en mi delicioso nido. Te lo juro por
el lazo encantador de tu cabellera, que me ha cauti-
vado el alma: no hay para mí en el mundo mujer
3 preferible a Fotis. Además, se me ocurre ahora otra
cosa: en cuanto use el ungüento y tome así forma de
ave, tendré que evitar acercarme a cualquier casa.
¿Qué hermosura y qué atractivo puede tener un buho
4 para cautivar a las mujeres? ¡Pobres aves nocturnas!
Cuando entran en alguna casa, hay que ver el cuidado
que se pone en cazarlas para clavarlas en la puerta y
hacerles expiar con este sacrificio las desgracias que
5 su infausto vuelo presagia a la familia. ¡Ah! Por poco
olvidaba informarme de un detalle: ¿Qué he de decir
o hacer para despojarme del plumaje y recobrar mi
propia personalidad, esto es, para volver a ser Lucio?».
6 «Estáte tranquilo —me dijo— por lo que a ese cuidado
respecta; mi señora me ha mostrado todas las recetas
que, después de tales metamorfosis, sirven para reco-
7 brar nuevamente la forma humana. Y no creas que
esta información es fruto de un poco de amabilidad
desinteresada por su parte; tan sólo ha pretendido
tener en mí a su regreso un saludable remedio. Y ob-
8 serva ahora qué sencillas y comunes son las hierbas
con tan prodigiosa virtud: se añade al agua de una
fuente un poquito de eneldo con unas hojas de laurel,
y ya está listo el baño y la pócima».

24. Insistiendo en la veracidad de estas informa-
ciones y sumamente agitada, entra en la estancia y
2 saca del cofre la cajita; yo recojo esta cajita con
ambas manos y la cubro de besos; en primer lugar la
conjuro para que me otorgue el favor de un vuelo
feliz; al instante me despojo de toda mi indumenta-

ria y meto ansiosamente las manos dentro; saco un
poco más de ungüento y me froto a fondo todos los
miembros de mi cuerpo. El ardiente deseo de parecer 3
un ave me lleva a mover alternativamente mis brazos;
no aparece el menor síntoma de pelusa ni de plumas;
la clara realidad es que mis pelos se endurecen como 4
cerdas; mi suave cutis adquiere la rigidez del cuero;
en mis extremidades no se pueden ya contar los dedos,
pues cada miembro termina en uno solo con una sola
uña; y en la última vértebra me sale una larga cola.
Mi rostro pierde toda proporción: me crece la boca, 5
se me ensanchan las narices, me cuelgan los labios;
de la misma manera se cubren de pelo y se desarro-
llan exageradamente las orejas. En la triste metamor- 6
fosis, como único consuelo, veo que, si bien ya no
puedo tener a Fotis en mis brazos, se abrían para mí
nuevas posibilidades naturales.

25. Sin saber cómo salir del trance, al fijarme en
todos los pormenores de mi persona y ver que no era
un ave sino un asno, me pongo a maldecir la conducta
de Fotis; pero me faltaba ya el gesto y la palabra de
las personas; tan sólo podía dejar caer el labio infe-
rior y reclamar en silencio mirándola con los ojos
húmedos. Ella, al verme en tal estado, empezó a gol- 2
pearse desesperadamente la cara con ambas manos y
exclamó: «¡Pobre de mí, estoy perdida! El miedo y la
precipitación han hecho que me equivocara; el pare-
cido de las cajas ha originado mi confusión. Por suerte 3
es bastante fácil hallar un remedio a esta metamorfo-
sis: pues te bastará masticar unas rosas y dejarás de
ser asno para volver a ser en el acto mi querido Lucio.
¡Ojalá hubiera seguido esta tarde mi costumbre de ir 4
a buscar unos ramos de flores! Así no hubieras tenido
que esperar ni el transcurso de esta noche. Pero en
cuanto amanezca, tendrás el remedio a tu disposición».

26. Así se lamentaba Fotis. Aunque yo era un asno
perfecto y una acémila había sustituido mi persona-
lidad de Lucio, no obstante conservaba la sensibilidad
2 del hombre. En mi fuero interno deliberé mucho tiem-
po y muy a fondo si debía matar a aquella abomina-
ble malhechora haciendo recaer sobre ella una lluvia
3 de coces y atacándola a mordiscos. Una reflexión más
sensata me hizo desistir del peligroso proyecto: si
mataba a Fotis para castigarla, eliminaría también la
4 posibilidad de salvarme con su ayuda. Con la cabeza
gacha y en movimiento, me puse a rumiar las circuns-
tancias de mi humillación y, doblegándome ante el
inexorable trance, me dirijo a la cuadra para hacer
compañía a aquel caballo que había sido mi dignísima
montura; allí encontré también instalado a otro asno,
5 el de mi antiguo huésped Milón. Y si por un senti-
miento secreto y natural hubiera entre los animales,
aunque sin poder expresarse, alguna relación sagrada
de hospitalidad, yo me figuraba que el caballo aquel,
al reconocerme, me acogería con simpatía y me daría
6 un trato de preferencia como huésped. Pero, ¡oh Júpi-
ter hospitalario! ¡Oh secretos designios de la Buena
Fe! Mi noble corcel susurra al oído del asno y ambos
7 conciertan inmediatamente mi ruina. Temen sin duda
por su ración al verme acercarme al pesebre; y, con
las orejas gachas, se lanzan rabiosos contra mí a coces
8 despiadadas. Me echaron muy lejos de la cebada que
la noche anterior habían servido mis propias manos
a aquel queridísimo servidor.

27. Maltratado de este modo y condenado a la soledad, me había quedado arrinconado en un extremo de la cuadra. Yo reflexionaba allí sobre la impertinencia de mis colegas y preparaba la venganza que iba a tomar contra el pérfido caballo al día siguiente, cuando por obra y gracia de las rosas volviera yo a ser

otra vez Lucio. En esto me fijo en el pilar central que 2
sostenía la techumbre de la cuadra; justamente a la
mitad de su altura había una imagen de la diosa
Epona [39], colocada en un nicho cuidadosamente ador-
nado con coronas de rosas recién cogidas. Al reconocer 3
en ellas la receta saludable, me dejé llevar en alas de
la esperanza; extendiendo mis patas delanteras en
busca de un punto de apoyo, me estiro vigorosamente,
alargo el cuello y los labios todo lo que dan de sí y
hago un supremo esfuerzo por alcanzar las coronas.
Pero es evidente que no cabe peor suerte que la mía: 4
inesperadamente me sorprendió en la tarea mi lacayo,
que siempre había tenido a su cargo el cuidado del
caballo; se levanta indignado y exclama: «¿Hasta 5
cuándo hemos de aguantar a ese burro maldito? Hace
un momento se tiraba a la comida de nuestros anima-
les y ahora hostiga hasta las imágenes de los dioses.
Basta ya: voy a triturarlo, voy a molerle las patas a 6
ese sacrílego». Y al punto, buscando un arma, topa
casualmente con un haz de leña que allí había, elige 7
una frondosa fusta, la mayor de todas, y se pone a
sacudirme sin compasión; no hubiera parado si no
hubiera oído golpes en la puerta con fuerte griterío y
prolongado estrépito; había cundido la alarma entre
el vecindario que gritaba: «¡Ladrones!». El lacayo
huyó asustado.

28. Al instante se abre la puerta violentamente: una escuadra de ladrones invade todo el recinto; una sección armada rodea cada pabellón de la morada mientras otros, desplegados en guerrilla, hacen frente a la gente que de todas partes acude en socorro.

---

39 Epona o Hipona es la diosa de las caballerías o carreteros; sus estatuas o imágenes solían figurar en las cuadras y se colocaban en humildes nichos dispuestos al efecto en las paredes o pilastras (cf. JUVENAL, VIII 157).

2 Provistos todos ellos de espadas y antorchas, la noche
se ilumina, el fuego y el hierro resplandecen como
3 el sol naciente. Había un almacén protegido por sóli-
das paredes y gruesas cerraduras; ocupaba la parte
central del edificio y en él se amontonaban los tesoros
de Milón; abren una brecha sirviéndose de potentes
4 hachas. Después de forzar la entrada, se llevan todas
las riquezas empaquetándolas y repartiéndoselas rápi-
5 damente entre todos. Pero el peso de la mercancía
superaba al número de brazos disponibles para el
transporte. El exceso de botín los pone en el mayor
de los aprietos; por lo cual nos sacan de la cuadra
6 a mí, al otro asno y a mi caballo; nos cargan a más
no poder con los bultos más pesados y, bajo la ame-
naza de sus garrotes, nos hacen salir de la casa ya
limpia; dejan allí a uno de los suyos, como observa-
dor, para tener noticias de la investigación a que dará
lugar el suceso y, bajo una lluvia de latigazos, nos
llevan en un trote por las sendas solitarias de la mon-
taña.

29. El enorme peso de la carga, la acentuada pen-
diente del monte y la considerable distancia recorrida
me habían colocado en el mismísimo umbral de la
muerte. Entonces tomé muy en serio, aunque un poco
tarde, aquello del recurso a que tiene derecho un ciu-
dadano: reclamar ante su majestad el príncipe para
2 liberarme de tanto infortunio. Cuando ya en pleno día
cruzábamos cierta populosa aldea, muy concurrida por
ser día de mercado, entre aquellas multitudes griegas
intenté invocar, en el castizo idioma de los romanos,
3 el augusto nombre de César; sólo pude articular elo-
cuente y claramente el «¡Oh!»; pero lo demás, la
4 palabra «César», no la pude emitir. Los ladrones, sin
querer oír mi voz discordante, se ensañaron sobre mi
pobre piel dejándola inservible hasta para fabricar

una zaranda. Por fin el gran Júpiter me ofreció un
medio de salvación que yo no me esperaba. Pues al 5
pasar ante muchas casitas de campo y viviendas aco-
modadas, observé a cierta distancia un jardincito bien
arreglado; en él había, entre otras plantas decorativas,
unas rosas cuya inmaculada frescura resplandecía
bajo el rocío de la mañana. Suspirando por ellas, me 6
acerqué contento y feliz ante la esperanza de mi libe-
ración; ya la boca se me hacía agua y mis labios las
iban a tocar, cuando una inspiración bastante más
feliz acudió a mi mente: abandonar la forma de asno 7
y recobrar la personalidad de Lucio, evidentemente
significaría hallar la muerte en manos de aquellos
ladrones, pues verían en mí un hechicero o por lo
menos un espía capaz de denunciarlos algún día. Así,
pues, muy a pesar mío, me abstuve de tocar las rosas 8
y, resignado de momento con mi suerte, me puse a
comer hierba como un perfecto asno.

LIBRO IV

El viaje de Lucio (el asno) hasta llegar a la cueva de los ladrones. Descripción de la cueva (1-7). — Varios asaltos de los bandoleros (8-22). — Captura de una doncella de ilustre familia que traen a la cueva como rehén (23-27). — Comienza *el cuento de Psique*: Un rey y una reina tenían tres hijas, las tres muy hermosas, pero la menor, Psique, era una auténtica encarnación humana de Venus. Los hombres abandonan los santuarios de Venus para ir a contemplar a la Venus de carne y hueso. En venganza, la diosa, celosa, se ensaña contra la doncella; ésta, cual estatua, es simplemente admirada, pero no encuentra pretendientes y llora su soledad. El oráculo de Apolo manda al padre exponer a su hija en un tálamo de muerte, sobre la elevada cumbre de una montaña. La doncella obedece y acepta el sacrificio (28-35).

1. A eso del mediodía, agobiado ya por los ardien-
tes rayos del sol, nos detenemos en un poblado y
entramos en casa de unos viejos, conocidos y amigos
2 de los ladrones. Así me lo daban a entender, por muy
asno que yo fuera, los primeros saludos, la efusiva
3 conversación y los mutuos abrazos. Los ladrones iban
cogiendo algunas cosas de mi espalda y se las iban
regalando; les dicen algo en secreto, indicándoles sin
4 duda que todo era fruto del robo. Luego, acabaron de
descargarnos y nos dejaron sueltos, paciendo libre-
mente en un prado colindante. La compañía del otro
asno y de mi caballo, que pacían a mi lado, no logró

interesarme; además aún no me había acostumbrado
a desayunarme con hierba; entonces vi, precisamente 5
detrás de la cuadra, un huertecito y, sin titubeos, ya
muerto de hambre, me decido a entrar. Aunque las
legumbres estaban crudas, me doy una panzada a re-
ventar; e, invocando a todos los dioses, inspeccionaba
todos los alrededores por si en los huertos colindantes
hubiera casualmente algún rosal florido. Pues el lugar 6
era solitario y ello me infundía buenas esperanzas: si,
apartado del camino y escondido en la enramada, to-
maba el remedio saludable, podría dejar la humilde
forma de animal cuadrúpedo inclinado hacia el suelo;
y, sin que nadie me viera, me levantaría, recobrando
así la dignidad humana.

2. Así, pues, mientras yo navegaba en ese agitado
mar de reflexiones, veo a cierta distancia un valle
sombreado por un frondoso bosque; entre diversas
plantas, que formaban una deliciosa alfombra verde,
resplandecía el rojo vivo de unas rosas preciosas. Mi
instinto, que no era exactamente el de una bestia, ya 2
me decía que debía estar consagrado a Venus o a las
Gracias un bosque a cuya sombra misteriosa la flor
de las solemnidades lucía sus mejores galas. Entonces, 3
invocando al Éxito, divinidad alegre y propicia, me
lanzo a galope tendido y con tal velocidad que, por
Hércules, ya no creía ser un asno, sino más bien un
caballo de carrera. Pero aquella agilidad, aquel magní- 4
fico esfuerzo no lograron adelantarse a mi mala suerte.
Pues al acercarme al sitio, no estaban aquellas frescas 5
y delicadas rosas que, empapadas de rocío y néctar
divinos, brotan de la zarza feliz entre benditas espi-
nas; ni siquiera el valle aparecía por parte ninguna; 6
tan sólo veo un cauce fluvial marginalmente delimitado
por un espeso arbolado. Estos árboles, cuyo abun- 7
dante follaje recuerda el del laurel, echan una especie

de flor inodora con cáliz alargado y ligeramente rojizo:
8 esas flores no exhalan el menor perfume; el vulgo
ignorante del campo las llama rosas de laurel y son
un veneno mortal para todo animal que las coma.

3. En tan fatal coyuntura, hasta había perdido las
ganas de vivir; con verdadero gusto y a sabiendas iba
2 a tomar aquel veneno de las rosas. Pero al acercame
sin prisas a cogerlas, llega un joven; era, por lo visto,
el hortelano cuyas legumbres había echado a perder
3 en su totalidad; al ver el grave perjuicio, acudió fu-
rioso, armado de una estaca enorme, me sujetó y me
trilló a palos de arriba abajo hasta hacer peligrar mi
propia vida: pero en esta situación extrema supe soco-
4 rrerme a mí mismo. Levantándome en ancas y descar-
gando sobre él una lluvia de coces con las patas tra-
seras, lo dejé malherido y tendido en el suelo junto
5 a la vecina loma; yo me puse a salvo huyendo. Pero
en aquel preciso instante, una mujer, evidentemente
su esposa, desde una altura, lo vio en el suelo y medio
muerto; y se lanzó en su dirección dando gritos angus-
tiosos. Está claro: sus lamentos pretendían que se
6 acabara conmigo en aquel mismo instante. Efectiva-
mente, todos los campesinos, alarmados por su llanto,
llaman a sus perros, los lanzan en mi persecución por
todas partes y excitan su rabia para que me despeda-
7 cen. Así, pues, no parecía ya dudoso que mi muerte
era inminente, al azuzar contra mí una manada de
perros que, por su número y tamaño, podrían dar la
8 batalla a osos y leones. Aconsejándome de las circuns-
tancias, renuncio a la idea de huir y, dando la vuelta,
me dirijo otra vez al trote hacia la cuadra en que
9 antes habíamos parado. Los campesinos logrando, no
sin dificultad, mantener a raya sus perros, me cogie-
ron y me ataron a una argolla con una buena correa
10 para propinarme nueva paliza; ciertamente hubieran

acabado conmigo si mi panza, contraída por los dolorosos golpes y bien rellena de aquellas legumbres crudas, no hubiera soltado violentamente un chorro que llegó a rociar a unos mientras su olor infecto alejaba a los demás de mis espaldas ya trilladas.

4. Muy pronto, al avanzar el día y decaer el sol, los ladrones nos cargan otra vez —a mí concretamente mucho más que antes— y nos sacan de la cuadra. Ya habíamos hecho una buena parte del camino; 2
yo estaba agotado por el recorrido, planchado bajo el peso de la carga, deshecho por los latigazos; cojeaba además por el desgaste de mis cascos, no me tenía en pie. Por fin llegué junto a un arroyo cuyas aguas 3
serpenteaban suavemente; creyendo que la ocasión era propicia y única, pensaba en dejarme caer de plano doblando hábilmente las patas, firmemente deci- 4
dido a no levantarme y no echar a andar por muchos golpes que me dieran, dispuesto incluso a morir molido a latigazos o, si era preciso, acribillado a puñaladas. Me figuraba que, sin fuerzas ya ni para respirar, 5
bien merecía un permiso de convalecencia; o, en todo caso, que los ladrones, sin paciencia para esperar tanto como por afán de acelerar la fuga, distribuirían la carga de mi espalda entre las otras dos acémilas y me abandonarían a mí, por toda venganza, como pasto de lobos y buitres.

5. Pero una maldita aventura hizo abortar el hermoso proyecto. Pues el otro asno, adivinando mi pensamiento y adelantándose a ponerlo en práctica, fingió cansancio y se dejó caer con toda su carga; tendido 2
en el suelo como muerto, ni los látigos ni los aguijones, ni el estirarle en todas direcciones el rabo o las orejas o las patas, nada promovió un intento de levantarse. Por fin los ladrones, cansados de pelear sin un 3

asomo de esperanza, deliberan entre sí: para no retra-
sar la fuga preocupándose tanto de este asno muerto
4 o, mejor dicho, convertido en estatua, distribuyen sus
fardos entre el caballo y yo, desenvainan sus espadas,
le seccionan los tendones de las patas, lo arrastran a
un lado del camino y lo precipitan, vivo todavía, desde
una inmensa altura al fondo del valle inmediato. La
5 suerte de mi pobre camarada me hizo reflexionar;
opté por renunciar a engaños y fraudes, comportán-
6 dome como un asno leal y útil a los amos. Además,
prestando atención a sus comentarios, había compren-
dido que haríamos muy pronto una parada y que el
largo viaje tocaba ya a la tranquila meta donde ellos
7 tenían su habitual residencia. Dejando, pues, atrás una
suave pendiente, llegamos al punto de destino; allí
nos retiraron todos los fardos para guardarlos en el
interior; y, libre ya de toda carga, me puse a revol-
carme en el polvo, a modo de baño, para disipar el
cansancio.

6. El tema y las circunstancias del momento re-
quieren una descripción del paisaje y de la caverna
2 habitada por aquellos ladrones. Será un ensayo de mi
talento y, a la vez, os daré la oportunidad de poder
juzgar clara y directamente si también mi inteligencia
y mi sensibilidad eran de borrico. Había una montaña
impresionante; la cubría con su sombra un espeso
3 arbolado, y su altura era extraordinaria. En toda la
extensión de sus faldas, un cinturón de rocas agudas
—y por lo tanto inaccesibles— y unas depresiones con
profundas cuevas cubiertas de impenetrables matas
de espinos, sin posible entrada por parte ninguna, for-
4 maban una defensa natural a su alrededor. En la cum-
bre brotaba en inmensos borbotones un caudaloso ma-
nantial cuyas aguas, al deslizarse por la pendiente, se
desparramaban en cascadas de plata para dividirse

luego en múltiples riachuelos que regaban las hondo-
nadas con tranquila corriente o las cubrían en toda
su extensión como un mar cerrado o un perezoso río.
Al pie mismo de la montaña estaba la boca de una 5
cueva dominada por un elevado torreón natural; una
sólida empalizada formaba recintos seguros adecuados
a la estabulación del ganado. Los corrales se prolon-
gaban paralelamente hasta terminar ante la boca de
la cueva en un estrecho callejón, como si se tratara
de un recinto amurallado: auténtico pórtico de una 6
guarida de ladrones por cierto; ya lo podéis jurar
por mi cabeza.

Por los alrededores sólo había una mísera choza cubierta de groseros cañizos; luego, me enteré de que allí se apostaban para montar guardia de noche algunos ladrones designados por sorteo.

7. Estirando todo su cuerpo, allí se deslizaron uno
por uno, después de atarnos a nosotros con una sólida
correa ante la misma entrada. Una vieja, encorvada
bajo el peso de los años, parecía ser la única encar-
gada de cuidar y arreglar a tantos jóvenes; ellos la
interpelan rudamente así: «Oye tú, cadáver retirado a 2
última hora de la hoguera fúnebre, oprobio insigne de
este mundo y repudio inaudito del otro, ¿vas a entre-
tenerte siempre así sentada en casa e inactiva sin pre-
pararnos, aunque muy tarde, un refrigerio que alivie
nuestra dura y peligrosa tarea? Noche y día, no sueles 3
tener más afán que el de hacer rebosar de vino puro
el abismo insaciable de tu estómago».

A esas palabras, la vieja, temblorosa y tímidamente, 4
contesta con su vocecita aguda: «Perdón, mis heroicos
y leales jóvenes protectores tienen todo a punto: car-
nes muy bien guisadas, suculentas, pan en cantidad,
copas bien limpias, vino para llenarlas a rebosar; y

el agua caliente está dispuesta para daros el habitual
chapuzón».
5 Al terminar de hablar la vieja, se despojan rápida-
mente de sus vestiduras, reaniman sus cuerpos des-
nudos al calor de una buena hoguera, toman el baño
caliente, se frotan con aceite y se instalan en aquellas
mesas copiosamente servidas.

8. Estaban ya cómodamente instalados, cuando he
aquí que se presenta otro grupo de jóvenes, más nu-
meroso que el primero. Era fácil reconocer en ellos
2 igualmente a otros ladrones. Pues también ellos traían
su botín: monedas de oro y plata, vasijas, tejidos de
3 seda con bordado de oro. Después de tomar un baño
reparador, como los primeros, pasan a ocupar un sitio
en el comedor entre sus camaradas; designan por sorteo
4 a los que han de servir la mesa. Comen y beben sin or-
den ni concierto: montañas de carne, montañas de pan,
5 hileras de copas, todo lo consumen. Chillan, juegan,
cantan estrepitosamente, riñen entre bromas: en una
palabra, todo como en el banquete de los lapitas (medio
6 bestias) y los centauros (medio hombres). El más ro-
busto de todos ellos tomó entonces la palabra: «Nos-
otros, los que tomamos en un valiente asalto la casa
de Milón en Hipata, además del copioso botín que
debemos a nuestro valor, pudimos regresar al campa-
mento sin una sola baja; y, por si este detalle tiene
algún valor, volvimos sobre nuestras propias piernas
7 y con ocho patas más por añadidura. Vosotros en
cambio, los que llevabais como objetivo las ciudades
de Beocia, habéis regresado con sensibles bajas, entre
ellas la de vuestro jefe, el valiente Lámaco, cuya vida
tendría evidentemente a mis ojos mayor precio que
8 todos estos fardos que habéis traído. Como quiera que
sea, a él lo perdió su excesivo valor; un héroe como
él tendrá su sitio en la historia al lado de los reyes

ilustres y los generales más aguerridos. En cuanto a 9
vosotros, sois unos ladrones muy discretos; como los
esclavos, no pasáis del oficio de vulgares rateros:
jugáis tímidamente al escondite arrastrándoos por los
balnearios y por los tugurios de las viejas».

9. Uno de los hombres del otro equipo le replica:
«Sólo tú ignoras que cuanto más importante es una
casa, tanto más fácil resulta darle el asalto. Es cierto 2
que hay mucho servicio en sus amplias salas; pero
cada cual mira más por la propia vida que por salvar
los bienes del dueño. En cambio, la gente modesta y 3
de vida retirada esconde celosamente su fortuna, poca
o mucha, y la defiende con valor, arriesgando en ello
incluso la propia vida. Los hechos te demostrarán
cumplidamente la verdad de mis palabras.

»Apenas llegamos ante la Tebas de las siete puer- 4
tas[40], indagamos con exactitud la situación económica
de los habitantes: es, en nuestra profesión, lo primero
que se ha de saber; no escapó a nuestras pesquisas 5
un tal Crísero[41], banquero y dueño de grandes capi-
tales, que, por miedo a las obligaciones y cargas públi-
cas, en su magnífica pero disimulada opulencia, se
excedía en la habilidad de no excederse en liberalida-
des. Vivía solo y retirado, satisfecho en su casita, mo- 6
desta pero bien fortificada, sucio y además cubierto
de andrajos; sus colchones eran sacas de oro. Se deci- 7
dió, pues, que nuestro primer ataque fuera contra
él, dando por descontado lo sencillo de la operación
frente a un adversario aislado; esperábamos apoderar-
nos tranquilamente de todos sus tesoros sin el menor
percance.

---

40 «La Tebas de las siete puertas», fundada por Cadmo, estaba en Beocia; otra Tebas, «la de las cien puertas», fundada por Baco, era la gran ciudad egipcia.

41 *Críseros*, en griego, significa «codicioso de oro».

10. »Sin perder tiempo, a la caída de la noche, nos ponemos al acecho ante su puerta. Pero no nos parecía conveniente apalancarla, forzarla, y menos todavía romperla: era de temer que el ruido de los paneles despertara a todo el vecindario para desgracia nuestra.
2 Entonces, nuestro ilustre jefe Lámaco, dejándose llevar de su reconocido valor, metió poco a poco la mano por el agujero destinado a introducir la llave: preten-
3 día hacer saltar la cerradura[42]. Pero Crísero, el bípedo más infame de este mundo, estaba alerta y había observado cada uno de nuestros movimientos. A paso lento y sin hacer el menor ruido, se acercó suavemente y, armado de un enorme clavo, sorprendió con un violento golpe a nuestro jefe, cuya mano queda cla-
4 vada a la madera de la puerta; luego, dejándolo cruelmente clavado al patíbulo, Crísero sube al tejado de su tugurio y desde allí, con toda la fuerza de sus pulmones, chilla y pide auxilio a sus vecinos, llamando a cada uno por su nombre y recordándoles que está en juego la vida de todos; difunde la noticia de que un violento incendio se ha apoderado de su casa. Así, cada uno se alarma ante la proximidad del inminente peligro y todos corren angustiados a prestar socorro.

11. »Entonces, en la peligrosa alternativa de dejarnos aniquilar o de abandonar al compañero, al tenor de las circunstancias y de acuerdo con el jefe, se nos
2 ocurrió una solución enérgica: cortamos parte del brazo, de un golpe bien calculado a la altura del húmero, precisamente por su articulación, y, dejando allí el antebrazo, taponamos la herida con un gran vendaje para que las gotas de sangre no sirvieran de

[42] Los detalles referidos aquí por Apuleyo demuestran que las cerraduras, o al menos ciertos tipos de cerraduras, se parecían muy poco a las que usamos actualmente.

rastro, y a toda velocidad nos llevamos lo que quedaba
de Lámaco. Todavía bajo la angustia de la terrible 3
solución, nos apremia un tumulto amenazador; el
miedo del inminente peligro precipita nuestra huida;
entonces, sin poder correr bastante aprisa ni retra- 4
sarse sin riesgo, aquel hombre sublime, aquella alma
de valor sin igual, nos exhorta repetidas veces, nos
conjura con insistencia, invocando el brazo de Marte
y la santidad del juramento, que liberemos del supli-
cio a la vez que del cautiverio a un buen compañero
de armas como él. ¿Para qué querría un salteador 5
valiente sobrevivir a su brazo, si ya no ha de seguir
saqueando y degollando? Él sería muy feliz con el
gusto de caer bajo el golpe de una mano amiga. Como 6
ninguno de nosotros se dejaba convencer para pres-
tarse al parricidio consentido, él mismo, con la mano
que le quedaba, cogió su espada, la cubrió de besos
y de un terrible golpe se la clavó en medio del cora-
zón. Entonces, nosotros, rendidos de admiración ante 7
el heroísmo de nuestro gran caudillo, envolvimos con
cariño lo que quedaba de su cuerpo y confiamos su
guardia a los abismos del mar. Ahora nuestro Lámaco
tiene por sepultura el líquido elemento en toda su
extensión. Ha coronado su carrera con la muerte que
correspondía a sus virtudes.

12. »En cambio Alcimo, a pesar de sus inge-
niosas iniciativas, no pudo vencer el sino aciago de
su suerte. Había forzado el tugurio de una pobre 2
vieja mientras ésta dormía; al subir al piso superior
del dormitorio, hubiera debido empezar por estrangu-
larla; prefirió ir arrojando por la amplia ventana todos
los objetos, uno a uno, para que nosotros los fuéramos
recogiendo. Ya lo había desvalijado todo con presteza 3
y le dolía dejar la cama en que dormía la vieja; la
hizo rodar al suelo y tiró de las mantas, disponiéndose

4 a arrojarse como lo demás; la maldita mujer aque-
lla, echándose a sus pies, se puso a suplicar; 'Dime,
hijo mío, ¿por qué regalas esta miseria, estos harapos
de una pobre vieja a los ricos vecinos que tienen su
5 casa frente a mi ventana?'. Estas palabras astutas
hicieron caer en la trampa a Alcimo; pues creyendo
que hablaba con sinceridad, temió que efectivamente
todo lo que ya había tirado y lo que se disponía a
tirar fuera a caer no en manos de sus compañeros,
sino en el recinto del vecino; convencido de su error
6 y dispuesto a subsanarlo, se asomó a la ventana para
explorar concienzudamente los alrededores y, sobre
todo, para apreciar la riqueza de la casa colindante,
7 según indicación de la mujer aquella. Su postura era
atrevida, pero imprudente; mientras él, sin la menor
precaución, iba a lo suyo, el vejestorio aquel realizó
su hazaña: mientras él estaba en equilibrio, pendiente
de lo que podía ver, ella, de un empujón tan suave
8 como repentino e inesperado, lo tiró de cabeza. Era
demasiada la altura y, por añadidura, fue a estrellarse
sobre una enorme piedra que allí había. Se le rompie-
ron y desencajaron todas las costillas; sus entrañas
vomitaban ríos de sangre; nos contó lo que había pa-
9 sado y murió sin prolongar su suplicio. Como buen
seguidor de Lámaco, lo agregamos a su tumba repi-
tiendo el mismo ritual.

13. »Entonces, encajando el golpe de la doble pér-
dida, renunciamos ya a nuestro trabajo en el escenario
de Tebas y subimos a Platea, la ciudad más cercana.
2 Allí vimos que no se hablaba más que de un tal De-
mócares: se disponía a dar un combate de gladiado-
res. Era un hombre de ilustre familia, de extraordina-
ria fortuna y de rara liberalidad: organizaba públicos
festejos, cuyo esplendor alcanzaba la altura de sus po-
3 sibilidades. ¿Qué talento, qué elocuencia podría hallar

términos adecuados para describir, en todos sus as-
pectos, la variedad de los preparativos? Aquí gladia- 4
dores famosos por la destreza de su brazo, allí caza-
dores de probada agilidad, más allá malhechores sin
ninguna clase de esperanza y destinados a servir de
pasto suculento a las fieras; se montan máquinas con 5
piezas prefabricadas, torres de maderas ensambladas,
parecidas a casas móviles, con jaulas para la cacería
prevista y una decoración pictórica muy llamativa.
Además, ¡qué cantidad y qué variedad de animales! 6
Pues había tenido particular empeño en traer los ani-
males del extranjero para sepultar en la pura sangre
de sus entrañas a los condenados a muerte.

»Pero sobre los demás recursos del fantástico es- 7
pectáculo destacaban unos osos enormes que él com-
praba en cantidad, agotando con ellos todas las posi-
bilidades de su hacienda. Pues a los que él mismo 8
había capturado en sus cacerías particulares, a los
que había adquirido en costosas compras, se añadían
los que, a porfía, le regalaban de todas partes sus
amigos. El sostenimiento de esos animales era costoso
y él les daba una alimentación esmerada.

14. »Pero tanto lujo y esplendor en los prepara-
tivos de un festejo público no podía escapar a la ma-
ligna mirada de la Envidia. Pues la prolongada cauti- 2
vidad restó vigor a los osos; además adelgazaron con
el calor estival; y a esto añádase el decaimiento pro-
ducido por la inmovilidad e inacción. De pronto
cogieron una peste y no sobrevivió casi ninguno. Se
podían ver, a cada paso, por las calles, algunas de esas 3
corpulentas fieras tumbadas y moribundas, como res-
tos de un naufragio. Entonces, el vil populacho, que
en su abyecta miseria, extenuado de hambre, no selec-
ciona los víveres y se ve obligado a recoger en los
basureros algún alimento complementario y gratuito,

acude de todas partes a esa comida tirada por el suelo.
4 »Las circunstancias nos inspiraron a Eubulo, aquí
5 presente, y a mí una ingeniosa ocurrencia. Había un
oso que superaba en tamaño a todos los demás; nos
lo llevamos a nuestro escondrijo como si fuéramos a
6 aderezarlo y comerlo; le sacamos la piel con cuidado;
conservamos hábilmente las garras en toda su integri-
dad; también conservamos intacta la cabeza del ani-
mal hasta la nuca; rascamos a conciencia todo el inte-
rior de la piel para afinarla y, después de espolvo-
rearla con ceniza fina, la pusimos al sol a secar.
7 Mientras se desengrasa bajo las ardientes vaharadas
del cielo, nosotros nos reconfortamos con las carnes
del animal en un suculento banquete y bajo juramento
8 organizamos así la siguiente operación: uno de nos-
otros, el mejor de todos, teniendo en cuenta menos
el vigor físico que el arrojo moral, y que como pri-
mera condición debía prestarse voluntariamente a ello,
se pondría aquella piel y, así disfrazado de oso, se
dejaría llevar a casa de Demócares; luego, aprove-
chando oportunamente las horas silenciosas de la no-
che, nos facilitaría la entrada a los demás por la puerta
grande.

15. »No pocos de mis heroicos colegas, ante la
ingeniosidad de la celada, se hubieran encargado a
gusto del papel principal. Entre todos ellos, la pan-
dilla prefirió y designó a Trasileón[43]; él fue quien
corrió el riesgo de la peligrosa estratagema. La piel
estaba ya lista y convenientemente curtida. Trasileón
2 se enfunda en ella sin inmutarse. Luego, con finas
puntadas, unimos adecuadamente los bordes; como es
visible la línea de la costura, aunque muy fina, la

---

[43] La mayoría de los nombres de *El Asno de Oro* quieren expresar el carácter de los personajes que los llevan. Trasileón es nombre compuesto que, en griego, significa «león audaz».

disimulamos reajustando el abundante pelo que cuel-
ga alrededor. Estirando hacemos coincidir la cabeza 3
de Trasileón con la faringe del oso, exactamente en el
punto que su cuello había sido seccionado; para que
pueda respira y ver, disponemos unos pequeños agu-
jeros a la altura de las narices y de los ojos. Nuestro
heroico camarada quedaba hecho un verdadero animal
feroz; luego, lo introducimos en una jaula adquirida
por poco dinero; él mismo, con energía y decisión, se
apresura a meterse dentro.
»Terminados los preparativos antedichos, pasamos 4
a la fase siguiente de la estratagema.

16. »Habíamos averiguado el nombre de un tal
Nicanor, oriundo de Tracia, que mantenía estrechísi-
mas relaciones de amistad con Demócares; inventa-
mos una carta en la que Nicanor, como buen amigo,
consagraba las primicias de su caza para contribuir
al realce de los juegos. Avanzada ya la tarde y al 2
amparo de las tinieblas, presentamos ante Demócares
la jaula de Trasileón con la carta apócrifa; él quedó 3
admirado ante el tamaño del animal y encantado de
la oportuna generosidad de su amigo; manda que de
sus arcas se nos entreguen al contado y en el acto
diez monedas de oro como mensajeros de su felicidad
—así se lo creía—. Como la curiosidad humana corre 4
siempre tras las novedades y los sucesos, así, también
entonces, se aglomeraba la gente en masa para admi-
rar al animal; pero nuestro amigo Trasileón, a fuerza
de saltos y amenazas, mantenía muy hábilmente a raya
las miradas indiscretas. Toda la ciudad, con voz uná- 5
nime, celebraba la felicidad y suerte de Demócares,
que, tras el terrible desastre de sus fieras, gracias al
nuevo refuerzo podía en cierta medida resistir al in-
fortunio. Él manda que, sin tardanza y con toda clase

de precauciones, se transporte el animal a sus parques. Yo tomé entonces la palabra:

17. »'Ten cuidado, señor —le dije—; el calor del día y el largo viaje han cansado al animal; no debes soltarlo entre los demás si son muchos y si, como oigo
2 decir, están enfermos. ¿Por qué no le buscas en tu casa un lugar despejado y bien ventilado, a ser posible junto a algún estanque que refresque el ambiente?
3 ¿Ignoras acaso que esta clase de animales se guarecen siempre entre bosques, en húmedas cavernas y en la proximidad de aguas cristalinas?'.
4 »Estos consejos impresionaron a Demócares; ante el recuento de sus pérdidas, se adhirió a nuestro parecer sin suscitar dificultades y nos permitió que colo-
5 cáramos la jaula a nuestro gusto. 'Además —le dije—, nosotros estamos dispuestos a velar de noche aquí mismo ante la jaula para cuidar a este animal agobiado de calor y cansado del viaje; le daremos la comida a su debido tiempo y la bebida que le es habitual'.
6 »'No hace falta que os toméis esa molestia —respondió él—; casi toda mi servidumbre tiene experiencia en la alimentación de los osos'.

18. »Saludamos, pues, y nos retiramos. Al salir por la puerta de la ciudad, vemos un monumento fúnebre lejos del camino, en un lugar retirado y poco visible.
2 Allí había ataúdes corroídos, tan antiguos que ya estaban medio destapados; eran la morada de unos muertos convertidos ya en polvo y cenizas; destapamos algunos al azar para ocultar en ellos nuestro futuro
3 botín; luego, según la disciplina de nuestro gremio, aprovechamos el momento de la noche sin luna, cuando el sueño se presenta en su primer asalto para conquistar y rendir los corazones de los mortales; enton-

ces nuestra cohorte, armada de puñales, forma ante la
misma puerta de Demócares como acudiendo a una
cita de saqueo. Con la misma puntualidad, Trasileón, 4
por su parte, aprovecha el momento propicio al pillaje
nocturno; sale de su jaula y degüella en primer lugar
a los guardianes que a su lado descansaban medio
dormidos, sin dejar uno solo; después, al propio por-
tero; le ocupa la llave y nos abre la puerta de par en 5
par; nosotros acudimos en un vuelo; ya estamos en
el interior de la casa; Trasileón nos muestra un gra-
nero en donde su ojo avizor había visto esconder la
víspera gran cantidad de plata. Sin pérdida de tiempo, 6
un esfuerzo colectivo derriba la puerta de este grane-
ro; yo ordeno a cada uno de nuestros compañeros que
se lleven todo el oro y plata que puedan, que oculten
el botín en la morada de los muertos, cuya discreción
es segura, y que vuelvan corriendo a cargar otra vez
con nueva remesa. En interés de todos, yo me queda- 7
ría solo a la puerta de la casa observando atentamente
el panorama mientras volvían los demás.

»Por otra parte, contaba con un oso suelto en medio
de la casa para hacer morir de miedo a cualquier
esclavo que casualmente pudiera despertarse. Parecía
cosa muy oportuna. En efecto, por valiente y atrevido 8
que uno fuera, ante un oso de tamaño tan descomunal,
y de noche por añadidura, ¿quién podría dejar de
echar a correr y encerrarse en su celda con cerrojo,
temblando de pánico?

19. »Todo estaba, pues, dispuesto con la seguridad
de la más correcta estrategia, cuando sobrevino un
fatal contratiempo. Yo acechaba con oído atento el
regreso de mis camaradas; un esclavo menudo, a quien
había desvelado sin duda el ruido o, más probable-
mente, alguna inspiración del cielo, sale despacito, y,
al ver al animal que anda paseando en libertad por 2

las diversas partes del recinto, da la vuelta en conte-
nida y silenciosa actitud informando a todos —no sé
3 cómo— de lo que ha visto en casa. Sin hacerse esperar,
la numerosa servidumbre se reúne y llena por com-
pleto la morada. Antorchas, lámparas, velas, candelas
y todo el servicio de alumbrado nocturno iluminan la
4 oscuridad. Y entre tanta gente nadie sale sin armas:
cada cual viene con su garrote, su lanza o su espada
5 desenvainada para prohibir el paso. No faltan los pe-
rros de caza con sus orejas tiesas y su pelambre eri-
zada; los azuzan contra el animal para dominarlo.

20. »Yo, mientras el tumulto va todavía en au-
mento, me alejo de la casa batiéndome en discreta
retirada, sin perder de vista, no obstante, a Trasileón
y escondiéndome detrás de la puerta para observar
su maravillosa resistencia frente a los perros.
2 »Aunque rozaba los umbrales de la muerte, no olvi-
daba sin embargo su dignidad, ni la nuestra, ni su
honroso pasado: ya entre los dientes de Cérbero, y a
punto de ser tragado por él, Trasileón seguía luchando.
3 Representando hasta la muerte el papel que volunta-
riamente había asumido, unas veces retrocedía, otras
veces hacía frente, hasta que, tras mil posturas y mo-
vimientos acrobáticos, logró finalmente escabullirse y
salir de casa.
»Sin embargo, aunque había alcanzado la libertad
y se veía en la calle, no le fue posible salvarse huyendo.
4 Pues todos los perros del barrio circundante, tan ra-
biosos como numerosos, se mezclan en manada con
los perros de caza que precisamente acababan de lan-
zarse a la calle en persecución de la misma presa.
5 ¡Lamentable y funesto espectáculo! Vi a nuestro Tra-
sileón cercado y bloqueado por multitudes de perros
enfurecidos, lo vi acribillado, desgarrado a mordiscos.
6 Finalmente, sin poder ya contenerme ante tan dolo-

roso espectáculo, me mezclo a los grupos de la mul-
titud en movimiento y, como único medio de socorrer
a mi buen compañero sin delatarnos, trato de des- 7
orientar a los directores de la cacería diciendo: '¡Qué
lástima! ¡Qué tremenda monstruosidad! Perdemos ahí
un animal estupendo, un ejemplar extraordinario'.

21. »De nada sirven al infortunado joven los arti-
ficios de mi elocuencia; un individuo alto y fornido
sale corriendo de su casa y, sin titubear, clava su
lanza en pleno pecho del oso; otro lo imita; y muchos
más, perdido ya el miedo, se arriman a porfía y lo
acribillan con sus espadas. Así, pues, Trasileón, insigne 2
gloria de nuestra corporación, alma grande, digna de
la inmortalidad, sucumbió por fin en la batalla, sin
que el sufrimiento le hiciera proferir una queja, un
simple aullido susceptible de traicionar la fe del jura-
mento. Desgarrado a mordiscos, despedazado por el 3
hierro, continuaba mugiendo y rechinando como ani-
mal salvaje, aguantaba su suerte con heroica resisten-
cia: se conquistó la gloria abandonando su vida al
destino.

»Sin embargo, fue tal el terror, tal el pánico que 4
infundió a aquella masa de gente, que hasta el ama-
necer, o, mejor dicho, hasta muy entrado el día, nadie
se atrevió a tocar, ni con la punta del dedo, el animal
aquel, a pesar de verlo ya en el suelo y sin vida. Por
último, entre incertidumbres e indecisiones, un car- 5
nicero algo más atrevido abrió el vientre al animal y
quitó al heroico salteador su disfraz de oso. Así acabó 6
Trasileón; nosotros lo hemos perdido, pero su gloria
será imperecedera. Nos apresuramos, pues, a empa-
quetar lo que los muertos, de incorruptible lealtad,
nos habían estado guardando. Y, apretando el paso,
al abandonar el territorio de Platea, nos íbamos ha-
ciendo las siguientes reflexiones: sobran razones para

que en este mundo no se encuentre la Buena Fe: aburrida de nuestras perfidias, ha emigrado ya a los infiernos; se halla entre los muertos.

7 »Así, pues, totalmente agotados por el peso de la carga y las asperezas de la ruta, con la añoranza, además, de los tres camaradas perdidos, ya veis el botín que hemos traído».

22. Concluido este discurso, ofrecen en copas de oro libaciones de vino puro en memoria de sus camaradas fallecidos; luego, entonan algunos himnos en honor del dios Marte y se retiran a descansar un poco.
2 En cuanto a nosotros, la vieja aquella nos distribuyó, sin medir, cebada fresca en abundancia; tanto es así, que mi caballo, ante tan copiosa ración —aunque él solo pudo con todo—, creía estar en un banquete de
3 sacerdotes salios[44]. Yo, en cambio, como nunca había comido la cebada cruda, sino bien triturada y en pa-
4 pilla cocida a fuego lento, al divisar un rincón donde se amontonaban los mendrugos de pan que habían sobrado a toda aquella gente, me retiro a probar allí resueltamente la destreza de mis mandíbulas entumecidas por un largo período de hambre y cubiertas ya de telas de araña.

5 A una hora avanzada de la noche, he aquí que los ladrones se despiertan y trasladan el campamento. Su atuendo varía: unos van armados con espadas, otros disfrazados de fantasmas; desaparecen a toda veloci-

---

44 Los banquetes de los sacerdotes salios eran proverbiales (cf. HORACIO, *Odas* I 37, 2; CICERÓN, *a Atico* V 9, 1). Estos sacerdotes de Marte recorrían periódicamente las calles de Roma en una procesión durante la cual ejecutaban danzas militares que terminaban en un banquete de la cofradía. La procesión más solemne era la del mes de marzo: duraba diez días consecutivos con un banquete diario (FESTO, comentario a la palabra «salios»).

dad. Yo, sin embargo, continué comiendo a dos carri- 6
llos y sin desmayar; ni el sueño que ya se apoderaba
de mí pudo hacerme parar. Y aunque antes, cuando 7
yo era Lucio, con uno o dos panes tenía bastante y
me retiraba de la mesa, ahora, ante las exigencias de
mi vientre tan profundo, iba ya por la tercera cesta
y seguía rumiando. En esta tarea, con gran asombro
mío, me sorprendió la clara luz del día.

23. Por fin, atendiendo a la característica sobriedad
de los asnos, pero con harto sentimiento, salgo de
aquel lugar y voy a aliviar mi sed en el riachuelo in-
mediato. En aquel preciso instante regresaban los la-
drones, increíblemente angustiados y preocupados; no
traían el menor botín, ni siquiera el más vil harapo; 2
con todas sus espadas, con toda la fuerza de sus bra-
zos, con toda clase de precauciones, el equipo com-
pleto conducía simplemente a una joven de aspecto 3
distinguido, cuyos modales de gran dama hacían pen-
sar en la aristocracia del país. La chiquilla —una ten-
tación, os lo aseguro, hasta para un asno como yo—
lloraba, se arrancaba el pelo, se rasgaba las vestiduras.
Cuando la tuvieron en el interior de la cueva, los 4
ladrones, quitando importancia a los motivos de sus
penas, le hablan en estos términos: «No peligran ni
tu vida ni tu honor; ten un poco de paciencia para
facilitar nuestra empresa. La dura ley de la pobreza
nos ha reducido a este oficio. Tus padres, al contrario, 5
tienen montañas de riquezas y, por avaros que sean,
no tardarán en disponer el debido rescate de su san-
gre».

24. Con estas y otras palabras similares que le re-
petían al oído, trataban en vano de calmar a la mu-
chacha. ¡Muy natural! Pero ella, con la cabeza entre
las rodillas, se deshacía en lágrimas. Ellos, entonces, 2

mandan entrar a la vieja para que haga compañía a la niña y la consuele con las más cariñosas palabras; luego, se van a las tareas propias de su profesión.
3 Pero nada de lo que decía la vieja lograba cortar el llanto de la niña; al contrario, se lamentaba con mayor desesperación entre vivas convulsiones e ininterrumpidos sollozos, hasta el punto de hacerme saltar las
4 lágrimas a mí también. Decía: «¡Qué desgraciada soy! Con una casa como la mía, con tanto servicio, con esclavos tan familiares y queridos, con padres tan adorables, heme aquí abandonada, víctima de un rapto cruel: he perdido mi personalidad. Cual esclava encerrada en esta cárcel de roca, en esta sala de tortura,
5 sin ninguna de las comodidades que rodearon mi nacimiento y mi niñez, sin estar segura de salir con vida entre tantos y tan temibles ladrones, en una población de horribles asesinos, ¿cómo puedo dejar de llorar? ¿Cómo puedo incluso soportar la existencia?».

6 Tales eran sus lamentaciones. Al sufrimiento moral se unía la irritación de su garganta y el agotamiento de todo su cuerpo. Ya rendida, cerró sus ojos tristes y se durmió.

25. Apenas había dado tiempo a que sus párpados se cerraran, cuando de repente se despierta como si hubiera enloquecido, y vuelve a mortificarse con redoblada amargura: empieza a golpearse rudamente el pecho con ambas manos y abofetea su cara encanta-
2 dora. Como la viejecita le preguntaba con la mayor insistencia el porqué de este nuevo y redoblado disgusto, ella, suspirando cada vez más angustiada, con-
3 testa así: «¡Ay! Ahora sí que estoy perdida del todo, ahora ya me he despedido de toda esperanza de salvación. Un lazo corredizo, tal vez un puñal, o más probablemente un precipicio, he ahí sin la menor duda la suerte que me espera».

Al oír sus palabras, la vieja, un tanto irritada y con 4
mirada más severa, le pregunta: «¿Me vas a decir por
qué, ¡diablo!, tienes que llorar? Después de caer en
profundo sueño, ¿por qué, de repente, vuelves a dar
libre rienda a tu llanto? Me parece que está claro: 5
tú pretendes que se malogre el bonito ingreso que mi
gente espera de tu rescate. Si persistes en tu actitud, 6
con lágrimas y todo (los ladrones hacen normalmente
muy poco caso de las lágrimas) voy a hacerte asar
viva».

26. La jovencita se asustó al oírla, y, besándole
la mano: «Perdón, madrecita —dice—; mi desgracia
es muy grande; muéstrate compasiva y humana; ten
un poco de paciencia. No puedo creer que en la avan- 2
zada madurez de tu vida, bajo tu venerable cabello
blanco, se hayan secado por completo los sentimientos
de compasión. Acaba por fijarte en el cuadro de mi
desgracia. Había un apuesto joven, distinguido entre 3
los de su clase, a quien proclamó la ciudad entera
como hijo adoptivo, primo mío por añadidura, que
me llevaba tan sólo tres años. Se había criado con- 4
migo; desde su más tierna infancia había crecido a mi
lado bajo el mismo techo, o, mejor dicho, en la misma
habitación, en la misma cama. Se había comprometido
conmigo y sentíamos ambos la sagrada ternura del
mismo cariño; el matrimonio debía consagrar las pro- 5
mesas de antaño; teníamos el consentimiento de nues-
tros padres que, en acta oficial, lo habían reconocido
como mi esposo. Rodeado de una nutrida multitud de
parientes y allegados, ofrecía ya en los templos y san-
tuarios públicos los sacrificios de la boda; en toda la
casa, tapizada de laurel y profusamente iluminada con
antorchas, resonaba el himno nupcial. Mi pobre ma- 6
dre, estrechándome en sus brazos, se complacía en
arreglarme con el equipo de novia y, prodigándome

los más dulces besos, soñaba ya con la esperanza de la futura descendencia que sus votos anhelaban. En-
7 tonces, de impoviso, hacen irrupción unos hombres armados con espadas; aparece el cruel espectro de la guerra blandiendo el hierro desnudo y amenazador: no se lanzan a matar ni a saquear, sino que en apretada formación invaden la habitación que nosotros
8 ocupábamos. Ninguno de los nuestros pensó en el contraataque, ni siquiera en oponer la mínima resistencia. ¡Pobre de mí! Muerta de miedo, presa de horrible pánico, me arrancaron del seno mismo de mi madre. Así quedó interrumpida y dispersada mi boda, como ocurrió con la de Attis o la de Protesilao[45].

27. »Pero resulta que acabo de tener un sueño horrible, y en él he revivido mi desdicha o, más exactamente, he visto colmada la medida de mis males.
2 Pues he creído verme arrancada violentamente de mi casa, de mi habitación, de mi propio lecho; me llevaban por parajes solitarios e intransitables, e iba invo-
3 cando el nombre de mi infortunado marido. Él, al verse privado de mis brazos, recién perfumado y todavía coronado de flores, seguía mi rastro mientras yo corría huyendo sobre unas piernas que no eran las
4 mías. Y como él lamentaba a voz en grito el rapto de su bella esposa y pedía auxilio al pueblo, uno de los ladrones, indignado y harto de esta molesta persecución, coge a sus pies un morrillo enorme y de un golpe mata al desgraciado joven que era mi marido. Despa-

[45] Attis, según una tradición bastante oscura, se mutiló el mismo día de su boda y precisamente cuando se estaba cantando el himno nupcial. Protesilao fue el primero de los griegos que, al desembarcar en Troya, cayó bajo los dardos de Héctor. Había salido de casa el día siguiente al de su boda, sin poder terminar el palacio donde asentaría su hogar y dejando a la recién casada lacerándose las mejillas por el dolor de la separación (Homero, *Ilíada* II 700).

vorida y angustiada por tan espantosa visión, me des-
perté de mi funesto sueño».
Entonces, la vieja, impresionada a su vez por las 5
lágrimas de la joven, le dice suspirando: «Ten con-
fianza, reina mía, y no te dejes asustar por las vanas
ilusiones de los sueños. Pues, según dicen, son enga-
ñosas las visiones que tenemos cuando soñamos de
día; e incluso las que tenemos de noche anuncian a
veces lo contrario de lo que representan. Así, llorar, 6
recibir una paliza y, a veces, verse degollado son augu-
rios de suerte en los negocios y prosperidad; y, al 7
contrario, reír, hartarse de golosinas o entregarse a las
delicias del amor significará que se va a ser víctima
de la tristeza, la enfermedad o cualquier otra desgra-
cia. Ahora voy a distraerte ya con una de las bonitas 8
historias que cuentan las viejas». Y empieza:

28. «Había en cierta ciudad un rey y una reina;
tuvieron tres hijas y las tres llamaban la atención
por su belleza. Por muy agradable que fuera el as-
pecto de las dos mayores, el lenguaje humano podía
celebrar dignamente, al parecer, la gracia de su her-
mosura. Pero la perfección de la más joven era tan 2
extraordinaria, tan maravillosa, que la voz humana no
tenía palabras para expresarla ni ponderarla adecua-
damente. Muchos ciudadanos y no pocos extranjeros, 3
que acudían en masa atraídos por la fama de la excel-
sa maravilla, quedaban atónitos ante esta belleza sin
par y, llevándose a la boca su mano derecha con el
dedo índice colocado sobre el pulgar erecto, venera-
ban a la joven con devota adoración, como si fuera
la diosa Venus en persona. Ya se había extendido la 4
noticia por las ciudades vecinas y por las regiones
circundantes: la diosa, decían, engendrada en las pro-
fundidades azuladas del Océano y formada con la
sutil espuma del oleaje, prodigaba ahora su divina

presencia asociándose a las colectividades humanas; o, más probablemente, por un nuevo efecto de la influencia creadora del rocío del cielo, la tierra —y no ya el líquido elemento— había producido otra Venus agraciada con la misma flor de virginidad.

29. »Así, de día en día, se extendía hasta el infinito
esta creencia: la fama en aumento va recorriendo las
islas próximas, luego, sobre el continente, la gran
2 mayoría de las provincias. Son ya muchos los mor-
tales que, recorriendo largos caminos y surcando pro-
fundos mares, afluyen para ver la gran maravilla del
3 siglo. Nadie navega hacia Pafos, nadie hacia Cnido, ni
siquiera hacia la misma Citera[46] para contemplar a la
diosa Venus. Sus sacrificios quedan interrumpidos,
sus templos se arruinan, sus almohadones[47] son piso-
teados, su culto abandonado; ya no llevan coronas
sus estatuas y la fría ceniza ensucia sus altares soli-
4 tarios. La jovencita es el centro de las súplicas; se
quiere aplacar a la augusta divinidad de Venus en su
encarnación humana. Cuando por la mañana sale la
virginal doncella, se ofrecen víctimas propiciatorias y
banquetes sagrados a Venus, invocando su nombre
aunque esté ausente; y cuando la joven cruza una
plaza, la gente se aglomera para implorar su protec-
ción ofreciendo guirnaldas y flores.

5 »Este exagerado traspaso de honores divinos a favor
de una simple mortal inflamó de violenta cólera a la
verdadera Venus, que, sin poder contener su indigna-

[46] Pafos (Chipre), Cnido (Asia Menor) y Citera (Peloponeso) son los principales centros del culto de Venus.

[47] Se trata de los almohadones en que se instalaban las imágenes de los dioses en las grandes solemnidades; dichos almohadones solían estar al pie de los altares de las respectivas divinidades.

ción y moviendo la cabeza con profunda rabia, pensó así en su fuero interno:

30. »'Yo pues, la primitiva madre de la naturaleza, el origen y germen de los elementos, la Venus nutricia del universo, ¿he de verme reducida a compartir con una joven mortal los honores debidos a mi majestad? Y ¿ha de profanarse con la suciedad de la tierra mi
nombre que está consagrado en el cielo? ¿Puedo tole- 2
rar que el culto de un nombre en común para las dos motive confusiones entre mis adoradores y los de una sustituta? ¿Ha de representarme entre los hombres
una joven destinada a la muerte? En vano el famoso 3
pastor, cuya justicia e imparcialidad obtuvo la aprobación del gran Júpiter, me habrá preferido a excelsas diosas por mis encantos sin igual[48]. Pero esta criatura, como quiera que sea, no ha de continuar triunfando y usurpando mis honores: le haré lamentarse hasta de esa seductora hermosura'.

»Inmediatamente llama a su hijo, el niño alado y 4
atrevidillo que, menospreciando la moralidad pública, armado con antorchas y flechas, recorre de noche las casas ajenas, malquista todos los matrimonios y comete impunemente los peores escándalos sin hacer
nunca nada de bueno. Aunque él es ya insolente por 5
connatural desvergüenza, ella lo incita además con sus palabras, lo acompaña a la mencionada ciudad y le presenta a Psique (tal era el nombre de la joven).

31. »Le explica cómo la rivalidad a que da lugar la hermosura de la joven es tema de todas las conversaciones; su indignación estalla en suspiros de rabia: 'Te lo conjuro —exclama— por los lazos del cariño

48 Alusión al célebre juicio de Paris, que veremos lujosamente escenificado en libro X, capítulos 30-33.

materno, por las dulces heridas de tus flechas, por el delicioso fuego de tu antorcha: venga a tu madre, que
2 sea completa la venganza, y castiga sin compasión a esta terca hermosura; concédeme tan sólo una cosa, y con esta sola cosa me doy por enteramente satis-
3 fecha: haz que esta joven se enamore perdidamente del último de los hombres, un maldito de la Fortuna en su posición social, en su patrimonio y en su propia integridad personal; en una palabra: un ser abyecto que no pueda hallar en el mundo entero otro desgraciado comparable a él'.

4 »Dio fin a su discurso; y con sus labios entreabiertos, cubriendo de largos y cálidos besos a su hijo, se dirige al punto más próximo de la costa, donde mueren las olas; entonces, pisando con sus pies de rosa la cresta espumosa de las aguas que se mecen, he aquí que se sienta y deja llevar sobre la serena superficie
5 del profundo mar. Apenas asoma en ella un deseo, al punto, como si hubiera dado órdenes con mucha antelación, las divinidades marinas se apresuran a
6 servirla: allí aparecen las hijas de Nereo cantando en coro, Portuno con su barba azul y erizada, Salacia con la falda cargada de peces, y Palemón, el pequeño auriga, en su delfín; también invaden el horizonte marino,
7 a saltos, los Tritones en tropel: uno sopla suavemente en su concha sonora, otro con un tejido de seda quita a la reina el sol que le molesta; los demás van nadando uncidos a su carro por parejas. Tal es la escolta que acompaña a Venus en marcha hacia el Océano.

32. »Entretanto, Psique, con todo el esplendor de la hermosura, no saca la menor ventaja de sus atractivos. Todos la contemplan, todos la ensalzan, pero nadie, ni rey, ni príncipe, ni siquiera algún plebeyo,
2 se presenta con ganas de pedir su mano. Se admira, ciertamente, su aspecto digno de una diosa, pero como

se admira siempre a una estatua de acabada perfec-
ción artística. Hacía tiempo que las dos hermanas ma- 3
yores que ella, sin que ningún pueblo celebrara su
corriente hermosura, habían sido prometidas a pre-
tendientes de sangre real y habían conseguido matri-
monios. Pero Psique, doncella condenada a la soltería, 4
se queda en casa llorando su abandono y soledad; la
enfermedad física se une a las heridas del corazón, y,
aunque es el encanto de todas las gentes, odia la her-
mosura de que está dotada.

»El padre de la infortunada princesa está desespe- 5
rado y sospecha que es víctima de la maldición divina.
Por temor a la ira del cielo, consulta el antiquísimo
oráculo del dios de Mileto[49]; con oraciones y sacri- 6
ficios pide a tan alta divinidad una boda, un marido
para la doncella sin pretendientes. Apolo, aunque grie-
go jónico, como atención al autor de una composición
de estilo milesio, formuló el siguiente oráculo en latín:

33. »*'Sobre una roca de la alta montaña, instala,
¡oh Rey!, un tálamo fúnebre y en él a tu hija ataviada
con ricas galas. No esperes un yerno de estirpe mortal,
sino un monstruo cruel con la ferocidad de la víbora,
un monstruo que tiene alas y vuela por el éter, que* 2
*siembra desazón en todas partes, que lo destruye todo
metódicamente a sangre y fuego, ante quien tiembla
el mismo Júpiter, se acobardan atemorizadas las divi-
nidades y retrocen horrorizados los ríos infernales y
las tinieblas del Estigio'.*

»El rey, feliz en otros tiempos, al conocer la res- 3
puesta del oráculo divino vuelve desmoralizado y triste

[49] Es decir, el oráculo de Apolo, cuyo santuario en las afueras de Mileto era uno de los más concurridos en el siglo II de nuestra Era.

a su palacio y explica a su esposa lo que prescribe el
aciago destino. La desolación, las lágrimas, los lamen-
tos duran varios días. Pero llega ya el tétrico momento
de cumplir la cruel sentencia del destino.

4 »Ya se dispone para la desgraciadísima doncella
toda la pompa de la fúnebre boda. La llama de las
antorchas se apaga entre cenizas y negras humaredas;
la música de la flauta nupcial es sustituida por el
triste ritmo de las modulaciones lidias; y el alegre
canto de Himeneo acaba en lúgubres llantos; y la
joven contrayente se enjuga las lágrimas con su propio
5 velo de novia. La ciudad entera se asociaba al dolor
de esta familia afligida por un triste destino, y el
dolor del pueblo se traduce en unánime e inmediato
duelo general.

34. »Sin embargo, la ineludible necesidad de obe-
decer a las órdenes del cielo reclamaba a la pobrecita
Psique para el suplicio que le estaba destinado. Ulti-
mado, pues, en medio de una profunda tristeza, el so-
lemne ceremonial de este himeneo de muerte, se pone
en marcha el cortejo fúnebre para enterrar a una per-
sona en vida; la población en masa toma parte en
la comitiva. Psique, bañada en lágrimas, no asiste a
2 la propia boda, sino a las propias exequias. Y cuando
sus padres, acongojados, sucumben en tan doloroso
trance sin resolverse a consumar la inhumana mons-
truosidad, es su misma hija quien los anima con las
siguientes palabras:

3 »'¿Por qué os atormentáis en los últimos años de
vuestra existencia llorando sin parar? ¿Por qué agotáis
las energías de vuestra vida (más mía que vuestra)
en ininterrumpidos sollozos? ¿Por qué afeáis con lágri-
mas inútiles vuestros rostros, que para mí son adora-
bles? ¿Por qué irritáis mis ojos con la irritación de

los vuestros? ¿Por qué os arrancáis vuestra blanca ca-
bellera? ¿Por qué zaherís, uno ese pecho, la otra ese
seno que yo tengo por sagrados? He ahí la gloriosa 4
recompensa que os ha valido mi incomparable hermo-
sura. La envidia cruel os asesta un golpe mortal: os
enteráis demasiado tarde.

»'Cuando los pueblos de diversas naciones nos ren- 5
dían honores divinos, cuando con voz unánime me
llamaban la nueva Venus, entonces era el momento de
gemir y llorar, entonces debíais de haberme guardado
luto como si ya me hubierais perdido. Ahora me doy
cuenta, ahora veo claro: el nombre de Venus ha sido
la única causa de mi perdición. Llevadme, colocadme 6
sobre la roca que el destino me ha asignado. Tengo
ganas de que llegue el momento feliz de esa boda,
tengo ganas de conocer el noble marido que me corres-
ponde. ¿Por qué lo hago esperar, por qué he de evitar
su encuentro? Ya está llegando el que ha nacido para
ruina del universo entero'.

35. »Así habló la joven. Luego, se calló y con paso
decidido se incorporó a la multitud que la acompa-
ñaba. Se llega a la roca designada, sobre la abrupta 2
montaña; se coloca la joven en lo alto de aquella cum-
bre y la dejan completamente sola. Allí mismo apagan
con sus propias lágrimas las antorchas nupciales que
habían servido para iluminar la marcha y allí las dejan
tiradas. Cabizbajos, se disponen a regresar a sus casas.
Sus desgraciados padres, agotados por tan sentida pér- 3
dida, se encerraron en el fondo de su palacio conde-
nándose a una noche eterna. Psique, temblando de 4
miedo en la cúspide de su roca, se deshacía en lágri-
mas; en esto, el dulce aliento del céfiro que la acari-
ciaba agitando en ondulaciones alternas el borde de
sus faldas, acaba hinchando todo el vuelo de sus ves-
tiduras; Psique se eleva gradualmente y se ve trans-

portada por los aires en suave descenso a lo largo de la roca, hasta un profundo valle que había al final: aterriza con suavidad y se ve sentada en un lecho de césped florido.

LIBRO V

La fábula de Psique (continuación). — Cupido se enamora de Psique y en alas del viento la baja de la cumbre solitaria y, sin darse a conocer, se la lleva a su maravilloso palacio para hacerla su esposa. Pasado algún tiempo recibe la visita de sus dos hermanas mayores; Psique las manda cargadas de valiosos regalos. Nace la envidia en el corazón de las dos hermanas, que intentan acabar con Psique aunque hayan de matarla. Logran convencerla de que ha de dar muerte al monstruo que la ama o ha de identificar al menos su personalidad (era condición de la felicidad de Psique que no se arriesgara a contemplar el rostro de su esposo); lo identifica, en efecto, pero entonces Cupido se da a la fuga, según dice, para siempre. Psique, irritada ante la maldad de sus hermanas, las engaña a su vez y las lleva a un precipicio, donde ambas perecen despeñadas (1-31).

1. »Sobre la espesa capa de verdura, Psique, cómodamente recostada como en un lecho de césped, recobró, tras la violenta conmoción, la serenidad de su mente y se entregó a un suave descanso. Bastante repuesta, se levanta tranquila de su plácido sueño. Ve
un bosque de árboles altos y frondosos, ve una fuente 2
cuyas aguas tenían la transparencia del cristal; entre los árboles, y precisamente en el centro del bosque y junto a la corriente del agua, había una mansión real: en su construcción no había intervenido la mano
del hombre, sino el arte de la divinidad. Bastaba acer- 3
carse a la entrada para darse uno cuenta de que tenía

ante sí la lujosa y plácida resistencia de alguna divini-
dad. Los artesonados, allá en lo alto, esculpidos en tuya
y marfil, descansan sobre columnas de oro; las pare-
des, completamente cubiertas de bajorrelieves de plata,
representan a los ojos del visitante animales salvajes
4 y otros por el estilo. Sólo un artista maravilloso, mejor
dicho, un semidiós, o más exactamente un dios autén-
tico, podía con las sutilezas de un arte consumado in-
fundir la vida de las fieras a tanta cantidad de plata.
5 En el mismo pavimento, diminutas piedras preciosas
y labradas oponen su colorido en variadas representa-
ciones pictóricas: ¡felices, una y mil veces felices,
aquellos que andan sobre perlas y piedras preciosas!
6 Las demás estancias de aquella mansión, en toda su
anchura y profundidad, son de incalculable valor; las
paredes están revestidas de arriba abajo con chapas
de oro macizo y brillan con el resplandor propio del
oro; esta casa tendría luz propia si el sol le negara
la suya: tales son, en efecto, los haces luminosos que
desprenden las habitaciones, las galerías y hasta las
7 mismas puertas. El mobiliario es de una riqueza ade-
cuada a la magnificencia del edificio; parece muy vero-
símil que el gran Júpiter se ha construido este paraíso
como palacio en la tierra para vivir con los hombres.

2. »Atraída por los encantos del lugar, Psique se
acerca cada vez más; va cobrando confianza y se aven-
tura a cruzar el umbral; luego, cediendo al deleite de
la curiosidad ante tan maravilloso espectáculo, lo exa-
mina en todos sus detalles; ve al otro lado del palacio
los almacenes, de una arquitectura grandiosa, donde
se amontonan grandes tesoros. Si algo falta allí es
2 porque no existe. Pero si había mucho que admirar
entre tantas riquezas, lo más sorprendente era que
ninguna cadena, ninguna valla, ningún guardián custo-
diaba aquel tesoro que reunía todas las maravillas del

mundo. Cuando Psique se complacía con sumo deleite 3
a la vista de todo ello, he aquí que oye la voz de un ser invisible: '¿A qué, señora —le dice—, a qué viene este asombro ante tanta opulencia? Todo esto te pertenece. Entra, pues, en tu habitación, ponte a descansar de tus fatigas en una de esas camas y, cuando
gustes, di que se te prepare el baño. Nosotras, cuya 4
voz estás oyendo, somos tus doncellas; henos aquí prontas a servirte con esmero, y, en cuanto estés arreglada, no se hará esperar el regio banquete organizado en tu honor'.

3. »Psique reconoció en esta felicidad un efecto de la divina providencia; dócil a los consejos de aquella voz sobrenatural, se entregó primero al sueño y luego en el baño acabó de disipar su cansancio; al ver muy a punto a su lado una tarima semicircular[50] y dándole a entender el conjunto que se trataba de la comida preparada para hacerle reponer fuerzas, se instala
allí muy a gusto. Inmediatamente aparecen vinos deli- 2
ciosos como el néctar, fuentes con variados y abundantes manjares; sin que nadie sirva la mesa, todo
viene solo como por impulso sobrenatural. Ella no 3
podía ver a nadie; tan sólo oía palabras caídas del
cielo y las voces eran su único servicio. Después del 4
opíparo banquete, entró alguien y se puso a cantar, sin dejarse ver; otro tocó la cítara, y hasta la cítara era invisible; después deleitó su oído un número de con-

50 El típico comedor de los romanos, llamado *triclinium*, se componía, como es bien sabido, de tres lechos paralelos respectivamente a tres de los cuatro lados de una mesa cuadrada (el cuarto lado quedaba libre para efectuarse los servicios de la mesa). En cada lecho se instalaban normalmente tres comensales, que comían recostados. En el Imperio desaparecen los ángulos de la mesa y los tres lechos se sustituyen por uno solo en forma semicircular, como se dice en este pasaje.

junto, ejecutado por numerosas voces; aunque no se veía a nadie, era evidente que se trataba de un coro humano.

4. » Tras estas deliciosas amenidades, la hora avanzada de la tarde aconsejaba a Psique que fuera a dormir; así lo hizo.

»Entrada ya la noche, un ligero ruido llamó su
2 atención. Temiendo por su honor en medio de tan
profunda soledad, se asusta, se horroriza y, más que
3 cualquier desastre, le inquieta lo desconocido. Ya es-
taba a su lado el marido misterioso; subió al lecho,
hizo de Psique su esposa, y, antes de que volviera la
luz del día, había desaparecido apresuradamente. Sin
4 demora, las voces, que esperaban ante la alcoba, pres-
tan sus cuidados a la recién desposada, cuya virgini-
5 dad había sucumbido. Así continuaron las cosas por
algún tiempo. Según ley natural, el hábito le fue ha-
ciendo agradable su nuevo estado y el timbre de aque-
lla voz misteriosa era un consuelo para su soledad.
6 »Entretanto, sus padres envejecían sin cansarse de
llorar y penar. La noticia de lo ocurrido se había di-
vulgado a otras latitudes y sus dos hermanas mayores
se habían enterado de todo; tristes y llorosas, aban-
donaron sin tardanza sus hogares y, rivalizando de
celo, acudieron a ver a sus padres y a hacerles com-
pañía.

5. »Aquella noche, el esposo, dirigiéndose a Psique
—pues aunque era invisible no dejaba de oírlo y de
tocarlo como muy presente y real—, le habló en los
2 siguientes términos: 'Psique, adorable y querida es-
posa, estás en peligro de muerte, te persigue la For-
tuna con acentuada crueldad; has de ponerte en guar-
3 dia con la mayor cautela. He ahí mi consejo. Tus her-
manas, alarmadas, te creen ya muerta y buscan tu ras-

tro; pronto llegarán a la consabida roca. Si, dado el
caso, oyeras sus lamentos, no contestes; más todavía,
no vuelvas la mirada en su dirección; de lo contrario,
a mí me acarrearías el más vivo dolor y a ti te espe-
raría la mayor de las desgracias'.

»Psique accede y se compromete a actuar según las 4
instrucciones de su marido; pero como él se esfumó
al disiparse las tinieblas de la noche, la pobrecita se
pasó todo el día entre lágrimas y suspiros, repitiendo 5
que esta vez sí que era desesperada su situación: pues
encerrada en esta cárcel feliz, sin poder hablar con
ningún mortal, ahora que sus hermanas lloran su des-
aparición, ni siquiera puede darles una palabra de
consuelo o verlas un instante. Sin tomar el baño, sin 6
probar alimento, sin darse el menor alivio, llorando
amargamente se fue a dormir.

6. »Al poco rato, su marido, adelantándose algo a
su horario habitual, se acuesta a su lado; la abraza
todavía inundada de lágrimas y le pide explicaciones:
'Son ésas las promesas que me hiciste, querida Psique? 2
¿Cómo voy a contar ya contigo, aunque soy tu mari-
do? ¿Qué puedo esperar? De día, de noche, y hasta
entre los brazos de tu esposo, no paras de atormen-
tarte. ¡Basta ya, haz lo que quieras, sigue tus gustos, 3
aunque sea para perderte! Recuerda tan sólo mis se-
rias advertencias cuando un día empieces a arrepen-
tirte'.

»Ella, entonces, a fuerza de súplicas y bajo la ame- 4
naza de que en ello está en juego su vida, arranca
el consentimiento de su marido para darse el gusto
de ver a sus hermanas, mitigar sus lágrimas y hablar
con ellas. Él accede, pues, a los ruegos de la recién 5
casada y, además, le permite llevarles todo el oro y
todos los collares que quiera regalarles. Pero le reco- 6
mienda con insistencia y con reiteradas y tremendas

amenazas que no ceda a los perniciosos consejos de sus hermanas y que nunca intente averiguar cómo es su marido; sería una curiosidad sacrílega, que echaría a perder tantos motivos de felicidad y la privaría para siempre de sus abrazos.

7 »Psique dio las gracias a su marido y, ya más ale-
gre, le dijo: 'Antes morir mil veces que perder la feli-
cidad de nuestra unión; pues estoy locamente enamo-
rada de ti y, seas quien seas, te quiero tanto como a
mi propia vida: ni el propio Cupido me parece com-
8 parable a ti. Sin embargo, te lo suplico, concédeme
todavía un favor: ordena a Céfiro, tu servidor, que me
traiga aquí a mis hermanas por el mismo procedi-
9 miento que me ha traído a mí'. Y cubriéndolo de per-
suasivos besos, entre palabras cariñosas y estrechos
abrazos, lo halaga además con frases como éstas:
'Dulzura de mi vida, adorado esposo mío, tierno en-
canto de tu Psique'. La fuerza y hechizo del lenguaje
amoroso acabó rindiendo al esposo, a pesar suyo. Pro-
metió hacer todo lo que se le pedía y, como ya iba a
amanecer, se esfumó entre los brazos de su esposa.

7. »Sus hermanas se habían informado sobre la
roca y el lugar en que Psique había sido abandonada.
Inmediatamente se presentaron allí; y allí se pusieron
a verter torrentes de lágrimas, a golpearse el pecho,
de modo que el eco de sus reiterados gemidos hacía
que las rocas y las montañas resonaran con el mismo
2 dolor. Llamaban por su nombre a la hermana desgra-
ciada. Al oír los gritos penetrantes de su voz angus-
tiosa que bajaba hasta el valle, Psique, temblorosa y
fuera de sí, se lanza al exterior del palacio y dice:
'¿Por qué os atormentáis en vano con tan tristes la-
3 mentos? Me lloráis a mí: aquí me tenéis. Dejaos ya
de lúgubres lamentaciones, secad ya vuestras meji-

llas demasiado tiempo bañadas de lágrimas, pues ya podéis abrazar de nuevo a la que estabais llorando’.

»Entonces llama a Céfiro y le comunica la orden 4
de su marido. Sin hacerse esperar, y cumpliendo en el acto el mandato recibido, Céfiro, de un suavísimo soplo, eleva a las dos hermanas y las transporta sin causarles el menor daño. Ya son felices entre mutuos 5
abrazos e impacientes besos: las lágrimas, que ya se habían calmado, vuelven a correr, pero esta vez son fruto de la alegría. ‘Alegraos ya —dice Psique—, entrad 6
bajo mi techo, ved nuestro hogar y, en compañía de vuestra Psique, recread vuestras almas doloridas’.

8. »Tras estas palabras les enseña los inmensos tesoros de su casa dorada, les hace oír la multitud de voces que la sirven, y, para reparar sus fuerzas, les ofrece un baño suntuoso y todos los refinamientos de una mesa digna de los Inmortales. Tanto es así 2
que ellas, al verse saciadas con esta profusión de manjares, auténticas riquezas del cielo, empezaron a sentir y fomentar la envidia en el fondo del corazón.

»Una de las dos acabó por preguntarle con mucho 3
interés e indiscreción quién era el dueño de aquellas divinas maravillas, cómo se llamaba o qué era su marido. Psique, no obstante, no infringe en modo alguno 4
las prescripciones de su esposo ni deja escapar el secreto de su corazón; inventa un cuento de circunstancia: dice que es un apuesto joven cuyas mejillas se acaban de poblar de suave barba, que dedica la mayor parte de su tiempo a la caza por el campo y el monte. Si la conversación se prolongaba, temía que 5
se le fuera la lengua y traicionara su propósito de callar; por ello, después de cargarlas de objetos de oro y de collares de piedras preciosas, llama a Céfiro y le manda que se las lleve inmediatamente.

9. »La orden fue cumplida al instante. Las ilustres
hermanas volvían a casa corroídas por la enconada
hiel de la envidia y mantenían entre sí una estruen-
2 dosa y animada conversación: '¡Hay que ver lo ciega,
lo cruel, lo injusta que eres, Fortuna! ¿Te parece bien
que, siendo como somos auténticas hermanas por línea
3 paterna, y materna, sigamos destinos opuestos? A nos-
otras que somos mayores que ella, nos han casado con
extranjeros para ser sus criadas; lejos del hogar natal
y hasta de nuestra misma patria y nuestros padres,
4 vivimos como desterradas; ella en cambio, el último
vástago, el fruto tardío de una fecundidad que con ella
se ha agotado, está en posesión de inmensas riquezas,
con un dios por marido; y ni siquiera sabe usar co-
5 rrectamente de tanta abundancia. Ya has visto, her-
mana, qué de collares, y de qué calidad, andan rodando
por su casa. ¡Qué ropas más lujosas! ¡Qué deslum-
brantes joyas! Y además, ¡qué cantidad de oro bajo
los pies a cada paso que allí se da!

6 »'Y si por añadidura tiene un marido tan guapo
como dice, no hay en el mundo entero mujer más
feliz. Si la intimidad sigue su curso y se afianza el
amor, no me extrañaría que su divino marido hiciera
de ella también una diosa. Así es, no cabe duda; ya
7 tenía el aspecto y los modales de una diosa. Ya pone
sus miradas en el cielo; ya se presiente a la diosa en
esta mujer que tiene voces por doncellas y da órdenes
8 a los mismos vientos. A mí, en cambio, me tocó en
suerte un marido, en primer lugar, más viejo que mi
padre, y, encima, más calvo que una calabaza: un
retaco de hombre con menos apariencia que un niño,
y que me lo guarda todo en casa bien cerrado con
llaves y cadenas'.

10. »La otra replica: 'Pues yo tengo que aguantar
a un marido todo arrugado y jorobado por efectos de

reuma articular; la consecuencia de su enfermedad
es que muy rara vez se fija en mis encantos. Paso casi 2
todo mi tiempo en dar masajes a sus dedos deforma-
dos y duros como piedras; me quemo mis preciosas
manos a fuerza de aplicarle compresas malolientes,
paños sucios y repugnantes cataplasmas; hago el pe-
noso papel de una enfermera más bien que el de una
hacendosa ama de casa. Y ya veo, hermana (voy a 3
decirte con franqueza lo que pienso), ya veo con qué
paciencia o, mejor dicho, con qué servilismo soportas
esta situación; pero yo no puedo aguantar por más
tiempo tanta prosperidad en manos de quien no se
la merece. Recuerda con qué aires de soberbia y arro- 4
gancia nos ha tratado. Hasta sus prisas en la imperti-
nente exhibición denotaban el morboso orgullo que
respira; y, de tantas riquezas, nos ha tirado a la cara 5
unos desperdicios, y a regañadientes; acto seguido,
molesta por nuestra presencia, manda que se nos eche
fuera y se nos ventile entre silbidos. Renuncio a mi 6
condición de mujer, renuncio a la misma vida, si no
la derribo de tan opulenta posición. Y si también tú,
como es natural, estás resentida de nuestra afrenta,
concertemos entre las dos una acción enérgica. En pri- 7
mer lugar, no enseñemos a nadie lo que traemos, ni
siquiera a nuestros padres; ignoremos incluso cuanto
de su vida sabemos. Basta que nosotras hayamos visto 8
lo que no quisiéramos haber visto; no vayamos, enci-
ma, a pregonar ante nuestros padres y ante el mundo
entero su incomparable felicidad. El hombre no es
feliz cuando nadie tiene noticias de sus riquezas.
Nuestra hermana ha de aprender que nosotras no 9
somos sus criadas, sino sus hermanas mayores. Y, de
momento volvamos con nuestros maridos, vayamos a
nuestras casas, modestas pero muy ordenadas; cuan-
do hayamos madurado y afianzado nuestras ideas, vol-
vamos más pertrechadas a castigar su orgullo'.

11. »Las dos hermanas malas dan por bueno lo
que es un mal pensamiento. Ocultan todos sus precio-
sos regalos y, arrancándose los cabellos, desgarrán-
dose las mejillas (bien merecido lo tienen), renuevan
2 su fingido llanto. Reavivan así el dolor de sus padres,
a quienes hacen perder toda esperanza; luego, hen-
chidas de furiosa rabia, emprenden el camino de su
casa para organizar la trampa detestable o, mejor
dicho, el asesinato de su inocente hermana.
3 »Entretanto, el misterioso marido da a Psique nue-
vas instrucciones en sus conversaciones nocturnas:
'¿No ves —le dice— el grave peligro que te amenaza?
La Fortuna organiza sus guerrillas en la lejanía, y si
no tomas con tiempo serias precauciones, pronto te
habrás de enfrentar con un asalto cuerpo a cuerpo.
4 Unas pérfidas lobas concentran todo su esfuerzo en
disponer contra ti criminales emboscadas; la funda-
mental consiste en convencerte de que averigües qué
cara tengo; pero como yo te lo he dicho muchas ve-
ces, si ves una vez mi cara ya no la volverás a ver.
5 Así, pues, si con el tiempo vinieran aquellas malditas
brujas con las armas de sus dañinos designios (y ven-
drán, lo sé), no cruces una palabra con ellas; y si,
con tu cándida sencillez y tu buen corazón, no puedes
evitarlo, al menos en lo referente a tu marido no
6 hagas caso de nada ni nada les contestes. Pues vamos
a tener familia: tú, que hasta ahora eras una niña,
llevas ya en tu seno otro niño, que será un dios si
sabes callar y guardar nuestro secreto; si lo profa-
naras, nuestro hijo será un simple mortal'.

12. »Esta noticia hizo que Psique irradiara felici-
dad; aplaudía ante la consoladora esperanza de su
descendencia divina, suspiraba con impaciencia por
el glorioso fruto que esperaba y se sentía feliz con el
2 título de madre que le iban a dar. Cuenta ansiosamen-

te los días que pasan y los meses transcurridos; en
su estado de gravidez, y sin ciencia ni experiencia, se
admira de que una leve picadura pueda dar lugar a
tan voluminoso desarrollo de su vientre. Pero ya 3
aquellas pestíferas y abominables Furias, exhalando
su veneno de víboras, navegaban con toda la velocidad
de su impaciencia impía. Entonces, una vez más, el
marido de las horas nocturnas pone en guardia a su
querida Psique. '¡Ya ha llegado el último día y el 4
momento decisivo! Un adversario de tu sexo y de tu
sangre ha empuñado las armas, ha puesto en movi-
miento sus huestes, las ha dispuesto para la batalla y
la trompeta ha dado la señal de ataque; tus abomina-
bles hermanas, con la espada desenvainada, ya apun-
tan a tu garganta. ¡Ay, Psique, vida mía, qué desas- 5
tres se nos vienen encima! Ten compasión de ti y de
nuestra suerte común; impónte una escrupulosa re-
serva y líbranos así de la catástrofe que amenaza a
nuestra casa, a tu marido, a ti y a nuestro futuro
hijito. Aquellas mujeres son unas criminales, sienten 6
por ti un odio asesino y han pisoteado los lazos de la
sangre que os es común: ya no las puedes llamar
hermanas. No consientas en verlas ni oírlas cuando,
a la manera de las Sirenas, se asomen a la roca y
hagan resonar la montaña con sus funestas llamadas'.

13. »La contestación de Psique, entre sollozos y
lágrimas, es apenas inteligible: 'Hace tiempo, me pa-
rece, has podido apreciar la fidelidad y discreción de
que he dado pruebas; y ahora vas a ver igualmente
la firmeza de mi carácter. Basta que mandes otra vez 2
a nuestro Céfiro cumplir con su deber; y, ya que me
deniegas la contemplación de tu rostro sacrosanto, en
compensación, déjame ver al menos el de mis herma-
nas. Por tu melena perfumada y suelta, por tus suaves 3
y finas mejillas, parecidas a las mías, por tu pecho

que me abrasa con una llama desconocida, por el
deseo que tengo de conocer al menos el retrato de tu
4 cara en la del hijo que esperamos: accede al ruego
de mi angustiada súplica permitiéndome el gusto de
dar un abrazo a mis hermanas: reanima a Psique con
esta alegría, a Psique cuyo corazón se consagra y se
5 entrega a ti sin reservas. No, ya no quiero saber nada
más de tu rostro; ya no hay sombras para mí en las
mismas tinieblas de la noche: te tengo a ti para iluminarme'.

6 »Hechizado por estas palabras y los dulces abrazos,
el marido, enjugando con la propia cabellera las lágrimas de Psique, le prometió hacer lo que pedía. Luego,
desaparece sin dejarse sorprender por la luz del naciente día.

14. »La pareja aquella de las dos hermanas que
habían pactado la conjura, sin ir a ver siquiera a sus
padres, desembarcan y van directamente a la roca en
desenfrenada carrera; sin esperar que soplara el viento que las había de transportar, se lanzan al vacío
2 con insolente temeridad. Céfiro, atento al edicto de su
rey, aunque de muy mala gana, las acoge en el seno
3 de sus suaves brisas y las deposita en el suelo. Ellas,
sin titubear y apretando el paso, entran en casa, abrazan a su víctima, se proclaman sus hermanas —¡mentirosas!—, cubren con rostro risueño el teatro de perfidia que encierra su corazón y halagan a Psique con
4 estas palabras: 'Así, pues, Psique, ya no eres la niña
de antaño; ya eres madre tú también. ¿Te das cuenta
del tesoro que nos reserva el nido de tu seno? ¡Qué
5 inmensa alegría vas a dar a toda nuestra familia! ¡Qué
felicidad para nosotras criar a esa joya de niño! Si,
como es de esperar, heredara la hermosura de sus
padres, va a nacernos un auténtico Cupido'.

15. »Con este cariño fingido conquistan insensible-
mente el corazón de su hermana. En seguida ella les
ofrece asiento para que descansen, les procura el ali-
vio de un baño de agua tibia, las instala en un mag-
nífico comedor, deleita su paladar con maravillosos y
deliciosos manjares, con los bocados más refinados.
Da una orden a la lira: y la lira deja oír sus acentos; 2
manda actuar a las flautas: y las flautas se ponen a
tocar; dice al coro que cante: y se le oye cantar. Toda
esta música, sin que se viera a ningún ejecutante, lle-
gaba con deliciosa armonía al alma embelesada del
auditorio.

»Sin embargo, la perversidad de aquellas malditas 3
mujeres no se dejaba ablandar y calmar por aquellos
acentos más dulces que la miel. Pendientes en todo
instante del lazo que su malicia ha tendido, orientan
la conversación en ese sentido con disimulada habi-
lidad: empiezan a preguntar a Psique quién es su
marido, a qué familia pertenece y en qué situación se
halla. Ella, con increíble candor, olvidándose de lo 4
que anteriormente había dicho, inventa un nuevo
cuento: su marido, dice, es de una provincia próxima,
tiene entre manos grandes negocios, alcanza la edad
madura y ya peina alguna rara cana. Y, sin insistir 5
más en el tema, vuelve a cargarlas otra vez de sun-
tuosos regalos y las manda al aéreo transbordador.

16. »Ahora bien, al volver a sus casas en alas de
las suaves brisas de Céfiro, van cambiando impresio-
nes en estos términos: '¿Qué te parece, hermana, la
monstruosa mentira de esa impertinente? Ayer su ma- 2
rido era un adolescente cuya barbilla estaba apenas
poblada de suave vello; hoy es un hombre de me-
diana edad con cabellera blanca y plateada. ¿De quién
puede tratarse? ¿Quién, en tan breve intervalo, habrá
llegado tan repentinamente a la vejez? No cabe, her- 3

mana mía, más que esta doble alternativa: o la mise-
rable nos inventa mentiras, o ignora cómo es su ma-
rido; como quiera que sea, hay que desalojarla cuanto
4 antes de su brillante posición. Si no conoce a su ma-
rido, es que indudablemente se ha casado con un dios,
y un dios es el fruto que nos reservan su entrañas.
Ahora bien, si (¡no lo quiera dios!) fuera proclamada
madre de un niño divino, me ataría una soga al cuello
5 y me colgaría en el acto. Por el momento volvamos
a casa de nuestros padres y preparemos nuestra próxi-
ma entrevista hilvanando argucias con visos de la más
perfecta realidad'.

17. »En este estado de excitación, y tras un saludo
de compromiso a sus padres, se pasan la noche ner-
viosas y en vela; por la mañana, desenfrenadas, suben
en un vuelo a la consabida roca; desde allí, con la
habitual ayuda del viento y la misma rapidez, bajan
en otro vuelo; y frotándose los párpados para provo-
car forzadas lágrimas, se dirigen a la joven con estas
2 palabras capciosas: 'Eres muy feliz; sólo la ignoran-
cia de tu misma desgracia asegura tu beatífica tran-
quilidad; no te preocupas del peligro que te acecha;
somos nosotras quienes, en permanente alerta, vela-
mos por tus intereses y nos torturamos lamentable-
3 mente por los desastres que te afectan. Pues lo sabe-
mos de buena fuente y, por compartir, naturalmente,
tu dolor y tu desgracia, no te lo podemos ocultar:
una horrible serpiente, un reptil enroscado en mil
nudos, con un cuello que destila un veneno sangui-
nolento y mortal, con una boca terriblemente abierta
en toda su profundiad, he ahí el marido que, al am-
4 paro de la oscuridad, descansa a tu lado. Recuerda
ahora el oráculo de la Pitonisa que proclamó tu des-
tino como esposa de un monstruo cruel. Muchos agri-
cultores, muchos cazadores de esta zona, casi todos

los habitantes del contorno lo han visto cuando, por
la noche, vuelve del pasto y cruza a nado el río inme-
diato.

18. »'No durará mucho tiempo (todos lo dicen)
esta sobrealimentación que él te procura regalando
tu paladar con finos manjares; en cuanto se cumpla
el plazo de tu gravidez y alcances tu plenitud, te
devorará como sabrosa y sazonada fruta. Ahora te 2
corresponde a ti tomar la adecuada solución: ¿quie-
res hacer caso a tus hermanas, que tiemblan por tu
preciosa vida? ¿Quieres escapar a la muerte y vivir
con nosotras exenta de peligros, o prefieres verte en-
terrada en las entrañas de un monstruo cruel? Si, en 3
estos campos solitarios, la compañía de simples voces,
los amores clandestinos tan repugnantes como peli-
grosos y los abrazos de una serpiente venenosa te
hacen feliz, nosotras en todo caso habremos cumplido
con nuestro piadoso deber de hermanas'.

»Entonces, la pobre Psique, alma sencilla y sin do- 4
bleces, se siente aterrada por revelación tan espan-
tosa. Enajenada, fuera de sí, se olvida por completo
de todas las advertencias de su marido y de sus pro-
pias promesas, precipitándose así en un abismo de des- 5
gracias. Temblorosa, pálida, lívida, con voz apagada,
murmura unas palabras entrecortadas, diciéndoles:

19. »'Ya lo veo, queridas hermanas mías; vos-
otras, como no podía ser menos, permanecéis fieles
al deber de la piedad fraterna; y los que os afirman
esos horrores no me parecen inventar ninguna men-
tira. Pues nunca he visto el rostro de mi marido; ni 2
siquiera sé de dónde es. Sólo de noche puedo oír el
murmullo de su voz; estoy aguantando a un marido
de sospechosa personalidad, que desaparece irremisi-
blemente ante la luz del día; ha de ser un monstruo,

tenéis razón en decirlo; estoy completamente de
3 acuerdo con vosotras. Tiene particular interés en asus-
tarme cuando lo quiero ver, y me amenaza de un gran
desastre si manifiesto curiosidad por conocer los ras-
4 gos de su cara. Si podéis acudir en saludable ayuda
de vuestra hermana en peligro, ahora es la ocasión de
socorrerla; pues si, a un primer momento de previ-
sión, sucede luego la indiferencia, se malogran las
5 ventajas de aquella previsión'. Encontrándose ya abier-
tas de par en par las puertas de la plaza y viendo al
descubierto el alma de su hermana, aquellas crimi-
nales criaturas, sin disimulos y renunciando al empleo
de sus mecanismos secretos, echan mano a la espada
para consumar el crimen y conquistar violentamente
el alma angustiada de la cándida jovencita.

20. »Una de las dos toma la palabra: 'Los vínculos
de la sangre, cuando está en juego tu seguridad, nos
impiden reparar en ninguna clase de peligros: para
ti sólo hay un medio de salvación, y, después de pen-
sarlo mucho y muy despacio, te lo vamos a indicar.
2 Coge una navaja de afeitar bien afilada, afínale el filo
repasándola suavemente en la palma de la mano y
escóndela secretamente en la parte de la cama que tú
sueles ocupar. Procúrate una lámpara manejable, llé-
nala de aceite para que dé buena luz y ocúltala tapán-
3 dola bajo un celemín; rodea todos estos preparativos
del más impenetrable secreto. Cuando el reptil se haya
arrastrado surcando el suelo, cuando haya subido al
lecho como de costumbre, cuando se haya estirado y
veas, por su respiración, que está profundamente dor-
mido bajo los efectos del primer sueño, entonces escú-
4 rrete de la cama; descalza, de puntillas, despacito, sin
alargar el paso, saca la lámpara del rincón de su cár-
cel tenebrosa y aprovecha las indicaciones de su luz
para ver el momento propicio a tu valiente empresa;

sin titubear, levanta primero el brazo derecho con el 5
arma de doble filo y asesta un golpe tan violento como
te sea posible, corta el nudo que une la nuca a la
cabeza de la maligna serpiente. Nuestra ayuda no ha 6
de faltarte; estaremos a la expectativa muy alertas,
y en cuanto hayas asegurado tu vida con su muerte,
acudiremos de un brinco a tu lado; nos apresurare-
mos a llevarte a ti, y contigo llevaremos todos tus
tesoros; y, ya que eres mujer, te uniremos a un ma-
rido de condición humana como tú lo anhelas'.

21. »Con esas palabras provocan un violento in-
cendio en las entrañas ya ardientes de su hermana,
a quien al instante dejan sola, pues nada temían tanto
como hallarse en la zona de la gran tragedia. En alas 2
del viento, como siempre, se plantan en lo alto de la
roca; de allí se lanzan en veloz carrera, embarcan y
desaparecen.

»Psique, en cambio, se ha quedado sola, con la 3
agravante de que no está sola, puesto que despiada-
das Furias la atormentan: lucha como entre las olas
de un mar de tristeza. Aunque es firme su decisión,
aunque está empeñada en el intento, sin embargo,
cuando se trata de poner manos a la obra, titubea
y, sin saber qué hacer, se siente arrastrada entre los
sentimientos opuestos que provoca su desastrosa si-
tuación: impaciencia, indecisión, audacia, inquietud, 4
desconfianza, cólera; y, lo que es ya el colmo, odia
al monstruo y ama al marido aunque constituyen la
misma unidad física. Sin embargo, al llegar la tarde
con la oscuridad de la noche, se decide de una vez y
dispone los preparativos del nefasto crimen. Había 5
entrado la noche; también estaba allí ya el marido;
tras una primera escaramuza en amoroso combate,
había caído en profundo sueño.

22. »Entonces Psique, falta de valor físico y moral, pero sostenida por la voluntad cruel del destino, cobra fortaleza: va en busca de la lámpara y echa mano a la navaja: la debilidad de su sexo se convierte en audacia.

2 »Pero al acercar la luz e iluminarse la retirada
alcoba, Psique ve al más dulce y amable de los ani-
males salvajes: era Cupido en persona, el dios de la
hermosura, graciosamente recostado; ante su apari-
ción hasta la lámpara avivó su alegre resplandor y la
navaja se horrorizó de su filo sacrílego.

3 »Psique, por su parte, se siente desfallecer ante la
maravillosa aparición y, sin poder contener la emo-
ción, lívida, descompuesta y temblorosa, se deja caer
de rodillas y trata de esconder el arma, pero hundién-
4 dola en su propio seno; ciertamente lo hubiera con-
seguido si el acero, horrorizado ante tamaño atentado,
no se le hubiera escapado deslizándose entre sus ma-
nos temerarias. Agotada ya y sin esperanza de salva-
ción, al contemplar una y otra vez la hermosura de
aquel divino rostro, vuelve a recobrar los sentidos.
5 Admira su cabeza rubia, su noble cabellera perfumada
de ambrosía, su cuello blanco como la nieve, sus me-
jillas de púrpura, surcadas de rizos en gracioso desor-
den: unos le caían hacia adelante, otros hacia atrás,
y su vivísimo resplandor hacía palidecer la llama de
6 la misma lámpara; en las espaldas del dios volador
se destacan sus alas blancas y resplandecientes como
flores cubiertas de rocío; aunque están en reposo, el
fino y delicado plumón que las ribetea se agita sin
7 cesar en caprichoso revoloteo; el resto de su cuerpo
era tan liso y brillante que no podía pesarle a Venus
el haberlo traído al mundo. Al pie de su lecho estaban
el arco, el carcaj y las flechas, armas propias de su
divino poder.

23. »Psique, sin poder saciar los deseos de su
excesiva curiosidad, examina, maneja y admira las
armas de su marido: saca una flecha del carcaj y se 2
arriesga a probar su aguda punta apoyándola en el
dedo pulgar; al temblarle el pulso y apretar más de
la cuenta, se pincha y brotan a flor de piel unas goti-
tas de sangre sonrosada. Así, sin enterarse y por pro- 3
pio impulso, Psique se enamora del Amor. Arde en
ella con creciente intensidad la pasión por el dios de
las pasiones, y, dejándose caer sobre él locamente
enamorada, lo cubre en un instante de irresistibles y
palpitantes besos, aunque le contenía el temor de
abreviar su sueño. Pero, mientras ella se embriaga de 4
tanta felicidad, como la honda herida del corazón le
hace perder el equilibrio, he aquí que la lámpara
aquella —ya sea por vil perfidia, ya por celos crimi-
nales, ya por ganas de tocar ella también aquel her-
moso cuerpo y besarlo a su manera— soltó de su me-
cha luminosa una gotita de aceite hirviendo sobre el
hombro derecho del dios. ¡Oh lámpara audaz y teme- 5
raria, ruin servidora del amor! ¿Te atreves a quemar
al dios de todo amor ardiente, cuando tú misma, como
bien sabes, eres el invento de algún enamorado que
quería seguir disfrutando del objeto de su amor hasta
altas horas de la noche? El dios, por efecto de la que- 6
madura, se despertó sobresaltado y, al ver que su
secreto había sido divulgado y profanado, sustrayén-
dose a los besos y abrazos de su infeliz esposa, sin
decir palabra, levantó el vuelo.

24. »Ahora bien, Psique, en el preciso instante en que él iniciaba su ascensión, se cogió con ambas manos a su pierna derecha; la desgraciada pretende acompañarlo en su carrera por los aires y, así colgada, quiere seguirlo entre las nubes hasta el fin del mundo; agotada por fin, se deja caer al suelo.

2 »Su divino amante no la abandona al verla pos-
trada en tierra. Fue a posarse en un ciprés próximo y,
desde la cima del árbol, le habló así con profunda
emoción:
3 »'Eres el colmo de la simpleza, Psique; yo, sin
tener en cuenta las órdenes de mi madre Venus, en
lugar de esclavizarte como ella quería con el amor
del último y más desgraciado de los hombres, en lugar
de ligarte con un indigno matrimonio, he preferido
4 volar a tu lado y ser yo mismo tu amante. He obrado
con ligereza, lo confieso; paso por famoso saetero, y
me he alcanzado a mí mismo con mi propia flecha: te
he convertido en mi esposa y ya ves el resultado:
¡me has tomado por un monstruo! Tu mano ha pre-
tendido cortarme esta cabeza cuyos ojos te adoran.
5 Creía que te había puesto suficientemente en guardia
contra todo ello, que en todo ello te había aconsejado
con cariño. Pero tus insignes asesoras me van a pagar
en seguida el precio de sus perniciosas lecciones. En
cuanto a ti, me daré por satisfecho con dejarte'. Pro-
nunciando la última palabra, agitó las alas y desapa-
reció en el espacio.

25. »Postrada en tierra y pendiente del vuelo de
su marido mientras éste estuvo al alcance de su vista,
Psique se desgarraba el corazón llorando desesperada-
mente. Pero cuando, en rápido vuelo, su marido se
perdió para ella en la inmensidad del espacio, Psique
corrió hacia el río inmediato y se tiró al agua de ca-
2 beza. Mas el río, sin duda en atención al dios que
suele inflamar hasta las mismas aguas, y evitando el
propio peligro, la acogió cariñosamente al instante, y
un remolino, sin hacerle daño, la depositó sobre el
césped florido de la orilla.
3 »Casualmente, Pan, el dios rústico, estaba en aquel
momento sentado en la cima de una loma, al borde

del río; tenía en sus brazos a Eco, la diosa de las
montañas, y le enseñaba a repetir las tonadas más
diversas; en el contorno, por la ribera, estaba dise-
minado su rebaño de cabras, que jugueteaban mien-
tras pacían segando el verde del río. El dios con pies 4
de macho cabrío vio la dolorosa situación de Psique
y su agotamiento; y, como no ignoraba sus cuitas, la
llamó bondadosamente y la consoló con estas pala-
bras amables: 'Hija mía bonita, verdad es que soy un 5
campesino y un pastor de cabras; pero, gracias a mis
muchos años, tengo una rica experiencia. Si acierto
en mi conjetura (precisamente eso mismo que en boca
de la gente sabia se llama arte de adivinación), tus
pasos vacilantes, tus frecuentes tropezones, la palidez
de tu cuerpo, tus constantes suspiros y, ante todo, tus
ojos lánguidos, denotan un sufrimiento motivado por
un gran amor. Pues bien, hazme caso: no vuelvas a 6
tirarte a ningún precipicio ni acudas a ningún proce-
dimiento violento para quitarte la vida. Seca tus lágri-
mas, calma tu dolor; y, al contrario, invoca con hu-
milde súplica a Cupido, el mayor de los dioses; como
es joven, voluptuoso y sensible, una dulce sumisión
por tu parte te reconciliará con él'.

26. »Así habló el dios pastor; Psique no le con-
testó; tan sólo lo adoró como a divinidad protectora
y continuó su ruta. Pero, después de recorrer en pe-
nosa marcha un largo camino —era la hora del atar-
decer—, un atajo que ella no conocía la llevó a cierta
ciudad donde reinaba el marido de una de sus her-
manas. Al enterarse de ello, Psique manifiesta el deseo 2
de anunciar su llegada y presentarse ante su herma-
na: se le hace pasar en seguida. Intercambiados los
abrazos y saludos mutuos, su hermana le pregunta el
motivo de la visita. Psique empieza así: '¿Recuerdas 3
el consejo que me disteis?: me dijisteis que un mons-

truo, con el falso nombre de marido, pasaba las no-
ches conmigo; me convencisteis de que lo matara con
un arma de doble filo antes de dejarme engullir, pobre
de mí, por su voracidad.
4 »'También a mí me parecía buena la decisión. Pero
en cuanto, con la complicidad de la lámpara, descubrí
su semblante, me vi ante un espectáculo maravilloso
y verdaderamente sobrenatural: nada menos que el
propio hijo de la diosa Venus, Cupido en persona,
5 estaba allí dormido en apacible sueño. Extasiada frente
a tan delicioso espectáculo, se me iba el sentido por
exceso de felicidad y sufría de no poder agotarla; en
esto, por un desgraciado accidente, la lámpara vertió
6 sobre su espalda una gota de aceite hirviendo. El dolor
lo despertó bruscamente y, al verme armada con el
fuego y el hierro, dijo: 'Por tu horrendo crimen, alé-
jate inmediatamente de mi lecho, llévate todo lo que te
7 pertenece[51]; ahora me casaré con tu hermana —aña-
diendo el nombre que tú tienes—, y con todo el cere-
monial de un solemne matrimonio'. Acto seguido man-
dó a Céfiro que de un soplo me sacara del recinto de
su casa'.

27. »Aún no había concluido Psique la frase y ya
su hermana, bajo el estímulo de una pasión desenfre-
nada y de unos celos criminales, inventa oportuna-
mente una mentira para engañar a su marido: so
pretexto de que le han llegado vagas noticias con la
muerte de sus padres, se embarca al instante y se va
2 derecha a la consabida roca; aunque soplaba un vien-
to distinto, pendiente de su ciega esperanza, se preci-
pita en inmenso salto diciendo: 'Acógeme, Cupido, como

[51] «Llévate todo lo que te pertenece; devuélveme lo que es mío», era la fórmula que proclamaba el divorcio entre los romanos.

tu digna esposa, y tú, Céfiro, sostén a su soberana'.
Sin embargo, ni aun después de muerta pudo llegar 3
a su destino. Pues fue desgarrándose y desparramando
sus miembros a través de las aristas del despeñadero;
tuvo la suerte que merecía: hecha pedazos, sus car-
nes sirvieron de pasto inesperado a las aves de rapiña
y a las fieras.

»La segunda parte de la dura venganza tampoco se 4
hizo esperar. Efectivamente, Psique, reemprendiendo
su marcha al azar, llega a otra ciudad donde, en con-
diciones análogas, vivía su segunda hermana. Con la 5
misma facilidad cayó ésta también en la misma tram-
pa fraterna: la fiebre por suplantar a su hermana en
un matrimonio criminal la llevó rápidamente a la roca,
donde cayó y murió de la misma manera.

28. »Entretanto, mientras Psique recorría ansiosa-
mente el mundo en busca de Cupido, éste, resintién-
dose de la herida de la lámpara, sufría y guardaba
cama en la habitación de su propia madre. Entonces, 2
aquella ave de inmaculada blancura cuyas alas acari-
cian en su vuelo las olas del mar, la gaviota, se sumer-
ge veloz en el profundo seno del Océano. Allí estaba 3
precisamente Venus, bañándose y nadando; la gaviota
se posa a su lado y le dice que su hijo ha sufrido una
quemadura, que su herida es grave y dolorosa, que
está muy decaído, que guarda cama, que su estado
es alarmante, que en boca de todos los pueblos del 4
mundo corren ciertos rumores maliciosos, que las ma-
las lenguas tienen en entredicho a toda la familia de
Venus: 'Dicen que ambos habéis desaparecido, él para
seguir a una mujer cualquiera en la montaña, tú para
dedicarte a la natación en el mar; que por eso se 5
acabó ya la vida placentera, la gracia, la amabilidad,
y que, al contrario, todo se ha vuelto feo, burdo, des-
agradable; que no hay matrimonios fecundos, no hay

vida social, no hay cariño entre los hijos, la corrup-
ción no tiene límite, decaen las instituciones entre el
hastío y el aburrimiento'.

6 »El pájaro aquel, tan dicharachero como indiscreto,
cacareaba así al oído de Venus, desprestigiando el
buen nombre de su hijo. Ahora bien, Venus, honda-
7 mente indignada, exclamó interrumpiéndolo: '¿Así,
pues, el bueno de mi hijo tiene ya un amor? Dime
en seguida (tú eres la única que me sirve con cariño),
dime el nombre de la que ha corrompido a ese menor
tan cándido e inocente: ¿Es alguna de las incontables
Ninfas? ¿Una de las numerosas Horas? ¿Forma parte
del coro de las Musas? ¿O es una de las Gracias que
me sirven?'.

8 »El pájaro parlanchín no pudo callarse: 'No lo sé,
señora —contestó—; creo que la niña, si mal no
recuerdo, se llama Psique; dicen que está locamente
enamorado de ella'.

9 »Entonces, Venus, indignada, exclamó con la máxi-
ma excitación: '¿De verdad? ¿Está enamorado de
Psique, mi rival en hermosura, la usurpadora de mi
nombre? Es decir, el renacuajo ese me ha tomado por
una alcahueta y se ha imaginado que yo le presenté a
la niña para que la conociera'.

29. »Chillando así, remonta al instante sobre la
superficie de las aguas y se va directamente a su rica
morada; y encontrando a su hijo enfermo —como se
le había anunciado—, ya desde el umbral de la puer-
2 ta se pone a gritar a pleno pulmón: '¡Bonito compor-
tamiento el tuyo —le dice—, digno de nuestra familia
y de tu virtud! ¡Tenías que empezar pisoteando las
órdenes de tu madre, y, lo que es más, de tu reina!
No quisiste mortificar a mi enemiga con amores in-
3 mundos: y, por añadidura, a tu edad, cuando eres
todavía un niño, con precoz atrevimiento ya te unes

a ella como si pretendieras imponerme esa enemiga
como nuera. Sin duda te figuras, bribón seductor y 4
antipático, que tú solo guardas la virtud de nuestra
raza y que yo, a mis años, ya no puedo tener descen-
dencia. Pues bien, has de saber que voy a tener otro 5
hijo, y será mucho mejor que tú; además, para mayor
vergüenza tuya, voy a adoptar a uno de los esclavos
criados en casa y le voy a dar tus alas, tu antorcha,
tu arco y tus flechas, es decir, todo ese equipo que
es mío y que yo te había entregado para fines muy
distintos. Pues nada de lo que has heredado procede 6
de los bienes de tu padre.

30. »'Pero tú has sido malcriado desde tu más
tierna infancia; tienes manos muy ligeras y has mal-
tratado muchas veces a tus mayores sin el menor res-
peto; hasta tu propia madre, sí, yo misma me veo
diariamente al descubierto por tu culpa; eres un parri-
cida; me has pegado muchas veces; me desprecias
como mujer abandonada por su marido y ni sientes
el menor respeto por tu padrastro, el heroico y sin
par guerrero[52]. ¿Qué puedo esperar si, para tormento 2
de mi vida de enamorada, Marte tiene ya en ti su
habitual proveedor de jovencitas? Pero yo te haré
arrepentir pronto de tus travesuras, yo te haré sentir
la acidez y amargura de tu matrimonio.

»'Pero de momento he quedado en ridículo. ¿Qué 3
puedo hacer? ¿Qué partido he de tomar? ¿Por qué
procedimiento podría dominar a este astuto camaleón?
¿Pediría auxilio a mi enemiga la Sobriedad, a quien
tantas veces he ofendido por satisfacer las exigencias
de ese niño? Además, me da horror visitar a esa mu- 4

52 «El heroico y sin par guerrero» es Marte, el amante de Venus, frente a su marido legítimo, que es Vulcano, como se dirá más adelante en el libro VI, capítulo 6.

jer tosca y sucia. Pero no he de menospreciar el con-
suelo de la venganza, proceda ésta de donde proceda.
5 A esa mujer he de acudir, sí, a ella y a nadie más;
ella castigará con todo rigor a ese bribón, le vaciará
el carcaj, le quitará las flechas, deshará el nudo de
su arco, apagará la llama de su antorcha y, en una
palabra, frenará todos sus impulsos con enérgicos re-
6 medios. Me daré por satisfecha de esta ofensa cuando
la Sobriedad haya rapado esa cabellera que mis manos
frotaron tantas veces con lociones de oro, cuando haya
trasquilado esas alas que mi seno ha perfumado con
caudales de néctar'.

31. »Después de esas palabras, se lanza al exterior,
furibunda, con la bilis exaltada, ¡la bilis de Venus!
Muy a punto se encuentran con ella Ceres y Juno; al
ver su rostro congestionado, le preguntan el motivo
de aquella mueca truculenta que restaba tanta gracia
2 a sus chispeantes ojos. Ella les contesta: 'Llegáis en
el preciso momento; no lo dudo: queréis dar a mi
corazón ardiente la satisfacción que reclama. Haced
todo lo posible, os lo suplico, por descubrirme a esa
Psique que vuela por el espacio huyendo de mí. Pues
no dejaréis de conocer la sonada infamia de mi casa
ni las hazañas del que ya no merece llamarse hijo
mío'.

3 »Las diosas, bien enteradas de lo ocurrido, inten-
taron calmar así la violenta furia de Venus: '¡Qué
delito tan grande ha debido cometer tu hijo, cuando
tú pones tal empeño en contrariar sus impulsos y hasta
4 ansías la perdición de la mujer que él ama! ¿Qué hay
de malo, dinos, en que a tu hijo le guste sonreír a
una muchacha bonita? ¿Ignoras acaso que es un varón
y que es joven? ¿O te has olvidado de los años que
tiene? ¿Acaso te sigue pareciendo un niño por conser-
5 var la gracia de la infancia? Tú eres madre y, además,

mujer sensata: ¿Vas a inspeccionar siempre de cerca las diversiones de tu hijo, echarle en cara sus galanterías, contrariar sus amores y condenar en esa preciosidad de hijo tus mismos métodos y tus propios encantos? ¿Qué dios, qué mortal podría tolerar que 6
tú sigas sembrando pasiones por el mundo cuando en tu propia casa prohibes el amor a los Amores y les cierras una escuela que está abierta para todos: la del mundo femenino y sus debilidades?'.

»He ahí cómo las diosas, por temor a las saetas de 7
Cupido y para congraciarse con él, defendían su causa y halagaban al ausente. Pero Venus, indignada de verlas tomar a broma las ofensas de que era objeto, las deja plantadas y se va a la suya. Acelera el paso en dirección al mar.

LIBRO VI

El cuento de Psique (fin). — Psique, en su desgracia, va por todo el mundo en busca del esposo perdido. Invoca a Ceres, a Juno, a cuantas divinidades encuentra a su paso, pero ninguna la socorre por no disgustar a Venus. Por último se presenta a la propia Venus: ésta la somete a duras pruebas por ver si se desespera y pone fin a sus días. Pero la piedad y la bondad de la joven enternecen al cielo. Venus acaba perdonándola y el Olimpo celebra con gran solemnidad la boda de Psique y Cupido (1-24).

Lucio y la doncella cautiva intentan escapar: en su huida topan con los ladrones, que los vuelven a su cueva y deliberan sobre la venganza que han de tomar (25-32).

1. »Psique, entretanto, corría a la ventura, noche y día, en busca de su marido; su corazón inquieto sentía un creciente deseo, si no de aplacar su cólera con las caricias de una esposa, al menos de desar-
2 marlo con los ruegos de una esclava. Viendo a lo lejos un templo en la cima de un abrupto monte, dijo: '¿Quién sabe si no vive allí mi rey?' Y allá dirige sus apresurados pasos. Cuando, a pesar del sostenido esfuerzo, aminora la marcha, en seguida le vuelve a dar aliento la esperanza y la vehemencia de su pasión. Ya
3 había alcanzado briosamente la elevada cumbre y se hallaba en el santuario al pie de la estatua. Ve espigas de trigo dispuestas en montones o trenzadas formando coronas; también ve espigas de cebada. Había

igualmente hoces y todo un equipo de segador, pero 4
todo tirado por el suelo al azar, en descuidado des-
orden, como a la hora del calor suelen dejar sus he-
rramientas los trabajadores cansados. Psique recoge 5
con cuidado los objetos, pone cada cosa en su sitio
y todo debidamente ordenado: sin duda piensa que no
debe descuidar el templo ni el culto de ninguna divi-
nidad y que, al contrario, ha de implorar la benévola
compasión de todas ellas.

2. »Mientras así arregla las cosas con solícito cui-
dado, la diosa nutricia, Ceres, la sorprende en la tarea
y, en una larga y espontánea exclamación, le dice:
'¿Cómo? ¡Infeliz de ti! ¡Venus, hondamente irritada, 2
recorre ansiosamente el mundo entero en busca de tu
rastro: te reclama para el último suplicio y pone en
juego todo el poder de su divinidad para vengarse de
ti; tú, entretanto, velas por mis intereses, piensas en
todo menos en tu salvación!'.

»Psique, entonces, arrodillándose a los pies de la 3
diosa, bañándolos en copiosas lágrimas y barriendo el
suelo con la cabellera, implora su gracia con las más
fervientes oraciones: 'Te conjuro por tu mano que 4
derrama frutos sobre la tierra, por el ritual alegre de
la recolección, por los inviolables secretos de tus ces-
tas, por la carroza alada de los dragones que te sirven,
por los surcos de los campos de Sicilia, por el carro 5
que arrebató a Prosérpina, por la tierra que se resiste
a soltarla, por su desaparición para contraer un tene-
broso matrimonio, por el regreso de tu hija hallada
gracias a la luz de tus antorchas, por todos los demás
misterios que guarda en silencio el santuario de la
ática Eleusis [53], acude en auxilio de la infortunada

[53] La leyenda del rapto del Prosérpina es bien conocida: crecía feliz entre las Ninfas y en compañía de sus hermanas,

6 Psique que te invoca con toda su alma. Permíteme esconderme, aunque sólo sea por unos días, bajo este montón de espigas, justo para dar tiempo a que se calme la desbordada ira de la eminente diosa, o al menos para que mis fuerzas agotadas por largo ajetreo tengan el alivio de un intervalo de paz'.

3. »Ceres le contesta: 'Tus lágrimas, tus súplicas me conmueven; es mi deseo ayudarte. Pero Venus es parienta mía y, además, cultivo con ella una antigua y estrecha amistad; por añadidura es buena persona
2 y no puedo ofenderla. Vete, pues, en seguida de mi templo y date por muy satisfecha con que no te detenga y te meta en la cárcel'.

3 »Defraudada en su esperanza y bajo el peso de una doble desolación, Psique se da media vuelta y continúa su marcha a través de un bosque sagrado medianamente claro y situado en una hondonada; entonces ve a lo lejos un templo de bella arquitectura. No quiere perder ninguna ocasión, por dudosa que parezca, de mejorar su suerte; ha de solicitar el favor de cual-
4 quier divinidad; se acerca a la puerta sagrada. Ve allí ofrendas de alto valor; entre ellas había, colgando de las ramas de los árboles y de las jambas de la puerta, unas telas con inscripciones de oro donde se consignaba el agradecimiento por el favor recibido y el nombre de la diosa a quien iban dedicadas las ofrendas.

---

sin preocuparse de matrimonio; su tío, Plutón, se enamoró de ella y, con la ayuda de Júpiter, la raptó y la llevó a los Infiernos. Eleusis fue el lugar del rapto (las distintas tradiciones sitúan la escena en puntos muy diversos). Ceres emprende una larga peregrinación, con una antorcha en cada mano, en busca de su hija, sin que ésta aparezca por parte ninguna. Interviene nuevamente Júpiter y logra un compromiso por el cual Proserpina abandonará el Infierno con los primeros brotes primaverales para irse con su madre, pero volverá al reino de las sombras en la temporada de la sementera.

Psique, postrándose de rodillas, abrazando el altar tibio aún del sacrificio y enjugándose previamente las lágrimas, pronuncia la siguiente oración:

4. »'¡Hermana y esposa[54] del gran Júpiter! Ya habites tu antiguo templo de Samos, que se atribuye la exclusiva gloria de haberte traído al mundo, haber oído tus vagidos y haberte amamantado; ya frecuentes las felices moradas de la altiva Cartago, que te honra como Virgen y celestial viajera montada sobre
un león; ya te halles en las riberas del Ínaco, que te 2
proclama esposa del señor del trueno, reina de los dioses y protectora de las ilustres murallas de Argos;
tú, a quien todo Oriente venera con el nombre de 3
Zygia[55] y a quien todo Occidente invoca como Lucina[56], sé para mí la Juno Salvadora en mi desesperada situación; me hallo cansada, agotada de tanto pensar; líbrame del inminente y espantoso peligro. Tengo entendido que sueles acudir gustosa en auxilio de las mujeres encinta cuando las ves en peligro'.

»Tal era su súplica, cuando, sin hacerse esperar, 4
Juno en persona se le aparece en toda la majestad de su augusto poder y le dice: '¡Qué más quisiera yo, tenlo por seguro, que poder acceder a tus ruegos!
Pero las conveniencias me impiden ir contra la volun- 5
tad de Venus, mi nuera, a quien siempre he querido como a una hija. Además hay leyes que me prohiben

---

[54] Hera, hija de Kronos y Rhea, se identifica con la Juno romana. Sigue en la invocación de Psique la cita de los principales centros de su culto en los países mediterráneos.

[55] Hera Zygia es el equivalente del latín *Juno iugalis*; el adjetivo, derivado de *iugum* («yugo»), alude a Juno como divinidad protectora del matrimonio, es decir, como divinidad que une a los sexos bajo el yugo del matrimonio.

[56] *Lucina* (Juno Lucina), derivado de *lux*, alude a la misma divinidad en su calidad de protectora de los alumbramientos o nacimientos.

dar refugio al esclavo fugitivo con perjuicio de su amo'.

5. »Ese nuevo golpe del destino acaba de agotar a Psique. Sin poder alcanzar ya a su marido alado, y abandonando toda esperanza de salvación, delibera así
2 en su fuero interno: '¿Qué más puedo intentar en mi desgracia? ¿A quién he de acudir si ni las mismas diosas, a pesar de su buena voluntad, han podido ayu-
3 darme? Si me envuelven tantas redes, ¿a dónde he de dirigir mis pasos? ¿Qué refugio, qué tinieblas pueden ocultarme para escapar a la ineludible vigilancia de la poderosa Venus? ¿Por qué no te armas ya de varonil energía, renuncias heroicamente a ese resto de vana esperanza, te entregas voluntariamente a tu soberana y, aunque tarde, procuras calmar con humildad su
4 exacerbado furor? ¿Quién sabe, además, si la persona que tanto tiempo llevas buscando no está allí, en casa de su madre?'. Así, determinada a afrontar la arriesgada capitulación, o, mejor dicho, la ruina inevitable, ella pensaba en el preámbulo de su futura súplica.

6. »Venus, sin embargo, renunciando a proseguir su investigación por vía terrestre, se remonta al cielo. Manda equipar el carro que el maravilloso orfebre Vulcano había fabricado con todo el esmero de su arte y le había ofrecido como regalo de boda antes de consumar el matrimonio: era un admirable trabajo de lima, al que la herramienta había ido poniendo valor en la misma medida que iba desgastando el oro.
2 Cuatro palomas blancas, entre las muchas que anidan en torno al tálamo de su reina, se adelantan en alegre ademán y, doblegando sus cuellos de matizadores colores, se uncen al yugo de piedras preciosas y emprenden
3 felices el vuelo llevándose a su reina. Los gorriones acompañan el carruaje de la diosa formando un sé-

quito juguetón y estrepitoso; y las demás aves, de
armonioso canto, lanzando suaves y dulces melodías,
anuncian la llegada de la diosa. Las nubes se retiran, 4
el Cielo abre las puertas ante su hija, y el Éter, en la
suprema altura, acoge con júbilo a la diosa; el cortejo
armonioso de la gran Venus no se asusta ante los gar-
fios de las águilas o de los gavilanes que pasan a su
lado.

7. »Venus se dirige directamente al real palacio
de Júpiter y, en tono soberbio, le reclama los servicios
de Mercurio, el dios de la voz sonora, para un asunto
importante. El negro entrecejo de Júpiter no se opone 2
a la solicitud. En el acto, Venus triunfante desciende
del cielo en compañía de Mercurio y, hondamente pre-
ocupada, deja caer estas palabras: 'Bien sabes, her- 3
mano arcadio[57], que tu hermana Venus nunca hizo
nada sin la asistencia de Mercurio; tampoco ignoras
cuánto tiempo llevo buscando en vano a esa esclava
desaparecida. Ya no me queda más solución que di-
vulgar por tu ministerio de heraldo la promesa de una
recompensa para quien la descubra. Apresúrate, pues, 4
a cumplir mi encargo; indícame qué señales permi-
tirán identificarla con seguridad para que, si alguien
se hiciese responsable de encubrimiento ilegal, no
pueda alegar ignorancia en la defensa'. Al mismo 5
tiempo ella le entrega una ficha con el nombre de
Psique y otros detalles. Acto seguido se retira direc-
tamente a su palacio.

8. »Mercurio no faltó a la obediencia. Corre de
pueblo en pueblo por el mundo y cumple la misión
encomendada con el siguiente pregón: 'Si alguien 2

---

57 «El hermano arcadio» es Mercurio, hijo de Júpiter y de la ninfa Maya; había nacido en el monte Cileno, en Arcadia. Venus era hija de Júpiter y Dione.

puede detener a la hija del rey, la esclava desapare-
cida de Venus, llamada Psique, o indicar dónde se
oculta, que ese tal se presente ante el heraldo Mer-
3 curio, tras las columnas murcianas[58], para recibir, como
premio de su denuncia, siete dulces besos de Venus
en persona y uno más, que será pura miel, con la pun-
tita de la lengua'.
4 »Tal fue el anuncio de Mercurio; el deseo de tan
preciada recompensa había suscitado en todos los
mortales una celosa rivalidad. Esta circunstancia fue
decisiva para acabar con todas las indecisiones de
5 Psique. Ya estaba llegando a la puerta de su soberana,
cuando se encontró con una de las sirvientas de Venus,
llamada Costumbre. Ésta, sin preámbulo, exclama con
6 toda la potencia de su voz: '¡Por fin, maldita criada,
empiezas a comprender que tenías un ama! Y, dado
el desparpajo que te caracteriza, ¿fingirás ignorar
también todas las fatigas que nos ha costado correr
7 en tu busca? Por suerte has caído precisamente en
mis manos; estás bajo la mismísima zarpa del Infier-
no y en seguida vas a sufrir el castigo de tu rebeldía'.

9. »Y, cogiéndola brutalmente por los cabellos, la
arrastraba sin que Psique opusiera la menor resisten-
cia. En cuanto la introdujeron y presentaron a Venus,
ésta, fijando en ella su mirada, soltó una ruidosísima
carcajada, como hace la gente locamente enfurecida:
luego, movimiento la cabeza y rascándose el oído de-
2 recho: '¿Por fin —dijo— te has dignado venir a salu-
dar a tu suegra? O ¿has venido más bien a visitar
a tu marido, cuya vida está en peligro como conse-
cuencia de la herida que le causaste? Pero tranquilí-

[58] «Tras las columnas murcianas», es decir, «tras el templo dedicado a Venus en el valle Murcia», entre el Aventino y el Palatino.

zate; tendrás de mi parte la acogida que se merece
una buena nuera como tú'. Y añade: '¿Dónde están
mis esclavas Inquietud y Tristeza?'. Las llamó y les 3
entregó a Psique para que la atormentaran. Siguiendo
las órdenes de la soberana, ambas se pusieron a fla-
gelar cruelmente a la pobre Psique y a infligirle toda
clase de tormentos; luego, la llevan otra vez a pre-
sencia de la soberana. Entonces, Venus, entre nuevas 4
risas, añade: '¡Mirad, pretende enternecerme con la
exhibición de su oronda plenitud ya a punto de hacer-
me, al parecer, abuela feliz con el glorioso fruto de
su vientre! ¡Gran felicidad en efecto la de oírse llamar 5
abuela en la mismísima flor de la vida y cuando el
nieto de Venus resulta ser el hijo de una vil esclava!
Pero ¿qué estoy diciendo, tonta de mí? No puedo ha- 6
blar de nieto: la condición de los contrayentes es ile-
gal [59]; además, un matrimonio verificado en el campo,
sin testigos, sin el consentimiento paterno, no puede
considerarse legítimo, y por consiguiente el hijo que
nazca será bastardo; eso suponiendo que te dejemos
llegar al término de la gestación'.

10. »Concluidas estas palabras, se abalanza sobre
ella, hace trizas sus vestiduras y, arrancándole el ca-
bello, le golpea la cabeza sin piedad. Luego, manda
que le traigan trigo, cebada, mijo, semillas de ama-
pola, garbanzos, lentejas y habas; lo mezcla todo en
un solo montón y le dice: 'Me parece que una criada 2
tan fea como tú no puede conquistarse a sus amantes
si no es sirviéndolos con esmerada eficacia; pues bien,
quiero probar yo también lo que vales. Arréglate este 3
montón de semillas entremezcladas; separa los granos
uno por uno y tenlos debidamente clasificados antes

---

59 Un esclavo no podía contraer matrimonio legal.

del anochecer: una vez concluida la tarea, te daré mi
aprobación'.

4 »Después de asignarle la faena de un montón de
semillas tan diversas, Venus se fue a un banquete
nupcial.

»Psique ni siquiera acerca la mano a esa masa
informe e inextricable: aterrada por lo monstruoso de
esta orden, sin decir palabra, se queda estupefacta.
5 Entonces, la hormiga, ese minúsculo habitante del
campo, bien enterada de la dificultad que suponía
semejante tarea, compadeció a la compañera del gran
dios del Amor y maldijo la crueldad de la suegra;
corriendo activamente de un lado para otro, convoca
y reúne a toda clase de hormigas por los alrededores:
6 'Tened compasión, activas hijas de la tierra fecunda,
tened compasión de la esposa del Amor: es una joven-
cita hermosa y está en peligro; de prisa, acudid rápi-
7 damente en su auxilio'. En oleadas sucesivas, este ejér-
cito de las seis patitas se lanza en masa y, en un
alarde de actividad, clasifican todo el montón de gra-
nos uno por uno: los separan, los distribuyen, los
agrupan por especies y en un instante desaparecen de
la escena.

11. »A primera hora de la noche, Venus regresa
del banquete nupcial, saturada de vino y destilando
perfumes; guirnaldas de rosas ceñían todo su cuerpo
con intenso colorido. Al observar la actividad que su-
2 ponía la prodigiosa tarea, dice: 'Este trabajo no es
obra tuya, no, trasto inútil, no es obra de tus manos;
es obra de aquel a quien tú has enamorado para des-
gracia suya'. Y, echándole un amargo pedazo de pan,
se va a dormir.

3 »Cupido, entretanto, aislado en el sótano del pala-
cio y cautivo en su habitación, estaba sometido a un
duro asedio, tanto para evitar que su loca petulancia

no agravara la herida como para impedir posibles
citas con su amor. Así, pues, a distancia y en distintos
departamentos, los dos enamorados pasaron una triste
noche bajo el mismo techo.
»Ahora bien, en cuanto la Aurora llegó al trote de 4
sus corceles, Venus llama a Psique y le dice: '¿Ves
aquel bosque que se extiende a lo largo del río ocu-
pando toda la ribera y cuyos últimos arbustos se re- 5
flejan en las aguas que tienen debajo? Por allí andan
pastando, sin pastor, unas ovejas cuyos vellones tienen
el auténtico brillo del oro. Tráeme inmediatamente un 6
mechón de aquella preciosa lana; arréglatelas como
puedas: tal es mi voluntad'.

12. »Psique se puso en marcha; no pretendía cier-
tamente cumplir la orden de Venus, sino precipitarse
al río desde una roca y acabar con sus penalidades.
Pero desde el cauce de aquel río la verde Caña, órgano
de melodiosa armonía, dejó oír, por divina inspiración,
un leve susurro entre ligeras brisas; era la siguiente
profecía: 'Psique, aunque sometida a tan crueles prue- 2
bas, no mancilles la santidad de mis aguas con tu
desgraciada muerte; no intentes tampoco acercarte en
este momento a las temibles ovejas: mientras reflejan 3
los ardientes rayos del sol, suelen estar poseídas de
una truculenta rabia y, con sus acerados cuernos, con
su testuz de roca y, a veces, incluso con sus mordiscos
envenenados, atacan a los mortales hasta dejarlos
muertos. En cambio, cuando el sol haya perdido su 4
fuerza de mediodía y el rebaño descanse tranquilo res-
pirando las frescas emanaciones que desprende el
agua, podrás ocultarte muy bien bajo este frondosísi-
mo plátano que bebe las mismas aguas que yo; y, en 5
cuanto las ovejas, calmada su furia, se entreguen al
reposo, te bastará sacudir la enramada de los árboles
que tienes a tu lado para encontrar esa lana de oro:

pues queda diseminada por el bosque enredada en la espesura'.

13. »He ahí cómo la Caña, con humana sencillez,
revelaba a la desgraciada Psique un medio de salva-
ción. Bien aleccionada por esos consejos (nunca le
pesará de haberles hecho caso), recobra ánimos y, ate-
niéndose estrictamente a las indicaciones, le resulta
fácil hacerse furtivamente con la sedosa lana dorada
2 y volver ante Venus con el delantal bien repleto. Pero
el éxito de esta segunda prueba tampoco mereció la
aprobación de la soberana; al contrario, arrugando el
3 ceño y con amarga sonrisa, Venus dijo así: 'Tampoco
en esta ocasión logra engañarme tu pérfido consejero.
Pero ahora voy a probar de una vez la energía de tu
4 carácter y lo excepcional de tu prudencia. ¿Ves el
agudo picacho que remata aquella altísima montaña?
Allí brota una fuente tenebrosa cuyas aguas negruzcas
se recogen en la cuenca del valle inmediato para pasar
a la laguna del Estigio y alimentar la estruendosa co-
5 rriente del Cocito. Sube a la cumbre aquella, y en el
mismo punto en que el agua helada sale a la superficie
de la tierra, llena esta jarrita y vuelve inmediatamente
a traérmela'. Al mismo tiempo le entrega una jarrita
de cristal tallado, añadiendo encima las más graves
amenazas.

14. »Psique, decidida, acelara el paso dirigiéndose a la cumbre de la montaña: allí encontraría por lo menos el fin de su mísera existencia. Pero, en cuanto alcanza las proximidades de la consabida cresta, ve la magnitud de la empresa y las dificultades mortales que supone.

2 »Pues había una roca de tamaño descomunal, alta,
inaccesible por lo accidentado o lo resbaladizo del
terreno. De sus mismas entrañas, esta roca vomitaba

impresionantes chorros cuyas aguas, en cuanto sur- 3
gían de las concavidades en desnivel, se deslizaban por
la pendiente, se abrían paso por estrechas canalizacio-
nes subterráneas y reaparecían al caer en el vecino
valle. A derecha e izquierda, en unas cuevas excavadas 4
en la roca, he aquí que se asoman estirando sus largos
cuellos unos furiosos dragones con los ojos abiertos,
sin pestañear, y las pupilas expuestas a la luz en per-
manente acecho. Por otra parte, las aguas, que sabían 5
hablar, se defendían a sí mismas gritando sin parar:
'¡Retírate! ¿Qué haces? ¡Cuidado! ¿En qué piensas?
¡Ojo! ¡Huye! ¡Te vas a matar!'.

»Así, pues, ante lo insuperable de la tarea, Psique 6
se quedó de piedra: aunque materialmente presente,
sus sentidos se hallaban ausentes; aplastada bajo el
peso del insoslayable peligro, no podía acudir ni al
supremo consuelo de las lágrimas.

15. »Pero las tribulaciones de esta alma inocente
no pasaron inadvertidas a la atenta mirada de la
bendita Providencia. Efectivamente, de improviso apa-
reció, con las alas desplegadas, el ave real de Júpiter,
el águila arrebatadora. Recordaba el antiguo servicio 2
por el cual, bajo la dirección de Cupido, había rap-
tado a un joven frigio[60] para ser escanciador de Júpi-
ter; y ahora quería, con una oportuna intervención,
honrar al divino Cupido socorriendo a su esposa en
peligro. Abandona, pues, las empíreas rutas del alto
firmamento y, volando bajo la mirada de la joven, le
dice: '¿Cómo? Sin sombra de picardía, sin experiencia 3
en esta clase de asuntos, ¿esperas poder robar aunque
sólo sea una gota de esta fuente tan sagrada como

---

[60] Alusión a la conocida fábula de Ganimedes, raptado por el águila de Júpiter para servir de escanciador en el Olimpo.

4 horripilante? ¿Esperas al menos llegar a ella? ¿No has
oído decir que hasta los dioses, incluido el propio Júpi-
ter, se sobrecogen ante las aguas del Estigio? ¿Y que,
así como los mortales juráis por el poder de las divi-
nidades, los dioses tienen la costumbre de jurar por
5 la majestad del Estigio? Dame tu jarra'. El águila se
la coge, la engancha entre sus garras y, balanceán-
dose sobre sus pesadas alas extendidas como remos a
derecha e izquierda, pasa entre los dragones rozando
sus mandíbulas armadas de furiosos dientes y sus len-
6 guas en que vibra un triple dardo; y cuando las aguas,
resistiéndose y profiriendo amenazas, le ordenan que
se retire sin profanarlas, el águila inventa un cuento
diciéndoles que ha venido por orden de Venus, a cuyo
servicio está adscrita. Ahora ya tiene mayores facilida-
des de paso.

16. »Psique recogió con alegría la jarrita llena y
la llevó corriendo a Venus; pero tampoco ahora pudo
2 aplacar la cólera de la enfurecida diosa. Amenazándola
con mayores y peores suplicios, le dice con infernal
sonrisa: 'Ahora veo que debes ser una gran hechicera,
muy versada en magia, para poder cumplir tan pronto
3 órdenes como las que yo te doy. Pero he aquí, encan-
tadora chiquilla, el nuevo servicio que me vas a pres-
tar. Coge esta cajita —se la dio— y vete corriendo al
4 infierno, hasta la tenebrosa morada de Orco. Allí en-
tregarás la caja a Prosérpina y le dirás: 'Venus te
ruega que le mandes un poquito de tu hermosura,
aunque sólo sea la mínima ración de un solo día.
5 Pues lo que ella tenía se lo ha gastado y consumido
hasta agotarlo cuidando a su hijo enfermo'. Pero no
tardes mucho en volver: me hace falta esa crema
para arreglarme e ir a una representación teatral a la
que asisten muchos dioses'.

17. »Más que nunca sintió Psique que había lle-
gado la última hora de su destino y comprendió que,
ya sin rodeos, se la embarcaba a las claras y directa-
mente para la muerte. ¿Cómo no, si se le obligaba a
ir por su propio pie a presentarse espontáneamente
en el Tártaro y entre los Manes? Sin más titubeos se 2
dirige a una torre muy elevada, para precipitarse des-
de allí: creía que sería la vía más directa y más her-
mosa para bajar a los Infiernos. Pero la torre se soltó 3
a hablar de improviso: '¡Pobre chiquilla! —le dice—;
¿te rindes por las buenas ante esta última prueba, este
último trabajo? Cuando tu espíritu se haya separado 4
del cuerpo, irás ciertamente al fondo del Tártaro, pero
de ninguna manera te será posible salir de allí y regre-
sar. Escúchame:

18. »'Lacedemonia, ilustre ciudad de Acaya, no
dista mucho de aquí: en unos parajes solitarios de su
demarcación se oculta la caverna del Ténaro[61]: bús-
cala. Es un respiradero de la morada de Plutón, y sus 2
puertas entreabiertas dejan ver una senda intransita-
ble; en cuanto traspases el umbral y te adentres un
poco, un pasillo te llevará directamente al mismísimo
palacio del Orco. Pero no debes ponerte en marcha 3
con las manos vacías entre aquellas tinieblas: debes
llevar en cada mano un pastel de harina de cebada
amasado con vino y miel, e irás también con dos mo-
nedas en la boca. Cuando hayas recorrido buena parte 4
de la ruta que lleva al país de la muerte, te encontra-
rás con un asno cojo, cargado de leña; su conductor,
igualmente cojo, te rogará que le alargues unas ramas
que van colgando de la carga; pero tú, sin decir pala-
bra, pasa de largo en silencio. Inmediatamente des- 5

[61] En el promontorio del Ténaro, al sur del Peloponeso, existía una cueva que, según la leyenda, conducía al Infierno.

pués, llegarás al río de la muerte, a cuyo frente está
Caronte; éste empieza por reclamar el importe del
viaje, y, sin más requisitos, transporta a los viajeros
a la orilla opuesta en su barca de cuero cosido. Es
6 decir, hasta entre los muertos sigue en vida la avari-
cia, y Caronte, el poderoso y divino recaudador de
Plutón, no hace nada gratis; el pobre, al morir, debe
proveerse del importe de su viaje, y si casualmente no
va por delante la moneda en la mano, no se le per-
7 mite exhalar el último suspiro. A ese viejo asqueroso
has de darle, a título de peaje, una de tus dos mone-
das, pero cuidando un detalle: que él con su propia
8 mano saque la moneda de tu boca. Otro detalle no
menos importante: en la travesía, sobre las perezosas
aguas, un viejo muerto, nadando sobre la superficie,
tenderá hacia ti sus manos en descomposición y te
suplicará que lo subas a la barca, pero no te dejes
llevar por la compasión: está prohibida.

19. »Pasado ya el río y avanzando un poquito más,
unas viejas hilanderas, en su tarea de tejer, te supli-
carán que les eches una mano, sólo un momento:
pero tampoco tienes derecho a tocar su obra. Pues
Venus, en su astucia, suscitará todas esas trampas y
otras muchas para que sueltes al menos uno de esos
2 pasteles. Y no te vayas a figurar que carece de impor-
tancia una mala tarta de cebada: la pérdida de una
de las dos supone el que se te niegue definitivamente
3 el regreso a la luz del día. En efecto, hay un perro
colosal con tres cabezas enormes, monstruoso y for-
midable animal, que con su garganta atronadora ladra
a los muertos, a quienes ya no puede hacer ningún
daño; *está siempre al acecho*, sembrando un vano
terror ante el mismo umbral y el atrio sombrío de
Proserpina: guarda la morada desierta de Plutón.
4 Para dominarlo, échale como cebo una de tus tartas

y te será fácil pasar y entrar ya directamente en casa
de Prosérpina; ésta te acogerá amable y bondadosa;
hasta te invitará a sentarte cómodamente a su lado y
a tomar un suculento almuerzo. Pero tú siéntate en 5
el suelo, pide un simple pedazo de pan negro y cómetelo;
después anúnciale el objeto de tu visita, recoge
lo que se te dé y emprende el regreso. Líbrate del 6
perro cruel con la tarta que te queda; dale después
al avaro barquero la moneda que te has reservado y,
cuando hayas atravesado su río, vuelve sobre tus primeros
pasos hasta alcanzar nuestro cielo con su coro
de estrellas. Pero entre todas mis recomendaciones, 7
he aquí, a mi parecer, la más importante: no intentes
abrir la caja y ver lo que llevas dentro: encierra un
tesoro de divina hermosura: que tu curiosidad no
haga experimentos con él'.

20. »Tal fue la minuciosa profecía de aquella torre
previsora. Sin pérdida de tiempo, Psique se dirige al
Ténaro; debidamente preparada, con las monedas y
tartas consabidas, desciende a toda prisa por la senda
infernal, adelanta en silencio al tullido conductor del 2
asno, da al transbordador la moneda para cruzar el
río, no tiene en cuenta la instancia del muerto que
flota sobre la superficie de las aguas, desprecia las
insidiosas súplicas de las hilanderas, adormece la espantosa
rabia del perro dándole a comer la tarta, y
entra en la morada de Prosérpina. La diosa hospitaliaria 3
le ofrece un asiento confortable y una comida exquisita;
sin aceptar nada, Psique, sentándose a sus pies
en el suelo y conformándose con un triste pedazo de
pan, le refiere la misión que Venus le ha confiado.
Fueron a llenar y cerrar la cajita en secreto; Psique 4
la recibe al instante. Engaña al perro tapándole la
boca con la segunda tarta, paga al barquero con la

moneda que le queda y sube del Infierno mucho más
5 animosa que cuando bajaba. Al recobrar y adorar la
luz resplandeciente de este mundo, aunque tenía prisa
por coronar la tarea encomendada, su alma se dejó
6 llevar de una temeraria curiosidad: '¡Qué tonta soy!
—dijo—. ¿Tengo en mis manos la divina hermosura
y no voy a coger para mí una pizquita así? Con esto,
a lo mejor, gustaría a mi hermoso amante'.

21. »Y, antes de terminar la frase, abre la cajita.
Pero allí no había absolutamente nada: ni rastro de
belleza; al contrario, tan sólo había un sopor infernal,
el auténtico sueño del Estigio, que invadió a Psique
en cuanto se levantó la tapa, envolvió todos sus miem-
bros en una densa nebulosa soporífera y la hizo des-
plomarse en plena marcha.
2 »Yacía en el inerte suelo; estaba tan dormida como
un cadáver.
»Pero Cupido, cuya herida había cicatrizado por
completo, repuesto ya y sin poder aguantar más la
prolongada ausencia de su Psique, se fugó por el tra-
galuz superior de la estancia en que esta recluido; sus
3 *alas se habían robustecido* por el largo reposo; supe-
rando su propia velocidad de vuelo, acude junto a
Psique, recoge con cuidado el Sueño, lo encierra de
nuevo en la cajita, como estaba antes, despierta a
Psique con una inofensiva picadura de su flecha y le
4 dice: 'Mira, desgraciada chiquilla, una vez más has
sido víctima de tu curiosidad habitual. Pero no pier-
das tiempo, cumple con diligencia la misión que mi
madre te ha encomendado; de todo lo demás me en-
cargaré yo personalmente'.
»Dichas estas palabras, el amante alado levantó el
vuelo y Psique lleva corriendo a Venus el obsequio
de Prosérpina.

22. »Entretanto, Cupido se sentía devorado por un
exceso de amor; el dolor se reflejaba en su rostro;
ante el horror de verse al instante entregado por su
madre a la Sobriedad, vuelve a hacer de las suyas:
en rápido vuelo alcanza la bóveda del cielo, presenta
al gran Júpiter su súplica y consigue de él la aproba-
ción de su causa. Júpiter, entonces, asiendo la mejilla 2
de Cupido y acercándola a sus labios, le da un beso
y le dice: 'Es verdad, ilustre hijo mío, que nunca me 3
has conferido los honores que por consentimiento de
los dioses me corresponden; mi corazón ordena las
leyes que rigen los elementos y el curso de los astros,
y tú en cambio hieres continuamente con tus golpes
ese corazón y lo deshonras con sus frecuentes caídas
bajo el impulso de terrenas pasiones; infringes la 4
legalidad y concretamente la ley Julia[62] y la moral
pública; comprometes con torpes adulterios mi honor
y mi reputación, revistiendo los rasgos augustos de mi
persona con el vergonzoso disfraz de la serpiente, del
fuego, del animal salvaje, del ave o de una manada
de bestias; no obstante, teniendo en cuenta mis nor- 5
mas de bondad y dado que te he visto crecer entre
mis brazos, te concederé cuanto me pides, pero a con-
dición de que sepas ponerte en guardia para no tener
imitadores y que, si ahora en la tierra hay alguna
muchacha de excepcional hermosura, me pagues con
ella el favor que hoy te hago'.

23. »Así habló Júpiter. Manda luego a Mercurio que convoque inmediatamente a todos los dioses para una asamblea, advirtiendo que si alguno faltara a la cita divina incurriría en una multa de diez mil sestercios. Esta amenaza hizo que se llenara en seguida

[62] La *lex Julia de adulteriis*, promulgada por Augusto hacia el año 17 antes de J. C., imponía duras sanciones al adúltero.

el anfiteatro del cielo; y, sentado en su elevado trono,
Júpiter, majestuoso, pronuncia el siguiente discurso:
2 »'Dioses conscriptos[63], cuyos nombres figuran en el
blanco tablero de las Musas, he aquí a un jovencito
a quien yo he criado con mis propias manos, como
sin duda todos sabéis. He considerado conveniente
poner un freno al ardor impetuoso de su primera
juventud; bastante mala fama ha promovido ya el
escándalo diario a que dan lugar sus adulterios y sus
3 desórdenes de todas clases. Hay que suprimir toda
ocasión y contener su libertinaje juvenil sujetándolo
con los lazos del matrimonio.

»'Ha elegido a una muchacha y se ha hecho con
su virginidad: sea para él, guárdela como suya; sea
4 para siempre feliz unido a Psique, su amor'. Y, vol-
viendo su mirada hacia Venus, añade: 'Y tú, hija mía,
no te apenes lo más mínimo; que esta alianza con
una mortal no inspire reparos a tu ilustre linaje. Yo
igualaré la categoría de los contrayentes, haré que la
unión sea legítima y conforme a las normas del dere-
5 cho civil'. E, inmediatamente, manda a Mercurio que
rapte a Psique y la traiga al cielo. Ofreciéndole una
copa de ambrosía, le dice: 'Toma, Psique, y sé inmor-
tal; Cupido nunca romperá los lazos que a ti le ligan:
el matrimonio que os une es indisoluble'.

24. »Se sirve al instante un espléndido banquete
nupcial. Presidía el convite el recién casado, con Psique
en sus brazos; seguía Júpiter con su esposa Juno, y
sucesivamente todos los dioses en orden jerárquico.
2 Circula la copa de néctar, que es el vino de los dioses;
a Júpiter se la ofrece su escanciador, el consabido

---

[63] Parodia del tratamiento usual dado a los senadores romanos, a quienes se llamaba *patres conscripti*.

joven pastor[64]; en cambio a todos los demás los ser-
vía Líber; Vulcano guisaba. Las Horas revestían todo 3
con la púrpura de las rosas y otras flores; las Gracias
derramaban el perfume del bálsamo, y las Musas
hacían oír sus voces armoniosas. Luego, Apolo cantó
al son de la cítara, Venus exhibió su gracia en la danza
al compás de la deliciosa música cuya orquesta ella
misma había organizado así: las Musas formaban el
coro, un Sátiro tocaba la flauta, y un discípulo de Pan
acompañaba con su caramillo. Así, regularizada ya su 4
situación, quedó Psique en poder de Cupido. A su
debido tiempo tuvieron una hija, a quien llamamos
Voluptuosidad.»

25. He aquí lo que contaba a la niña cautiva aquella vieja extravagante, saturada de vino; yo, situado a corta distancia, lamentaba de veras no tener a mano tablillas y estilete para anotar tan delicioso cuento.

En aquel momento y tras no sé qué duro combate, 2
llegan los ladrones cargados de botín; sin embargo
algunos —los más decididos naturalmente—, dejando
en casa a los heridos para curarse, están impacientes
por ir a recoger el resto de su cargamento que, según
decían, estaba escondido en cierta cueva. Engullen 3
rápidamente su almuerzo, y acto seguido, a latigazos,
nos sacan a la calle al caballo y a mí para cargar
aquellas cosas; cuando estábamos hartos de subir 4
cuestas y dar vueltas —ya al anochecer— nos meten
en una cueva y, sin darnos tiempo a respirar, nos
sacan otra vez cargados al instante con un sinfín de
cosas. Tenían tanta prisa y nerviosismo que, a fuerza

64 Sobre el escanciador de Júpiter, recuérdese la nota 60. Líber es para los latinos el dios del vino, como Baco para los griegos.

de golpes y empujones, me hicieron tropezar contra
5 una piedra que había junto al camino; con una lluvia de palos bien asentados me hicieron levantar, aunque flaqueándome lastimosamente la pata derecha y el casco izquierdo.

26. Uno de los ladrones dijo: «¿Hasta cuándo vamos a mantener inútilmente a este burro reventado y ahora cojo por añadidura?». Y otro agregó: «¿No os parece que él es quien nos ha traído la mala pata? Desde que lo tenemos, nada bueno y lucrativo ha caído en nuestras manos; tan sólo hemos cosechado
2 heridas y la muerte de nuestros mejores». Un tercero replica: «Por mi parte está decidido: en cuanto, por las buenas o por las malas, haya transportado esta carga, lo llevaré a despeñar: será un magnífico regalo
3 a la voracidad de los buitres». Aún discutían mi muerte los caritativos personajes, cuando ya estábamos en casa, pues el pánico había cambiado mis cascos en
4 alas. Retiran rápidamente la carga que llevábamos y, sin interesarse lo más mínimo por nuestra vida ni tampoco por mi misma muerte, llaman a sus compañeros que, por estar heridos, se habían quedado antes en casa, y se vuelven corriendo a completar el acarreo sobre sus propias espaldas, pues, según decían, esta-
5 ban hartos de nuestra lentitud. Sin embargo, no era pequeña mi preocupación pensando en la muerte que amenazadoramente se me había prometido; y reflexioné: «¿Por qué pierdes el tiempo, Lucio? ¿Qué haces ahí esperando lo peor? La muerte, la muerte más cruel
6 es lo que te aguarda por decreto de los ladrones. Y la ejecución no exige demasiados esfuerzos: mira los despeñaderos que hay al lado y sus agudísimas y prominentes aristas: desgarrarán tus carnes y dispersarán tus miembros antes de que tu caída sea completa.
7 Pues aquella famosa magia te ha dado tan sólo el

aspecto y las miserias del asno, pero no el recio cuero
del asno; al contrario, te ha revestido con una fina
membrana de sanguijuela[65]. ¿Por qué no te armas de
varonil energía y velas por tu vida antes de que sea
tarde? Tienes la gran oportunidad de huir ahora que 8
los ladrones están ausentes. ¿O temes acaso la vigi-
lancia de esa vieja moribunda, a la que podrás despa-
char de una sola coz aunque sea con la pata coja?
¿Pero en qué dirección has de huir? ¿Quién querrá
darte hospitalidad? Consideración, ésa, bien tonta y 9
en verdad muy digna de un asno; ¿qué viajero no se
llevará, encantado, una montura si la encuentra?».

27. Y en el acto, de un estirón, rompo alegremente
la correa que me sujetaba y me lanzo a galope. No
obstante, me fue imposible escapar a la vista de gavi-
lán de la maligna vieja. Pues, al verme suelto, desple-
gando una audacia superior a su sexo y a sus años,
cogió las riendas y peleó por hacerme dar la vuelta
y volverme atrás. Pero yo, sin olvidar las fatales inten- 2
ciones de los ladrones, no siento la menor compasión
y, lanzando contra ella los cascos de mis patas trase-
ras, la hago desplomarse en seco. Ella, aunque ten- 3
dida en el suelo, se agarraba tenazmente a la correa
hasta el punto de seguirme un buen trecho, arrastrada
en mi carrera. A la vez empezó a chillar desaforada-
mente, pidiendo el auxilio de un brazo más vigoroso.
Pero su llanto era inútil, inútil el escándalo que arma- 4
ba, porque no había allí nadie que pudiera socorrerla,
nadie excepto la joven cautiva. Ésta, atraída por las 5
voces, sale corriendo y asiste a una escena verdadera-
mente inolvidable y digna de verse: ¡una Dirce vieje-

---

[65] El narrador contradice aquí, por inadvertencia, lo que dijo antes en libro III, capítulo 24: «mis pelos se endurecen como cerdas...».

cita[66] colgaba no de un toro, sino de un asno! Armán-
dose de viril arrojo, se arriesga a una brillantísima
6 hazaña. Arranca la correa de las manos de la vieja,
con palabras melosas detiene mi impetuosa carrera,
monta resuelta sobre mi espalda y me incita a reanu-
dar la carrera.

28. Al ansioso deseo de huir se unía ahora en mí el
afán de liberar a la joven; en tensión, además, por
los golpes que ella me daba de vez en cuando para
animarme, yo corría a velocidad de caballo; el suelo
resonaba al compás de mis cuatro cascos y yo trataba
de armonizar mis relinchos con la deliciosa voz de
2 la jovencita. A veces, simulando rascarme la espalda,
ladeaba la cabeza y besaba los preciosos pies de la
niña. Ella entonces, suspirando hondamente y miran-
do al cielo con angustia, dice:

3 «Dioses de las alturas, acudid por fin en mi auxilio
en este supremo momento de peligro; y tú, despiadada
Fortuna, deja ya tu crueldad; date por satisfecha con
4 los tormentos que me has hecho padecer. En cuanto
a ti, amparo de mi libertad y de mi vida, si me llevas
a casa y me devuelves sana y salva a mis padres y a
mi hermoso pretendiente, ¡qué agradecida te voy a
quedar! ¡Qué de honores te voy a conferir! ¡Qué
5 piensos te voy a servir! Para empezar, te peinaré bien

---

66 Lykos, rey de Tebas, había derrotado y dado muerte a Epopeo; luego, se llevó a su corte, como cautiva, a la esposa del mismo Epopeo, llamada Antíope; ésta tuvo dos hijos en el cautiverio, hijos que había concebido de Zeus antes de casarse con Epopeo. Lykos y su mujer, Dirce, mandaron exponer a los recién nacidos y maltrataban a su madre Antíope; pero los niños se salvaron por los cuidados de un pastor; cuando fueron adultos, para vengar a su madre, mataron a Lykos y ataron a Dirce a las astas de un toro, que destrozó su cuerpo; acto seguido, los jóvenes arrojaron el cadáver a una fuente que desde entonces llevó el nombre de Dirce.

esta melena y la adornaré con mis collares de soltera;
desenredaré esas greñas de tu frente, separándolas con
una raya bien hecha; la crin de tu rabo, por falta de
agua, forma sucios pelotones: me cuidaré en seguida
de dejarlo flamante; cuajado de colgantes de oro, bri- 6
llarás como las estrellas del firmamento y serás reci-
bido en triunfo en medio de la desbordante alegría
popular; en mi mandil de seda te llevaré almendras
y apetitosas golosinas; te daré un banquete diario por
ser mi salvador.

29. »Cuenta con manjares deliciosos, con el reposo
más absoluto y con toda la felicidad de la vida; pero,
además, no te ha de faltar el recuerdo glorioso de tu
gesta. He de consignar en un cuadro el perenne tes- 2
timonio de mi aventura de hoy y de la divina provi-
dencia; las tablas que entronizaré en el atrio de mi
casa representarán mi huida en este instante. La pin- 3
tura, la tradición, la pluma de los literatos celebrarán
eternamente la sencilla historia de *La joven princesa*
que huye del cautiverio sobre un asno. Serás una más 4
entre las maravillas del remoto pasado; y, ante la au-
tenticidad de tu caso, ya creeremos que Frixo ha nave-
gado sobre un borrego, que Arión ha pilotado a un
delfín y que Europa ha viajado a cuestas del toro[67].

[67] Frixos, cuando se le iba a inmolar en el altar de Zeus, huyó cabalgando sobre un carnero a través de las aguas del mar; así llegó a Cólquida, donde consagró a Marte el legendario vellón de oro. Su hermana Hele, que lo acompañaba, se ahogó sobre ese mismo mar, llamado desde entonces Helesponto. El poeta lírico Arión (siglo VII antes de J. C.), viajando desde Italia hacia Corinto, se vio asaltado por los marineros de la nave en que había embarcado: pretendían matarlo para robarlo. El poeta logró una última oportunidad para entonar una última canción sobre la cítara y, acto seguido, se arrojó al mar: un delfín, encantado por la música del artista, lo recogió y lo transportó al cabo Ténaro. La leyenda de Europa,

5 Y, si es cierto que Júpiter pudo mugir transformán-
dose en toro, tal vez mi asno encierre también su mis-
terio, por ejemplo un rostro humano o el semblante
de un dios».
6 Mientras la jovencita va haciendo esas considera-
ciones entremezclando frecuentes suspiros con sus
votos, llegamos a una encrucijada. Allí, la niña, esti-
rando mis riendas, hacía lo posible por desviarme a
la derecha, sin duda porque aquel camino iba a parar
7 a casa de sus padres. Pero, como yo sabía que por
allí habían ido los ladrones en busca del resto de su
botín, me resistía obstinadamente y, ya que no podía
hablar, protestaba así en mi fuero interno: «¿Qué
haces, desgraciada doncella? ¿Qué pretendes? ¿Qué
prisa tienes por llegar al Tártaro? ¿A dónde quieres
que te lleven mis patas? Te echas a perder y también
8 me vas a echar a mí». Estábamos así estirando, en
sentidos opuestos, como en un litigio por deslindar
propiedades, o, mejor dicho, por señalar la franja de
paso, cuando nos vemos frente a frente con los ladro-
nes en persona, cargados con el fruto de sus rapiñas.
Al claro de luna, nos habían reconocido ya desde lejos;
nos saludan con sarcástica sonrisa.

30. Uno de la pandilla nos interpela así: «¿A dón-
de vais tan de prisa, viajeros nocturnos? ¿No os dan
miedo los muertos y los duendes en las altas horas
2 de la noche? Tú, intachable jovencita, tal vez tienes
prisa por visitar a tus padres. Pues nosotros te dare-
mos escolta en tu soledad y te mostraremos el camino
3 más directo para ir a su encuentro». Y, añadiendo el
gesto a las palabras, coge las riendas y me hace dar

más vulgarizada, nos muestra a esta joven, hija de Fénix, rey de Tiro, raptada por Zeus en forma de toro y transportada desde la corte de su padre a la isla de Creta o a Beocia, según las tradiciones.

media vuelta, ello sin prescindir de los estacazos habi-
tuales con el nudoso bastón que llevaba. Ya en mar- 4
cha, muy a pesar mío, hacia el inminente suplicio,
vuelvo a acordarme del casco dolorido y empiezo a
cojear cabeceando. «¡Oh! —dice el que me había 5
hecho volver atrás—. ¿Otra vez a trompicones? ¿Otra
vez renqueando? ¿Tus patas pueden huir y no puedes
ir al paso? ¡Si, hace sólo un instante, ni Pégaso con
sus alas igualaba tu velocidad!».

Mientras el amable camarada me gastaba esas bro- 6
mas sin dejar de darle al palo, ya habíamos llegado
al recinto exterior de su casa. Lo primero que vemos
es la vieja aquella con una soga al cuello, colgada a
cierta rama de un alto ciprés. La descuelgan al ins- 7
tante y, tal como estaba, con soga y todo, la tiran al
fondo del precipicio; acto seguido, dejando a la niña
bien amarrada, se tiran como animales hambrientos
sobre la cena que en su celo póstumo les había dejado
preparada la infeliz viejecita.

31. Y, mientras engullen todo aquello con ávida
voracidad, ya empiezan a deliberar entre sí sobre nues-
tro castigo y su venganza. Y, como es natural tratán-
dose de un conciliábulo tumultuoso, hubo división de
pareceres: el primero pedía que se quemara viva a
la joven, el segundo aconsejaba arrojarla a las fieras,
el tercero mandaba que la crucificaran, el cuarto pre-
fería torturas y mutilaciones; lo cierto es que todos 2
los votos, por el procedimiento que fuera, pedían pena
de muerte. Entonces, un hombre, calmando el tumulto
general, tomó solemnemente la palabra y dijo: «De
acuerdo con las normas de nuestra sociedad, con 3
nuestra mansedumbre individual y concretamente con
mi personal moderación, no puedo autorizar una cruel-
dad excesiva de vuestra parte y desproporcionada al
delito. Dejaos de fieras, de patíbulos, de hogueras, de

instrumentos de tortura; no os precipitéis tampoco condenándola a las tinieblas de una muerte prematura.
4 Si queréis seguir mis consejos, otorgad a esa joven la gracia de la vida, pero de la vida que ella se merece. Sin duda recordáis vuestra reciente decisión relacionada con ese asno, eterno perezoso ciertamente, pero comilón sin igual y ahora, por añadidura, mentiroso (fingía estar estropeado), cómplice y auxiliar en la eva-
5 sión de la muchacha. Propongo, pues, degollarlo mañana, vaciar totalmente sus entrañas, encerrar desnuda en su vientre a la joven que él nos ha preferido,
6 y coserla después de modo que quede fuera tan sólo su cara, con todo el resto de su cuerpo aprisionado entre los flancos del animal; finalmente, ya bien relleno, expondremos el asno sobre una roca de aristas vivas para que se tueste a los rayos del sol.

32. »Así ambos sufrirán la totalidad de las penas que en estricta justicia habéis decretado: el asno tendrá la muerte que desde hace tiempo merece; ella, los mordiscos de las fieras, cuando los gusanos desgarren sus miembros, las quemaduras de las llamas cuando el irresistible calor del sol inflame el vientre del animal, el suplicio del patíbulo cuando los perros
2 y los buitres le arranquen las entrañas. Tened en cuenta todavía nuevas y dolorosas torturas: aun en vida habitará los flancos de una bestia muerta; un olor nauseabundo cortará su respiración; se consumirá lentamente por falta de alimento y no tendrá siquiera las manos libres para darse la muerte».
3 Cuando hubo terminado el discurso, los ladrones, sin desplazarse[68] para emitir su voto, por aclamación

[68] Una manera habitual y rápida de votar a favor o en contra de una propuesta en las asambleas senatoriales consistía en invitar a los votantes a «desplazarse» y agruparse a la

unánime, se adhieren a su parecer. Al oír la sentencia con mis largas orejas, ¿qué podía hacer sino llorar sobre el cadáver en que me iba a convertir el día siguiente?

---

derecha (a favor) o a la izquierda (en contra) de la mesa presidencial.

LIBRO VII

Para cubrir las bajas producidas en la compañía de los bandoleros, entra un nuevo recluta de extraordinarias condiciones: se hace pasar por el famoso Hemo, el terror de todas las provincias. Pero en realidad es Tlepólemo, el prometido de la cautiva, a quien logra liberar: la monta sobre el asno, la lleva a su casa y se realiza la boda (1-13). — La recién casada quiere recompensar debidamente los buenos servicios del asno. Pero el guardián, un zagal sin entrañas, le impone las más duras penalidades en lugar de la buena vida que era de esperar (14-28).

1. En cuanto la luz del alba hubo disipado las tinieblas y el resplandeciente carro del sol iluminó la naturaleza entera, apareció de improviso un individuo: era de la pandilla de los ladrones, como lo daba a entender la efusión de los saludos intercambiados. Se
2 sentó en la misma entrada de la cueva, y cuando hubo recobrado aliento, porque estaba exhausto, comunicó a sus colegas las siguientes noticias:
3 «Por lo que atañe a Milón de Hipata, cuya casa hemos saqueado últimamente, podemos quitarnos ya de encima toda preocupación y sentirnos tranquilos. Cuando vosotros emprendisteis la marcha para regresar al campamento, arramblando con todo gracias a vuestra fuerza y sin igual valor, yo me mezclé a los
4 corrillos que formaba la gente; fingiendo dolor e indignación, observaba qué decisión se iba a tomar para

poner en claro el asunto: si se acordaría perseguir a
los ladrones, y hasta qué punto se llevaría a la prác-
tica.

»De acuerdo con la misión que me habíais confiado,
quería traeros una información completa. Unos indi- 5
cios nada dudosos, al contrario, con todas las aparien-
cias de la realidad, hacían recaer todas las sospechas
de la multitud sobre un tal Lucio, a quien se recla-
maba como evidente autor de la fechoría. Se decía
que, pocos días antes, mediante una falsa carta de
recomendación y haciéndose pasar por excelente per-
sona, había ganado tan incondicionalmente la confian-
za de Milón, que éste lo había acogido en casa y lo 6
tenía como un familiar de los más íntimos; que había
permanecido allí varios días y que, seduciendo a la
sirvienta de Milón por fingir estar enamorado de ella,
había examinado atentamente el dispositivo que ce-
rraba la puerta y hasta había explorado muy de cerca
los departamentos en que Milón solía encerrar toda
su fortuna.

2. »Se alegaba como indicio más evidente de su
culpabilidad el hecho de que aquella misma noche, y
en el preciso momento del crimen, ese tal Lucio había
desaparecido sin dejar rastro desde entonces por parte
ninguna. Le fue fácil hallar el medio de asegurar su
huida burlando a sus perseguidores por la mayor rapi-
dez de maniobra y escondiéndose cada día más lejos;
con ese fin se llevó el caballo blanco que tenía: para
disponer de magnífica montura. Es cierto que se en- 2
contró al esclavo de Lucio en la misma casa en que
se hospedaba; se esperaba de él una información sobre
los crímenes y proyectos de su amo; por orden de
los magistrados se le arrestó y encerró en la cárcel
de la ciudad; al día siguiente sufrió toda clase de tor-
turas, se desgarraron sus carnes hasta dejarlo casi

3 muerto: no se consiguió de él la menor declaración
sobre el asunto. No obstante, se han enviado nume-
rosos emisarios a la patria de ese tal Lucio para que
se busque al acusado y se le imponga el castigo que
su crimen merece».
4 Oyendo ese relato, yo comparaba mi situación de
antaño con mi triste presente; y el parangón entre
aquel Lucio feliz y este asno desgraciado me arrancaba
gemidos del alma; me venía a la mente que no en
vano los sabios de la remota Antigüedad habían ima-
ginado y representado a la Fortuna ciega y hasta sin
5 ojos: siempre reserva sus favores a los malvados que
menos los merecen; el sano juicio nunca preside a
su elección entre los mortales; al contrario, se inclina
preferentemente por las compañías que debiera evitar
y de las que se mantendría alejada si fuera vidente;
6 y lo peor de todo, en fin, es que nos reparte la buena
o mala fama al azar o, mejor dicho, al revés: el malo
luce el título de hombre virtuoso y, al contrario, el
más inocente suele recibir los palos que corresponde-
rían a los criminales.

3. Así yo, por un cruel asalto de esta diosa, me
he visto reducido a la condición de animal y soy el
más vil de los cuadrúpedos; yo, con mi triste suerte,
debía excitar justamente el dolor y la compasión del
mortal más insensible; y, para colmo, se me recla-
maba como culpable del saqueo ocasionado a un hués-
2 ped que tenía todo mi afecto. Un crimen como éste
resultaría ser más que un robo, un auténtico parrici-
dio[69]. Y no me era posible defender mi causa, ni

[69] Las relaciones de hospitalidad eran sagradas para los antiguos; su transgresión constituía un execrable crimen, un auténtico parricidio; el término resulta más exacto todavía si recordamos la expresión que usó Lucio en el libro III, capítulo 7: «hasta el bueno de Milón, mi padre hospitalario».

siquiera negar mi culpabilidad con un simple monosí-
labo. Finalmente, para que mi silencio ante tan odiosa 3
acusación no pudiera atribuirse al remordimiento e
interpretarse como confesión, sin poder ya aguantar,
quise al menos declarar brevemente: «No fui yo».
Pero, si bien es verdad que pude emitir una y varias 4
veces la primera palabra con sonoridad descomunal,
todos mis intentos resultaron vanos al pretender ar-
ticular la siguiente; me quedé pegado en la primera
sílaba, vociferando siempre el mismo «No, no...», por
más que me aplicara a redondear en rápida maniobra
mis colgantes labios. Mas ¿para qué seguir queján- 5
dome de la crueldad de la Fortuna, si ni siquiera tuvo
reparo en someterme a la misma esclavitud y al mis-
mo yugo del caballo que estaba a mis órdenes y me
servía de montura?

4. Fluctuaba yo así en ese mar de pensamientos,
cuando me volvió a la mente aquella preocupación
más apremiante, es decir, la determinación que habían
tomado los ladrones de inmolarme a los manes de la
muchacha; agachando repetidas veces la cabeza para
verme el vientre, ya creía sentir las angustias del parto
para dar a luz a la desgraciada jovencita.

Sin embargo, el individuo aquel, al acabar de refe- 2
rir las calumnias que me afectaban, sacó mil piezas
de oro que traía escondidas y cosidas bajo la ropa;
según decía, las había robado a varios viajeros, y su
honradez le imponía el deber de entregarlas a la caja
común. Luego, empezó a hacer preguntas interesán-
dose por la suerte de sus camaradas. Al saber que 3
algunos o, mejor dicho, que los mejores habían su-
cumbido en circunstancias diversas, aunque igualmen-
te heroicas, propone un breve período de paz en los
caminos y una tregua total en los asaltos, para dedi-
carse ante todo a buscar compañeros de armas, a

completar con nuevos reclutas los antiguos efectivos
4 y a rehacer los cuadros de la marcial cohorte: es posi-
ble reducir por el terror a los que se les resistan;
es posible atraer con recompensas a *la gente de buena*
voluntad; y no habrá pocos que renunciarán volunta-
riamente a su vil existencia de esclavos para adherirse
a una organización que los convierte, por decirlo así,
5 en poderosos reyes. Él mismo, según dice, había en-
contrado ya días antes por su cuenta a un hombre
corpulento y joven, a quien ni le falta vigor ni le
tiembla el pulso; le había estado dando consejos hasta
acabar convenciéndolo: era hora ya de aplicar sus
manos, entumecidas por la larga inacción, a un oficio
más lucrativo; era ya hora de sacar partido a los
6 magníficos recursos de su salud; no debía alargar más
su robusto brazo mendigando una mísera moneda,
sino emplearlo a fondo en conquistas de oro.

5. Todos a una se adhirieron al parecer de ese
orador. Se acuerda admitir al joven propuesto, cuya
valía parecía suficientemente comprobada, y buscar a
2 otros más hasta completar los efectivos. El camarada
aquel se ausenta entonces y, sin hacerse esperar dema-
siado, vuelve con un joven, verdadero gigante como
él había prometido, al que difícilmente podía compa-
rarse ninguno de los presentes: pues, sin hablar ya
del resto de aquella corpulenta mole, descollaba entre
todos sacándoles toda la extensión de la cabeza, y eso
que aún empezaba entonces a asomar la primera
3 barba de sus mejillas. Iba a medio vestir, cubierto de
harapos dispares y mal cosidos entre los que lucía,
cual coraza, la musculatura de su pecho y de su
vientre.

Presentándose así, dice: «Salud, clientes del valeroso dios Marte; desde este momento sois mis fieles compañeros de armas; acoged gustosos a quien tiene

el gusto de unirse a vosotros; tengo arrojo y decisión,
prefiero recibir heridas en mi carne que rebajarme
para llenar de oro mis manos; si muchos se espantan
ante la muerte, mi moral se crece con su misma pre-
sencia. Y no me toméis por indigente o desgraciado, 4
ni juzguéis de mi valor por mis harapos: he sido jefe
de una banda heroica con la que he arrasado por com-
pleto a toda Macedonia. Yo soy el célebre bandolero 5
Hemo de Tracia, cuyo nombre hace temblar hasta el
último rincón de las provincias; mi padre fue Terón,
otro bandolero igualmente ilustre; alimentado con
sangre humana, educado en las mismas filas de nues-
tra compañía, soy el heredero y rival de la bravura
de mi padre.

6. »Pero aquel nutrido ejército de mis antiguos y heroicos camaradas, aquella brillante posición, todo lo perdí de la noche a la mañana. Pues un procurador imperial, que en su día había ganado doscientos mil mil sestercios, tuvo la mala suerte de caer en desgracia y verse destituido. Una mala inspiración del cielo hizo que yo lo asaltara cuando él pasaba de largo a mi alcance... Pero para explicar el caso, voy a proceder metódicamente.

»Había en la corte del César un personaje ilustre 2
y distinguido por su brillante hoja de servicios; el
propio emperador lo tenía en particular estima. Por
despiadada envidia, ciertos acusadores hábiles lo pre- 3
cipitaron al destierro. Su esposa, llamada Plotina, mu-
jer de rara fidelidad y ejemplar virtud, que en diez
partos sucesivos lo había hecho padre de numerosa
familia, menospreciando, sin darles la menor impor-
tancia, las comodidades y delicias de la ciudad, había
seguido a su marido en el destierro para compartir
su desgracia. Con el pelo cortado y disfraz masculino, 4
ceñida con cinturones cargados de valiosísimos colla-

res y de monedas de oro, esta mujer pasaba sin inmu-
tarse entre los pelotones de guardia y sus espadas des-
envainadas; se asociaba a todos los peligros de su ma-
rido, velaba por su vida sin desfallecer y soportaba
5 continuas penalidades con temple varonil. Habían su-
perado ya un sinfín de dificultades por tierra y por
mar, cuando su expedición se dirigía a Zacinto: era
la residencia temporal que había asignado el fatal
decreto.

7. »Pero al tocar la playa de Accio, donde enton-
ces, después de bajar de Macedonia, operábamos nos-
otros, el pasaje, dada la hora avanzada de la noche,
para ahorrarse las molestias del oleaje, se había echa-
do a dormir en una taberna que había en la costa, muy
cerca de la embarcación. Nos lanzamos sobre ellos y
arramblamos con todo. No fue poco el riesgo que co-
rrimos, pero logramos retirarnos después de este golpe
2 de mano. Al oír el primer ruido a la entrada, Plotina
saltó al dormitorio, puso todo en movimiento con sus
gritos de alarma, llamando individualmente a soldados
y criados y pidiendo encima refuerzos a toda la vecin-
dad; y, sin el pánico general, ya que cada cual se
escondía para evitar el propio riesgo, no hubiéramos
salido indemnes en la retirada.

3 »Pero acto seguido, aquella mujer admirable (hay
que proclamar la verdad), aquella esposa de fidelidad
incomparable conquistó simpatías por procedimientos
lícitos, intercedió ante la majestad de César y obtuvo
tan pronto regreso para su marido como plena ven-
4 ganza para nuestra agresión. En una palabra, César
decidió la eliminación de la banda capitaneada por
Hemo, y en el acto la banda dejó de existir: ¡tal es
el poder de la simple voluntad de un gran príncipe!
Toda mi tropa, perseguida por destacamentos milita-
res, acabó deshecha y triturada; únicamente yo pude

evadirme escapando a duras penas de la boca del Infierno. He aquí cómo:

8. »Me puse una bata de señora, de un florido estampado, cuyo vuelo caía en ondulante cascada; me cubrí la cabeza con una bufanda de punto, calcé unos zapatos blancos muy finos, como los llevan las mujeres; sin que se me identificara, disfrazado bajo las apariencias del sexo débil y montado sobre un asno que acarreaba gavillas de cebada, pasé entre las líneas de los soldados que me perseguían; pues tomándome por la mujer del borriquero, me dejaban ir libremente; a ello contribuían entonces mis mejillas todavía imberbes, con la suavidad y frescura de la infancia. No he desmentido, no obstante, la gloria de mi 2
padre ni mi valor personal: apenas recobrado del susto que supone el verse bajo el filo de espadas aguerridas, aproveché el disfraz de mi indumentaria impropia para asaltar, aunque fuera solo, varias granjas o poblados; recogí así una modesta reserva para mi viaje». Y, desabrochando entonces sus harapos, dejó caer al 3
suelo, ante las miradas de todos, dos mil piezas de oro. Luego, añadió: «He ahí mi modesta gratificación, o, mejor dicho, la dote que tengo el gusto de pagar a vuestra sociedad; también me ofrezco para serviros incondicionalmente como jefe, si no tenéis inconveniente en ello, y os prometo que en poco tiempo la roca que os cobija se convertirá en oro».

9. Sin aplazamientos ni titubeos, los ladrones, en votación masiva, le confieren el mando por unanimidad y le sacan un traje un poco más decente para que se lo ponga en lugar de aquellos harapos millonarios [70]. Ya transformado, abraza personalmente a

[70] El adjetivo se explica por la fortuna que aquella vil indumentaria había disimulado hasta aquel momento.

cada uno de los presentes; éstos lo colocan en el
puesto de honor para inaugurar su mandato con un
2 banquete entre copiosos brindis. A lo largo de la con-
versación se entera de la evasión de la muchacha, de
mi colaboración al servirle de montura, de la muerte
horrenda que nos esperaba a ambos; averigua en qué
sitio la tienen, y lo llevan a verla: observó efectiva-
mente cómo la tenían cargada de cadenas y se retiró
con una mueca de desaprobación: «Ciertamente no
cometeré la grosería, o, mejor dicho, no tendré la osa-
día —dice— de oponerme a vuestra decisión; pero
sentiría hondos remordimientos de conciencia si silen-
3 ciara cuál es, en mi opinión, nuestro deber. Pero, ante
todo, pido un voto de confianza, ya que sólo me pre-
ocupa vuestro interés, y, en todo caso, si os desagra-
dara mi parecer, siempre os queda el recurso de
4 volver al asno. Yo estimo, pues, que un ladrón, es
decir, un ladrón juicioso, no debe anteponer nada al
lucro, ni siquiera la venganza, ya que con frecuencia
ésta ocasiona también perjuicios a los que la ejercen.
Así, pues, si hacéis perecer a la joven embutiéndola
en el asno, tan sólo habréis logrado satisfacer vuestro
5 resentimiento, sin provecho alguno. Mi criterio perso-
nal es más bien que debemos llevarla a alguna ciudad
y ponerla allí en venta. De unos abriles como los
6 suyos podrá sacarse una bonita suma. Yo mismo co-
nozco, hace tiempo, a varios profesionales: cualquiera
de ellos es capaz de pagar al contado los hermosos
talentos que, según creo, podéis exigir en justicia por
esta jovencita de alcurnia, a quien llevarán a una casa
pública sin que pueda ya volver a escaparse como
hizo antes; finalmente (lo que también tiene su impor-
tancia), cuando la veáis reducida a la servidumbre del
lupanar, vuestra venganza podrá darse por satisfecha.
Tal es mi propuesta; os hablo con el corazón en la
mano: la creo ventajosa. Pero vosotros sois quienes

mandáis en vuestras decisiones y en vuestras pertenencias».

10. He ahí cómo, velando por la economía de los bandoleros, presentaba nuestra defensa aquel ilustre protector de la muchacha y del borrico. Pero la deli- 2
beración fue larga, y la espera ante la decisión general me torturaba el corazón, o, mejor dicho, me arrancaba el poco aliento que me quedaba. Por fin se accede a la propuesta del recién llegado e inmediatamente se libera a la joven de sus ataduras.

Ella, al ver a aquel hombre joven y oír hablar de 3
prostitución y de alcahuete, empezó a dar tan irresistibles muestras de alegría, que me creí con derecho a pensar mal del sexo femenino en su totalidad; efectivamente, tenía ante mis ojos a una muchacha que había fingido amar a su joven pretendiente, que había añorado su digno matrimonio; y ahora de pronto era feliz ante el solo nombre de un inmundo y vergonzoso burdel. En aquel instante la censura del asno 4
recaía, pues, globalmente sobre todas las mujeres y sobre su específica moralidad.

El joven, volviendo a tomar la palabra, dice: «¿Qué esperamos, pues? Vayamos a implorar la asistencia de Marte, 'el Socio', en la venta de la joven y en el reclutamiento de nuevos camaradas. Pero, por lo que veo, nos falta la víctima del sacrificio; ni siquiera tenemos vino para beber a discreción o al menos con tasa. Dadme diez hombres que me acompañen; me bastan 5
diez para atacar el castillo vecino y procurarnos un banquete de pontifical» [71]. Él se va. Los demás preparan un gran fuego y levantan al dios Marte un altar de verde césped.

---

71 El original vuelve a decir aquí «un banquete de salios»; recuérdese lo dicho en la nota 44.

11. Al poco rato llegan nuestros proveedores car-
gados de pellejos de vino y arreando un rebaño de
ganado; eligen un macho cabrío, un ejemplar car-
gado de años, de tiesas melenas, y lo inmolan a Marte,
Compañero y Guía. En el acto se dispone una opípara
2 comida. Entonces, el anfitrión toma otra vez la pala-
bra: «No sólo debéis apreciar mi capacidad de mando
en vuestros saqueos y rapiñas; también se ha de ver
en las ocasiones placenteras de la vida». Y entrando
en acción, realiza todos los servicios con notable des-
3 treza y rapidez. Barre, pone la mesa, guisa, arregla
fuentes de carne, sirve con garbo y, sobre todo, llena
grandes copas, una tras otra, hasta ahogarlos a todos.
Entretanto, como yendo en busca de algo por las ne-
cesidades del servicio, no dejaba de acercarse a la
muchacha: le pasaba discretamente bocadillos y le
ofrecía, entre sonrisas, las copas que previamente él
4 se había llevado a los labios. Ella aceptaba con mu-
cho gusto, y cuando él, de vez en cuando, pretendía
besarla, ella le devolvía cariñosamente los besos con
la misma facilidad. Esta familiaridad no me gustaba
5 absolutamente nada. «Oye, casta doncella, ¿te has olvi-
dado de tu boda y del cariño que te unía a tu pre-
tendiente? Así, aquel marido que yo no conozco, pero
a quien te acaban de unir tus padres, ¿se verá ahora
desbancado por este advenedizo, este matón cubierto
6 de sangre? ¿No sientes remordimientos de conciencia?
Después de pisotear tu cariño, ¿te resultará agradable
la prostitución aquí entre lanzas y espadas? Y ¿qué
pasará si los otros bandoleros llegaran casualmente a
enterarse? ¿No volverás una vez más junto al asno
para ser nuevamente el instrumento de mi perdición?
Realmente estás jugando la piel del prójimo».

12. Mientras yo, exageradamente indignado, me entregaba a esos pensamientos calumniosos, algunas

de sus palabras con doble sentido, pero muy claras
para un asno inteligente, me hicieron comprender que
aquel hombre no era Hemo, el famoso bandolero, sino
Tlepólemo, precisamente el novio de nuestra joven-
cita. Pues a lo largo de la conversación, levantando 2
ya sensiblemente la voz y sin importarle más mi pre-
sencia que la de un verdadero muerto, dijo: «Ten
confianza, Gracia, mi dulce Gracia; pues todos estos
enemigos tuyos serán muy pronto tus prisioneros».
Y volviendo a la carga con más vigor, les sigue dando 3
de beber sin parar; y lo que ahora sirve a sus com-
pañeros ya vencidos y ahogados por la borrachera es
vino puro y ligeramente tibio que él se guarda bien
de probar[72]. Y, por Hércules, me ha inducido a sos- 4
pechar que en aquellas tinajas echaba alguna droga,
algo así como un soporífero. El hecho es que todos,
todos sin excepción, estaban por el suelo; ahogados
en vino, todos parecían muertos. Entonces, sin la me- 5
nor dificultad, los sujetó con fuertes ataduras, los
inmovilizó a su antojo, cargó a la joven sobre mis es-
paldas y emprendió la marcha hacia su tierra.

13. En cuanto llegamos, la ciudad entera se lanzó
a la calle a presenciar la ansiada escena. Corren a
nuestro encuentro los padres, los amigos, los clientes,
la dependencia, la servidumbre: todas sus caras esta-
ban risueñas y radiantes de felicidad. Era digno de 2
verse aquel cortejo en que tomaban parte personas de
ambos sexos y de todas las edades: un espectáculo
nunca visto y ciertamente inolvidable, el de una don-
cella llevada en triunfo sobre un asno.

Yo mismo acabé por tomar parte en la alegría para 3
no desentonar en aquellas circunstancias: estiré las

---

72 Téngase presente, como ya dijimos, la costumbre de reba-
jar el vino con agua tibia o caliente.

orejas, me inflé las narices y me puse a rebuznar con energía, o, mejor dicho, a desgañitarme en una atronadora explosión sonora.

4 La joven había sido conducida a su habitación, donde sus padres la atendían debidamente; a mí, en cambio, Tlepólemo me hizo dar media vuelta inmediatamente con nutrida compañía de caballerías y de
5 ciudadanos. No me pareció mal. Pues a mi curiosidad habitual se sumaba esta vez el deseo de asistir como espectador a la captura de los salteadores. Los sorprendimos todavía más apresados por el vino que por
6 las cuerdas. Se rebuscó todo, se sacó al exterior, se nos cargó de oro, plata y demás objetos de valor; en cuanto a los bandoleros, en parte ligados como estaban, fueron arrastrados hasta los despeñaderos vecinos y precipitados al abismo; a los demás se les dejó donde estaban, después de decapitarlos con sus propias espadas.

7 Felices y contentos tras esta venganza, regresamos a la ciudad. Se confió al Estado la custodia de aquellos valores. Tlepólemo recibió en legítima posesión a la joven que había reconquistado.

14. La señora, desde entonces, llamándome su salvador, me prodigaba toda clase de atenciones; el mismo día de su boda manda que se me llene copiosamente el pesebre de cebada y que se me sirva una ración de hierba como para un camello de Bactriana[73].
2 ¡Pero qué terribles imprecaciones, qué maldiciones —bien merecidas— lancé contra Fotis por no haberme transformado en perro en vez de convertirme en asno! ¡Pues había que ver a todos aquellos perros!

73 Bactriana, región situada al norte del Afganistán, aún sigue dando su nombre actualmente a una variedad de camellos muy apreciados por su excepcional vigor y resistencia.

¡Cómo se cebaban e hinchaban hasta reventar con las
sobras o las tajadas que robaban en aquella cena in-
terminable!

Pasada la primera noche en las primicias del amor, 3
la recién casada no dejó de proclamar ante sus padres
y su marido el profundo agradecimiento que me debía,
hasta hacerles prometerme un trato de lo más hon-
roso. Se acabó convocando a los amigos más juiciosos 4
y deliberando sobre el mejor procedimiento para pre-
miar dignamente mis servicios. Uno proponía que se
me tuviera encerrado en casa, sin hacer nada, y se
me alimentara con cebada selecta, con habas y alga-
rrobas; pero prevaleció otra opinión: la que, velando 5
por mi libertad, proponía que se me dejara más bien
correr y disfrutar por los campos de pastizales, entre
los rebaños equinos, para dar a mis dueños, como se-
mental de raza, muchas mulas de cría.

15. Se manda llamar inmediatamente al encargado
de la yeguada y, tras un largo preámbulo, me dejan en
sus manos. Por supuesto, iba trotando ante él, feliz y
contento al despedirme de los fardos y pesadas tareas,
y al verme recobrar la libertad al principio de la pri-
mavera; esperaba encontrar sin duda algunas rosas
entre la abundante hierba de las praderas. También se 2
me ocurría un nuevo pensamiento: si se me prodiga-
ban acciones de gracias y honores sin fin bajo aquella
especie de asno, con mucho mayor razón se me col-
maría de favores si un día recobraba mi personalidad
de hombre.

Pero lejos de la ciudad, adonde me había llevado 3
aquel escudero, no me esperaba el menor deleite, ni
siquiera una sombra de libertad. Para empezar, su
mujer, avara y pérfida criatura, me enganchó al yugo
del molino y, arreándome sin parar con una recia
vara, molía a expensas de mi cuero su pan y el de

4 toda la familia. Y sin darse todavía por satisfecha con
que mis fatigas la hicieran subsistir, aún alquilaba
mis servicios de circunvalación[74] para moler el trigo
de los vecinos. Para colmo de desgracia, a cambio de
tantos trabajos, ni siquiera me suministraba la ración
5 estipulada. Pues la cebada que me correspondía, tos-
tada y molida por la propia muela que yo arrastraba,
la vendía a los colonos de la vecindad; y a mí, en
cambio, después de penar todo el día uncido a la
pesada máquina, sólo a última hora de la tarde me
echaba unos puñados de salvado, sin cribar, sucio y
lleno de ásperas arenillas.

16. Agobiado por tantos desastres, la Fortuna, en
su crueldad, quiso todavía entregarme a nuevos tor-
mentos, sin duda, como suele decirse, para que mis
heroicos servicios en la paz como en la guerra me
hicieran plenamente acreedor al glorioso y sabroso
trigo candeal. En efecto, el bueno del pastor, haciendo
caso un día, aunque tarde, a las órdenes del amo, me
2 dejó irme con la yeguada. Feliz y saltarín, como asno,
que alcanza por fin la libertad, exteriorizando mi im-
paciencia iba ya a paso lento en busca de las yeguas
más apropiadas para ser mis esposas. Pero también
esta sonriente esperanza acabó en total fracaso. Pues
3 los sementales, saturados de pasto y cebados con tiem-
po para la remonta, adversarios siempre temibles y
desde luego más potentes que cualquier asno, se sin-
tieron celosos al verme llegar. Adelantándose a evitar
lo que era a la vez un adulterio y una degeneración,
sin tener en cuenta las leyes de Júpiter Hospitalario,
se lanzan con toda la capacidad de su odio en furiosa
4 persecución de su rival. Uno se encabrita; yergue su
inmenso pecho, alarga el cuello, levanta la cabeza, y

[74] Es decir: «mis vueltas alrededor de la muela del molino».

con sus cascos delanteros practica el pugilato a mis expensas; otro vuelve contra mí sus potentes y musculosas ancas para lanzar a coces un ataque ligero; un tercero, tras las amenazas de un indignado relincho, agacha las orejas y, luciendo su incisiva y blanca dentadura, tritura todo mi cuerpo a dentelladas; ése era 5
el trato que un rey de Tracia, según había leído yo en la historia, daba a sus huéspedes: los echaba a sus salvajes corceles para que éstos los despedazaran y devoraran. El afán de aquel poderosísimo monarca por ahorrar cebada llegaba hasta el extremo de saciar el hambre de sus voraces caballerías sirviéndoles cuerpos humanos en abundancia[75].

17. Despedazado de igual modo por los diversos asaltos de aquellos caballos, añoraba otra vez mi movimiento circular arrastrando la muela del molino. Pero la Fortuna, con insaciable afán de atormentarme, me urdió una vez más un nuevo desastre. Efectivamente, 2
se me asigna la tarea de acarrear leña del monte y se me pone a las órdenes de un joven esclavo, por supuesto el peor de todos. Como si no me agotara bas- 3
tante la empinada cuesta del monte, como si me triturara poco los cascos tropezando contra las punzantes rocas, todavía tenía él que sacudirme la piel con una lluvia de garrotazos que me dejaban dolorido hasta la médula de los huesos; siempre pegaba sobre el 4
anca derecha y, a fuerza de golpes en el mismo sitio, había hecho saltar la piel produciendo una inmensa llaga, mejor dicho, un hoyo o un ventanal, y, con todo,

---

[75] El rey de Tracia aludido aquí fue Diomedes, que echaba a sus caballerías los extranjeros que llegaban a las costas de su reino. Hércules acabó con sus abusos e hizo sufrir al rey vencido el mismo suplicio, entregándolo igualmente a la voracidad de sus propios caballos.

no dejaba de seguir machacando la herida sanguinolenta. Por otra parte, me aplastaba bajo tales cargas de leña, que, aparentemente, sólo un elefante, y no un
5 asno, podría con aquella pila de haces. Y cuando la carga, mal equilibrada, se inclinaba a uno u otro lado, lo procedente hubiera sido ir quitando los troncos que colgaban y aliviarme aligerándome un poco; o en todo caso, hubiera debido igualar el peso trasladando esos troncos al lado opuesto; pero, al contrario, iba añadiendo piedras encima para remediar la falta de equilibrio.

18. Después de tantos desastres, aún no se daba por satisfecho con cargarme sin duelo. Si había que atravesar un río a lo largo del camino, para no mojarse las polainas, también él saltaba encima y se instalaba sobre mi grupa: ligera sobrecarga, al parecer,
2 añadida al enorme peso transportado. Y si accidentalmente, sin poder aguantar el peso, resbalaba en el fango cenagoso de la orilla en acentuada pendiente y llegaba a caer, aunque era obligación del insigne borriquero echarme una mano, estirar del ramal, auparme por la cola, descargarme al menos en parte hasta
3 que me pusiera de pie, no creáis que me prestara la menor ayuda al verme extenuado; al contrario, empezando por la cabeza, o más exactamente por las propias orejas, me zurraba en toda mi extensión con un enorme garrote, hasta que los mismos palos, a modo
4 de tónico, me ponían de pie. El mismo sujeto, para martirizarme, ideó todavía el fatal dispositivo siguiente: cogió unos pinchos muy agudos y recios, con la punta envenenada; hizo con ellos un haz bien atado y anudado, y me lo colgó al rabo como cilicio; con el vaivén de la marcha, todas aquellas terribles púas me pinchaban y malherían cruelmente.

19. Ahora, pues, era doble mi desgracia. Si echaba
a correr para escapar a su feroz persecución, me
herían las púas con mayor violencia; si, para evitar
ese dolor, aflojaba un poco el paso, los estacazos me
obligaban a correr. El maldito esclavo no parecía tener 2
sino una obsesión: la de acabar conmigo como quiera
que fuera; y tal es el fin que más de una vez me pro-
metió entre amenazas y juramentos. Precisamente sur- 3
gió una ocasión para estimular sus detestables instin-
tos a tratarme con mayor dureza. Cierto día que su
acentuada impertinencia había agotado mi paciencia,
levanté contra él mis potentes cascos. Entonces se le
ocurre hacerme la siguiente fechoría.

Me carga con un buen fardo de estopa, lo ata con 4
buenas sogas y me pone en marcha. En la primera
granja saca discretamente un tizón encendido y lo
coloca en el mismísimo centro de la carga. De aquella 5
brasa así recogida y alimentada por el ligero combus-
tible surgieron unas llamaradas que me envolvieron
por completo en un terrible incendio. En el extremo
peligro no veo ningún recurso, ningún medio de sal-
vación; la hoguera no admite demora y corre más
que el buen consejo.

20. Pero en la tremenda situación, la Fortuna hizo
brillar para mí un rayo de alegre esperanza. Tal vez
quería reservarme para futuras pruebas; lo cierto es
que me libró de la muerte inminente a que estaba
sentenciado. Pues casualmente las lluvias de los días 2
anteriores acababan de formar en las inmediaciones
un charco de agua cenagosa; al verlo, me tiro dentro
instintivamente y, apagadas las llamaradas por com-
pleto, vuelvo a salir liberado ya de mi carga y a la
vez de la muerte. Pero aquel vil y atrevido mozalbete 3
volvió contra mí toda la odiosidad de su comporta-
miento: dijo a todos los pastores que, al pasar junto

a una hoguera cercana, yo había dado deliberadamente
un traspiés y me había dejado caer para incendiarme;
y riéndose de mí añadió: «¿Hasta cuándo mantendre-
mos a esta mecha incendiaria sin el menor rendi-
miento?».

4 Pocos días más tarde montó contra mí otro ardid
bastante más peligroso. Al pasar junto a una choza
vendió toda la leña que yo transportaba y luego, lle-
vándome de vacío, proclama que no puede con mi
terquedad, que renuncia al durísimo oficio de borri-
quero, y urde una serie de acusaciones como las si-
guientes:

21. «¿Veis a ese perezoso, a ese dormilón, a ese
burro por antonomasia? Dejando ya de lado sus res-
tantes infamias, ahora me pone en compromisos nunca
2 vistos y por demás peligrosos. En cuanto ve gente por
el camino, ya sea una mujer bonita o una muchacha
casadera o un chiquillo gracioso, al instante se des-
hace de su carga y a veces hasta de sus aparejos; se
lanza como loco, atraído, aunque asno como lo veis,
por la especie humana; bajo el impulso pasional, tira
al suelo a las personas e intenta caprichos monstruo-
sos e inauditos, complacencias bestiales; invita a un
3 matrimonio que Venus condena. Simulando hasta be-
sos imaginarios, estrecha a su víctima y la mordisquea
suavemente con sus inmundos labios. Esta conducta
nos costará no pequeños líos, riñas y tal vez algún
4 pleito criminal. Hace sólo un momento, a la vista de
una joven de buena familia, tiró al suelo y dispersó
la leña que acarreaba, se lanzó sobre ella como en un
arrebato de demencia, la tendió en el fango y enton-
ces, cual galán enamorado, allí mismo y a la vista de
todo el mundo, intentó someterla a sus caprichos.
5 Y, de no mediar el llanto y las quejas de la mujer (a
cuyos gritos de auxilio acudieron los transeúntes, la

sacaron de entre las pezuñas del asno y la devolvieron a la libertad), la desgraciada aquella hubiera quedado maltrecha y estropeada; su suerte hubiera sido espantosa y a nosotros nos hubiera tocado responder a la justicia con nuestra vida».

22. Con mentiras de ese estilo, salpicadas de otros improperios a los que mi púdico silencio daba mayor peso, logró soliviantar a los pastores para que se deshicieran violentamente de mí. Uno de ellos acabó di- 2
ciendo: «En consecuencia, tratándose de un marido tan descarado, o, mejor dicho, del vulgar corruptor de todas nuestras mujeres, ¿por qué no lo inmolamos como digna víctima expiatoria de las monstruosas uniones que a él se deben?». Y añade: «Oye tú, mucha- 3
cho, decapítalo ahora mismo, echa sus entrañas a nuestros perros y reserva todo lo demás, es decir la carne, para dar de comer a nuestros trabajadores. En cuanto a la piel, la curtiremos con una ligera capa de ceniza y la llevaremos a nuestros amos. La disculpa es muy fácil: diremos que lo mató el lobo».

Sin más titubeos, mi perverso acusador, y ahora 4
ejecutor de la sentencia de los pastores, saltando de alegría ante mi infortunio, porque recordaba aquellas coces —desgraciadamente ineficaces, harto lo siento—, se ponía ya a afilar el cuchillo sobre una piedra.

23. Pero uno de aquella cuadrilla de campesinos tomó la palabra: «Sería un verdadero crimen matar así a tan hermoso ejemplar de asno y, so pretexto de libertinaje y desenfreno amoroso, privarse de sus valiosos servicios cuando, para evitar toda intentona 2
venérea por su parte y ahorrarnos nosotros toda clase de preocupaciones, bastaría castrarlo, con lo cual, además, engordaría mucho el animal y adquiriría mayor corpulencia. Yo he visto a muchos asnos indolentes y 3

hasta fogosísimos caballos víctimas de un excesivo apetito venéreo y que por esta circunstancia eran feroces y rabiosos; en cambio, con la referida operación, se volvían luego tratables y mansos, aptos para las tareas del transporte y hasta capaces de prestar cualquier servicio.

4 »En una palabra, si mi propuesta es de vuestro agrado y si me dais un corto plazo para pasar por el mercado como es mi intención, puedo ir a casa a buscar todo el instrumental que requiere la intervención; será cuestión de un momento el volver a vuestro lado, despatarrar y castrar a ese brutal e indeseable galante; quedará más manso que un borrego».

24. Si es cierto que tal propuesta me arrancaba
de las garras del Orco, seguía, no obstante, con la
desolación de verme reservado para el más horrible
de los suplicios y lloraba como si fuera a morir del
2 todo al perder en parte mi integridad física. Pensaba,
pues, en condenarme yo mismo a una prolongada abs-
tinencia o en arrojarme a un precipicio para morir, sí,
3 pero morir al menos sin previa mutilación. Pensaba,
sin decidirme, en la clase de muerte que había de
elegir, cuando, por la mañana, el mozo aquel, mi ase-
sino, me saca una vez más camino de la montaña,
4 como siempre. Acababa de atarme a una rama que
colgaba de una enorme encina y, adelantándose unos
pasos, se había puesto a cortar con el hacha una carga
de leña. De pronto, sacando de la cueva inmediata
su inmensa cabeza, se desliza al exterior un oso feroz.
5 Al verlo me puse a temblar y, asustado ante la repen-
tina aparición, cargo todo el peso de mi cuerpo en las
patas traseras, alzo la cabeza estirando el cuello en
toda su extensión, rompo la correa que me sujetaba
y echo inmediatamente a correr a toda velocidad; no
6 me llevan sólo las patas: todo mi cuerpo lanzado cues-

ta abajo rueda rápidamente hasta el fondo, donde me encuentro unos extensos llanos, y emprendo la carrera con todas mis ganas para escapar del oso temible y del mozo más temible todavía.

25. Entonces, cierto transeúnte, al verme solo y errante, sin pensarlo más montó a mi grupa y, arreándome con el bastón que tenía en la mano, me llevó
por un atajo desconocido para mí. Me presté a correr 2
de buena gana para alejarme así del peligro de castración. Además era ya bastante insensible a los estacazos, acostumbrado, por supuesto, a dejarme moler a palos.

Pero la Fortuna, ensañada con mi desgracia, cor- 3
tando con desastrosa rapidez mi oportuna retirada,
me urdió nuevas asechanzas. Efectivamente, mis pas- 4
tores, que iban en busca de una ternera extraviada y recorrían la zona en todas las direcciones, toparon casualmente con nosotros; me reconocen al punto, me
cogen del ramal y tratan de llevarme consigo. Pero el 5
otro, tan atrevido como valiente, les opone fuerte resistencia y, jurando por todo lo divino y lo humano: «¿A qué viene —dice— este rapto y esta violencia? ¿Por qué me atacáis?».

«¿Cómo? ¿Pretendes que tengamos atenciones con- 6
tigo, después de robarnos nuestro asno y llevártelo? Mejor sería que nos dijeras dónde has dejado escondido al joven que lo guiaba y a quien, por supuesto,
habrás dado muerte». Y al mismo tiempo lo tiran al 7
suelo, lo asaltan a puñetazos y lo trituran a patadas mientras él jura que no ha visto ni la sombra del conductor y se había apresurado a echar mano a un animal suelto y extraviado para cobrar la prima de la declaración con el propósito, naturalmente, de devol-
verlo a su legítimo dueño. «¡Ah —añadió—, si este 8
asno (ojalá mis ojos no lo hubieran visto nunca), si

este asno pudiera hablar! Él mismo podría dar testimonio de mi inocencia: sin duda lamentaríais la injusticia que conmigo habéis cometido».

9 De nada servían todas estas protestas. Los pastores, enfadados, atan al asno una soga al cuello y lo vuelven camino del monte y del espeso bosque donde el mozo solía hacer la leña.

26. El muchacho no aparece por parte ninguna del campo; lo que sí ven es su cuerpo hecho trizas
2 y diseminado por mil sitios. Yo no tenía la menor duda: los colmillos del consabido oso eran los responsables de aquella carnicería; y, desde luego, hubiera dicho lo que sabía si hubiese tenido la facultad de hablar. Pero sólo me quedaba una posibilidad: la de felicitarme en silencio por aquella venganza, aun-
3 que tardía. Cuando, reunidos los miembros dispersos, se reconstituyó a duras penas el cadáver, allí mismo recibió sepultura. En cuanto a mi Belerofonte[76], a quien acusaban de ser el indudable autor del rapto y el sanguinario criminal, por de pronto se lo llevan bien atado a sus chozas en espera de hacerlo comparecer ante los magistrados al renacer el nuevo día e imponerle, como decían, el merecido castigo.

4 Entretanto, los padres del muchacho se deshacían en llantos y sollozos, cuando se presenta el campesino que, manteniendo fielmente su promesa, me reclama
5 para la consabida operación. «Nuestra pérdida de hoy —dijo uno de los asistentes— no se remedia con eso; pero mañana tendremos mucho gusto en castrar a ese burro maldito y hasta en cortarle la cabeza por

76 Belerofonte, montado sobre un caballo alado, llamado Pégaso, venció a la Quimera y a las Amazonas (ver *infra*, libro VIII, capítulo 16). En nuestro texto el asno es «Pégaso»; y el transeúnte que se apropió el animal es «Belerofonte».

añadidura. Y no te faltará la colaboración de los aquí presentes».

27. El consiguiente resultado fue que mi catástrofe
se aplazara para el día siguiente. Yo bendecía al bon-
dadoso jovencito, ya que, al menos después de muerto,
me había hecho un favor: el de aplazar por un breve
día la operación del verdugo. Pero ni siquiera se me 2
concedió ese mínimo plazo de satisfacción y tranqui-
lidad pues la madre del mozo, deplorando la muerte
cruel de su hijo, con los ojos inundados de lágrimas,
vestida de luto y mesándose la blanca cabellera con
ambas manos, entre sollozos y gritos de angustia,
irrumpe en mi cuadra y, golpeándose y desgarrándose
violentamente el pecho, exclama: «¡Mirad! Éste, tran- 3
quilamente recostado en su pesebre, da rienda suelta
a su glotonería, no deja de comer hasta hincharse
esa panza sin fondo e insaciable; no tiene ni compa-
sión por mi desgracia ni un recuerdo por el desastroso
desenlace de su difunto guía; está visto que desdeña 4
y desprecia mis años, mi debilidad; se figura que va
a salir impune de tan horrendo crimen. Tal vez se
las da de inocente: es, en efecto, muy propio de los
criminales más atrevidos contar con su imperturbable
seguridad ante los remordimientos de conciencia. Pues, 5
en nombre del cielo, maldito cuadrúpedo, aunque se
te concediera por un instante el uso de la palabra,
¿a quién, por necio que fuera, a quién podrías con-
vencer de que no has tenido parte en esta atrocidad
cuando estuvo a tu alcance el proteger a patadas y
defender a mordiscos al pobre chiquillo? Si supiste, 6
y más de una vez, perseguirlo a coces, ¿cómo, en
cambio, no fuiste capaz de socorrerlo con el mismo
celo al verlo morir? En todo caso hubieras debido 7
cargar con él y llevártelo corriendo para arrebatarlo
de las manos ensangrentadas del cruel malhechor;

todo menos escapar solo, dejando abandonado a tu compañero de esclavitud, a tu guía, a tu camarada,
8 a tu pastor. ¿Ignoras acaso que quien no presta eficaz ayuda a una persona en peligro de muerte suele ser castigado porque tal conducta es ya una falta ante
9 la sana moral? Pero no seguirás alegrándote de mis desgracias por mucho tiempo, asesino; la naturaleza (yo me encargaré de demostrártelo) da fuerzas al desgraciado que sufre».

28. Y sin terminar la frase echó mano a la faja para quitársela, y, enrollándola sucesivamente a cada una de mis patas, las unió en apretado nudo, sin duda para que no me quedara ningún recurso de venganza;
2 cogiendo luego la pértiga que solía sujetar las puertas del establo, no paró de darme estacazos hasta que, completamente agotada, se le cayó el palo de las ma-
3 nos por su propio peso. Entonces, maldiciendo el prematuro cansancio de sus brazos, corrió al llar, volvió con un tizón encendido y me lo clavó entre las ancas, hasta que, acudiendo al único remedio que me quedaba, solté un chorro de cierta materia semilíquida
4 que le embadurnó la cara y los ojos. La ceguera y el nauseabundo mal olor le hicieron por fin echar a correr sin rematarme: de no ser así, el tizón de esta Altea en delirio hubiera acabado con el asno, cual nuevo Meleagro [77].

---

77 Cuando Altea daba a luz a su hijo Meleagro, vio a las tres Parcas echando al fuego un tizón y diciéndole: «Tu hijo vivirá tanto tiempo como dure este tizón.» La madre, entonces, se levantó en cuanto se retiraron las Parcas, retiró el tizón y lo guardó cuidadosamente. Pero, años más tarde, con motivo de una reyerta familiar, Meleagro mató a sus tíos; Altea, entonces, para vengar a sus hermanos, volvió a echar al fuego el profético tizón: Meleagro y el tizón se fueron consumiendo a fuego lento, y acabaron simultánea y paralelamente su existencia.

LIBRO VIII

La felicidad de la joven ex-cautiva y de su heroico liberador dura poco: un amigo celoso asesina traidoramente a Tlepólemo en una cacería (1-7). — Venganza y muerte de la viuda (8-14). — Desbandada de los servidores de Tlepólemo: huyen cargando sus enseres a lomos del asno: trágicas peripecias del viaje (15-23). — Por venta, el asno Lucio va a parar a manos de los sacerdotes de la diosa Siria: lleva vida de mendigo con esa secta de sacerdotes mendigos (24-31).

1. Por la noche, a la hora de cantar el gallo, llegó de la vecina ciudad cierto joven, al parecer un servidor de Gracia, la jovencita aquella que había compartido conmigo entre los bandoleros las mismas penalidades. Traía extrañas y terribles noticias: su dueña 2
había perecido, la desgracia se había abatido sobre toda la familia. Sentándose al amor de la lumbre, entre la numerosa cuadrilla de sus compañeros de esclavitud, refirió el siguiente relato: «Muleros, pasto- 3
res y también vosotros, boyeros: nuestra Gracia ya no es de este mundo; la pobrecita ya no existe, un trágico destino se la ha llevado; sin embargo, ha ido al país de los Manes bien acompañada. Pero, para 4
daros una información completa, os referiré los acontecimientos desde el principio. Un talento más hábil que el mío, una pluma más afortunada podría ponerlos por escrito y su libro parecería una historia.

5 »Había en la ciudad vecina un joven de familia muy conocida; ocupaba una brillante posición, con bastantes ingresos, pero se había entregado al vicio: frecuentaba mujeres de mala vida y se embriagaba hasta en pleno día. Tal conducta lo había llevado en mala hora a relacionarse con pandillas de malhechores e incluso se había manchado las manos con sangre humana. Se llamaba Trasilo y su fama respondía al significado de su nombre auténtico[78].

2. »En cuanto Gracia llegó a ser muchacha casa-
dera, Trasilo apareció entre los primeros pretendien-
tes y con un especialísimo empeño por conseguir su
mano. Aunque por su alcurnia aventajaba a todos los
demás y aunque procuraba granjearse el asentimiento
de los padres con valiosísimos regalos, su conducta
era inaceptable y había sufrido un humillante fracaso.
2 Trasilo, pues, al ver a la hija de nuestro amo cedida
en matrimonio al virtuoso Tlepólemo, estaba firme-
mente decidido a cultivar aquel amor fracasado y,
furioso ante la negativa a su propuesta matrimonial,
buscaba la ocasión de cometer un sangriento delito.
3 Acaba por encontrar la coyuntura favorable para intro-
ducirse en la casa y se dispone a realizar el crimen que
4 tanto tiempo había meditado. El día que la muchacha,
gracias a la habilidad y bravura de su prometido, se
había liberado de los peligrosos puñales de los saltea-
dores, Trasilo se sumó con ostensible alegría a la mul-
5 titud que celebraba el acontecimiento: parecía rego-
cijarse del venturoso presente y de la futura posteri-
dad de los recién casados; en atención a su ilustre
linaje, nuestra casa lo acogió entre los huéspedes dis-
tinguidos, mientras él disimulaba sus criminales inten-
ciones bajo la máscara de la más perfecta amistad.

---

[78] Trasilo, en griego, significa «audaz».

Se multiplicaron las entrevistas, las visitas se hicieron 6
frecuentes; a veces se reunían para comer y beber;
se le trataba cada día con mayor amistad, mientras
él, sin darse cuenta, se iba deslizando gradualmente
en el abismo de la pasión. ¿Cómo no? La llama cruel 7
del Amor, débil al principio, nos deleita con suave
temperatura; pero, cuando el Hábito la alimenta, se
convierte en fuego que abrasa y consume al hombre
por completo.

3. »Lo cierto es que Trasilo había deliberado con
calma y a solas; pues no encontraba lugar adecuado
para visitarla en secreto; veía que se le cerraba más
y más cada día el paso hacia unas relaciones adúlteras
y comprendía que era imposible romper los firmes
lazos de aquel primer amor en progresión ascendente;
aun suponiendo lo imposible, es decir, que la joven
consintiera, había a su alrededor una multitud vigi-
lante para perturbar cualquier iniciación en infideli-
dades conyugales; sin embargo, una terquedad funesta 2
lo arrastra precisamente hacia ese imposible que él
se representa como posible. Lo que de momento parece
empresa difícil se le va figurando fácilmente realizable
a medida que, con el tiempo, va creciendo su pasión.
En pocas palabras, vais a ver (y, por favor, prestad
oído muy atento a mis palabras), vais a ver a qué
extremos pueden llegar los desafueros de una pasión
desenfrenada.

4. »Cierto día, Tlepólemo había invitado a Trasilo
a una cacería; quería cobrar unos animales feroces,
es decir, tan feroces como pueden serlo unos cervati-
llos, pues Gracia no dejaba a su marido ir a la caza
de animales con colmillos o cuernos peligrosos. Ya se 2
había llegado a un cerro cubierto de bosque; la espesa
enramada limitaba con su sombra la visibilidad de

los ojeadores y servía de escondite a los ciervos. Se
3 da la orden de lanzar a los perros (perros cazadores
de pura sangre) para atacar a los animales agazapados
en sus guaridas; despliegan al punto y, fieles a las
lecciones de un hábil adiestramiento, cierran todas las
salidas; dejan oír al principio un gruñido contenido;
de pronto, a una señal dada, hacen resonar todo el
4 bosque de frenéticos y discordantes ladridos. Lo que
salta no es una cabra montés, ni un gamo asustadizo,
ni el ciervo, más inofensivo que cualquier otro animal
de monte; salta un enorme jabalí, de tamaño nunca
visto; gordo, musculoso, con la piel curtida y poblada
de alborotado y erizado pelaje; su lomo es una impre-
sionante cresta de hirsutas cerdas; sus colmillos, que
rechinan estrepitosamente, se cubren de espuma; sus
ojos, de amenazadora mirada, despiden fuego, y el
salvaje ímpetu de su hocico enfurecido constituye un
5 auténtico rayo. Los perros más agresivos, que lo aco-
san más de cerca, son los primeros en caer reventa-
dos y despedazados por los topetazos que el jabalí
reparte a diestra y siniestra; luego, pisoteando la leve
redecilla y lanzándose en su primitiva dirección, pasó
de largo huyendo.

5. »Todos nos quedamos sobrecogidos de pánico.
Sólo estábamos prácticos en cacerías inofensivas y,
además, en aquel momento, sin armas ni medios de
defensa, hubimos de guarecernos bajo la maleza o
2 desaparecer entre los árboles. Pero Trasilo, creyendo
que era el momento favorable a su engañosa perfidia,
se dirige a Tlepólemo con estas capciosas palabras:
3 '¿Cómo? ¿Vamos a ceder al miedo? ¿Nos dejaremos
llevar de un vano terror como estos viles esclavos, o
abandonaremos la partida como asustadizas mujeres
dejando escapar la magnífica pieza que tenemos en la
4 mano? ¿Por qué no montamos a caballo y nos lanza-

mos rápidamente en su persecución? Mira, toma ese
venablo; yo cojo la lanza'. Y sin pensarlo más, saltan 5
sobre los caballos y con todo su ardor tratan de alcan-
zar la pieza. Ésta, contando con su natural energía, 6
se vuelve para atacar; tiene ardiente sed de sangre,
afila sus colmillos y mira, indecisa, sobre quién ha
de recaer su primer asalto. Tlepólemo, adelantándose, 7
lanza sobre el lomo del animal el dardo que llevaba.
Pero Trasilo, dejando en paz al jabalí, dirige su lanza
contra el caballo que montaba Tlepólemo y le secciona
los tendones de las patas traseras. El animal se des- 8
ploma en un río de sangre y al caer de espaldas no
puede evitar que su amo salga despedido, rodando por
el suelo. Sin hacerse esperar, el furioso jabalí se pre- 9
cipita sobre el jinete derribado, despedazando en suce-
sivas dentelladas primero las ropas y luego el cuerpo
de Tlepólemo, que intentaba levantarse. El virtuoso
amigo no se inmutó ante la horrenda perfidia que
acababa de cometer ni se dio al menos por satisfecho
con ver en mortal peligro a aquella víctima ofrecida a
su crueldad. Como Tlepólemo, acribillado de golpes 10
y de heridas, trataba en vano de cubrir sus llagas
y reclamaba angustiado la ayuda de su compañero,
éste le clavó la lanza en el muslo derecho con la abso-
luta tranquilidad que le daba el pensar en la aparente
identidad del corte causado por el hierro y del des-
garramiento producido por los mordiscos. También 11
sabemos que luego atravesó al animal con un golpe
certero.

6. »Así, muerto ya el joven, saliendo cada cual de
su respectivo escondrijo, acudimos, desolados, todos
los servidores. Trasilo, aunque feliz de ver a su ene- 2
migo tendido en el suelo (con lo que quedaban cum-
plidos sus votos), disimulaba no obstante su alegría
bajo una aparente postración; se finge afectado, abra-

za con avidez aquel cadáver, que es obra suya, repre-
senta hábilmente todas las manifestaciones del dolor,
con un solo fallo: que no le quieren brotar las lágri-
3 mas. Uniéndose así a nuestras lamentaciones, que eran
sinceras, atribuía a la fiera el crimen cometido por su
brazo.

4 »Apenas cumplido el crimen, ya corre la Fama en
todas las direcciones; sus primeros pasos se dirigen
a casa de Tlepólemo y hieren el oído de la infeliz
5 esposa. Ésta, al enterarse de la noticia (la peor que
se le podía dar), fuera de sí y descompuesta, se lanza,
cual bacante en delirio, por las calles más frecuenta-
das, por los campos incultos, y, como loca, va prego-
nando a voz en grito la desgracia de su marido. Acu-
6 den cuadrillas de ciudadanos apenados, la acompañan
transeúntes que se asocian a su dolor, toda la ciudad
queda desierta por la curiosidad de ver el espectáculo.
Ya llega ante el cadáver de su marido y, sin poder
casi respirar, se deja caer sobre él con todo el peso
de su cuerpo, faltando muy poco para rendir allí mis-
7 mo la vida que le había consagrado. Retirada de allí
a duras penas por intervención de los suyos, perma-
neció en el mundo de los vivos sin ganas de vivir.
El cortejo fúnebre, al que acompañaba todo el pueblo,
se dirige al lugar de la sepultura.

7. »Trasilo, entretanto, acentuaba cada vez más
sus clamorosos lamentos y sollozos; las lágrimas que
faltaban a sus primeras manifestaciones de duelo bro-
taban ahora, sin duda por desbordar de alegría; pro-
digaba los términos cariñosos hasta embaucar a la
mismísima Verdad.

2 »Llamando con lúgubre acento al difunto, le añadía
los calificativos de amigo, compañero, camarada, her-
mano, sin olvidarse de sujetar las manos de Gracia

cuando se hería el pecho, de suavizar sus penas, de calmar sus sollozos, de amortiguar la violencia de su 3
dolor con palabras amables y de recordarle, como consuelo, toda una serie de lugares comunes sobre el infortunio. Por lo demás, todos estos piadosos oficios eran tan sólo el pretexto para darse el gusto de acariciar a la viuda y fomentar su propio amor con una satisfacción de mala ley.

»Pero, cumplidos ya los deberes fúnebres, la joven 4
se dispone en seguida a bajar junto a su marido. Piensa en todos los procedimientos y en particular en uno muy suave y tranquilo, que no exige arma de ninguna clase y se parece mucho a un plácido sueño: la desgraciada quiere dejarse morir de hambre. Despreocupada ya hasta de su aseo, retirada en el fondo de 5
una oscura cueva, se había despedido de la luz del día.

»Ahora bien, Trasilo, con terca insistencia, en parte 6
directamente y en parte valiéndose de sus amigos y allegados, o incluso de los propios padres de la joven, logra derrotar su firmeza; consigue que tome un baño y un poco de alimento para reanimar sus miembros amoratados, mugrientos y ya casi extenuados. Ella, 7
como hija respetuosa ante la autoridad paterna, aunque muy a pesar suyo, acató una obligación sagrada. Sin que su rostro reflejara la menor ilusión, volvió con cierta serenidad a cumplir su misión en la vida, como le pedían. En su corazón, sin embargo, y hasta en lo más profundo de su ser, continuaba consumiéndose de pena y amargura; día y noche, sin la menor interrupción, vivía de añoranza y desconsuelo; había hecho unos retratos del difunto con los atributos del dios Baco y se había constituido esclava de su culto divino, con lo cual su consuelo era a la vez su tormento.

8. »Pero Trasilo, tan impulsivo y presuntuoso como su nombre[78 bis] lo requiere, por una parte, sin dar lugar a que se hartara de llorar ni a que volviera de su enajenación mental, ni a que decayera con el tiem-
2 po lo que su duelo tenía de excesivo, y, por otra parte, cuando ella está todavía llorando a su marido, todavía se está rasgando las vestiduras y todavía se mesa los cabellos; pues bien, en estas circunstancias, Trasilo,
3 sin titubear, le habla de matrimonio, le revela imprudentemente los íntimos secretos de su corazón y hasta su inconfesable felonía.
4 »Pero Gracia se horrorizó e indignó ante sus sacrílegas palabras; y como sobrecogida ante un gran trueno, ante un cataclismo sideral o ante el propio
5 rayo de Júpiter, cayó al suelo sin sentido. Al poco rato volvía en sí lentamente, lanzando a intervalos salvajes alaridos; como ya comprendía con claridad el teatro montado por el infame Trasilo, frenó la impaciencia
6 del pretendiente para madurar su decisión. En el intervalo, la sombra del malherido Tlepólemo, con toda la cara ensangrentada, pálida y desfigurada, se presenta a su esposa y la interpela en su casto lecho:
7 »'Querida esposa, admito que otro hombre tenga en adelante derecho a darte ese mismo nombre. Pero, suponiendo que mi recuerdo se borre de tu corazón y que la desgracia de mi trágica muerte rompa el
8 compromiso de nuestro amor, cásate con quien quieras y sé más feliz que conmigo, pero con una condición: que no se una tu mano con la mano sacrílega de Trasilo, que no le dirijas la palabra, que no com-
9 partas su mesa ni su lecho. Evita la mano ensangrentada de mi asesino. No pongas tu boda bajo los auspicios de un homicida. Aquellas heridas, cuya sangre lavaron tus lágrimas, no son todas debidas a los col-

78 bis Recuérdese, como se dijo *supra*, pág. 222, n., que Trasilo significa «audaz».

millos: quien me separó de ti fue la lanza criminal de Trasilo'. Agregó las demás circunstancias y puso en claro toda la escena del crimen.

9. »Gracia, recostada y triste desde un principio, con el rostro hundido entre los almohadones de su lecho, ni aun dormida deja de llorar: un torrente de lágrimas inunda sus mejillas y, como desvelada y ator- 2
mentada por una pesadilla, reanuda su llanto, deja escapar prolongados suspiros, se rasga la ropa interior y con sus manos enfurecidas hiere sus preciosos brazos. Sin comunicar no obstante a nadie la aparición 3
nocturna, al contrario, disimulando con cuidado la revelación del crimen, sin que nadie se entere, decide castigar al infame asesino y liberarse a sí misma de las penalidades de la vida.

»He aquí que el odioso pretendiente, cegado por la 4
pasión, vuelve a importunar otra vez con propuestas matrimoniales los oídos voluntariamente sordos de Gracia. Ella, cortésmente, evitaba entrevistarse con 5
Trasilo, y ante sus apremiantes declaraciones amorosas, ante sus humildes súplicas, Gracia, representando maravillosamente su papel, contestaba:

»'La imagen de tu hermano, es decir, de mi adorado 6
marido, aquella bella imagen está aún presente a mis ojos: el perfume delicioso de su divina persona impresiona todavía mi olfato; el hermoso Tlepólemo vive todavía en mi corazón. Sería conveniente, y hasta in- 7
dispensable precaución por tu parte, dar a la más desgraciada de las viudas el plazo mínimo y legal que requiere el luto, es decir, esperar los meses que faltan para que se cumpla el plazo de un año; este requisito 8
afecta a mi honor y también a tu propia seguridad: con un matrimonio prematuro podríamos excitar la justa indignación de mi difunto esposo y sus manes irritados causarían tu perdición'.

10. »A pesar de las advertencias, Trasilo no quiere
atenerse a razones; no se da por satisfecho con una
promesa tan sólo diferida; continúa, como antes, im-
portunando a Gracia en voz baja con odiosas insinua-
2 ciones, hasta que un día ella, fingiendo rendirse, le
dice: 'Concédeme al menos una cosa, te lo ruego enca-
recidamente, Trasilo: guardemos nuestras relaciones
3 en el más absoluto secreto cierto tiempo, que ninguno
de nuestros servidores pueda sospechar nada hasta
cumplirse el año día por día'.
4 »Trasilo, vencido, sucumbió ante la proposición en-
gañosa; consiente, encantado, a ese amor furtivo; sus-
pira impaciente por que llegue la noche con su cerrada
oscuridad; *su única obsesión es poseer a Gracia sin*
5 *más consideraciones*. 'Pero mira (le dice Gracia), en-
vuélvete bien con el manto y que nadie te acompañe.
A la hora de la primera vigilia has de estar ante mi
casa; no digas una palabra, conténtate con dar un
silbido, uno solo, y espera a mi nodriza —ya la cono-
ces—, que estará de centinela en la puerta, aguardán-
6 dote. Ella te abrirá, te hará pasar y, sin ninguna luz
traidora, te acompañará a mi habitación'.

11. »Este cuadro escénico de un himeneo de
muerte encantó a Trasilo. Sin sospechar ninguna tra-
gedia, ofuscado por la espera, tan sólo se lamentaba
de lo largo que era el día y de la tarde inacabable.
2 Pero cuando, por fin, el sol cedió paso a la noche, se
presenta con el atuendo indicado por Gracia y, deján-
dose engañar por la capciosa exactitud de la nodriza,
entra en la habitación con ansias de esperanza. Enton-
3 ces, la vieja, cumpliendo órdenes de la señora, lo
entretiene con palabras amables, le saca sigilosamente
unas copas y una jarra de vino que contenía una droga
soporífera; él echa un trago tras otro, sin medida ni
recelos, mientras ella disculpa el retraso de la señora

que, al parecer, estaba atendiendo a su padre enfermo:
le fue fácil sepultarlo en un profundo sueño. Cuando 4
lo vio boca arriba a merced de cualquier maltrato,
llamó a Gracia, que entró furiosa y se echó sobre el
asesino con decisión varonil y despiadado arrojo, diciendo:

12. »‘¡He aquí al fiel compañero de mi marido, he
aquí al gran cazador, he aquí a mi adorado esposo!
Aquí está la mano que derramó mi sangre; aquí, el
corazón que urdió para mi desgracia las artimañas de
la perfidia; aquí están los ojos que en mala hora se
enamoraron de mí; ya presienten en cierto modo las
tinieblas que los esperan y por adelantado se imponen
el castigo que ven llegar. Duerme tranquilo, sueña 2
feliz. No te he de atacar con una espada, no he de
acudir al hierro. ¡Que no se me ocurra ponerte a la
altura de mi marido dispensándote una muerte parecida a la suya! Morirán tus ojos, pero tú seguirás
viviendo y tan sólo verás lo que veas en sueños. Te
garantizo que la muerte de mi marido te parecerá una
suerte frente a la vida que te espera. Ten por seguro 3
que no verás la luz del día, que necesitarás una mano
para guiarte, que Gracia nunca será tuya, que no conocerás la dicha de casarte con ella, que ni descansarás
en la paz de la muerte ni tendrás la alegría de vivir;
cual indefinido fantasma andarás errante entre las
tinieblas del Orco y la luz del sol; andarás mucho
tiempo en busca de la mano que destruyó tus pupilas,
y lo más triste en tu desgracia será el quejarte sin
saber a quién echar la culpa. Yo, entretanto, ofreceré 4
libaciones en la tumba de mi Tlepólemo con la sangre
de tus ojos, ojos que inmolaré a sus sagrados manes.
Pero, ¿cómo? Te estás beneficiando de mi demora en 5
infligirte el tormento que mereces; y tal vez estás
soñando que me abrazas. ¡Sí, para tu desgracia! Aban-

dona las tinieblas del sueño, despierta para penetrar
6 en las sombras tenebrosas del castigo. Levántate con
los ojos vaciados, reconoce mi venganza, comprende
tu infortunio, calcula tus penalidades. He ahí cómo se
enamoró de tus ojos una mujer honrada, he ahí las
antorchas nupciales que iluminaron tu boda. Las Fu-
rias serán tus madrinas y formará tu escolta la Cegue-
ra unida al eterno remordimiento de conciencia'.

13. »Tras semejante profecía, la mujer se lleva la
mano a la cabeza, retira una aguja de sujetar el pelo
y pincha ambos ojos de Trasilo, vaciándolos por com-
pleto. Mientras un dolor desconocido disipa a la vez
2 su sueño y su borrachera, ella coge y desenvaina la
espada que solía ceñir Tlepólemo y, por el centro de
la ciudad, se lanza en furiosa carrera, obsesionada,
evidentemente, por algún nuevo desatino; toma el
camino más directo para llegar al sepulcro de su ma-
3 rido. La seguimos, la sigue el pueblo en masa —las
casas quedaban desiertas— exhortándonos mutuamen-
te con ahínco a arrancarle el hierro de sus manos enlo-
4 quecidas. Pero Gracia, de pie junto al ataúd de Tle-
pólemo, hacía brillar la espada para alejar a la gente;
y, al ver que todos lloraban a lágrima viva y se des-
hacían en lamentacianes diversas, dice: 'Fuera esas
lágrimas importunas, fuera ese duelo reñido con mis
5 virtudes. Me he vengado del sanguinario asesino de mi
marido, he castigado al abominable salteador de mi
felicidad conyugal. Es hora ya de abrirme paso con
esta espada y bajar al lado de mi querido Tlepólemo'.

14. »Contó con todo detalle cuanto le había reve-
lado en sueños su marido y el ardid de que ella se
había valido para sorprender a Trasilo; luego, se hun-
2 dió el hierro bajo el pecho derecho y se desplomó

bañada en la propia sangre; finalmente balbuceó unas
palabras ininteligibles y rindió su alma varonil.
»Entonces los amigos más íntimos de la desventu- 3
rada Gracia se apresuraron a lavar su cuerpo con el
mayor esmero y, enterrándolo en la misma tumba,
unieron para siempre a marido y mujer.
»Trasilo, entretanto, se había enterado de todo; sin 4
ver a su actual desdicha salida más adecuada que una
nueva desdicha, y convencido además de que ni la
espada era suficiente castigo para su enorme maldad,
pide que se le acompañe al mismo lugar de la sepul-
tura, donde exclama repetidas veces: '¡Manes irrita- 5
dos, he aquí un voluntario que se ofrece a sí mismo
como víctima!'. Cerró sobre sí las puertas con cuidado
y decidió acabar su vida condenándose a sí mismo a
morir de hambre».

15. He aquí el relato de aquel joven, relato en-
trecortado por hondos suspiros y a veces hasta por
lágrimas; los campesinos se sintieron profundamente
afectados. Entonces, por recelo ante el cambio de pro-
pietario y por lamentar muy de veras el infortunio
de la casa señorial, se disponen a fugarse. Pero el 2
mayordomo de las caballerías, a quien yo había sido
confiado con especial recomendación, cargó sobre mi
grupa y sobre la de las demás acémilas todos los obje-
tos útiles que guardaba en su mísera choza; con ese
botín abandonó su antigua morada. Llevábamos chi- 3
quillos, mujeres; llevábamos pollos, aves, cabritos, pe-
rritos: todo cuanto carecía de piernas ágiles y podía
demorar nuestra huida, todo seguía la expedición a
costa de nuestras patas. Y, por mi parte, no sentía 4
el peso de la carga, aunque era enorme: huía encan-
tado por alejarme del maldito capador que iba a ope-
rar a mis expensas.

5 Traspasamos la difícil cumbre de una montaña cu-
bierta de bosques; también recorrimos la amplia lla-
nura que seguía; por la tarde, ya casi anochecido,
llegamos a un poblado importante y rico; la gente
nos aconsejaba que no saliéramos de noche, ni tam-
6 poco muy temprano por la mañana; al parecer, me-
rodeaban por allí muchos lobos, muy corpulentos, de
gran poder y en extremo feroces; toda aquella zona
era el escenario habitual de sus asaltos; se apostaban
en los caminos y atacaban a los transeúntes como lo
hacen los bandoleros; más todavía, azuzados por el
hambre, se vuelven rabiosos e irrumpen en las gran-
jas de las cercanías acometiendo ya por igual a las
7 personas o a los indefensos rebaños. A lo largo del
camino que debíamos recorrer, había, según decían,
cadáveres humanos medio roídos y el suelo parecía
blanco bajo tantos huesos limpios de carnes. En con-
secuencia no debíamos ponernos en ruta sin extremar
8 precauciones, empezando por las siguientes: no se ha
de salir antes de que la visibilidad sea perfecta, antes
de que el día esté bastante avanzado y el sol en todo
su esplendor, para evitar ocultas emboscadas en cual-
quier momento, ya que la claridad en sí frena el ím-
petu de esas temibles fieras; no ha de haber dispersos
ni rezagados: hemos de caminar en grupo compacto
—en cuña— si queremos salvar todas las dificultades.

16. Pero los malditos fugitivos que nos guiaban, con ciega e irreflexiva precipitación ante el miedo a posibles seguidores, no hicieron caso de los saludables consejos: sin esperar la luz del día, sobre la hora de la tercera guardia nocturna[79], nos cargan y nos ponen

[79] «Sobre la hora de la tercera guardia nocturna»; es decir, «sobre las doce de la noche». En la vida castrense, cuatro turnos se repartían la guardia de noche y se relevaban a intervalos de igual duración; si empezaban a las seis de la tarde y termi-

en marcha. Yo entonces, previniendo el peligro que 2
se nos había anunciado, procuraba a veces esconderme
por todos los medios en el centro de la caravana,
entre las apretadas filas de acémilas, para salvar así
mis ancas del ataque feroz; y a veces me ponía ágil-
mente al frente de los caballos, causando general
admiración. Pero aquella ligereza no era indicio de 3
mi euforia, sino de mi pánico; acabé pensando por
mi cuenta que debió ser el miedo lo que hizo volar
al célebre Pegaso y que, si la tradición le ha dado
alas, tiene mucha razón en dárselas precisamente
cuando se planta en el cielo de un salto, horrorizado
como estaba ante la Quimera[80] que vomitaba llamas
y lo quería morder.

Por otra parte, aquellos pastores que nos guiaban 4
se habían armado como para entrar en combate: éste
llevaba una lanza, aquél un venablo, otro un dardo,
otro un garrote, sin contar las piedras que la rocosa
senda suministraba en abundancia; había quienes 5
blandían troncos de punta muy afilada; pero la ma-
yoría ahuyentaban a las fieras con antorchas encen-
didas. Tan sólo faltaba una trompeta para completar 6
el cuadro de un ejército en orden de batalla.

Ahora bien, pendientes de aquel peligro que nos
inspiraba un temor tan inútil como inconsistente, caí-
mos en una trampa mucho peor. Pues los lobos, tal 7
vez asustados ante el estrépito de aquella apretada
formación juvenil o ante la viva luz de las llamaradas,
o tal vez por operar en otra dirección, ni nos salie-
ron al encuentro ni se dejaron ver siquiera de lejos.

17. Pero, al pasar casualmente por una aldea, como
éramos tantos, los labradores nos tomaron por una

---

naban a las seis de la mañana (la hora varía según las estaciones), tocaban, pues, a unas tres horas de guardia por relevo.

[80] Ver nota 76.

partida de bandoleros; bastante preocupados por sus
bienes y asustadizos en demasía, sueltan unos perros
rabiosos, descomunales, más feroces que todos los
2 lobos y osos del mundo, y además especialmente adies-
trados para montar la guardia; con las exclamaciones
habituales y con toda clase de gritos, los excitan con-
tra nosotros; el barullo de los amos exaspera la fero-
cidad de los perros, que se nos tiran encima, se dis-
persan a saltos entre nuestras filas e indistintamente
hieren a animales y personas, hasta acabar, tras larga
pelea, dejándonos a la mayoría tendidos en el suelo.
3 Espectáculo en verdad más deplorable que memora-
ble: sobraban perros y furia para cazar a los que
huían, para hacer frente a los que permanecían inmó-
viles, para lanzarse sobre los que se caían al suelo
y además para andar a mordiscos de un extremo a
otro de nuestra caravana.

4 Y he aquí que a tan terrible peligro sucede otro
todavía más grave. Pues desde lo alto de sus tejados
y desde una colina próxima, aquellos campesinos hacen
caer de repente sobre nosotros una lluvia de piedras:
en esta situación no sabíamos si era mejor resguar-
darnos de los perros que teníamos encima o de las
5 piedras que venían de lejos. Una de ellas hirió brus-
camente en la cabeza a la mujer que cabalgaba a mi
espalda. Por efecto del vivo dolor, se puso a llorar
pidiendo auxilio a voces a su marido, que era el jefe
de los pastores[81].

18. Éste, invocando a los dioses como testigos y
conteniendo la hemorragia de su esposa, chillaba más
que ella: «¡Somos unos desgraciados cansados de ca-
minar! ¿Por qué nos atacáis? ¿Por qué nos machacáis
2 a pedradas? ¿Qué botín perseguís? ¿De qué perjuicios

---

81 Ver libro VII, capítulo 15.

queréis vengaros? No vivís en cuevas como las fieras,
ni entre rocas como los salvajes para que os divierta
ver correr la sangre humana».

Apenas terminó él de hablar, cesó la lluvia de pie- 3
dras, llamaron a los temibles perros y amainó por
completo la tormenta. Un aldeano, que estaba en lo 4
alto de un ciprés, exclamó: «No codiciamos vuestros
despojos ni somos salteadores; sospechábamos esas
malas intenciones de vuestro lado y por eso precisa-
mente os rechazamos. Ahora ya podéis seguir en paz,
sin miedo ni sobresaltos».

Tal fue su discurso. Nosotros reemprendemos la 5
marcha, llenos de heridas: uno llevaba la señal de una
pedrada, otro la de un mordisco, pero nadie salió
ileso.

Recorrido ya un buen trecho, llegamos a un bosque 6
con árboles muy altos entre verdes y sonrientes pra-
deras. Nuestros conductores consideraron oportuno
descansar allí un poco para reponerse y curar debi-
damente sus miembros malheridos. Tumbados, pues, 7
al azar sobre la hierba, empiezan por recuperarse de
su agotamiento; luego, aplican rápidamente a sus heri-
das variados remedios: uno desinfecta sus llagas en
un arroyo que corría por allí, otro pone compresas
de vinagre sobre sus carnes magulladas, otro sujeta
con un vendaje los tejidos desgarrados. Así cada cual
procura cuidarse a sí mismo.

19. En esto, un viejo los estaba observando desde
lo alto de un cerro; las cabras que pacían a su alre-
dedor indicaban claramente que era un pastor. Uno
de los nuestros le pregunta si podía venderles leche,
leche natural o queso recién cuajado. Pero él, sacu- 2
diendo cachazudamente la cabeza, replica: «¿Se os
ocurre pensar ahora en comer o en beber o en un
refrigerio cualquiera? ¿Ignoráis acaso en qué sitio os

habéis detenido?». Al mismo tiempo, arreando a sus
ovejas, dio media vuelta y desapareció. Sus palabras
y su marcha apresurada inspiraron a nuestros pasto-
3 res un temor poco corriente. En su honda preocupa-
ción, se impacientan por averiguar lo que de particu-
lar tiene aquel lugar, sin ver a nadie que pudiera
decírselo; de pronto, otro anciano, éste de elevada
estatura, cargado de años, encorvado todo él sobre un
bastón, arrastrando su cansancio y llorando a lágrima
viva, se acerca a nosotros siguiendo el camino. Al ver-
nos, redobla su llanto y, abrazando sucesivamente las
rodillas de cada uno de nuestros jóvenes, les implora
en los siguientes términos:

20. «Por la Fortuna, por el Genio[82] de cada uno
de vosotros, socorred a este anciano en su abandono,
arrancad del Infierno a un inocente y devolvedlo a
mis canas; ojalá, en pago de ello, alcancéis llenos de
salud y alegría edad tan avanzada como la mía.
2 »Era mi nietecito, la dulce compañía de mis pasos;
cuando corría para cazar a un pajarito que cantaba
en el seto, se cayó en el foso que hay al lado medio
cubierto de zarzales; su vida corre ya gran peligro;
3 su llanto y los reiterados gritos de auxilio llamando a
su abuelo demuestran que sigue con vida; pero, ya
veis mis deficiencias físicas, no lo puedo socorrer.
4 A vosotros, en cambio, con vuestra juventud y vuestro
vigor, os será fácil ayudar a este desventurado anciano
devolviéndome sano y salvo mi último y único he-
redero».

21. Sus súplicas y el gesto de mesarse sus blancas
canas conmovieron a toda nuestra gente. Uno de nues-
tros hombres, el de mayor arrojo moral, el más joven

82 El «Genio» es la divinidad protectora de cada hombre.

y robusto, y el único que había salido indemne en la batalla anterior, se puso en pie, muy satisfecho, y preguntó dónde había caído el chiquillo; el anciano señaló con el dedo unos espesos zarzales cercanos,
y nuestro joven lo acompaña sin titubear. Entretanto, 2
todo el mundo había recuperado fuerzas, nosotros[83] pastando y nuestros guías curando sus heridas. Cada cual había recogido sus bártulos para reemprender la marcha; se llamó repetidas veces por su nombre al mencionado joven; luego, preocupados por su tardanza, envían a alguien en busca del compañero; cuando lo hubiera hallado, debía traerlo advirtiéndole que era
la hora de arrancar. Pero, al poco rato, vuelve el emi- 3
sario, pálido como el boj, tembloroso y con sorprendentes noticias sobre el camarada: lo había visto boca arriba, un inmenso dragón se cebaba en él y había devorado ya más de medio cuerpo; en cuanto al desventurado anciano, no aparecía por parte ninguna.
Relacionando esta circunstancia con las palabras del 4
pastor, cuyas amenazas no podían sino aludir a este monstruoso huésped de la zona, abandonaron aquella región maldita huyendo a toda velocidad y arreándonos por delante bajo una lluvia de fuertes garrotazos.

22. Finalmente, tras una larga etapa rápidamente cubierta, llegamos a una aldea donde descansamos toda la noche. Allí se acababan de producir unos he-
chos dignos de mención. Os los quiero contar. Se trata 2
de un esclavo a cuyo cargo el amo había dejado toda su servidumbre y la administración de la extensísima finca que nos alojaba. Aunque casado con una esclava de la misma casa, estaba perdidamente enamorado de
una mujer libre de otra familia. Su esposa, resentida 3

[83] «Nosotros», es decir, los animales. Recuérdese que el narrador es un asno.

ante la infidelidad conyugal, destruyó, provocando un
incendio, toda la contabilidad de su marido y todo
4 cuanto había almacenado en el granero. Aun así le
pareció poca venganza por el ultraje infligido a su
lecho; vuelve su furor contra sus propias entrañas;
se pasa un lazo al cuello, ata con la misma cuerda a
un hijo que tiempo atrás le había dado ese mismo
marido, y se tira de cabeza en un pozo muy profundo,
arrastrando en su caída al chiquillo para completar
5 el cuadro. El amo, vivamente afectado con esta muerte,
cogió al esclavo cuya incontinencia había motivado
tamaño delito y, después de untarlo con miel de pies
a cabeza, lo amarró a una higuera en cuyo tronco car-
6 comido anidaba un hirviente hormiguero. Nutridas
oleadas de insectos surcaban su tronco en todos los
7 sentidos. Cuando olfatearon aquel cuerpo endulzado
con miel, se cebaron a pequeños pero innumerables
e ininterrumpidos mordiscos hasta consumir en lenta
tortura todas sus carnes y sus mismas entrañas; deja-
ron el cadáver totalmente descarnado, y lo que seguía
pegado al árbol de muerte era un limpio y puro esque-
leto de sorprendente blancura.

23. Abandonamos igualmente esta maldita man-
sión, dejando a aquellos labriegos en profundo duelo,
y volvemos a ponernos en marcha. Una etapa de un
día bien cumplido a través de la llanura nos llevó a
cierta ciudad tan poblada como ilustre; llegamos can-
2 sados. Los pastores deciden establecer sus lares defi-
nitivamente y para siempre en aquel lugar, pues pare-
cía ofrecer reductos seguros contra lejanas pesquisas,
y resultaban atractivos los víveres de todas clases en
3 feliz profusión. Los animales tuvimos tres días de re-
poso para que presentáramos mejor aspecto al salir
en venta; nos llevan al mercado y el pregonero, a voz
en grito, proclama sucesivamente el precio de cada

cual: los caballos y los otros asnos encuentran ricos
compradores. Yo quedaba solo como sobrancero; casi
todo el mundo pasaba a mi lado de largo y con des-
dén. Harto ya de los sobones que pretendían leer mis 4
años en mi dentadura, como una mano sucia y mal-
oliente me rascara sin parar las encías con sus dedos
infectos, le di un mordisco y se la trituré por com-
pleto. Esto quitó a todos los presentes las ganas de 5
comprarme: era demasiado peligroso. Entonces el pre-
gonero, que se había desgañitado hasta enronquecer,
se puso a hacer chistes a costa mía: «¿Hasta cuándo 6
expondremos inútilmente en venta a este burro inca-
paz? Es viejo, no se sostiene sobre sus cascos desgas-
tados, está tullido; y, con toda su pereza y modorra,
es peligroso; sólo su piel es aprovechable para hacer
un tamiz de gravilla. Lo mejor sería regalarlo, supo-
niendo que alguien esté dispuesto a perder sus hier-
bas».

24. Así promovía el bueno del pregonero las carcajadas de los asistentes. Pero la Fortuna, siempre enojada conmigo, a la que no podía sustraerme poniendo muchos países de por medio ni tampoco aplacar con mis desventuras pasadas, la Fortuna volvió una vez más su ciega mirada contra mí y, por uno de sus sorprendentes procedimientos, me hizo topar con el comprador más adecuado para eternizar mi
dura situación. Ved qué clase de individuo: un inver- 2
tido, y un invertido viejo, calvo, pero con algunos pelos colgando en rizos canosos; un maleante del hampa, hez de la sociedad, que va por las calles y plazas tocando los platillos y las castañuelas, con la diosa siria como compañera forzosa en su oficio de mendigo[84].

[84] «La diosa siria», dice Apuleyo sin especificar su nombre. No están de acuerdo los comentaristas en la identificación de

3 Ese hombre, empeñado en comprarme, pregunta al pregonero por mi procedencia. «Es de Capadocia, y muy recio», le contestan. Quiere averiguar también mi edad; pero el pregonero, con ganas de bromas, dice: «Un astrólogo, que determinó su constelación, calcula que tiene cinco años, pero el propio animal te podrá dar más precisiones si le pides declaración.
4 Aun a sabiendas de incurrir bajo el peso de la ley Cornelia[85] por venderte como esclavo un ciudadano romano, te aconsejo que lo compres: es bueno y sobrio; te será útil tanto en las faenas del campo como en las caseras». Pero el maldito comprador seguía acosando con pregunta tras pregunta; y, finalmente, quiere saber, con mucho interés, si soy manso.

25. «Ya lo ves: es un cordero más bien que un asno —replica el pregonero—; se presta a cualquier tarea, no muerde, ni siquiera da coces; en su pellejo
2 parece habitar un hombre pacífico. Y no es difícil comprobarlo: aplica tu cara contra él entre ambas ancas; tú mismo verás en seguida qué prueba de paciencia te va a dar».
3 He aquí cómo se divertía el pregonero a expensas de nuestro vagabundo; pero él, advirtiendo la sorna,

esta divinidad. Desde luego no puede mantenerse la identificación corriente con Cibeles, ya que Apuleyo distingue claramente a ambas en el libro IX, cap. 10, donde leemos: «Por una simple copa que la madre de los dioses (o sea Cibeles) ha ofrecido a su hermana la diosa siria...». Probablemente la diosa siria es Atargatis. Lo cierto es que el clero de esta divinidad era muy poco honorable, si hemos de acoger como exactos todos los pormenores de las costumbres que en esta descripción atribuye Apuleyo a esos sacerdotes.

85 Es desconocida tal ley Cornelia que castigaría la apropiación de una persona libre y su consiguiente venta como esclava. Se supone que el pregonero apela aquí por recurso a una ley inexistente, a la que arbitrariamente da un nombre al estilo de los que figuran en la auténtica legislación romana.

exclama con evidente indignación: «¡Ojalá te veas
sordo y mudo como un cadáver, pregonero estúpido!
¡Que la diosa siria, madre universal y todopoderosa,
que el augusto dios de Saba y Belona y la divina
Cibeles con su Atis, y la excelsa Venus con su Adonis
hagan de ti un ciego por molestarme tanto con tus
graciosas groserías. ¿Te figuras acaso, imbécil, que yo 4
puedo confiar la estatua de la diosa a una caballería
indómita para que se espante cuando menos lo pien-
ses y tire al suelo la divina imagen, con lo que yo,
desventurada de mí[86], me veré obligada a salir co-
rriendo, con la cabellera al viento, en busca de un
médico para mi diosa estrellada en el suelo?».

Al oír sus palabras se me ocurrió lanzarme a correr 5
como poseído de un repentino frenesí para que desis-
tiera de la compra en vista de mi irritabilidad. Pero 6
el comprador, con su impaciencia, se adelantó a mi
idea pagando en el acto mi importe: diecisiete dena-
rios que mi amo, harto de mí, aceptó encantado. Me
ató al punto un bozal de esparto y me entregó a File-
bo; tal era el nombre que daban a mi nuevo pro-
pietario.

26. Filebo, pues, se hizo cargo de su nuevo servi-
dor para llevárselo a casa y, antes de entrar por la
puerta, ya anuncia a gritos: «Mirad, hijitas mías, os
he traído del mercado un esclavo encantador». Pero 2
las «hijitas» aquellas eran en realidad un coro de in-
vertidos. «Ellas» se ponen a dar saltos de alegría,
dejando oír el discordante griterío de su voz cascada,
ronca y afeminada: creían, naturalmente, que tendrían
a su servicio un joven esclavo de verdad. Pero al ver 3

[86] Estos afeminados hablan de sí mismos en femenino, como lo hace Catulo hablando de Attis después de su mutilación voluntaria (LXIII 88 y sigs.).

no ya una cierva en lugar de una doncella[87], sino a un asno sustituyendo a un muchacho, empezaron a hacer muecas y a ridiculizar a su director en todos los tonos: lo que les había traído, decían, no era un esclavo, sino un marido en regla y, evidentemente, para uso exclu-
4 sivo del jefe. Y, dirigiéndose a él directamente: «Oye, no se te ocurra comer solo ese pollito delicioso; comparte alguna vez la ración con nosotras, es decir, con tus palomitas».

5 Entre bromas como esas y otras análogas me atan *al lado, ante un pesebre.* Había un joven muy fornido, habilísimo flautista coral, comprado entre todos por recaudación voluntaria en una venta de esclavos. Los acompañaba tocando su instrumento en las salidas procesionales con la diosa; en casa multiplicaba sus
6 servicios como concubino de la comunidad. En cuanto me vio en casa, este hombre se apresuró a servirme abundante alimento y me dijo con alegría: «Por fin has llegado para sustituirme en mi penosísima tarea. ¡Ojalá vivas muchos años, ojalá caigas en gracia a tus amos y seas alivio para mis riñones agotados!». Al oír sus palabras, ya pensaba en las miserias que me esperaban.

27. Al día siguiente se ponen unas túnicas de abigarrado colorido; cada cual se arregla un monstruoso disfraz aplicándose una pasta arcillosa a la cara y sobrecargando sus ojos de pinturas. Salen a la calle con mitras y con blusones de amarillo-azafrán, unos de
2 lino y otros de seda; algunos llevaban túnicas blancas adornadas con franjas de púrpura como puntas de lanza en desorden; un cinturón sujetaba su indumen-

87 Alusión al desenlace de la *Ifigenia en Aulide,* de Eurípides, donde vemos a Diana traer a una cierva en sustitución de la doncella, como víctima propiciatoria en el sacrificio que en el puerto de Aulide ofrecían los griegos para impetrar un viento favorable.

taria, y sus pies lucían sandalias amarillas. Me con- 3
fían el transporte de la diosa, envuelta en manto de
seda; ellos, arremangándose hasta el hombro, blan-
den en sus brazos puñales y hachas enormes, y, como
bacantes, saltan al son de la flauta cuya música es-
timula su frenética danza. Dejando atrás varias cho- 4
zas, llegan a la casa de campo de un rico propietario,
y ya en la entrada se anuncian con estrepitosos y dis-
cordantes alaridos; luego, irrumpen dentro como faná-
ticos, hacen largas reverencias entre lúbricas contor- 5
siones, formando círculos con sus cabellos sueltos; a
veces concentran en sí mismos su furor, mordiéndose
la carne y acabando cada cual por clavarse en el brazo
el puñal de doble filo que llevaba. Entretanto, uno de 6
la cofradía se distingue por su acentuado frenesí:
arrancaba del fondo de su corazón frecuentes suspi-
ros y, como si en su persona rebosara el espíritu divi-
no, fingía sucumbir a un delirio irresistible: como si
ante la presencia de la divinidad los hombres no debie-
ran superarse a sí mismos, sino, al contrario, empe-
queñecerse o enfermar.

28. Y para acabar, veréis cómo premió sus méritos
la divina Providencia. El iniciado empezó por forjar
una impostura proclamando a voces su culpabilidad:
se acusaba a sí mismo de cierta profanación sacrílega
y anunciaba que con sus propias manos se iba a im-
poner el castigo que su crimen exigía. Empuñó, pues, 2
el látigo especial que llevan consigo esos eunucos (con-
sistía en unos cabos fuertemente trenzados de lana
natural, con abundante guarnición de tabas de borrego
debidamente anudadas) y se puso a golpearse a lati-
gazo limpio, resistiendo el dolor del suplicio con la
previsible valentía.

Bajo el filo de los puñales, bajo los zurriagazos de 3
los látigos, podía verse chorrear por el suelo la sangre

4 impura de esos afeminados. El espectáculo me inspiró
una viva inquietud: ante la sangre que manaba a bor-
botones de tantas heridas, yo veía la temible posibili-
dad de que a aquella extraña diosa se le antojara
beber sangre de burro, como a ciertas personas se
les antoja la leche de burra.
5 Pero cuando, finalmente cansados o, mejor dicho,
hartos de desgarrarse la carne, interrumpieron la car-
nicería, desplegaron sus faldones para recoger las mo-
nedas de cobre y hasta de plata que mucha gente les
echaba a porfía; también recibieron un cántaro de
vino, leche, quesos y algo de harina o trigo; hasta
hubo quien dio cebada para el portante de la diosa.
6 Ellos, insaciables, arramblaban con todo, atiborraban
los sacos expresamente preparados para este negocio
y los apilaban en mi espalda; por supuesto, yo sentí
doblada así mi carga y me vi convertido a la vez en
granero y templo ambulante.

29. Vagabundeando de este modo saqueaban toda
aquella comarca. Pero en cierta plaza fuerte, sintién-
dose de buen humor ante una colecta más lucrativa
de lo corriente, para celebrarla, organizaron una comi-
2 da. Como precio de una profecía que ellos se inven-
taron, piden a un labrador el más gordo de sus car-
neros, cuyo sacrificio, decían, saciaría el hambre de la
diosa siria. Dispuesta ya una cena en regla, van al
3 balneario. Al regresar del baño, traen como invitado
a un robustísimo labriego cuyas anchas y vigorosas
caderas se hallaban en debida forma. Apenas hubieron
4 probado los entremeses vegetales, antes de la comida
propiamente dicha, aquellos inmundos degenerados ce-
dieron a los caprichos más extravagantes de una
pasión monstruosa. Puestos en corro alrededor del
joven labriego desnudo y boca arriba, lo asediaban
5 con sus bocas execrables. Mis ojos no podían aguan-

tar mucho rato tanta abominación; intenté gritar: «¡Socorro, ciudadanos!». Pero, sin más letras ni sílabas, tan sólo me salió una *O* clarísima, formidable, muy propia de un burro y totalmente inoportuna. Pues 6
unos cuantos jóvenes del poblado vecino iban de noche en busca de un asno que les habían robado y registraban muy minuciosamente todas las posadas; al oír mi rebuzno en el interior del recinto, se figuraron que allí estaba escondida su presa, penetraron de improviso en apiñado frente para apoderarse en el acto de lo suyo y sorprendieron así a aquellos individuos realizando sus abominables inmundicias. Movilizan a los vecinos de los alrededores para que se enteren del vergonzoso cuadro, ensalzando además irónicamente la inmaculada castidad de aquellos sacerdotes.

30. Consternados por este escándalo que, divulgado muy pronto de boca en boca, con razón les había atraído el odio y la execración general, al filo de la media noche recogen sus bártulos y desaparecen furtivamente del lugar.

Ya habíamos dejado atrás buena parte del camino 2
antes de salir el sol, y, cuando era claro día, llegamos a unos parajes solitarios y retirados. Allí, tras larga y previa deliberación, se preparan para matarme. Apean a la diosa de su litera —es decir, de mi espalda—, la dejan en el suelo, me quitan todos mis aparejos, me atan a una encina y con aquel látigo —verdadera cadena cuyos eslabones eran los huesos de cordero— se pusieron a golpearme hasta dejarme medio muerto; hubo uno que con su hacha hacía 3
ademán de cortarme los tendones de las patas, sin duda como represalia por mi triunfo tan poco honroso sobre su inocente pudor; los demás, sin importarles mi subsistencia, pero sí la estatua que veían en el

4 suelo, opinaron que se me dejara con vida. Una vez
más me cargan de bártulos y, dándome de plano con
5 la espada, llegan a una ciudad de importancia. Allí, un
destacado ciudadano, piadoso en toda circunstancia y
especialmente devoto ante la divinidad, atraído por
el tintineo de los platillos, el sonido de los tambores
y las suaves melodías de la música frigia, salió co-
rriendo a nuestro encuentro y, como si viera colmado
el voto de acoger en su casa a la diosa, nos instala
a todos en el amplísimo recinto de su casa y se desvive
por granjearse el favor de la divinidad a fuerza de
reverencias y de preciadas víctimas.

31. Allí corrí yo el peligro de muerte más serio
que recuerdo. Pues un colono del mencionado perso-
naje había enviado como regalo a su señor la parte
que le había correspondido en una cacería: era una
pierna gordísima de un ciervo gigantesco. Como, por
descuido, la habían colgado a muy poca altura tras la
puerta de la cocina, un buen perro de caza se apoderó
de ella en secreto y al instante escapó, feliz con su
2 presa, sin llamar la atención de los vigilantes. Cuando
el cocinero la echó de menos, se puso a maldecir su
negligencia y a lamentarse hasta acabar entre lágrimas
que de nada servían. Entretanto, el amo reclamaba
la comida: el otro, preocupado y por supuesto seria-
mente asustado, ya se había despedido de su hijito y,
con una soga en la mano, se disponía a morir ahor-
3 cándose. Pero este recurso desesperado no cogió des-
prevenida a su fiel esposa, que agarró violentamente
el funesto nudo con ambas manos, gritando: «¿Cómo?
¿El presente contratiempo, con el consiguiente susto,
te hará perder la cabeza sin dejarte vislumbrar la
coyuntura que como solución te brinda la divina pro-
4 videncia? Si en el fatal torbellino del infortunio pue-
des recobrar una pizca de sentido, despierta y escú-

chame: aquí tenemos un asno forastero; llévalo a algún sitio apartado, degüéllalo y quítale una pierna; será muy parecida a la que perdimos; la haces picadillo, te esmeras en preparar un sabroso guiso y se lo sirves al amo como si fuera la pierna del ciervo».

El detestable pícaro aprobó la idea de salvar su vida con mi muerte, y, elogiando vivamente la sagacidad de su compañera, ya afilaba los cuchillos para la matanza que había decidido.

LIBRO IX

Lucio escapa a dos inminentes peligros de muerte: una vez iba a morir en manos de un cocinero; la segunda vez se sospechaba que tenía la rabia (1-4). — Historia de un marido burlado por su mujer (5-7). — Arresto de los sacerdotes de la diosa Siria por robo (8-10). — Lucio, puesto nuevamente en venta, va a parar a un molino (11-13). — Historia de la molinera y de Filesitero: un amante muere asfixiado por vapores de azufre en el secadero que le servía de escondite (14-30). — Nueva venta de Lucio: lo compra un hortelano. Episodio de los tres hermanos que perecen en una reyerta (31-38). — Pelea y triunfo del hortelano sobre un legionario. El asno, asomado a la ventana, se delata y delata al hortelano escondido en la misma casa (39-42).

1. Así el maldito verdugo aquel armaba ya contra mí sus manos impías. Pero la inminencia de tan grave peligro precipitó mi resolución y, sin pararme a pensarlo, decidí huir para evitar el descuartizamiento que
2 me amenazaba. De un tirón rompo el cordel que me sujetaba y echo a correr con toda la velocidad de mis patas, disparando abundantes coces para asegurar mi vida; cruzo en un vuelo el pórtico inmediato y sin titubear penetro en el comedor, donde el dueño de la casa celebraba la cena del sacrificio con los sacerdotes de la diosa; en mi arrebato hago añicos o echo a rodar buena parte de los enseres dispuestos para la comida, incluso las mesas y hasta las antor-

chas. Este lamentable estrago irritó al padre de fami- 3
lia que, por inoportuno y descarado, me entregó en
seguida a uno de sus esclavos con la orden de ence-
rrarme en lugar seguro para que no volviera a per-
turbar la paz del banquete con semejante impertinen-
cia. Gracias a esta hábil maniobra, me vi bonitamente 4
a salvo, pues había escapado de las propias manos del
verdugo y me felicitaba por el seguro refugio que me
ofrecía la cárcel. Pero, como es bien sabido, cuando la 5
Fortuna no quiere, nunca tiene éxito un pobre mortal:
ya puede acudir a cálculos previsores o a sutiles reme-
dios; imposible soslayar o modificar los inmutables
designios de la providencia. En mi caso, el propio 6
subterfugio que, de momento, parecía haberme salva-
do, atrajo sobre mi cabeza un nuevo y grave peligro
o, mejor dicho, una muerte inminente.

2. Pues un joven esclavo, con la cara desencajada
y temblando del susto, irrumpe en el comedor mien-
tras los invitados charlaban familiarmente entre sí,
y anuncia al dueño que por la callejuela vecina un
perro rabioso acababa de entrar con terrible furia por
la puerta trasera; que había atacado con ardor de 2
locura a los perros de caza, que luego se había diri-
gido a la cuadra colindante, donde, con el mismo en-
carnizamiento, se había tirado sobre la mayoría de
las caballerías y, para acabar, que no había perdonado
ni al propio personal; pues el mulero Mirtilo, el coci- 3
nero Hefestión, el camarero Hypnófilo, el médico Apo-
lonio y unos cuantos más que intentaban espantarlo,
todos recibieron algún mordisco más o menos grave;
y desde luego algunos de los animales, por efecto de
esas mordeduras venenosas, están excitados y padecen
una rabia similar.

Esta noticia impresionó al punto a todos los pre- 4
sentes. Convencidos de que también yo era víctima

del mismo contagio y de que en ello radicaba la causa
de mi violencia, echan mano a toda clase de armas y,
exhortándose mutuamente a conjurar la catástrofe
común, se lanzan en mi persecución bajo el acceso
5 morboso de una locura más real que la mía. Y, sin duda,
con sus lanzas o dardos y, sobre todo, con las hachas
de doble filo que a placer les procuraban los criados,
me hubieran hecho trizas, si, en vista de la peligrosa
y repentina tormenta, no me hubiera refugiado directamente en la habitación que ocupaban mis dueños.
6 Entonces cerraron y trancaron sobre mí las puertas,
sitiaron la posición y se dispusieron a esperar hasta
que, sin ningún peligro para los sitiadores, los estragos mortales de aquella rabia hubiesen agotado mis fuerzas y causado mi muerte. Gracias a estas circunstancias, gozaba por fin de la libertad; aprovechando la suerte de verme solo, me dejé caer sobre una cama bien preparada, y así, tras larga temporada, volví a dormir y descansar como un ser humano.

3. Era ya pleno día y me encontraba en el blando lecho, repuesto de mi cansancio: en plena forma, me levanto y me pongo a escuchar a los guardianes que habían estado en vela para custodiarme y que discutían mi destino: «¿Qué os parece? ¿Sigue todavía el pobre borrico atormentado por la rabia?». «Estará más bien rendido, porque la virulencia habrá alcanzado su paroxismo».
2 Para acabar con las dudas, deciden venir a verme:
ven por una rendija lo tranquilo que estoy, sin el
menor síntoma de enfermedad o anomalía. Luego, se
atreven a abrir la puerta poco a poco y cada vez más.
3 Comprueban que me he vuelto manso. Pero uno de
ellos, bajado del cielo evidentemente para salvarme,
indica a los demás el siguiente procedimiento para
reconocer mi estado de salud: me ofrecerían un cubo

lleno de agua fresca para que bebiera; si la bebía sin
titubear, normalmente y con ganas, sabrían a ciencia
cierta que yo estaba sano y completamente libre de
rabia; al contrario, si la vista del agua y su contacto 4
me hacían retroceder horrorizado, quedaba demostra-
do con ello que seguía padeciendo una rabia funesta
y pertinaz; se trata de una experiencia habitual y ya
consignada en los libros de la Antigüedad.

4. Les gustó la receta. Fueron corriendo a traer
de la fuente más próxima un enorme cubo de agua
cristalina y, sin abandonar todavía las precauciones,
me la presentan; yo, en cambio, sin la menor vacila-
ción, me adelanté a su encuentro, pues tenía mucha
sed, alargué el cuello, sumergí toda la cabeza en aque-
llas aguas realmente saludables y bebí. Entonces me 2
dan palmadas, me acarician las orejas, me tiran del
ramal y hacen todas las pruebas posibles; yo aguan-
taba con paciencia para que todos se convencieran de
sus insensatas prevenciones, de mis buenos modales.
De este modo evité un doble peligro. Al día siguien- 3
te, cargado otra vez con los ornamentos sagrados, al
son de las castañuelas y de los platillos, me sacan a la
calle como mendigo ambulante. Habíamos recorrido 4
no pocas casas de campo y plazas fortificadas, cuando
llegamos a cierta aldea construida, según decían sus
habitantes, sobre las ruinas de una ciudad un día opu-
lenta. Nos hospedamos en la primera posada; allí
conocimos la graciosa historia de un pobre hombre
engañado por su esposa. Quiero dárosla a conocer
también a vosotros.

5. Era un pobre operario que se debatía en estrecheces económicas y malvivía con el reducido salario de su trabajo. Tenía, no obstante, una esposa, con

tan pocos recursos como él, pero muy conocida por
2 su extremado libertinaje. Cierto día, pues, aquel hom-
bre se va temprano a su tarea y he aquí que, de
pronto, se introduce en su casa un galán atrevido.
Ahora bien, mientras ambos amantes satisfacen sus
antojos con la mayor libertad, el marido, que lo igno-
raba todo y ni siquiera tenía la menor sospecha, vuelve
3 de improviso a su hogar. Encuentra la casa cerrada
y trancada; y ponderando ya la virtud de su esposa,
llama a la puerta y hasta anuncia su llegada con un
4 silbido. Entonces, la mujer, que era astuta y muy
práctica en hazañas de esa clase, liberándose de los
fuertes brazos de aquel hombre, para esconderlo lo
encierra en una tinaja medio enterrada en el rincón
y que precisamente estaba vacía; abre luego la puerta
y, sin esperar a que su marido entrara, lo acoge con
5 una dura reprimenda: «¿Sin dinero, pues, y sin ganas
de trabajar, te dedicarás a pasear con las manos en
los bolsillos? ¿Dejarás de acudir a tu tarea habitual
sin pensar en nuestra subsistencia y en buscar algo
que comer? ¡Pobre de mí! A mí me toca dislocarme
los dedos hilando lana noche y día para que al menos
no falte en la habitación la luz de una simple candela.
6 ¡Cuánto más feliz es mi vecina Dafne! De buena ma-
ñana bebe y come hasta reventar mientras retoza con
sus amantes».

6. El marido, desorientado por tal diatriba, le
dice: «¿Por qué hablas así? Mira: aunque nuestro
empresario, para atender a un pleito, nos ha dado
fiesta, no obstante me he preocupado de la cena de
2 esta noche. ¿Ves esa tinaja que siempre está vacía,
que ocupa tanto sitio inútilmente y que en realidad
3 tan sólo sirve de estorbo en nuestro hogar? La he ven-
dido por seis denarios y aquí viene el interesado a
pagarla y a llevar la mercancía. Anda decídete, échame

una mano: arranquémosla ahora mismo de su sitio para entregarla al comprador».

Con aplomo y mucha astucia, la mujer soltó una 4
carcajada, diciendo: «Tengo un gran marido, muy entendido en negocios: una cosa que yo, mujer, y sin salir de casa, he vendido por siete denarios, él se deshace de ella por menos dinero».

Encantado de la plusvalía, el marido pregunta: 5
«¿Y quién es el que la ha comprado a tan buen precio?». «Tonto, hace un siglo que se ha metido dentro para comprobar de cerca su solidez».

7. El otro no dejó en mal lugar a la mujer. Saliendo resueltamente, dice: «¿Quieres, madre de familia, saber la verdad? Tu tinaja es demasiado vieja, está cascada y tiene muchas y amplias grietas».
Y volviéndose al marido, aparentando no conocerlo, 2
le dice: «Oye, buen hombre, quienquiera que seas, tráeme en seguida una luz, para rascar cuidadosamente la suciedad interior y ver si vale todavía para algo. ¿O te figuras que me resulta fácil ganar el dinero?».

Sin demora ni sospecha, el agudo y excelente ma- 3
rido enciende la lámpara y añade: «Retírate, hermano, y siéntate tranquilamente hasta que yo mismo te la
presente debidamente limpia». Y, sin terminar de 4
hablar, se quita la ropa, se mete dentro con la luz y se pone a rascar la añeja roña de la corroída tinaja.
Por su parte, el galán, el apuesto galán, mientras la 5
esposa del operario se asomaba a la tinaja, se ciñe
estrechamente a ella y la manosea a su gusto. Ella, 6
con la cabeza dentro de la tinaja, se burlaba de su marido con la astucia de una cortesana: «Has de rascar por aquí, por allí, más allá, más allá todavía», y le va señalando con el dedo, hasta que terminada la operación dentro y fuera de la tinaja, el desgraciado

operario recibe sus siete denarios y, con el recipiente a cuestas, se ve obligado a transportarlo al domicilio del galán.

8. Después de permanecer allí algunos días sobrealimentándose gracias a la munificencia pública, aquellos dignísimos sacerdotes, ya bien cargados con los cuantiosos honorarios de sus profecías, imaginan un
2 nuevo medio de ganarse la vida. Redactaron una respuesta única para embaucar así a los numerosísimos clientes que venían a consultarlos sobre diversos problemas. El oráculo decía así:

«POR ESO TRABAJAN LA TIERRA LOS BUEYES UNCIDOS
PARA QUE EN EL FUTURO SURJAN RICAS MIESES».

3 Con esto, si casualmente se les preguntaba sobre un proyecto matrimonial, contestaban que la respuesta estaba clara: había que someterse al yugo del matrimonio y la rica mies serían los hijos. Si la consulta se refería a la compra de una finca: con razón —decían— habla el oráculo de bueyes, de yugo y de cam-
4 pos con cosechas florecientes. Si alguien, preocupado ante un proyectado viaje, deseaba oír el oráculo divino: ya estaban a punto y uncidos los animales más mansos del mundo, y las bellas cosechas anunciaban
5 un viaje fructífero. A punto de dar una batalla o de lanzarse en persecución de una pandilla de atracadores, ¿se pretendía saber si la empresa sería feliz o desgraciada? La victoria, según los sacerdotes, estaba asegurada por ese presagio alentador: los enemigos doblegarían la cabeza bajo el yugo y el saqueo proporcionaría un abundantísimo y preciado botín.
6 Nuestros adivinos, con su capciosa astucia, habían recogido no poco dinero.

9. Pero al verse al descubierto a fuerza de repetir
su respuesta ante las interminables consultas, vuelven
a ponerse en ruta: una ruta mucho peor que todo lo
que habíamos recorrido de noche. No cabe compara-
ción: llena de peligrosos atolladeros, cubierta unas ve-
ces por el agua encharcada y otras veces por una capa
de cieno resbaladizo. Tras muchos tropezones e ince- 2
santes traspiés que me magullaron las patas, pude a
duras penas y agotado llegar por fin a una senda en la
llanura. Entonces logrando con dificultad contener a 3
las caballerías en su desenfrenada carrera, se lanzan
ávidamente sobre Filebo y sus demás compañeros,
los agarran del cuello tratándolos de sacrílegos, de in- 4
fames; les propinan entretanto algunos puñetazos, los
esposan fuertemente a todos y les instan con apremio
a que saquen inmediatamente el cántaro de oro, es 5
decir, que saquen la prima cobrada en su contrato cri-
minal: efectivamente, con motivo de una pretendida
ceremonia solemne celebrada en secreto, sin que nadie
lo advirtiera, habían cogido ese cántaro de oro sobre
los mismos almohadones de la madre de los dioses;
y, pretendiendo evitar el castigo debido a tan grave
delito, habían salido clandestinamente y abandonado
el recinto de la ciudad sin esperar el pleno día.

10. Hubo quien, echando mano a mi espalda y re-
gistrando el propio seno de la diosa que yo transpor-
taba, descubrió el cántaro de oro y lo sacó ante la
mirada de todos. Pero ni el descubrimiento de tan 2
horrendo sacrilegio desconcertó e intimidó a aquellos
viles personajes; al contrario, los impostores, con risa
fingida, dan una interpretación graciosa del caso:
«¡Vaya indignidad, vaya crueldad! —dicen—. ¡Qué
corriente es acusar a personas inocentes! ¡Por una 3
simple copa que la Madre de los dioses ha ofrecido
a su hermana, la diosa siria, como presente de hospi-

talidad, van a tratar a los ministros del culto como criminales y a entablar contra ellos un proceso capital!».

4 Pero en vano susurraron esos cuentos y otros parecidos. Los campesinos los hacen retroceder y, sin más consideraciones, los encierran cargados de cadenas en el calabozo del lugar[88]. El cántaro y la propia estatua que yo transportaba fueron depositados, como objetos sagrados, en el tesoro del templo. En cuanto a mí, me llevaron al mercado el día siguiente y una vez más me vi puesto en venta por el pregón del alguacil.
5 Por siete sestercios más de lo que yo había costado antes a Filebo, me compró un panadero de la aldea vecina. Acto seguido, como acababa de comprar también trigo, me cargó sin duelo y, por un camino erizado de piedras y sembrado de malezas de todas clases, me llevó al molino que explotaba.

11. Allí había muchísimas caballerías describiendo múltiples círculos y arrastrando muelas de diversos calibres. No bastaba el día; la maquinaria seguía girando sin parar durante la noche y fabricando aquella
2 harina como fruto de la noche en vela. Pero a mí personalmente, sin duda para no asustarme con las primicias del servicio, el nuevo dueño me trató con todos los honores de un huésped distinguido. Pues aquel primer día me dio fiesta y abasteció mi pesebre con
3 pienso en abundancia. Pero aquella felicidad del descanso y la sobrealimentación acabó con la jornada: al día siguiente me veo enganchado de buena mañana a la muela mayor que, al parecer, había; al punto me

---

[88] El texto latino dice: «los encierran... en el Tuliano». El Tullianum es el gran calabozo subterráneo de Roma, donde perecieron numerosos personajes, como, por ejemplo, los cómplices de Catilina (cf. Salustio, *Catilina* 55). Aquí se toma el nombre propio como el de «calabozo público» en general.

tapan la cabeza y me ponen en marcha sobre el ruedo
de aquella pista sinuosa. En aquel círculo sin princi-
pio ni fin, pisando sin cesar mis propias huellas, podía
correr libremente sin perder el rumbo.

No obstante, como no había perdido por completo 4
mi sagacidad y prudencia, me mostré torpe en el
aprendizaje del oficio; y aunque, cuando vivía como
hombre entre los hombres, había visto funcionar má-
quinas de esta clase, sin embargo, aparentando no 5
tener experiencia ni idea de la tarea, me hacía el
tonto y permanecía inmóvil. Me figuraba que, si me
consideraban un tanto inepto y bastante inútil para
ese menester, me darían otro trabajo cualquiera, pero
siempre más llevadero, o tal vez hasta me manten-
drían sin empleo. Pero en vano acudí a esa estrata- 6
gema: salí perdiendo. En efecto, de pronto, me rodeó
una multitud armada de estacas, y cuando, por tener
tapados los ojos, menos me lo esperaba, a una señal
convenida, dan una voz y descargan sobre mí una
lluvia de estacazos; la algarabía me aturde de tal
modo que, abandonando todos mis cálculos, cargo en
seguida y de la manera más adecuada todo mi peso
sobre la soga de esparto y doy unas vueltas a paso
ligero. El cambio repentino de mi conducta hizo reír
a toda la compañía.

12. Había transcurrido ya la mayor parte del día
y me hallaba agotado, cuando me desengancharon la
soga de esparto y, libre ya del brazo de la máquina,
me llevan al pesebre. Aunque sumamente cansado, con 2
ansias de reponer fuerzas y muerto de hambre, no
obstante, distraído y pendiente de mi curiosidad habi-
tual, sacrifiqué la copiosa comida que tenía delante
para examinar con cierto agrado la organización de
aquella indeseable empresa. ¡Bondad divina! ¡Qué des- 3
echos humanos había allí! Aquella gente tenía la piel

marcada de arriba abajo por las moraduras del látigo; su espalda cicatrizada, más que cubierta parecía sombreada por andrajos entrecosidos; algunos tan sólo cubrían su bajo vientre con un paño reducido a la
4 mínima expresión; desde luego, todos iban vestidos como para lucir su cuerpo a través de los harapos: tenían letras grabadas en la frente, la cabeza medio rapada, los pies con anillas; desfigurados ya por su color lívido, el humo de los hornos y el vapor del fuego les ha chamuscado los párpados hasta dejarlos medio ciegos. Y así como los atletas se salpican de arena fina antes del combate, esta gente lleva una sucia máscara blanca que es mezcla de ceniza y harina.

13. Y ahora, refiriéndome a mi compañía de caballerías, ¿qué podría decir y en qué términos me podría expresar? ¡Qué vejestorios, los mulos aquellos!
2 ¡Qué recua de jamelgos impotentes! Alrededor del pesebre, donde sumergían sus cabezas, trituraban montañas de paja: resollaban los cuellos ulcerosos y purulentos, las flácidas membranas de sus fosas nasales se distendían bajo el impulso de una tos incesante, su pescuezo estaba gangrenoso por la rozadura permanente de la soga de esparto, sus flancos estaban desollados hasta los huesos a fuerza de latigazos; sus pezuñas se habían ensanchado enormemente en la interminable marcha sobre el ruedo; y su piel era toda asperezas como consecuencia de los años, de la sarna y de la decrepitud.
3 El deplorable cuadro de tal sociedad era para mí un temible augurio. Me acordé de Lucio y de su pasada fortuna; reducido sin remedio a este extremo de miseria, agaché la cabeza entristecido. En mi vida de tormento, mi único consuelo era el de ver satisfecha mi curiosidad natural, observando cómo todo el mun-

do, sin tener para nada en cuenta mi presencia, hace
y dice lo que le apetece.

Con razón el divino creador de la antigua poesía 4
griega, cuando quiso encarnar la humana sabiduría,
cantó las incomparables virtudes que su héroe ad-
quiere recorriendo muchas ciudades y conociendo a
diversos pueblos. También yo estoy sumamente agra- 5
decido al asno en que me convertí, porque, oculto bajo
su apariencia y aleccionado por variadas experiencias,
le debo, si no una gran sabiduría, al menos una buena
suma de conocimientos [89].

14. He aquí ahora una buena historia, excepcionalmente bonita y picante. He decidido contárosla. Empiezo.

El molinero que por compra me había adquirido, 2
por lo demás buena persona y de las más normales,
había tropezado con la peor de las mujeres, con la
esposa más detestable del mundo: su matrimonio y su
hogar eran tan sumamente desgraciados que, en verdad,
yo mismo compadecía muchas veces en silencio su suer-
te. No hay defecto que se echara de menos en aquella 3
monstruosa criatura; al contrario, todas las infamias
se habían dado cita en su alma, como en una cenagosa
cloaca: maliciosa, cruel, depravada, borracha, penden- 4
ciera, tozuda; tan avara en sus ignobles rapiñas como
pródiga en sus vergonzosos gastos, estaba reñida con
la buena fe y era enemiga declarada del pudor. Des-
preciaba y pisoteaba los poderes divinos; por toda 5
religión, proclamaba sacrílegamente la existencia de
un dios único [90]: vanos simulacros sin contenido real

[89] Homero, *Odisea*, I 1 y sigs.

[90] Por los detalles que aquí cita, Apuleyo parece tener una idea del cristianismo (¿o judaísmo?): una idea vaga, como la suelen tener otros autores paganos del siglo II que lanzan sobre los cristianos sarcasmos análogos a los de Apuleyo.

con los que embaucaba a todo el mundo. Burlaba a su pobre marido, se embriagaba desde por la mañana y se entregaba a la prostitución a lo largo del día.

15. Ese ejemplar de mujer sentía contra mí un
odio extraño. Ya antes de amanecer y sin esperar a
levantarse, daba voces para que se enganchara a la
2 máquina el asno recién llegado; luego, en cuanto ama-
necía, se colocaba a mi lado y exigía que en su pre-
sencia se me administrara una solemne paliza; y
cuando era la hora del almuerzo y se soltaba a las
demás caballerías, ordenaba que no se me llevara al
pesebre hasta pasado un buen rato.
3 Dicha manía había excitado muy particularmente
mi natural curiosidad por penetrar en su carácter. Yo
me daba cuenta de que un joven entraba con mucha
frecuencia en su habitación: tenía el mayor interés
por verle la cara, si en alguna ocasión la venda que
me cubría la cabeza dejaba un instante de libertad a
4 mis ojos. No me hubiera faltado habilidad para des-
cubrir, por el procedimiento que fuera, la depravación
de aquella mujer malvada. Había una vieja que era
cómplice de sus liviandades y mensajera de sus gala-
nes; pasaba el día a su lado: eran inseparables. Em-
5 pezaban por desayunar juntas; luego, competían en
servirse mutuamente copas de vino puro y acababan
montando el escenario infernal de las malas pasadas
6 que harían al pobre marido. Por mi parte, aunque
gravemente resentido contra Fotis, que, por equivo-
cación, había hecho de mí un asno cuando pretendía
sacar un pájaro, no obstante, en mi deplorable defor-
midad disfrutaba al menos de una compensación: la
de tener unas orejas muy grandes que me permitían
oírlo todo con la mayor facilidad y a bastante dis-
tancia.

16. Un buen día acabaron por llegar a mis oídos las siguientes palabras de aquella vieja y cautelosa comadre: «Allá te las hayas, ama querida, con ese amante lento y cobarde que te has agenciado sin consultarme; falto de valor, tiembla ante el ceño fruncido de tu aburrido e insoportable marido; por eso decae su amor y causa con su frialdad el tormento de tus ardientes abrazos. Filesitero es incomparable- 2
mente mejor: joven, guapo, elegante, valiente, perseverante ante las vanas precauciones de los maridos. En verdad es el único que merezca los favores de 3
cualquier dama, el único que merezca lucir en su cabeza una corona de oro, aunque sólo sea por la jugada que ideó recientemente y con maestría sin igual contra un marido celoso. Escucha y compara el carácter opuesto de los amantes.

17. »¿Conoces a un tal Bárbaro, decurión[91] de nuestra ciudad, a quien la gente da el apodo de Escorpión por lo agrio de su carácter? Su esposa era de buena familia y de excepcional hermosura; él la tenía encerrada en casa con toda clase de precauciones, como en una ciudadela maravillosamente fortificada».
Insistiendo en estas últimas palabras, la esposa del 2
molinero añade: «¿Cómo no? La conozco perfectamente. Estás hablando de Areté, mi compañera de escuela». «Si es así —replicó la vieja—, ¿también conocerás toda su historia con Filesitero?». «En absoluto —dice—, pero me encantaría conocerla, y te ruego, madrecita, que me la cuentes en sus más mínimos detalles».

[91] Decurión es el nombre que se da a los miembros de los consejos locales que rigen las pequeñas ciudades provinciales; a imitación de la gran urbe de Roma, esos consejos toman el prestigioso nombre de senado.

3 Sin demora, aquella vieja e infatigable charlatana
empieza así: «El mencionado Bárbaro, disponiéndose
a realizar un viaje imprescindible, quiso garantizar
con toda clase de precauciones la virtud de su querida
esposa. Da instrucciones en secreto a un joven escla-
vo, llamado Myrmex, cuya rara fidelidad tenía bien
comprobada, y le confía con plenos poderes la guardia
4 de su esposa, amenazándolo con el calabozo, la cade-
na perpetua y finalmente la muerte (la muerte lenta
del hambre), si un hombre cualquiera, aunque fuera
de paso, la tocara con la puntita del dedo; confirma
sus amenazas con juramento y toma por testigos a
5 todos los poderes divinos. Dejando, pues, al aterro-
rizado Myrmex como insobornable guardián al lado de
su esposa, emprende tranquilamente el viaje. Entre-
tanto, el angustiado Myrmex, con terca intransigen-
cia, prohibía a su señora toda salida: si, en casa, ella
se dedicaba a hilar la lana, él se sentaba inseparable-
mente a su lado; por la tarde, como era ineludible la
salida para ir al baño, él se pegaba a ella y no la sol-
taba: llevaba cogido de la mano el borde de su vestido.
Cumplía con admirable maestría la misión que se le
había confiado.

18. »Pero la belleza de la noble dama no podía
pasar inadvertida al ojo avizor del ardiente Filesitero.
El mismo renombre de tan sólida virtud y las precau-
ciones tan exageradas como originales sirvieron de
estímulo e incentivo a su pasión: decidido a inten-
tarlo todo, a arriesgarlo todo, dispone todas sus fuer-
zas para derrotar la férrea disciplina de la casa.
2 Sabe muy bien que la fidelidad humana es cosa frágil,
que no hay obstáculos insuperables para el dinero y
que el oro suele abrir hasta las puertas de bronce.
Aprovecha una ocasión para hablar a solas con Myr-
mex, le declara su amor y le suplica humildemente

que alivie su tormento: pues está resuelto y decidido 3
a suicidarse en seguida si no ha de ver pronto satisfecha su pasión. 'La cosa resulta fácil y no hay nada que temer, pues en la soledad del anochecer, resguardado y protegido en una discreta oscuridad, sería cosa de un instante el introducirse y desaparecer'. A estos 4
y otros argumentos igualmente convincentes, añade, para terminar, una cuña capaz de romper violentamente la más dura resistencia de un esclavo: alargando el brazo, le muestra unas monedas de oro recién acuñadas y deslumbrantes: veinte, dice, serían para la joven señora, y con mucho gusto ofrecería otras diez al propio Myrmex.

19. Myrmex se horrorizó ante la inaudita proposición y, tapándose los oídos, echó a correr. Sin embargo, no pudo perder de vista el flameante resplandor del oro: a pesar de la distancia, y ya en casa tras la veloz carrera, aún veía los bellos reflejos de las monedas y ya consideraba como suyo aquel rico botín. El desgraciado, bajo el influjo de un extraño mareo y de pensamientos incoherentes, se sentía atraído y arrastrado a decisiones opuestas: el deber por un lado, el lucro por otro; por un lado la tortura, por el otro el placer. A la postre, sin embargo, el oro pudo más 2
que el temor a la muerte. Ni un instante dejaba de suspirar por las bellas monedas; la maldita codicia le había quitado hasta la tranquilidad del sueño; y, aunque las amenazas del amo lo retenían en casa, con todo la voz del oro lo incitaba a salir fuera. Entonces, 3
sobreponiéndose a la deshonra y acabando con los titubeos, lleva a oídos de la señora el recado que se le dio. Lejos de desmentir la natural ligereza de su sexo, la mujer sacrifica en el acto su virtud al execrable metal. Desbordando de alegría, vuela a rematar 4

irremisiblemente su fidelidad. Myrmex está ansioso de recoger y hasta simplemente de palpar el dinero que para su desgracia ha visto. En un transporte de alegría y ponderando la propia y difícil intervención, anuncia a Filesitero que sus aspiraciones son ya realidad; acto seguido reclama el premio prometido; y ya oprime Myrmex el oro en su mano, en aquella mano que no conocía ni el cobre.

20. »A hora avanzada de la noche, Myrmex trae a casa al audaz enamorado, solo y bien disfrazado; lo
2 introduce en la habitación de la señora. Apenas habían iniciado entre abrazos su primer sacrificio al Amor, apenas habían cruzado sus primeras armas al servicio de Venus aquellos soldados a cuerpo descubierto, cuando, contra toda sospecha y al amparo propicio de la noche, se presenta el marido de improviso.
3 »Da golpes en la puerta, llama a voces, vuelve a golpear el portón, esta vez con una piedra: la larga espera excita más y más sus sospechas; amenaza con espantosos suplicios a Myrmex. A este desgraciado, aturdido por el súbito contratiempo y temblando del susto, se le ocurre como única disculpa alegar la oscuridad de la noche, que le impide encontrar, según
4 dice, la llave cuidadosamente escondida. Entretanto, Filesitero, que ha oído el estrépito, enfundándose al instante en su túnica, pero, con la precipitación, sin pensar en calzarse, salta fuera del aposento. Entonces, por fin, introduce Myrmex la llave en la cerradura, abre la puerta y deja entrar al amo, que todavía está jurando por todos los dioses; y, mientras el marido se dirige corriendo al dormitorio, Myrmex facilita la salida secreta de Filesitero. Libre ya el galán fuera del recinto, Myrmex se siente personalmente seguro, cierra la casa y vuelve a acostarse.

21. »Pero, al amanecer, cuando Bárbaro va a salir
del dormitorio, ve bajo la cama unas sandalias desco-
nocidas: las que llevaba Filesitero al introducirse. Por
este detalle sospechó todo lo sucedido. Entonces, sin 2
manifestar el dolor de su corazón ni a su mujer ni a
ningún familiar, coge las sandalias, las esconde furti-
vamente bajo su manto y da simplemente a los escla-
vos la orden de prender a su compañero Myrmex y de
arrastrarlo hacia el foro. Él, conteniendo sus repetidos
gemidos, se dirige rápidamente en la misma dirección,
seguro que el indicio de las sandalias le haría descu-
brir sin dificultad el rastro del seductor. Ya aparece 3
Bárbaro por la calle con el rostro congestionado y el
ceño fruncido; avanza furioso, y tras él va Myrmex
cargado de cadenas; éste, aunque no se había visto
sorprendido en flagrante, confundido por el más grave
de los remordimientos, se deshace en torrentes de
lágrimas y con desesperados lamentos excita una vana
compasión. Precisamente, aunque con una finalidad 4
muy distinta, les sale al paso Filesitero; ese espectáculo
imprevisto le impresiona vivamente; pero sin dejarse
desconcertar, cae en la cuenta del descuido que tuvo 5
en su precipitación e imagina sagazmente todo lo de-
más; al punto, y procediendo con su habitual sangre
fría, se abre paso entre los esclavos y, gritando escan-
dalosamente, arremete contra Myrmex, cuyas mejillas
cubre de inofensivos puñetazos: '¡Ah, mezquino y vil 6
traidor! —dice—. ¡Ojalá tu amo aquí presente y las
divinidades todas del cielo a quienes tú invocaste te-
meriamente en tus falsos juramentos, ojalá acaben
contigo de tan mala manera como tu maldad lo re-
quiere! ¡Fuiste tú quien me robaste ayer mis sanda-
lias en el balneario: bien te mereces, sí, bien te
mereces arrastrar esas cadenas hasta desgastarlas y
aguantar, por añadidura, las tinieblas de un calabozo!'.

7 Engañado por la oportuna estratagema del joven
audaz, o mejor dicho, sintiéndose halagado y creyéndolo a pies juntillas, Bárbaro regresa a casa, llama a
Myrmex, le entrega las sandalias, lo perdona de corazón y le aconseja que devuelva a su legítimo dueño
las sandalias que le ha robado».

22. Sin dejar que la vieja terminara con su palabrería, ya la molinera la interrumpe: «¡Feliz mujer
aquella por tener un amigo tan decidido y desenvuelto!
A mí, desgraciadamente, me ha tocado uno que se
asusta hasta del ruido de la muela y del aspecto de
ese burro sarnoso que ahí ves».
2 La vieja, entonces, replica: «Yo te aleccionaré debidamente a ese amante y lo haré acudir con decisión
y entusiasmo a tus citas». En esto, promete volver por
la tarde y se retira de la sala.
3 La casta esposa dispone en seguida un banquete
de pontifical[92], decanta vinos de marca, combina carnes frescas con embutidos, abastece copiosamente la
mesa; en una palabra, espera la visita del amante como
la de alguna divinidad. Además, muy oportunamente,
su marido cenaba fuera de casa con un batanero
4 vecino. Llegaba, pues, el término de la jornada; liberado, por fin, de la collera y entregado a mi tranquilo
reposo, no me alegraba tanto, por Hércules, el verme
libre de penar cuanto el ver retirada la venda de mis
ojos y poder contemplar libremente todas las manio-
5 bras de aquella malvada fémina. El sol había desaparecido ya bajo las aguas del Océano e iluminaba las
regiones inferiores del mundo, cuando se presentó la
maldita vieja llevando del brazo al amante temerario:

---

92 Una vez más nos encontramos en el original con la expresión «cenas salias» que hemos comentado antes (nota 44).

era todavía un chiquillo y aún conservaba una notable 6
frescura y suavidad en sus mejillas; todavía podía
atraer él mismo a otros galanes. La dama lo acoge
con profusión de besos y lo invita a instalarse para
cenar en aquella mesa ya servida.

23. Pero, cuando el joven echaba mano a la copa
inaugural y acercaba sus labios a los primeros entre-
meses, aparece el marido con inesperada antelación.
Su virtuosa esposa, tras cargarlo entonces de las peo- 2
res maldiciones y hacer votos porque se fracturara
ambas piernas, esconde al pálido y despavorido galán
bajo una artesa de madera que les servía habitual-
mente para limpiar el trigo ya triturado y que por
casualidad estaba entonces por en medio. Luego, con 3
su natural astucia, disimula la infamia de su conducta
y, aparentando la mayor serenidad, pregunta a su
marido por qué había abandonado la mesa de un
amigo tan íntimo y se había dado tanta prisa en vol-
ver. Él, entonces, con hondo pesar y reiterados suspi-
ros, dice: «Por serme insoportable la ignominia e in- 4
creíble maldad de cierta mujer perdida, me liberé de
ella escapando. ¡Ay! ¡Bondad divina! ¿Es posible que
una madre de familia como ella, tan fiel y tan sensata,
haya podido mancillarse con una conducta tan indig-
na? Por la divina Ceres que nos preside, juro que ni
aun ahora puedo creer de parte de esta señora lo que
mis propios ojos han visto».

La mujer, instigada por esas palabras de su mari- 5
do, pretende con el más impertérrito aplomo conocer
la aventura y no cesa de importunarlo para que le
explique toda la historia desde el principio. No des-
cansa hasta que el marido se rinde a su voluntad y,
sin sospechar lo que pasa en su propia casa, se pone
a contarle las desdichas de la casa ajena.

24. «La esposa de un batanero, compañero mío,
era mujer, por lo visto, de probada virtud; rodeada
de una constante aureola regía dignamente el hogar
conyugal; en esto concibió una pasión secreta por
cierto galán; tenía con él frecuentes citas furtivas;
y, por último, en el preciso momento en que salíamos
del baño y nos instalábamos en la mesa, ya se entre-
2 gaba al amor en brazos del citado joven. Sorprendida,
pues, y atolondrada por nuestra presencia, se le ocu-
rrió de pronto ocultar a su compinche bajo una jaula
de mimbre, cuya trabazón circular se remataba en
cono por la parte superior y servía de tendedero para
blanquear las telas al vapor de azufre[93]. Imaginándose
que el escondite ofrecía la mayor seguridad, ella viene
3 tranquilamente a ocupar su sitio entre nosotros. Muy
pronto el joven, al aspirar el ácido y penetrante tufo
del azufre, se sentía asfixiado bajo las emanaciones, y
el metaloide, por efecto de sus virtudes naturales, le
hacía estornudar a cada instante.

25. »La primera vez, al oír del lado de su mujer el
estornudo que salía de más atrás, el marido se había
figurado que era ella quien estornudaba; y pronunció
la fórmula votiva habitual[94]; lo mismo hizo la segunda
vez y unas cuantas más, hasta que, intrigado por la
excesiva reiteración, acaba cayendo en la cuenta del
2 caso. Empuja bruscamente la mesa, retira la jaula y
saca a un hombre cuya respiración acelerada funcio-
naba a duras penas. Inflamado de cólera ante la indig-
nante afrenta, reclama una espada, y se disponía a
3 apuñalar al moribundo, si yo, en atención del riesgo

[93] Bajo esas jaulas se quemaba azufre, cuyos vapores blanqueaban los tejidos.

[94] Evidentemente alguna fórmula análoga al «Jesús» que con tanta frecuencia se oye entre nosotros en el mismo caso.

que todos corríamos[95], no hubiera logrado retenerlo
en aquel arrebato de locura, asegurándole que, sin
ninguna responsabilidad para nosotros ni para él, su
enemigo sucumbiría en seguida ante los violentos efec-
tos del azufre. Calmado ya, no tanto por mis consejos 4
cuanto por la fuerza de las circunstancias, pues el
otro estaba ya medio muerto, lo arrastró a un rincón
de la calle más cercana. Yo, entonces, aconsejé discre- 5
tamente a su esposa y logré convencerla de que debía
ausentarse una breve temporada: debía dejar la tien-
da y refugiarse en casa de alguna amiga suya hasta
que el tiempo calmara los ánimos de su marido;
pues, bajo el impulso de tanto acaloramiento y tanta 6
rabia, no cabía la menor duda de que iba a tramar
algún golpe lamentable contra su propia vida y contra
la de su esposa. Tal escena a la mesa de un compa-
ñero me resultó tan repulsiva, que salí corriendo hacia
mi propia casa».

26. Durante el relato del molinero, su mujer, con
la veteranía del descaro e insolencia, cargaba de im-
precaciones y maldiciones a la esposa del batanero:
«Su infidelidad, su crimen constituye un solemne opro-
bio para todas las mujeres del mundo. ¡Ha sacrificado
su honra, ha pisoteado el contrato matrimonial! ¡Ha
mancillado el hogar conyugal con la infamia del lupa-
nar! ¡Ha perdido la dignidad de esposa y se ha gran-
jeado el calificativo de prostituta! ¡A tales mujeres
—añadía— habría que quemarles vivas!».

Sin embargo, atormentada por el secreto remordi- 2
miento de su conciencia impura y pensando en liberar
cuanto antes a su seductor de aquel molesto cober-
tizo, insinuaba una y otra vez a su marido que ya era
hora de irse a dormir. Él, en cambio, como había 3

[95] El riesgo de complicidad.

escapado al iniciarse el banquete y sin probar bocado, insistía amablemente en que era mejor ponerse a cenar. Ella entonces le sirvió en seguida la mesa y, naturalmente, muy a pesar suyo, porque la había preparado para otro comensal.

4 En cuanto a mí, me desgarraba las fibras más íntimas del corazón tanto la conducta anterior de aquel monstruo de mujer como su actual cinismo, y me preguntaba angustiado si no podría acudir a algún medio para señalar y revelar el fraude, es decir, para ayudar a mi amo, y, volcando la artesa donde el individuo estaba agazapado como una tortuga, dejarlo al descubierto ante todos los presentes.

27. En el tormento que suponía para mí el ultraje
inferido a mi amo, la divina providencia acabó por
dirigirme una mirada. Era la hora en que el viejo
cojo, a cuyo cargo estábamos, nos llevaba a beber a
la fuente; íbamos todos los animales en manada. Esta
circunstancia me ofreció la gran ocasión de la ven-
2 ganza. Pues, al pasar junto al galán, observé que, por
falta de espacio, le asomaban las puntas de los dedos
bajo la artesa: pisé lateralmente y sin compasión
hasta hacerlos papilla. El dolor intolerable le hizo
estremecerse, dar un grito y, por fin, sacudirse brusca-
mente la artesa. Su aparición puso de manifiesto ante
la mirada de los profanos todas las maniobras de
aquella mujer desvergonzada.

3 El molinero, sin embargo, no parecía demasiado
afectado por el menoscabo de su honor; mientras el
jovenzuelo temblaba yerto y pálido, el marido, con
ademán pacífico y tranquilizador, se dirige a él con ca-
4 riño: «Hijo mío, no tengas miedo, no recibirás ningún
daño de mi parte. No soy un bárbaro ni hallarás en
mí la grosería de un campesino; tampoco voy a as-
fixiarte con emanaciones de azufre, como haría un

cruel batanero; ni siquiera voy a invocar el rigor de la ley sobre el adulterio para reclamar la pena de muerte contra un muchacho tan simpático y tan bien parecido; nada de eso: voy a proponer que mi mujer y yo compartamos por igual tus favores. No pretendo 5
una separación de bienes, sino un convenio para disfrutarlos en común, de tal manera que sin controversias ni discusiones convivamos los tres en un solo y único lecho. Por de pronto, yo he vivido siempre en tan perfecta armonía con mi mujer que, siguiendo una sana filosofía, siempre hemos estado los dos de acuerdo en todo. Pero tampoco es justo que la mujer tenga prerrogativas a expensas del marido».

28. Mientras le hablada con esta suave ironía, ya se iba llevando hacia el dormitorio al muchachito; éste, aunque de mala gana, le seguía no obstante; y, tras encerrar a su virtuosísima esposa en otra habitación, él, a solas con el chiquito, saboreaba el delicioso placer de vengar la propia deshonra conyugal.

Pero, en cuanto el resplandeciente carro del sol 2
devolvió la luz del día, llamó a dos de sus más robustos esclavos y, mientras ellos sostenían al joven en volandas y a toda la altura que podían, él lo azotaba con una vara, diciendo: «¡Ah! ¡Conque eres tú, tan 3
tierno y delicado, tan niño todavía, eres tú quien burlas a los que se enamoran de tu encanto juvenil y vas a correrla con las señoras, aunque sean de condición libre y estén comprometidas en legítimo matrimonio! ¡Conque te dedicas a seducir y pretendes granjearte una prematura fama de conquistador!».

Tras estas y otras muchas palabras de amonesta- 4
ción, acompañadas de latigazos a profusión, lo echó a la calle. Aquel campeón sin igual entre los conquistadores, al verse libre contra toda esperanza, aunque muy dolorido de la tarea nocturna y diurna, huyó

cabizbajo. No por ello dejó el molinero de notificar el repudio a su mujer, a quien desde aquel instante cerró la puerta de su casa.

29. Pero, sin tener ya en cuenta su innata maldad,
ella, hondamente resentida y exacerbada ante la afren-
ta, por muy justa que fuera, vuelve a las andadas y
acude con ardor a los artificios propios de su sexo.
2 A fuerza de indagar, descubre a cierta consumada he-
chicera ante cuyas devociones y maleficios nada, al
parecer, resultaba imposible. Se asegura su concurso
a fuerza de súplicas, la colma de obsequios y le pide
3 una de estas dos cosas: o que calme a su marido y
reconcilie el matrimonio, o, si esto no le fuera posi-
ble, que suscite al menos algún fantasma, alguna divi-
nidad infernal para poner violentamente fin a sus días.
4 Entonces, la hechicera aquella, capaz de movilizar
a los dioses, empieza por poner en juego las armas
más comunes de su arte criminal. Quiere enternecer
el corazón vivamente ofendido del marido y orientarlo
por el camino del amor. Como el resultado no respon-
día a su esperanza, se indigna contra los poderes divi-
nos; la recompensa prometida, y sobre todo la humi-
llación de que es objeto, la estimulan a dar ya el golpe
de gracia al desdichado marido excitando contra él la
sombra de una mujer muerta a mano armada.

30. Tal vez, lector quisquilloso, te meterás con mi
relato y formularás la siguiente objeción: «Si eras un
borrico (todo lo listo que se quiera) encerrado entre
las cuatro paredes de un molino, ¿cómo podías ente-
rarte de lo que esas dos mujeres habían fraguado,
2 según dices, en el mayor secreto?». Pues bien, vas a
ver cómo el hombre muy despierto que habita bajo
esta apariencia animal llegó a conocer todo cuanto se
ideó contra la vida de mi molinero.

A eso del mediodía se presentó de pronto en el 3
molino una mujer con el atuendo de los acusados y desfigurada por una indecible tristeza: vestida a medias con míseros andrajos, los pies desnudos por completo; su palidez igualaba la del boj; horriblemente demacrada; su cabellera canosa, alborotada y manchada de ceniza, le caía por delante tapándole casi totalmente el rostro[96]. En estas condiciones pasa sua- 4
vemente su brazo por la espalda del molinero, como si tuviera que contarle algún secreto; lo arrastra hacia su habitación, donde permaneció largas horas con la puerta cerrada. Pero, como entretanto se había termi- 5
nado el trigo que los obreros estaban moliendo y había que pedir más, los esclavos de antecámara se pusieron a llamar al dueño y a reclamarle una tarea suplementaria. Después de llamar a voz en grito una y otra vez 6
sin que el amo diera la menor respuesta, se ponen a golpear fuertemente la puerta y, como estaba muy bien sujeta por las barras, empezaron a temer lo peor; de un violento empujón, haciendo saltar el gozne o rompiéndolo, logran por fin abrirse paso. La mujer no 7
aparece por parte ninguna, y se encuentran con el amo colgado de una viga, estrangulado y ya sin aliento. Le sueltan la soga que tenía al cuello y lo sacan de allí; entre los más angustiosos suspiros y los más vivos lamentos, le administran las últimas abluciones. Y, cumplidos esos deberes fúnebres, lo acompañan a la sepultura en nutrido cortejo.

31. Al día siguiente acudió su hija, que vivía casada en una aldea cercana. Llegó angustiada, dando tirones a su cabellera suelta y golpeándose el pecho con ambas manos. Nadie le había dado noticias de la

---

96 Todos esos detalles entraban normalmente en la actitud de los acusados al comparecer ante el juez.

catástrofe familiar, pero estaba enterada de todo porque, en sueños, se le había aparecido su padre en lamentable estado —todavía llevaba el nudo atado al cuello— y le había revelado en detalle la conducta criminal de su madrastra, con sus infidelidades y sus maleficios; además también le explicó cómo había sido él mismo víctima de un fantasma y conducido a
2 los infiernos. Después de atormentarse largo rato y hartarse de llorar, la intervención de sus familiares acabó de calmar su dolor. A los ocho días, cumplidos ya junto a la sepultura los solemnes ritos fúnebres, sacó a subasta toda la herencia: esclavos, muebles y
3 animales. Así se rompe la unidad del hogar en una dispersión sin más ley que la del caprichoso azar de una venta improvisada.

Yo fui a parar a manos de cierto hortelano que me compró por cincuenta sestercios: era mucho dinero, según decía, pero esperaba ganarse la vida con nuestro trabajo común.

32. Me parece oportuno exponer ahora mis deberes en este nuevo servicio. Por la mañana mi amo solía llevarme a la ciudad cercana con una pesada carga de verdura; allí entregaba la mercancía a los revendedores y, montando a mi grupa, se volvía al huerto.
2 Entonces, mientras él cavaba, regaba y, siempre encorvado, realizaba las demás tareas, yo disfrutaba tranquilamente de un grato descanso. Pero he aquí que los astros seguían su curso regular y el año, al cumplirse el ciclo exacto de sus días y sus meses, dejaba atrás la estación otoñal con las delicias de la vendimia para penetrar en las brumas invernales de Capricor-
3 nio, con sus frecuentes lluvias y sus escarchas nocturnas. Y entonces, al raso en una cuadra sin techumbre, me moría de frío día tras día y sin remedio, pues mi amo, extremadamente pobre, ni siquiera podía com-

prar para él —no digamos para mí— una vulgar col-
choneta o una miserable manta, y había de confor-
marse con vivir en una choza de hojarasca. Además, 4
por la mañana era para mí un verdadero martirio
andar descalzo entre fríos lodazales y cuchillas de
hielo, y eso sin poder llenarme la panza con la ración
habitual; es cierto que mi alimentación estaba en todo
a la altura de la de mi amo, pero no por ello dejaba
de ser una miseria: lechugas correosas y amargas,
espigadas y desabridas como enormes escobas podri-
das por el tiempo y reducidas a una amarga pasta
cenagosa.

33. Cierta noche, un propietario del poblado veci-
no, con el contratiempo de una densa oscuridad en
un cielo sin luna, calado hasta los huesos por una
lluvia torrencial y extraviado en su marcha, había
venido a parar junto a nuestra huertecita con su ca-
ballo ya rendido. Lo acogimos con el afecto debido 2
en tales circunstancias; y, si no encontró a nuestro
lado muchas comodidades, encontró al menos el salu-
dable descanso que tanto necesitaba. Quiso remunerar
la bondadosa hospitalidad y prometió regalar al hor-
telano trigo y aceite de sus propiedades y, además,
dos cántaros de vino. Sin perder tiempo, mi amo, 3
provisto de un saco y de dos botas vacías, me monta
a pelo, dispuesto a recorrer un trayecto de sesenta
estadios [97]. Al llegar a esa distancia, nos encontramos
con la mencionada finca, donde mi amo es acogido
desde el primer momento con la más atenta hospita-
lidad y comparte un espléndido desayuno. En el mo- 4
mento en que los dos comensales brindaban con sus
respectivas copas frente a frente, ocurrió un prodigio
de los más maravillosos. Una de las gallinas de casa

[97] *Unos diez kilómetros.*

empezó a recorrer el corral en todos los sentidos y a
cacarear exactamente como si quisiera poner un huevo.
5 El dueño, mirándola, dice: «¡Qué bien me sirves y qué
fecundidad la tuya! Hace tiempo que día tras día nos
suministras el alimento de tus huevos. Una vez más,
ahora, piensas, por lo que veo, en obsequiarnos con
tu regalito». Y añade en seguida: «Oye, muchacho, co-
loca como siempre en el rincón la cesta del ponedor».
6 El esclavo cumplió las órdenes recibidas; pero la
gallina, sin hacer caso del nido en que solía cobijarse,
depositó a los pies de su amo un fruto prematuro,
motivo en adelante de gran preocupación. Aquello no
era efectivamente un huevo como los conocidos; era
un pollo perfectamente formado, con sus plumas, sus
uñas, sus ojos, y hasta sabía piar. En cuanto nació,
echó a andar al lado de su madre.

34. Y por si esto fuera poco, se produjo otro
hecho mucho más prodigioso todavía, susceptible de
inspirar a cualquiera un fundado terror. Bajo la pro-
pia mesa en la que estaban las sobras del desayuno,
se agrietó la tierra y de sus entrañas brotó un cauda-
loso chorro de sangre, cuyas gotas, al salpicar en
2 abundancia, ensangrentaron toda la mesa. Y en el
momento en que los asistentes, sobrecogidos de horror,
contemplan despavoridos los divinos presagios, he aquí
que llega corriendo de la bodega un criado y anuncia
que todo el vino —aunque ya llevaba tiempo envasa-
do— en los toneles hervía a borbotones como si fer-
3 mentara o se hallara sobre inmensa hoguera. También
se vio en el intervalo una comadreja que entre los
dientes arrastraba fuera de su guarida a una culebra
muerta; de la boca de un perro de pastor saltó una
rana de zarzal; y el propio perro se vio asaltado por
un carnero que estaba a su lado y que lo estranguló

a la primera dentellada. Tantos y tan notables prodi- 4
gios habían asustado de tal modo al amo y a toda
su servidumbre, que se sentían totalmente acobarda-
dos e indecisos. ¿Por dónde empezar? ¿Por dónde
continuar? ¿Qué sería mejor, qué sería peor para
calmar las amenazas de los poderes divinos? ¿Cuántas
víctimas se sacrificarían, y de qué clase?

35. En el atolondramiento general frente a la pre-
sumible tragedia, llega un joven esclavo ante el pro-
pietario anunciándole los mayores y últimos desastres
acaecidos en su finca. Efectivamente, este hombre 2
tenía tres hijos ya mayores, muy instruidos y honra-
dos: eran el orgullo de su vida. Estos jóvenes mante-
nían desde antiguo estrechas relaciones de amistad
con un hombre pobre, dueño de una humilde barraca.
Ahora bien, esta casita lindaba con las grandes y ricas 3
propiedades de un poderoso vecino, rico, joven, de
ilustre familia, pero que abusaba del prestigio de su
estirpe: con el apoyo de importantes facciones a su
servicio, organizaba a su antojo toda la administra-
ción de la ciudad. Como en tiempo de guerra, invadía 4
los pobres dominios de su humilde vecino, degollaba
sus rebaños, le robaba ganado vacuno y le pisoteaba
las cosechas antes de que llegaran a granar. No con-
tento con privarlo de todos los productos de la tierra,
aún quería echarlo de su pobre terruño y, promo-
viendo un vano litigio de deslinde, reivindica la pro-
piedad de todo el terreno. Entonces, el campesino, con 5
todos los respetos, al verse despojado por la avaricia
del rico vecino, quiso defender la herencia paterna
para salvar al menos la propia sepultura; y, vivamente
alarmado, convocó a muchos amigos como testigos en
el deslinde. Entre otros, habían acudido los tres her- 6
manos para ayudar como fuera al amigo arruinado.

36. La presencia de tantos ciudadanos no asustó
ni desconcertó siquiera a aquel forajido. En modo al-
guno atenuó, si no ya sus rapiñas, al menos su alta-
nería verbal. Cuando los demás le exponían serenas
consideraciones y trataban de suavizar en términos
conciliadores su exaltado humor, él, de buenas a pri-
meras, jurando solemnemente por su vida y la de sus
seres más queridos, declara que le tiene sin cuidado
la presencia de tantos mediadores y que su gente co-
gería de las orejas al importuno vecino para sacarlo
al instante de la barraca y tirarlo a buen trecho de
2 la misma. Estas palabras colmaron de indignación a
cuantos las oyeron. Entonces, uno de los tres herma-
nos, sin titubear y con cierta vivacidad, le replicó que
él contaba en vano con sus riquezas para amenazar
despóticamente, puesto que también los pobres, al am-
paro liberal de la legislación, podrían recurrir contra
3 la insolencia de los ricos. Como aceite añadido al fue-
go, como azufre echado a una hoguera, como un látigo
en manos de las Furias, tal fue el efecto de esta répli-
4 ca: inflamó a nuestro truculento personaje. En un
acceso de locura y fuera de sí, proclamó que ya podían
irse a la horca todos ellos con todas sus leyes. Como
tenía perros de pastor y perros de presa para guardar
la granja, todos ellos de casta y corpulentos, acostum-
brados a comer la carroña abandonada por el campo
y adiestrados además a atacar indistintamente a los
transeúntes o viajeros, mandó soltarlos y azuzarlos
5 hasta acabar con aquella gente. La jauría, a la señal
habitual de los pastores, se enfurece y en su ardor se
precipita con furiosa rabia, con discordantes y horren-
dos ladridos sobre aquellas víctimas a las que hieren
y despedazan de mil maneras distintas. Ni aun perdo-
nan a los fugitivos, y hasta los persiguen con mayor
saña.

37. La carnicería fue causa de empujones entre la multitud despavorida. El más joven de los tres hermanos, al tropezar contra una piedra y herirse los dedos de los pies, cae derribado ofreciendo espantoso pasto a la tremenda furia de aquellos perros; al encontrarse, en efecto, con esta presa en el suelo, hacen
pedazos en un instante al desdichado joven. Y, cuando 2
los otros dos hermanos oyen sus gritos de muerte, vuelan angustiados en su auxilio: se cubren con la mano izquierda envuelta en un palmo de su manto y a pedrada limpia tratan de alejar a los perros para
salvar a su hermano. Pero no les fue posible vencer 3
ni espantar a la feroz jauría. El infortunado joven sólo pudo pronunciar esta última frase: «Vengad sobre ese abominable rico la muerte de vuestro hermano me-
nor». Y en el acto expiró hecho trizas. Entonces, los 4
dos hermanos supervivientes, menos por desesperación que por no importarles ya la propia vida, se lanzan contra el rico; en el ardor de su ímpetu y de su ciego arrebato lo atacan a distancia con una granizada
de piedras. Pero el hombre sanguinario, el práctico 5
asesino que ya tenía a su cargo muchos crímenes análogos, lanza su dardo y ensarta, alcanzándolo en pleno
pecho, a uno de los dos hermanos. Aunque herido de 6
muerte o muerto del todo, no cayó sin embargo al suelo; pues el dardo que lo atravesaba sobresalía en casi toda su longitud por la espalda y se había clavado en tierra bajo el vigoroso impulso, constituyendo un punto de apoyo que mantenía el cadáver erguido
y en equilibrio. En esto, uno de los criados, alto y ro- 7
busto, sale en auxilio del asesino: da impulso a una piedra que tira desde lejos, apuntando al brazo derecho del tercer hermano; pero falla el golpe y la piedra pasa rozando apenas la punta de los dedos y cae contra toda esperanza sin hacer ningún daño.

38. Esta suerte relativamente favorable hizo conce-
bir a la viva sagacidad del joven una ilusión de ven-
ganza. Finge, pues, que la mano le ha quedado inútil
2 e interpela así a su cruel adversario: «Sé feliz por
haber acabado con toda nuestra familia, ceba tu insa-
ciable crueldad con la sangre de los tres hermanos y
triunfa gloriosamente de tus conciudadanos abatidos;
3 pero has de saber que por mucho que extiendas tus
posesiones privando al pobre de sus bienes, te encon-
trarás siempre con que sigues teniendo un vecino.
4 En este caso he aquí el brazo que te hubiera cortado
la cabeza; pero ha caído herido por una injusticia del
destino».

5 Esas palabras exasperaron todavía más al furioso
bandolero, que, echando mano a la espada, se adelanta
ávidamente a rematar de un golpe al desdichado joven.
Pero había desafiado a quien no era menos valiente
6 que él y se encontró con una resistencia que estaba
lejos de esperar. El joven, en un fuerte abrazo, le su-
jeta la mano derecha y en un supremo esfuerzo blande
el hierro, asestando al rico una serie de golpes que le
7 hacen rendir su alma impura; luego, para liberarse
de las manos de los criados que acudían, vuelve en
seguida contra sí mismo el arma, todavía manchada
con la sangre de su enemigo, y se corta la garganta.

8 He aquí lo que significaban los prodigios misterio-
sos, he aquí lo que se había anunciado al infortunado
padre de familia. El anciano, rodeado de tantas des-
gracias, no pudo proferir una palabra, ni siquiera
9 verter una lágrima en silencio. Cogió el cuchillo que
acababa de utilizar para repartir el queso y todo cuan-
to había servido en la mesa, y, a ejemplo de su infor-
10 tunado hijo, también él se cortó el cuello con una
serie de golpes hasta que cae de cabeza sobre la mesa,
cubriendo con un nuevo río de sangre las manchas de
aquella sangre profética.

39. De este modo, en un brevísimo instante, se hundió la familia. Mi hortelano, lamentando el infortunio y vivamente afectado por lo que del contratiempo le tocaba, pagó con lágrimas el desayuno y dio unas cuantas palmadas con sus manos limpias; acto seguido, montó a mi grupa y reemprendió la marcha por el
camino que nos había traído hasta allí. Pero tampoco 2
el regreso careció de percances. Pues un individuo muy corpulento, que, por lo que daban a entender su exterior y sus modales, era legionario, se nos cruzó en el camino y en tono descortés y arrogante pre-
gunta a dónde iba, de vacío, aquel burro. Mi amo, an- 3
gustiado todavía y que además no entendía el latín, seguía adelante sin contestar. El soldado no pudo contener su habitual insolencia e, indignado ante el silencio como ante una afrenta, de un estacazo con un cepo de viña que tenía en la mano lo tiró de mi grupa
al suelo. Entonces, el hortelano contestó humildemente 4
que, por desconocimiento de la lengua, no podía saber lo que el otro le decía. El militar añadió, pues, en griego: «¿A dónde llevas este burro?». El hortelano
contesta que se dirige a la ciudad vecina. «Pero yo 5
—replica el militar— necesito sus servicios; con otros animales debe acarrear del fuerte próximo los bártulos de nuestro jefe». Y echando mano a la correa de mis
riendas, empieza a estirar de su lado. El hortelano, 6
secándose la sangre que manaba de su cabeza como consecuencia del porrazo anterior, vuelve a suplicarle que trate con más cortesía y mejores modales a un ex combatiente como él. Y conjurándolo por las más
halagüeñas esperanzas, dice: «Pero si este burro no 7
sirve para nada; además da mordiscos y va a morir de una peligrosa enfermedad; apenas vale para acarrear unos puñados de verdura desde el huerto próximo, y aun se arrastra con la lengua fuera. ¿Cómo ha de servir para el transporte de cargas más pesadas?».

40. Pero al advertir que el soldado, lejos de enter-
necerse por ningún ruego, se excitaba cada vez más
y, dispuesto a acabar con él, ya daba la vuelta al cepo
para romperle el cráneo con el nudo más gordo, nues-
2 tro hortelano acude a un último recurso: se agacha
como pidiendo misericordia y con el ademán de tocarle
las rodillas[98]; en esta posición de sumisión y reve-
rencia, lo coge por ambas piernas, lo levanta del suelo,
luego lo deja caer con todo su peso y acto seguido
a puñetazos, a codazos, a mordiscos y hasta con un
morrillo que coge en el camino le magulla toda la
3 cara, las manos y las costillas. El otro, en el suelo y
de espaldas, no pudo replicar ni cubrirse de ninguna
manera; pero continuaba no obstante amenazando de
firme: si lograba levantarse, decía, con su espada
haría picadillo al hortelano. Estas palabras fueron una
buena advertencia: el hortelano le arrebata la espada,
la tira lo más lejos posible y continúa golpeándolo
4 con redoblado furor. El otro, tendido en el suelo, pla-
gado de heridas y sin posible escapatoria, acude al
único recurso que le quedaba: se hace el muerto. El
hortelano, entonces, recoge la espada, salta a mi grupa
y se va al trote camino de la ciudad y, sin preocuparse
de dar un vistazo a su huertecillo, se refugia en casa
de un amigo. Le cuenta todo y le ruega que le ayude
en aquel momento crítico ocultándolo por unos días
a él y al asno: si se mantenía escondido por espacio
de dos o tres días, ya creía ahorrarse un requerimiento
5 capital. El otro, en atención de la antigua amistad que
los unía, lo acoge sin poner reparos; a mí, replegán-
dome las patas, me suben a pulso por una escalera
hasta el piso superior; el hortelano se queda en la
tienda de la planta baja, se acurruca en un cesto y le
plantan la tapadera encima para que pase inadvertido.

[98] Este ademán era el habitual de los suplicantes.

41. Sin embargo, el soldado —me enteré posteriormente— recobró por fin el sentido como después de una gran borrachera; tambaleándose, magullado y dolorido por tantos golpes, teniéndose apenas de pie y apoyado en un bastón, llega no obstante a la ciudad. Por vergüenza, no mencionó en la ciudad ni su desmán ni su derrota, sino que devoraba en silencio su injuria hasta que se encontró con unos camaradas y, a solas, les contó el desastroso percance. Acordaron 2
que él permaneciera en el cuartel sin dejarse ver (pues, sin tener ya en cuenta la afrenta personal, como había perdido la espada, temía las consecuencias de esta infracción al juramento militar) y ellos entretanto, tomando nota de nuestras señas personales, se dedicarían activamente a localizarnos y a vengarlo. Entre 3
los vecinos no faltó un traidor para denunciar en seguida nuestro escondrijo. Los compañeros del soldado acuden a las autoridades y afirman falsamente que han perdido en la calle un vasito de plata que era de su comandante y valía mucho dinero; que lo había encontrado un hortelano y que, negándose a devolverlo, se había refugiado en casa de un amigo.

Entonces, los magistrados, previa información sobre 4
perjuicios y personalidad del comandante, se presentan a la puerta de nuestro refugio y reclaman del propietario que nos hospedaba nuestra entrega inmediata —sobre el hecho del encubrimiento no había sombra de duda— so pena de hacer peligrar la propia vida. Él, sin inmutarse lo más mínimo y pensando tan sólo 5
en salvar a su protegido, declara que no sabe absolutamente nada de nosotros y pretende que lleva unos cuantos días sin ver siquiera a dicho hortelano. Los soldados, por su parte, sostenían y juraban que estaba 6
escondido allí y no en otro sitio. Por último, los magistrados, ante la rotunda negativa del encubridor, deciden efectuar un registro. Mandan, pues, entrar a 7

los lictores y demás agentes de la autoridad para que registren cuidadosamente todos los rincones de la casa; salen declarando que en el interior de aquellas paredes no han visto a ningún hombre ni tampoco al asno.

42. Entonces la discusión cobra mayor violencia por ambas partes: los soldados se mantienen en sus afirmaciones sobre nuestro paradero y siguen invocando inalterablemente el nombre de César; el otro persiste en sus negaciones poniendo sin descanso al
2 cielo por testigo. Al oír el estrepitoso griterío de la discusión, con mi natural curiosidad y mi intempestiva indiscreción de asno, se me ocurrió asomarme de refilón por una buhardilla para ver qué significaba aquel enorme barullo; y entonces, uno de los soldados, que por casualidad había vuelto los ojos hacia mi sombra, invoca el testimonio de todos los presentes.
3 Surge al instante un inmenso clamor: en un brinco trepan por la escalera, se hacen conmigo y me bajan como prisionero.

4 No subsistiendo ya la menor duda, se registra todo con mayor atención, también se destapa el consabido cesto: aparece el pobre hortelano, lo sacan fuera y lo presentan a los magistrados. Como, al parecer, merecía la pena capital, se lo llevan al calabozo público. En cuanto a mí, no acaban de mirarme y de reír a carcajadas. De ahí arranca el proverbio tan conocido: «Donde está la sombra está el asno».

LIBRO X

Un crimen memorable: una madrastra, enamorada de su hijastro, intenta envenenarlo porque se resiste a sus pretensiones; por un capricho de la Fortuna, consume la pócima el hijo menor del matrimonio; un senador, tan sabio como prudente, descubre el crimen cuando ya se iba a condenar al hijo inocente (1-12). — Nueva venta de Lucio: lo compran dos hermanos, panadero el uno y cocinero el otro. Lucio conoce ahora la vida regalada; pero un buen día se le sorprende comiendo los más exquisitos manjares humanos: se descubren sus facultades extraordinarias. Ha de exhibirse en el teatro con una mujer depravada (13-23). — Los crímenes de esa mujer (24-28). — El gran festival artístico en el teatro. Lucio se escapa cuando iba a llegar el turno de su abominable exhibición con la mujer condenada por criminal (29-35).

1. ¿Qué fue, al día siguiente, de mi amo el hortelano? No lo sé. Por lo que a mí toca, el soldado aquel que por su exagerada desfachatez había recibido la solemne paliza, me soltó del pesebre y me llevó sin que nadie protestara. Luego, recogiendo en su tienda unos enseres que por lo visto eran suyos, los cargó a mi espalda; así, equipado y armado a lo
militar, me saca a la calle. Me veía, pues, con un casco 2
de reluciente esplendor y un escudo todavía más brillante; también era notable la lanza por las dimensiones colosales de la vara. Al disponer así su armamento, no había pretendido, naturalmente, atenerse a

las ordenanzas: lo había colocado encima, sobre los
demás bultos, como en tiempo de guerra, de modo
bien visible y estudiado para asustar a los pobres via-
3 jeros. Tras una marcha sin serias dificultades a través
de la llanura, llegamos a una pequeña ciudad y para-
mos no en una posada, sino en casa de un decurión.
Me deja al cuidado de un joven esclavo y él se va
en seguida, muy preocupado, a presentarse a su jefe,
que estaba al frente de mil hombres.

2. A los pocos días y precisamente en aquella casa, como bien recuerdo, se fraguó un odioso y horrendo crimen. Lo insertaré en el libro para que también lo conozcan mis lectores.

El dueño de la casa tenía un hijo joven, muy culto
y, como es de esperar en tal caso, ejemplar de piedad
y *modestia: a cualquiera* le gustaría ser padre de ese
2 joven o tener un hijo parecido. Su madre había muer-
to hacía muchos años y el padre había rehecho su
hogar por un nuevo matrimonio. La segunda mujer
le dio otro hijo, que ya había cumplido también los
3 doce años. Pero la madrastra, más por su belleza que
por sus virtudes, imponía la ley en el hogar de su
marido; y ya sea por impulso natural al libertinaje, ya
por voluntad del destino, cayó en la monstruosa indig-
4 nidad de fijarse en su hijastro. Ahora, querido lector,
ten presente que estás leyendo una tragedia, no un
cuento; dejemos las sandalias y calcemos el coturno[99].

Así, pues, mientras el tierno Cupido se mantuvo en las primeras etapas de su desarrollo, aquella mujer resistía en silencio sus asaltos todavía poco peligrosos, cuya manifestación era un leve rubor, fácil de repri-

---

[99] Es decir: «dejemos el tono cómico y hablemos con la seriedad que requiere lo trágico del caso». Los actores cómicos calzaban zapato bajo y sencillo (*soccus*), mientras que los actores de la tragedia calzaban un zapato muy alto (*coturnus*).

mir. Pero cuando su corazón se vio todo él envuelto 5
en crueles llamaradas, cuando Amor desbocado lo
abrasó en un delirio apasionado, tuvo que sucumbir
ante la violencia del dios. Finge decaimiento y oculta
la herida de su alma bajo las apariencias de un pre-
tendido malestar físico. Por lo demás, como todo el 6
mundo sabe, los síntomas generales y las alteraciones
del rostro son exactamente los mismos en caso de en-
fermedad o de crisis amorosa: palidez horrible, mi-
rada lánguida, piernas cansadas, sueño inquieto, sus-
piros tanto más hondos cuanto más dura el tormento.

Se hubiera creído que la consumía una ardiente
fiebre, si no fuera porque estaba siempre llorando.
¡Ay! ¡Qué ignorancia la de los médicos! ¿Qué denota 7
un pulso agitado, unas facciones de color irregular,
una respiración dificultosa, unas palpitaciones fre-
cuentes y periódicas de uno y otro lado? ¡Dios mío! 8
¡Qué fácil es diagnosticarlo, aun sin estudiar medicina,
pero con una leve idea de la ansiedad amorosa, cuan-
do se ve a una persona ardiendo sin que su cuerpo
acuse temperatura!

3. Incapaz, pues, de dominar la loca pasión que agita el fondo de su alma, rompe por fin su prolongado silencio y manda llamar a su hijo. ¡Su hijo! Si fuera posible, ¡con qué gusto borraría en él este nombre que la cubre de vergüenza! El joven obedece sin demora a su madre enferma; triste y la frente llena de arrugas como un viejo, se presenta en la habitación con el respeto debido en cualquier circunstancia a la esposa de un padre y a la madre de un
hermano. Ella, harta de aguantar tanto tiempo un 2
silencio que la martiriza, y sumergida, por así decir, en un mar de dudas, vuelve a condenar una vez más, por nuevas vacilaciones de su pudor, todas las expresiones que momentos antes parecían tan adecuadas

a la entrevista actual; no sabe cómo empezar, no se
decide.
3 El joven, sin sospechar todavía nada malo, se ade-
lanta a preguntar con sumisa deferencia el motivo de
4 su malestar en aquel momento. Entonces, ella aprove-
cha la fatal ocasión de la estancia a solas para dar
libre curso a su audacia: soltando un torrente de
lágrimas y velándose el rostro con la orla de su ves-
tido, le dirige con voz temblorosa estas breves pala-
bras:
5 «La causa, el único motivo del mal que me aqueja,
como también el único y exclusivo remedio de mis
males, eres tú, tú en persona. Tus ojos han penetrado
por los míos hasta el fondo de mi corazón y han pro-
movido una llama que me abrasa hasta la médula.
6 Ten, pues, piedad de una mujer que por ti se muere;
que no te detenga ningún escrúpulo pensando en tu
padre: su esposa ha de morir sin remedio, y tú se
la salvarás. Yo reconozco en ti su viva imagen: es
natural que te quiera. La soledad en que nos hallamos
te sirve de absoluta garantía y te da la tranquila opor-
tunidad de consumar lo inevitable. Pues una cosa que
nadie sabe, no llega a ser auténtica realidad».

4. El inesperado compromiso desconcertó por com-
pleto al joven; y, aunque horrorizado al oír la mons-
tuosa propuesta, creyó que, lejos de exasperar a la
señora con una rotunda y dura negativa, era mejor
calmarla hábilmente acudiendo a promesas diferidas.
2 Le prodiga, pues, buenas palabras, la invita insistente-
mente a animarse, a cuidarse y a reponerse, hasta que
algún viaje de su padre deje libre campo a sus diver-
siones; acto seguido se sustrae a las culpables mira-
3 das de su madrastra. Ahora bien, tan grave desastre
familiar exige, a su parecer, una consideración más
detenida; sin perder tiempo, consulta el caso con un

anciano de acreditada solvencia que había sido preceptor suyo. Tras larga deliberación pareció que lo más acertado sería huir rápidamente para evitar la
tormenta de un destino implacable. Pero la señora, 4
incapaz de admitir la menor dilación, imagina no sé qué pretexto y con maravillosa habilidad convence en seguida a su marido para que se vaya inmediatamente a unas finquitas que tenían en una zona muy lejana.
Logrado ese objetivo con la loca esperanza de ganar 5
tiempo, reclama ya descaradamente la cita prometida a su pasión. Pero el joven, alegando ahora un pretexto, luego otro distinto, va dando largas a la execrable entrevista, hasta que ya ella, por la variedad de las disculpas, ve claramente que el joven no está dispuesto a mantener sus promesas, y entonces, en repentina maniobra, pasa del amor sacrílego a un odio mucho más funesto todavía.

Sin pérdida de tiempo, se asocia a un esclavo de 6
los que había recibido en dote, ser abyecto y maestro consumado en materia de crímenes; lo pone al tanto de sus pérfidas intenciones; ninguna solución les parece más acertada que la de acabar con la vida del desdichado joven. Envía, pues, al criminal en busca de un veneno fulminante; ella lo deslíe cuidadosamente con vino y dispone la poción que causaría la muerte del hijastro inocente.

5. Ahora bien, mientras los dos siniestros personajes deliberan entre sí sobre el momento más oportuno para servir la pócima, por una pirueta de la Fortuna, el menor de los dos hermanos —el que era precisamente hijo de la maldita mujer—, con sus tareas escolares de la mañana ya cumplidas, entra en casa después de desayunarse; como tiene sed y se encuentra con la copa de vino secretamente envenenada, sin sospechar nada de la trampa encerrada allí,

2 se lo bebe de un trago. Apenas acaba de beber la
muerte preparada para su hermano, cae al suelo sin
vida. Su preceptor se alarma ante el ataque repentino
del niño, y a sus gritos de angustia acude la madre y
toda la servidumbre. Pronto se vio la explicación del
caso en la bebida mortal y todos los presentes apun-
taban en mil direcciones señalando al presunto autor
3 del espantoso crimen. Pero la tremenda señora, insu-
perable encarnación de la maldad de las madrastras,
sin inmutarse ante la trágica muerte del hijo ni ante
el remordimiento del asesinato impío ni ante la des-
gracia de su casa ni ante el duelo del marido o la
desolación del entierro, aprovechó la catástrofe fami-
liar como una buena oportunidad de venganza. Envió
en seguida un mensajero para anunciar al marido au-
sente la catástrofe de su hogar. Él vuelve precipitada-
mente, y *a su regreso*, ella, con descaro de consumada
artista, da a entender que su hijo ha muerto envene-
4 nado por culpa del hermanastro. Y en esto no mentía
del todo, ya que el chiquillo se había adelantado a
recibir el golpe mortal dirigido contra su hermano
mayor. Pero lo que pretendía hacer creer era que el
menor había sido víctima de una represalia criminal
del mayor porque, cuando éste había tratado de vio-
larla, ella no había accedido a sus inconfesables pre-
5 tensiones. Y no satisfecha con tan monstruosa calum-
nia, aún añadía que él la había amenazado con un
puñal en caso de denuncia. El pobre padre, aterrado
ante la pérdida de ambos hijos, va a la deriva entre
6 las agitadas olas de su inmenso dolor. Está asistiendo
al entierro de su hijo menor y sabe que el otro ha de
ser irremisiblemente condenado a muerte por incesto
y parricida. Por otra parte, quiere demasiado a su
esposa, cuyos fingidos lamentos le inspiran para su
propia sangre un odio despiadado.

6. Apenas terminaron las pompas fúnebres y el acto del sepelio, desde el mismo emplazamiento de la pira, el desdichado anciano, con el rostro todavía inundado de las recientes lágrimas y mesándose los cabellos cubiertos de ceniza, se dirige directamente al foro. Allí, con nuevo llanto en los ojos y en su actitud 2
suplicante abrazando incluso las rodillas de los decuriones, sin la menor sospecha de las infernales imposturas de su esposa, se esforzaba con todo empeño en buscar la ruina del hijo que le quedaba: su hijo era un incestuoso, porque había profanado el lecho paterno; un fratricida, porque había dado muerte a un hermano; y un asesino, porque había amenazado con apuñalar a su madrastra. Fue tal la simpatía, tal la 3
indignación que su angustia suscitó en el senado y hasta en la plebe, que sin admitir los fastidiosos trámites legales, sin comprobar la veracidad de la acusación ni oír la refutación sutil y bien estudiada de la defensa, por aclamación general, se emitió el siguiente veredicto: «Por constituir una pública vergüenza, hay que matarlo a pedradas en la plaza pública».

Sin embargo, los magistrados se alarmaron ante el 4
peligro que corrían. Y para que la naciente indignación no desembocara en revuelta y comprometiera el orden y seguridad pública, algunos de ellos trataron de disuadir a los decuriones, mientras otros intentaban calmar al pueblo, para que se volviera al procedimiento judicial regular y se dictara una sentencia fundada en el examen imparcial de las razones alegadas por ambas partes; no se podía condenar a nadie sin oírlo, como sucede en los pueblos sin civilización ni cultura o en regímenes despóticos; en plena paz y tranquilidad no se podía dar al mundo tan lamentable espectáculo.

7. Prevaleció el sano juicio, y en seguida se llamó
al pregonero para que convocara una reunión de sena-
dores. En cuanto éstos ocupan los asientos que regla-
mentariamente corresponden a su jerarquía, vuelve
a oírse el pregonero para que pase en primer lugar
2 el acusador. Sólo entonces se cita al acusado y lo
traen ante el tribunal. A ejemplo de la legislación ate-
niense y del procedimiento seguido en el Areópago, el
pregonero recuerda a los abogados de la causa la pro-
hibición de recurrir a preámbulos y de excitar la
compasión.

3 Que todo ello fue así, lo supe al oír múltiples con-
4 versaciones sobre el tema. En qué términos se expresó
el acusador, qué argumentos le opuso el acusado y, en
una palabra, cuáles fueron los discursos y réplicas,
nada de eso pude saber por hallarme ausente y en
mi cuadra; por consiguiente, si no lo sé, tampoco os
lo puedo comunicar. No obstante, sí consignaré en mi
libro lo que haya averiguado a ciencia cierta.

5 En cuanto terminó el debate contencioso, se acordó
que para establecer la realidad de los hechos y admi-
tir las acusaciones, hacían falta pruebas convincentes
y que una decisión tan grave no podía fundarse en
6 simples sospechas: ante todo, se consideraba indispen-
sable la declaración de aquel esclavo que, al parecer,
era el único que conocía la trama de los hechos.

7 El ruin personaje, sin inmutarse lo más mínimo
ante las decisivas consecuencias de tan grave juicio,
ni ante la nutrida asamblea senatorial, ni tampoco
ante el remordimiento de su propia conciencia, se
pone a contar un cuento de su invención, declarando
8 y afirmando que dice la pura verdad: «El joven, indig-
nado de los desplantes de su madrastra, acudió a mí;
para vengar la propia afrenta, me encargó matara al
hijo de su madrastra, prometiéndome un gran premio
9 para comprar mi silencio; como yo no aceptaba la

propuesta, me amenazó de muerte; me había entregado el veneno ya preparado por él personalmente para que yo se lo diera a su hermano; y sospechando que yo no tendría en cuenta sus órdenes y que podría guardar la copa como pieza convincente de acusación, acabó por dar él mismo el veneno a su hermano».

Tal declaración, perfectamente verosímil y expuesta 10
por el miserable charlatán con estudiado horror, puso fin al debate.

8. Ni uno solo de los decuriones guardaba ya suficiente serenidad ante el caso del joven para titubear en la sentencia: puesto que su culpabilidad quedaba comprobada hasta la evidencia, había que meterlo en
un saco y coserlo dentro[100]. Ya las papeletas, todas 2
iguales —pues todos habían coincidido en escribir la misma fórmula—, iban a recogerse, según costumbre inmemorial, en una urna de bronce; y, una vez depositados dentro los votos, ya era irrevocable la suerte del acusado, sin que ningún recurso posterior pudiera cambiar nada: su cabeza pasaba a manos del verdugo. En ese instante, uno de los senadores, un anciano del mayor prestigio y reconocida honorabilidad, que, además, merecía especial solvencia como médico, tapó con su mano el orificio de la urna para que nadie votara con precipitación y habló en estos términos a
la asamblea: «A mis años, es para mí gran satisfac- 3
ción haber conservado siempre vuestra estima a lo largo de mi vida; y no puedo tolerar que se consume un homicidio manifiesto en la persona de un acusado, víctima de falsas imputaciones; os habéis comprometido por juramento a ejercer siempre la justicia: no

100 Tal suplicio era normal en la Antigüedad para ciertos delitos particularmente graves. Después de flagelar al culpable, se le cosía en un saco de cuero que se arrojaba al mar o al río.

puedo tolerar que las mentiras de un vil esclavo os
4 induzcan a perjurar. Yo no puedo pisotear la voluntad
de los dioses y engañar a mi propia conciencia emi-
tiendo una sentencia inicua. Oíd, pues, de mis labios
lo que hay en este asunto.

9. »Este indeseable, en su afanosa búsqueda de
un veneno fulminante, había venido a verme última-
mente con la oferta, en pago, de cien escudos de oro.
Decía que necesitaba el veneno para una persona gra-
vemente enferma cuya dolencia antigua e incurable le
hacía desear la muerte como liberación de sus males.
2 Yo vi el fondo del cuento que urdía el siniestro char-
latán y las incongruencias de sus explicaciones. Me
convencí de que fraguaba algún delito; le di, no obs-
3 tante, la pócima, se la di: pero, como medida de
seguridad ante una posible indagación judicial, no
acepté en el acto el dinero que se me ofrecía: 'Por si
acaso (le dije) alguna de tus monedas fuera falsa o
de mala ley, las vamos a meter en esta bolsa que tú
sellarás con tu anillo; y mañana, en presencia de un
4 cambista, se efectuará el contraste'. Se dejó convencer
y selló la suma; hace un momento, al ver aquí en la
sala a mi individuo, mandé a uno de mis hombres al
despacho para que trajera corriendo la bolsa. Ya está
5 en mi poder: aquí la tenéis. Que el esclavo la vea y
compruebe su sello. Y ahora, ¿cómo es posible impu-
tar al hermano lo del veneno, si es este individuo
quien lo ha comprado?».

10. Una enorme agitación se apoderó al instante
del criminal: a su color normal de persona viva suce-
dió una palidez de muerte y por todos sus miembros
2 chorreaba un sudor frío: cambiaba de postura sin
sentirse firme en ninguna de las dos piernas, se ras-
caba la cabeza por un lado y por otro, balbuceando,

con la boca entreabierta, no sé qué fútiles pretextos, de modo que nadie, absolutamente nadie podía creerlo ya exento de culpabilidad. Pero de pronto recobra su aplomo, se pone a negar con la mayor firmeza y no para de llamar mentiroso al médico. Éste, aun pres- 3
cindiendo de sus escrúpulos como juez, al ver zaherida públicamente su dignidad personal, pone mayor ahínco en refutar al vil personaje; los agentes públicos por orden de la autoridad, acaban maniatando al maldito esclavo para cogerle el anillo de hierro[101] y confrontarlo con el sello de la bolsa.

La comparación confirmó las sospechas anteriores. La rueda, es decir, el potro del mundo griego, estaba 4
ya dispuesta para la tortura; pero el esclavo resistió el tormento con maravillosa entereza sin sucumbir a los latigazos ni al mismo suplicio del fuego.

11. Entonces el médico replicó: «No toleraré, por Hércules, no toleraré que, contra toda equidad, ordenéis el suplicio de un joven inocente ni que este otro burle nuestra justicia y escape al castigo que su crimen merece. Os voy a dar una prueba fehaciente de la realidad de los hechos. Yo veía las ansias de ese 2
malvado por conseguir un veneno fulminante; por otra parte, mis convicciones no me permitían ofrecer a nadie una substancia mortal; había aprendido que la medicina no tiene por objeto matar a los hombres, sino salvarles la vida. Temía no obstante que en caso de cerrarme, una rotunda negativa de mi parte diera paso a un crimen, es decir, que ese hombre se fuera a otra parte a comprar su pócima de muerte o incluso llevara adelante su proyecto abominable recurriendo

101 El sello con el anillo equivalía para los antiguos a la firma en los tiempos modernos. Como ya sabemos, los esclavos no podían llevar sino anillos de hierro; el anillo de oro era distintivo exclusivo del orden ecuestre.

al puñal o a otra arma cualquiera. Le di, pues, una
droga, pero era un soporífero, el famoso narcótico de
la mandrágora, tan conocido por su virtud letárgica y
por el sueño, muy parecido a la muerte, a que da
3 lugar. Y no es extraño que este malhechor (sin la más
leve esperanza ante el inevitable castigo que, según
costumbre tradicional de nuestros padres, le espera),
no es extraño que aguante fácilmente estas torturas
como mucho más llevaderas. Ahora bien, si es cierto
que el chiquillo ha tomado la pócima que mis manos
prepararon, está vivo, está descansando, está dormi-
do; no tardará en sacudirse el letargo del sueño y
volverá a ver la luz del día. Pero, si de verdad está
muerto, entonces, ya podéis buscar otras causas a su
defunción».

12. Esta elocuencia del anciano conquistó al audi-
torio. Acuden en masa con gran impaciencia al sepul-
cro que contenía el cadáver de la criatura. Ni en el
senado, ni en la aristocracia, ni en la misma masa del
pueblo dejó nadie de acudir allá con expectante curio-
2 sidad. Allí está el padre: con sus propias manos retira
la tapa del ataúd; en aquel instante, su hijo acababa
de disipar el sueño de muerte y volvía al mundo de
los vivos; le da un estrecho abrazo e, incapaz de expre-
sar su felicidad del momento, lo presenta al pueblo.
3 Y tal como estaba, es decir, envuelto con los sudarios
mortuorios que lo cubrían, llevan a la criatura ante
4 el tribunal. Ahora, puesto ya en claro el asunto y bien
al descubierto los crímenes de un maldito esclavo y
de una mujer peor que él todavía, aparecía a los ojos
de todos la pura verdad: se condena a la madrastra
a destierro perpetuo y al esclavo a morir en cruz; por
unanimidad se deja al excelente médico en posesión
de los escudos de oro, como precio del oportuno sopo-
5 rífero. Y el anciano padre vio su famosa y trágica

aventura terminar en un desenlace digno de la divina providencia, ya que en muy poco tiempo, o mejor dicho en un brevísimo instante, corrió el riesgo de verse sin hijos y se encontró de pronto con que tenía dos ya mayorcitos.

13. He aquí ahora las incidencias que por enton-
ces me deparaba mi propio destino. El soldado que 2
me había comprado sin tratar con ningún vendedor
y, sin pagar nada, me había llevado como suyo, por
orden de su tribuno y en acto de servicio tenía que
ir a Roma con un mensaje para el soberano. Me ven-
dió, pues, por once denarios a dos hermanos de la
vecindad: eran dos esclavos cuyo amo tenía extraor-
dinarias riquezas. Uno de ellos, como panadero y pas- 3
telero, preparaba los panes y las deliciosas tartas de
miel; el otro, como cocinero, guisaba al horno unas
carnes suculentas, con las más sabrosas salsas. Com-
partían la misma habitación y hacían toda la vida en 4
común; me habían comprado para transportar los
múltiples cacharros indispensables para atender las
muchas necesidades de su amo, que, a la sazón, via-
jaba sin parar de un país a otro. Heme aquí, pues, 5
como tercer socio en compañía de los dos hermanos:
nunca me había visto tan mimado por la Fortuna.
Cada noche, después de una cena suculenta y esplén- 6
didamente servida, mis amos solían traer a su celda
un racionamiento sin tasa: uno venía con trozos de
cerdo, de pollo, de pescado, de carne de todas clases:
eran sobras, pero en abundancia; el otro venía con
panes, pasteles, buñuelos, anzuelos, lagartos[102] y otras
muchas maravillas del arte de la confitería. Cuando 7
ellos echaban el cerrojo a la puerta para irse al bal-

[102] Nombres dados, evidentemente, a los dulces por la configuración de la pasta.

neario a reponerse, yo me hartaba hasta reventar de aquellos manjares bajados del cielo. Ni era tonto, ni tan burro de veras como para dejar de lado aquellas golosinas y levantarme el paladar comiendo heno rasposo.

14. Durante una buena temporada me fue de maravilla aquella hábil ratería, pues yo andaba con cuidado y precaución: sólo cogía un poquito entre tantas cosas buenas, y ellos no tenían la menor sospecha de
2 que un asno los estafara. Pero al cobrar mayor confianza en seguir inadvertido, ya me lanzaba a devorar sin consideración los mejores trozos, y saboreaba las golosinas más selectas. Una sospecha nada inconsistente empezó a apuntar en la mente de los dos hermanos y, sin meterme todavía a mí en nada de por medio, trataron de descubrir al autor de aquella sisa diaria.

3 Con el tiempo acabaron por acusarse mutuamente de ladrones y sinvergüenzas; entonces ya ponían más cuidado y atención en la vigilancia; hasta hacían el recuento de los lotes. Por último, uno de ellos, sin poder ya aguantarse, interpela así a su hermano:
4 «¡Ah! Tu proceder es injusto y hasta inhumano: día tras día escamoteas los trozos más selectos para venderlos y engrosar secretamente tu peculio; luego, re-
5 clamas un reparto equitativo de lo que dejas. En fin de cuentas, si te disgusta nuestra asociación, podemos romper la comunidad de intereses sin dejar de ser buenos hermanos en todo lo demás. Pues veo que, a fuerza de pelearnos indefinidamente por las estafas, se va creando una profunda desavenencia entre nosotros».

6 «Por Hércules —contestó el otro—, aplaudo tu valentía; pues, dada la merma diaria y misteriosa de los lotes, has conseguido adelantar unas quejas que yo rumiaba en silencio desde hace mucho tiempo, para

no dar el espectáculo de acusar a mi hermano de sórdida rapiña. Pero todo irá bien empleado si, puesto 7
el asunto sobre el tapete, buscamos ambos un remedio a esas pérdidas y no damos lugar a que en silencio surja entre nosotros una hostilidad como entre Eteocles y Polinice»[103].

15. Tras este altercado y otras recriminaciones similares, ambos juran que ellos no han hecho la menor trampa ni han cometido estafa de ninguna clase. Acuerdan, pues, indagar por todos los medios hasta descubrir al ladrón que operaba a expensas de ambos; pues —decían— el asno, que se quedaba solo 2
dentro, no se sentía atraído por esos manjares; sin embargo, cada día desaparecían los trozos más selectos y en su reducida habitación no había moscas tan monstruosas como las Harpías de antaño, capaces de arramblar con la comida de Fineo.

Entretanto, con un régimen tan exquisito, cebándo- 3
me con comestibles humanos y sin tasa, había engordado hasta alcanzar una pronunciada obesidad: una abundante capa de grasa había suavizado la aspereza de mi piel; mi pelo estaba limpio, lustroso y bien nutrido. Pero este físico tan agraciado causó gran desgracia 4
a mi honorabilidad. Efectivamente, mi gordura llamó la atención de los dos hermanos, y más al ver que mi ración de heno quedaba intacta uno y otro día: ya centran en mí toda su atención. A la hora habitual, 5
cierran la puerta como siempre, para irse al baño. Pero se quedan mirando por un agujerito cómo husmeaba entre aquella variada exposición de manjares. Y, sin importarles ya nada los perjuicios sufridos, se

103 Hijos de Edipo y tipos eternos de la enemistad fraterna; sus contiendas han servido de tema a múltiples tragedias en la literatura griega: *Las Fenicias,* de Eurípides; *Edipo en Colono,* de Sófocles; *Los siete contra Tebas,* de Esquilo.

ríen hasta reventar del paladar inverosímil que tiene el asno; llaman a uno de sus compañeros, luego a otro, después a muchos más para que contemplen el inaudito refinamiento de aquella ruda caballería. Por
6 último, todos se contagiaron de unas carcajadas tan ruidosas que llegaron a oídos del amo al pasar cerca.

16. Preguntó qué deliciosa aventura excitaba las risas de su gente; al saber lo que pasaba, también se puso a mirar por el mismo agujero y se divirtió extraordinariamente. A su vez le cogió una risa tan desorbitada que le causó auténtico dolor de vientre. Manda abrir en seguida la puerta de la sala y se coloca a mi
2 lado para observarme de cerca: yo veía que la Fortuna me ponía en cierto modo una cara sonriente; también me inspiraba tranquilidad el regocijo de los presentes; por lo cual no me inmuté un tanto así, y seguía comiendo.

3 Finalmente, el amo de la casa, encantado de la espectacular novedad, mandó que me llevaran, o mejor dicho me llevó él en persona al comedor. Hizo que instalaran una mesa y mandó que me sirvieran toda clase de piezas enteras y fuentes todavía intactas. Aun-
4 que ya estaba bastante atiborrado, por afán de complacerlo y hacer méritos a sus ojos, me lanzaba sobre los manjares servidos como si estuviera hambriento.
5 Discurrían en busca de los gustos más impropios de un asno y, para probar hasta dónde llegaba mi amaestramiento, era eso lo que precisamente me servían: carnes adobadas con laserpicio, aves sazonadas con
6 pimienta, pescados con salsas exóticas. Entretanto, resonaban en el comedor las mayores carcajadas. Como remate, un gracioso de la compañía gritó: «Servidle a este buen amigo un trago de vino puro».

7 Siguiendo el consejo al pie de la letra, el dueño replicó: «No, golfillo, no es tan disparatada tu ocu-

rrencia; es muy posible que a nuestro camarada le apetezca también una copita de vino dulce». «Oye, esclavo —añade—, enjuaga bien aquel cántaro de oro, 8
llénalo de vino dulce y ofrécelo a mi invitado; no te olvides de decirle que yo ya he brindado antes a su salud».

Hubo gran expectación entre los comensales. Pero 9
sin sofocarme lo más mínimo, con mucha tranquilidad y no poca inspiración, estirando y redondeando mi labio inferior en forma de lengua, me bebí de un trago aquel enorme recipiente. Surgió un clamor unánime de felicitación entre los asistentes.

17. El dueño irradiaba una inmensa alegría. Manda llamar a los esclavos que me habían comprado; ordena que se les restituya cuatro veces mi importe y —previa recomendación con gran interés— me confía a uno de sus libertos preferidos y mejor dotados económicamente.

Este hombre me trataba con bastante considera- 2
ción y suavidad; y, para granjearse la simpatía de su patrono, ponía todo su empeño en divertirlo a expensas de mis habilidades. En primer lugar me en- 3
señó a instalarme en la mesa apoyándome sobre el codo, luego a luchar e incluso a bailar con las patas delanteras en alto; pero sobre todo y como máxima 4
atracción, me enseñó a hablar con gestos adecuados: una inclinación de cabeza hacia atrás significaba «no», y la inclinación hacia delante significaba «sí»; si tenía sed, miraba al aguador y le pedía bebida guiñando alternativamente ambos ojos. Me era muy fácil apren- 5
der todo eso y, por supuesto, lo hubiera sabido hacer sin que nadie me lo enseñara. Pero me reservaba por miedo: si imitaba muy de cerca los modales del hombre sin atenerme a las lecciones recibidas, la gente podría tomarme por siniestro agüero y, como mons-

truo sobrenatural, acabarían cortándome el cuello para engordar los buitres a mis expensas.

6 No se hablaba ya más que de mis maravillas; era ya célebre y famoso personaje: «Ahí va el que tiene por compañero y comensal al burro sabio: el burro que lucha, que baila, que entiende el lenguaje humano, que piensa y sabe expresarse por señas».

18. Pero antes de proseguir —y por ahí debiera haber empezado— os voy a explicar ahora quién era mi dueño y de dónde procedía. Se llamaba Tiaso y era oriundo de Corinto, su tierra natal y capital de toda la provincia de Acaya. Después de desempeñar gradualmente todos los cargos a que era acreedor por la nobleza de su cuna y por sus méritos, le llegó el nombramiento de magistrado quinquenal[104]. Y para que su toma de posesión de los fascios se celebrara con el debido esplendor, había prometido dar durante tres días seguidos un grandioso combate de gladiado-
2 res. Para que su munificencia fuera más deslumbrante, en su afán de popularidad, había llegado hasta Tesalia en busca de animales de pura sangre y de gladiadores de renombre. Después de organizarlo todo a su gusto efectuadas ya sus compras, se disponía a volver a
3 casa. Pues bien, dejó de lado sus lujosos vehículos, no hizo caso de sus cómodas carrozas que, con sus cortinas en parte echadas y en parte levantadas, seguían vacías en la cola de la caravana; tampoco utilizó sus caballos tesalios u otras monturas galas de raza
4 selecta y muy estimada. Sólo yo contaba: me puso jaeces de oro, albarda colorada, mantas de púrpura, frenos de plata, riendas repujadas y cascabeles de fino tintineo; Tiaso iba montado a mi grupa; yo era su máximo cariño; de vez en cuando se hacía mieles

[104] Es decir, de *«duumvir quinquennalis»*.

para hablarme y decía que entre tantas cosas buenas
su mayor felicidad era tenerme a mí a la vez como
compañero de mesa y como montura.

19. Al término del viaje, realizado ya por tierra,
ya por mar, llegamos a Corinto; la población acudió
en masa; según pude observar, no la atraía tanto
el interés de aplaudir a Tiaso como la curiosidad de
verme a mí. Pues la fama de mi nombre se había
divulgado tanto en aquel país que fui para mi guar-
dián una respetable fuente de ingresos. Cuando veía 2
a mucha gente agolparse con ganas de ver mis mañas,
él cerraba la puerta y sólo los dejaba pasar uno por
uno: con las propinas que iba recogiendo solía sacar-
se al final de la jornada un sueldo bastante aceptable.
Hubo en el círculo de mis admiradores una señora 3
distinguida y de gran posición. Pagó como los demás
para verme y se quedó encantada de mis múltiples
monerías; insensiblemente pasó de la constante admi-
ción a una increíble pasión; sin poner remedio a su
extraño capricho, cual nueva Pasifae [105], pero enamo-
rada de un burro, suspiraba ardientemente en espera
de mis abrazos. Acabó proponiendo al encargado de 4
cuidarme una elevada suma como precio de una sola
noche en mi compañía; él, sin pensar para nada si
ello redundaría en mi propio provecho y pendiente tan
sólo de su interés personal, aceptó la propuesta.

20. Concluida la cena, ya nos habíamos retirado
del comedor del dueño y, al entrar en mi dormitorio,
nos encontramos a la señora que llevaba ya rato espe-
rando. ¡Bondad divina! ¡Qué lujo de preparativos!
Cuatro eunucos a punto con todo un equipo de blan- 2

105 Pasifae, la madre del Minotauro, había concebido de un toro.

dos almohadones llenos de suaves plumas, disponen
en el suelo nuestro lecho, sobre el cual extienden con
cuidado una alfombra bordada en oro y púrpura de
Tiro; encima aún ponen otros cojines, pequeños desde
luego pero en cantidad, de esos que usan las señoras
3 elegantes para mullir sus mejillas y sus nucas. Y para
no demorar más por su presencia las delicias de la
señora, cierran la puerta de la habitación y se retiran.
En el interior, unos cirios flamantes disipaban con su
intensa iluminación las tinieblas de la noche.

21. Ella entonces se despoja de todas sus vestiduras e incluso del sostén que sujetaba su hermoso busto
femenino; y, de pie junto al foco de luz, saca de un
frasco metálico un aceite perfumado con el que se
frota bien, ella primero, y luego se eterniza frotándome igualmente a mí con el mismo perfume, insis-
2 tiendo con especial empeño en mi hocico. Me cubre
entonces de tiernos besos, pero no como los que
envían las prostitutas en los lupanares para mendigar
moneditas o rendir a clientes reacios a pagar; no, al
contrario, eran besos de verdad y desinteresados,
3 acompañados de las más dulces palabras, como «Te
amo», «Te deseo», «Eres mi único cariño», «Sin ti no
puedo vivir», y de todas esas expresiones a que acuden las mujeres para seducir al prójimo o manifestar
sus propios sentimientos. Luego, me cogió por la brida
y le fue fácil hacerme acostar de la manera que me
4 habían enseñado. Nada había en ello para mí nuevo
ni difícil, sobre todo cuando tras una continencia tan
prolongada veía llegar los abrazos apasionados de una
mujer tan bella. Además, me había reconfortado previamente con vino abundante de la mejor marca; por
último, el más delicioso perfume estimulaba de antemano el ardor de mis deseos.

22. Pero estaba vivamente angustiado; me daba verdadero horror pensar cómo podría acercarme con tantas patas y de tan notables dimensiones a tan delicada criatura. ¿Cómo abrazarían mis duros cascos aquellos miembros tan transparentes, tan tiernos que parecían hechos de leche y miel?

Sus finos y sonrosados labios destilaban una divina
ambrosía: ¿cómo besarlos con una boca tan amplia,
tan enorme y descomunal, cuyos dientes eran verda-
deros bloques de piedra? Y, por último, aunque la lu-
juria consumiera sus miembros hasta las uñas, ¿cómo
podría una mujer resistir una unión tan despropor-
cionada? «¡Pobre de mí, si estropeara a una noble 2
dama! Me echarían a las bestias como un número más
del espectáculo que prepara mi amo».

Ella, entretanto, continuaba con sus provocaciones,
con sus besos ininterrumpidos, con sus tiernos suspi-
ros y con sus miradas de fuego; y, como colofón,
«Ya eres mío —exclamó—, ya es mío mi palomito, mi 3
gorrioncito». Con ello demuestra que son vanas mis
preocupaciones, que no tienen el menor fundamento
mis reparos. Apretándome en estrecho abrazo, pudo
con todo mi ser, con todo, como digo. Y cuando yo, 4
por delicadeza, intentaba retirarme, ella volvía a la
carga con mayor furia y se ceñía más de cerca aga-
rrada a mi espalda. Por Hércules, hasta creí en mi
impotencia ante sus ansias y comprendí que la madre
del Minotauro buscara sus delicias en un amante mu-
giente.

Tras una noche laboriosa y en vela, para evitar la 5
indiscreta luz del día, la mujer desaparece, pero no
sin acordar antes el mismo precio para la noche si-
guiente.

23. Mi guardián no tenía reparo en dejarme a merced de sus caprichos: por un lado veía en ello

una buena fuente de ingresos, y por otro veía la pers-
pectiva de un espectáculo inédito para el amo. No
tardó en explicarle hasta el último detalle de nuestra
escena amorosa. Tiaso da una magnífica recompensa
a su liberto y decide exhibirme en público espec-
2 táculo. Pero no cabía pensar en mi valiente esposa,
dada su posición social, ni en ninguna otra mujer,
por mucho que se pagara su actuación. Se buscó, pues,
a una vil criatura, condenada a las bestias por deci-
sión gubernativa, para que bajara conmigo a la arena
del anfiteatro y sacrificara ante el público su pudor.
He aquí la historia de su condena tal como me la han
referido.

3 Se había casado con un joven, cuyo padre, al salir
de viaje, había ordenado a su propia mujer, es decir,
a la madre de dicho joven —pues la dejaba encinta—,
que si no le nacía niño, diera muerte al fruto de sus
4 entrañas. Ahora bien, lo que tuvo en ausencia de su
marido fue niña; pero su sensibilidad natural, su
amor de madre, pesó más que la obediencia y, en vez
de cumplir las órdenes de su marido, dio la niña a
criar a unos vecinos. Al volver el marido, le anunció
el nacimiento de la niña y el consiguiente infanticidio.
5 Pero, al llegarle a la jovencita en la flor de los años
la hora de casarse y no serle posible a la madre dar
a su hija una dote en consonancia con su posición
sin que el marido se enterara, no tuvo más remedio
que revelar a su hijo el gran secreto. Por otra parte,
temía mucho que por cualquier circunstancia, y al
calor de la fogosidad juvenil, el hermano sedujera a
su hermana ya que ni él la conocía a ella ni ella a él.
6 El joven, un modelo de virtud, concilia escrupulosa-
mente la obediencia como hijo y sus deberes como
hermano. Extiende un velo de respetuoso silencio
sobre ese secreto familiar y muestra exteriormente
una simpatía corriente por la joven, pero decidido a

cumplir con ella los deberes inalienables que le impone el parentesco, hasta el punto de dar asilo en su propia casa a su vecina abandonada y sin apoyo de ningún familiar. Luego la dota espléndidamente a expensas de sus bienes para casarla con un íntimo amigo y compañero suyo.

24. Pero estas medidas tan acertadas, esta conducta
tan edificante, no podía escapar a los funestos capri-
chos de la Fortuna: a su impulso, los celos crueles
tomaron por objeto inmediato la casa de aquel joven.
Su mujer, la que como consecuencia de este lío iba 2
a ser ahora víctima de las fieras, empezó por ver en
la jovencita a una rival que intentaba quitarle el ma-
rido; de las sospechas pasó al odio, y acabó hacién-
dola caer en las redes de la muerte más espantosa.
He aquí la hazaña que perpetró.
Se hizo con el anillo de su marido y se fue al 3
campo. Como tenía un esclavo que le era tan fiel a
ella como desleal a la Buena Fe, lo manda desde allí
con un mensaje para la joven: le decía que el joven
se había ido a la casa de campo y le mandaba venirse
a su lado; que debía presentarse lo antes posible,
sola, sin ningún acompañante. Y para que la joven se 4
pusiera en ruta sin reparos, la mujer entrega al escla-
vo el anillo que había hurtado a su marido; con sólo
presentarlo garantizaría la veracidad de sus palabras.
La hermana, de acuerdo con el encargo de su hermano
—sólo ella le daba este nombre— y confiada además
al ver el sello que le presentaban, se pone en marcha
sin dilación, como se le había mandado, y sin compa-
ñía. Ya había caído en la trampa de la más inicua 5
impostura, ya estaba en la red de la perfidia. Enton-
ces, aquella preclara esposa, sin frenos ante el impulso
de la furia amorosa, hace desnudarse a su cuñada y
empieza por acribillarla a latigazos interminables.

Luego, por más que la desgraciada proclamase la verdad y repitiese sin cesar la palabra «hermano», reiterando que no había entre ellos relaciones adúlteras y que aquella explosión de cólera carecía de todo fundamento, la otra, como si todo eso fueran embustes e imposturas, le clavó entre las piernas un tizón al rojo vivo, rematándola entre los más espantosos tormentos.

25. Al tener noticias de esa muerte cruel, acuden presurosos el hermano y el marido, y después de rendir tributo de dolor y de lágrimas a la joven, dan también sepultura a su cadáver. Pero el joven, demasiado afectado para sobrellevar con resignación la muerte tan trágica y tan sumamente injusta de su hermana, conmovido hasta la médula de los huesos por la dolorosa pérdida y exacerbado por una aguda crisis atrabiliaria, ya sin conocimiento, sufría una fiebre tan ardiente que también él parecía reclamar
2 especial cuidado. Su mujer, sin recordar ya ni el nombre ni la fidelidad de su condición de esposa, va a visitar a cierto médico conocido por su falta de escrúpulos, ya famoso por sus múltiples hazañas y por los nobles trofeos de su mano asesina. De buenas a primeras le ofrece cincuenta mil sestercios por una compraventa: él le vendería un veneno fulminante; ella le compraría la muerte de su marido.
3 Concluido este trato, se inventa la necesaria receta de un calmante intestinal y un purgante biliar a base de la archiconocida pócima que los sabios designan con el nombre de «pócima sagrada»; pero en su lugar echan otra sustancia que también es «sagrada», pero sólo para mayor gloria de Prosérpina[106].

---

106 Entiéndase que esa segunda droga es mortal de necesidad: por lo tanto, cuantos la toman van al otro mundo a engrosar el reino de Prosérpina.

Ya en presencia de la servidumbre, de algunos amigos y parientes, el citado médico tendía su mano al enfermo con la copa debidamente dosificada.

26. Pero la sinvergüenza, pretendiendo con una
sola jugada deshacerse del cómplice de su crimen y
recuperar el dinero que había prometido, echa mano
a la copa diciendo: «¡No, eminencia médica! No darás
esta poción a mi adorable marido, si antes no tomas
tú mismo buena parte de ella. ¿Quién me asegura que 2
no contiene algún fatal ingrediente? Tal precaución
nada tendrá de ofensivo a los ojos de un hombre tan
prudente y tan sabio como tú: si, como esposa, adoro
a mi marido y me preocupa su enfermedad, ¿cómo
no he de hacer por él todo lo humanamente posible?».
Ante la extraña y desesperante salida de la abomi- 3
nable mujerzuela, el médico quedó desconcertado y
desarmado. Sin pensarlo más, en la angustiosa y apre-
miante situación y sin dar lugar a que cierta prepleji-
dad o la misma vacilación en sí pudieran interpretarse
como síntomas de intranquilidad de conciencia, echó
en el acto un buen trago de aquella bebida. El joven 4
ya no tuvo reparo en seguir el ejemplo y, tomando a
su vez la copa, acabó de un sorbo lo que le ofrecían.
Concluida así su misión, el médico se disponía a vol-
ver a casa cuanto antes: tenía prisa por llegar a tiempo
de contrarrestar con un saludable antídoto los fatales
efectos del veneno que acababa de tomar. Con perse- 5
verancia impía por concluir la empresa iniciada, la
truculenta fémina no le permitió despegarse de su
lado ni en la anchura de una uña: «Demos tiempo
decía— a que tu medicamento se asimile y surta sus
efectos». De mala gana, pero harta ya de peticiones y
súplicas, acabó por dejarlo marchar. Entretanto, el 6
mal invisible e implacable había caído por completo
hasta lo más íntimo de las entrañas: ya muy decaído

y en un sopor semiinconsciente, logra llegar a casa
7 con mucha dificultad. Vive lo justo para contarlo todo a su mujer y decirle que reclame al menos la recompensa prometida por el doble atentado; luego, el muy ilustre médico expira entre violentas contorsiones.

27. El joven, por su parte, le había sobrevivido muy poco; entre las lágrimas fingidas y mentirosas de su mujer había corrido la misma suerte fatal. Enterrado ya el joven y transcurridos unos días —los dedicados a cumplir con los muertos las honras fúnebres—, se
2 había presentado la viuda del médico reclamando el importe del doble atentado. Pero la otra, siempre igual a sí misma, matando a la buena fe sin dejar de cubrirse con su sombra, la acoge con cariño, la colma de buenas palabras y promesas, se compromete a pagarle sin demora el precio convenido, con tal que se le proporcione todavía un poquito más de aquella misma pócima para concluir la empresa que traía
3 entre manos. En resumen, la mujer del médico cae en las redes de la negra perfidia y consiente sin reparos; para asegurarse los favores de la rica señora, se va corriendo a casa y le trae en el acto el gran frasco metálico con todo su mortífero contenido. La criminal, bien abastecida de material para atentados, dilató a sus anchas el campo de su actuación sangrienta.

28. Tenía una hija, todavía muy niña, del marido que acababa de matar. Como legalmente debía recaer sobre esa pequeña toda la herencia paterna, la madre, sin poder resignarse a ello, quería poner fin a los días de su hija y entrar así en posesión de todo su patri-
2 monio. Convencida de que una madre con tal de sobrevivir a su hijo, aunque haya mediado el crimen, es siempre su heredera, adopta ahora como madre la misma actitud que antes había adoptado como esposa:

organiza un banquete de circunstancia y mata a la vez,
con el mismo veneno, a la esposa del médico y a su
propia hija. Ahora bien, la niña, de menor resistencia, 3
como delicada y tierna criatura, acusó al instante en
sus entrañas los mortíferos efectos del veneno; la
mujer del médico, en cambio, al sentir el execrable
líquido que, como huracán devastador, le cortaba las
vías respiratorias, tuvo tiempo de sospechar la ver-
dad; luego, ya demasiado convencida, por acentuarse
su ahogo, se va directamente a la casa del gobernador,
implora a grandes gritos su protección y suscita un
tumulto popular; ha de revelar tales monstruosidades,
según dice, que el gobernador, sin vacilar, le abre las
puertas de su casa y le concede audiencia.

Apenas había empezado a narrar los pormenores 4
de todas las atrocidades cometidas por aquella mujer
sanguinaria, cuando de pronto se nubla su mente y
le coge un desmayo: sus labios semiabiertos hasta
entonces se cierran con rigidez, sus dientes se entre-
chocan y emiten un prolongado castañeteo hasta que
cae sin vida ante los mismos pies del gobernador. El
magistrado, persona de gran experiencia, sin dar tiem- 5
po a que, por inacción, se enfriaran los ánimos ante
los múltiples crímenes de esa peligrosa víbora, manda
traer inmediatamente a sus asistentes de cámara y a
fuerza de torturas les sonsaca la verdad. La culpable,
aunque más se merecía, a falta de otro suplicio pro-
porcionado a su maldad, fue simplemente condenada
a las bestias.

29. He ahí la mujer con quien yo debía casarme pública y solemnemente; grande era mi angustia y mi incertidumbre al ver llegar la fecha del espectáculo. Más de una vez sentí la tentación de matarme antes de sufrir el contacto ignominioso de esa mujer criminal o la infamia degradante de la pública exhibición.

Pero privado de mis manos y mis dedos de hombre, sólo con un casco esférico y desgastado, me resultaba totalmente imposible desenvainar una espada.
2 Una leve esperanza me aliviaba en el colmo de mis desgracias: ya apuntaba la primavera que lo esmaltaba todo de floridos capullos y vestía los campos de esplendorosa púrpura; reventando sus fundas espinosas y destilando su delicioso perfume, pronto brotarían las rosas que podrían devolverme mi primitiva personalidad de Lucio.

3 Ya había llegado no obstante la fecha fijada para la fiesta. Me llevan hasta el recinto de las graderías, seguido de una multitud desbordante de entusiasmo. Mientras dura la actuación de los coros que abren el espectáculo, yo me quedo fuera, pastando muy a gusto el frondoso verde que crecía en la misma entrada; de vez en cuando, recreaba mi curiosidad mirando por la puerta abierta de par en par. El cuadro escé-
4 nico era una maravillosa perspectiva. Jóvenes de ambos sexos, en la flor de los años, todos ellos de notable hermosura y lujosamente ataviados, avanzaban con expresivos gestos, como bailando la pírrica griega[107]. En sabia ordenación y graciosas evoluciones, tan pronto representaban una rueda en movimiento como desfilaban formando los anillos de una cadena o se agolpaban en compacto pelotón cuadrangular para
5 separarse luego en dos escuadras. En cuanto un toque de trompeta anunció el final de ese número y disolvió la complicada formación del conjunto, desapareció el telón y se retiraron los bastidores para dar paso al decorado de la escena.

---

[107] La «pírrica griega» era una danza guerrera; se atribuía su invento a Pirro, que la ejecutó por vez primera ante la tumba de Patroclo, el íntimo amigo de su padre.

30. Era una montaña de madera que recordaba
el célebre monte Ida, cantado por el poeta Home-
ro. De dimensiones gigantescas, se habían plantado
en él enramadas y verdaderos árboles de hoja pe-
renne; la mano del artista había hecho brotar en su
cumbre una fuente que derramaba agua a raudales.
Un hatajo de cabras pacían el tierno césped; un joven 2
representaba al pastor frigio Paris: llevaba una her-
mosa túnica y manto oriental colgando a su espalda
con abundante vuelo; una tiara de oro cubría su cabe-
za; y hacía como que guardaba el ganado. De pronto 3
aparece un jovencito muy llamativo, desnudo, o, mejor
dicho, con una clámide de efebo que sólo le cubría
el hombro izquierdo; su rubia cabellera atraía todas 4
las miradas, y de entre sus rizos sobresalían unas ali-
tas de oro dispuestas con perfecta simetría; su varita
permite reconocer en él a Mercurio. Se adelanta bai- 5
lando, con una manzana de oro en la mano derecha,
y la entrega al joven que hacía el papel de Paris; le
da a entender por señas el mensaje de Júpiter y, reti-
rándose en seguida con gracioso ademán, desaparece.
Viene luego una joven de aspecto majestuoso; re- 6
presentaba el papel de Juno. Una diadema blanca
ceñía su cabeza; además llevaba un cetro. De pronto 7
salió otra en la que era fácil reconocer a Minerva por
el casco resplandeciente que cubría su cabeza y por
la corona de olivo que, a su vez, envolvía el casco;
iba con el escudo en alto y blandiendo la lanza en su
conocida actitud de combatiente[108].

31. Tras ellas apareció una tercera: su hermosura deslumbrante, la gracia y el color sobrenatural de su tez permiten reconocer en ella a Venus, pero una

[108] Es su actitud habitual en las representaciones iconográficas.

Venus todavía virgen. Su cuerpo proclama la belleza
y perfección de un escueto desnudo; es cierto que
una leve gasa de seda difumina sus secretos juveniles;
2 pero el viento, un tanto curioso al soplo del amor, tan
pronto oreaba caprichosamente ese velo para dejar
visible la flor de los años, como lo ceñía con imperti-
nencia al cuerpo para marcar la voluptuosa línea de
sus miembros. Había un sensible contraste de colores
en la aparición de la diosa: sobre la blancura inmacu-
lada de su cuerpo bajado del cielo destacaba el azul
de su manto oriundo del seno de los mares.

3 Cada una de las jóvenes, en su papel de diosas,
tenía su correspondiente séquito. Cástor y Pólux acom-
pañaban a Juno; llevaban en la cabeza un yelmo
ovoide[109] con resplandeciente cimera de estrellas[110];
también los dos hermanos eran actores muy jóvenes.
4 Esta Juno avanza a los acordes variados de la flauta
jónica, con gravedad, sin afectación, y, con noble
mímica, promete al pastor Paris que, si él le asigna
el premio de la hermosura, ella le concederá el im-
5 perio sobre todo el ámbito de Asia. La que con su
atuendo guerrero figuraba a Minerva, iba escoltada
por dos jóvenes, guardaespaldas de la diosa comba-
tiente, el Terror y el Pánico: éstos iban dando saltos
con las espadas desenvainadas. Detrás seguía un flau-
tista que, en melodía doria, tocaba un himno gue-
rrero: armonizando tonos graves con notas agudas,
como las de una trompeta, animaba la danza enérgica

---

109 Cástor y Pólux (los Dioscuros) llevan el yelmo ovoide en recuerdo del huevo de Leda, su madre, a quien Zeus sedujo metamorfoseándose en cisne.

110 «La cimera de estrellas» alude a la constelación que lleva el nombre de Cástor y Pólux (*Gémini*, es decir, «los Gemelos»); dicha constelación era bien conocida de los navegantes —porque les servía de orientación— y dio lugar a la veneración de los Dioscuros como divinidades protectoras de la navegación.

y movida. Minerva agita la cabeza, lanza miradas ame- 6
nazadoras y, con una mímica rápida y complicada, da
a entender a Paris que si él le concede la palma de
la hermosura, ella hará de él un héroe ilustre por sus
trofeos de guerra.

32. He aquí ahora a Venus: se lleva todas las
simpatías del público; se detiene en el mismo centro
del escenario, encantadora y sonriente, rodeada de
todo un pueblo de bulliciosos chiquillos: al ver sus
cuerpecitos rechonchos y blancos como la leche, se
diría que eran auténticos cupidos escapados en aquel
instante del cielo o del mar; sus alitas, sus minúscu-
las saetas y todo el disfraz en su conjunto estaba ma-
ravillosamente adaptado a su papel; y, como si su
reina tuviera que asistir a un banquete nupcial, ellos
iban delante iluminando sus pasos con el resplandor
de sus antorchas. Luego, desfilaba un bello enjambre 2
de muchachas solteras; eran, de un lado, las Gracias
con toda su gracia; y de otro lado, las Horas con toda
su hermosura: todas ellas iban sembrando guirnaldas
y pétalos de flores deshojadas en honor de la diosa;
formaban el más lindo de los coros ofreciendo a la
reina de las delicias todas las galas de la primavera.
Ahora unas flautas de múltiples orificios lanzan al aire
suaves melodías lidias, deliciosas caricias para el cora- 3
zón del auditorio; pero mucho más delicioso fue ver
a la propia Venus animarse poco a poco: primero,
sin prisas, es un paso lento y una ligera ondulación
del busto, que insensiblemente se va transmitiendo a
la cabeza. Sus delicados movimientos siguen el compás
de la dulce melodía de las flautas; tan pronto sus
vivas pupilas se velan suavemente como lanzan mi-
radas abrasadoras; a veces, lo único, que baila en
ella son los ojos. En cuanto llegó a presencia del 4
juez, el ademán de sus brazos parecía prometer que,

si ella triunfaba sobre las otras diosas, concedería a Paris una esposa encantadora, tan hermosa como lo era ella misma. En aquel instante, el joven frigio, con mil amores, entrega a la muchacha, como prenda de victoria, la manzana de oro que llevaba en la mano.

33. ¿Por qué os sorprende, vilísimos meollos, o mejor dicho, borregos forenses, o más exactamente, buitres con toga, por qué os sorprende que los jueces de hoy, todos sin excepción, vendan a precio de oro sus sentencias, cuando ya en los orígenes del mundo hubo corrupción por favoritismo en un litigio entre dioses y mortales? ¡Y era la primera sentencia, de un juez además propuesto por el gran Júpiter, con toda su sabiduría! Pues bien, el campesino, el pastor, por satisfacer un capricho amoroso, vendió la justicia, aunque ello arrastrara la ruina de toda su estirpe. Y, por
2 Hércules, se repite el caso en otros juicios posteriores celebrados entre los más ilustres capitanes aqueos: por ejemplo, cuando falsas acusaciones hacen que se condene por delito de traición al sabio y valeroso Palamedes; cuando, ante el gran Áyax, guerrero de sin igual bravura, se da la palma del valor al mediocre Ulises. Y ¿cómo calificar aquel juicio que emitieron ante los atenienses sus agudos legisladores y sus maes-
3 tros en toda clase de ciencia? ¿No hubo un anciano con doctrinas divinas, proclamado por el dios de Delfos como el más sabio de los mortales, que sucumbe ante la intriga y envidia de una abominable facción? [111]. Acusado de corromper a la juventud, cuando en realidad moderaba sus impulsos, ¿no murió condenado a beber el jugo de una planta venenosa? Ello constituye para sus ciudadanos una mancha de eterna ignominia, pues aun hoy día hay eminentes filósofos que

111 Alusión al juicio y muerte de Sócrates.

profesan su sublime doctrina y juran por su nombre
en inmenso afán de felicidad.

Bueno, no quiero que nadie me eche en cara este 4
arrebato de indignación y diga en su interior: «¿Vamos
a aguantar ahora a un burro dando lecciones de filo-
sofía?». Por lo cual volveré a la escena que dejé inte-
rrumpida.

34. Concluido el juicio de Paris, Juno y Minerva,
igualmente contrariadas y enfadadas, se retiran del
escenario manifestando por sus gestos la indignación
que les causaba el fracaso. Venus, en cambio, satisfe-
cha y sonriente, exteriorizaba su alegría bailando con
todo su séquito. Al momento, desde la cumbre de la 2
montaña, por un conducto invisible, se elevó por los
aires una cortina líquida: era azafrán diluido en vino,
que luego caía en forma de lluvia perfumada sobre
las cabras que pacían por los alrededores, dando lugar
a un precioso cambio: por efecto de las salpicaduras,
sus vellones, de por sí blancos, se volvían oro-azafrán.
Cuando todo el teatro se vio inundado de suave per-
fume, la montaña de madera desapareció hundiéndose
en las entrañas de la tierra.

Entonces, un soldado sale corriendo por el pasillo 3
central del teatro; a petición del pueblo, iba en busca
de la mujer encerrada en la cárcel pública, mujer
que, como dije anteriormente, estaba condenada a las
bestias por sus múltiples crímenes y a quien ahora
querían casar conmigo en sonada ceremonia. Para dis- 4
poner lo que iba a ser nuestra cámara nupcial, se
preparaba muy primorosamente un lecho con brillan-
tes esmaltes indios, mullido con abundante pluma y
cubierto de floridas sedas. No obstante, sin hablar ya 5
de la vergüenza que me inspiraba tal himeneo público,
ni de la repugnancia que sentía ante el contacto de
aquella mujer manchada de sangre, lo que más me

angustiaba era un presentimiento de muerte; yo me hacía las siguientes reflexiones: «Si en plena escena amorosa soltaran una fiera cualquiera para devorar a la mujer, ese animal no va a ser tan despierto, ni va estar tan adiestrado, ni dominará tanto su apetito como para tirarse sobre la mujer que está a mi lado dejándome a mí tranquilo, por verme libre de condena y de culpa».

35. Así, pues, ya no era el pudor, sino mi propia
vida lo que me inquietaba; ahora bien, mientras mi
instructor atendía a disponer adecuadamente el lecho,
mientras la servidumbre en parte se dedicaba a pre-
parar la cacería y en parte estaba absorta contem-
2 plando el espectáculo, yo daba rienda suelta a mis
pensamientos, sin que nadie se preocupara de vigilar
a un asno tan manso como yo; poco a poco, sin llamar
la atención, me fui acercando a la salida más cercana
3 y escapé galopando a toda velocidad. Después de reco-
rrer seis millas sin parar, llego a Cencreas, ciudad
considerada como la más ilustre colonia de Corinto,
y bañada a la vez por el mar Egeo y el golfo de Saló-
nica. Allí hay un puerto que constituye un refugio muy
seguro para las naves y que se ve siempre muy con-
4 currido. Yo procuré evitar las aglomeraciones, bus-
cando una playa retirada para tumbarme y descansar
sobre la finísima arena, muy arrimado a la orilla para
refrescarme al vaho del oleaje.
5 El carro del sol había traspasado ya la meta del
día, y la tranquilidad de la tarde me había traído la
dulzura de un profundo sueño.

LIBRO XI

Saludable descanso del asno después de su evasión; sale la luna; ferviente plegaria de Lucio y consiguiente aparición de Isis (1-6). — Fiesta de Isis. En la magna procesión, Lucio come las rosas que el sumo sacerdote llevaba en la mano y recobra así su condición de hombre (7-13). — Agradecido, Lucio se pone al servicio de la diosa Isis y se hace iniciar en sus sagrados misterios (14-25). — Lucio sale para Roma: nuevas iniciaciones y entrada del héroe en el colegio sacerdotal de la diosa (25-30).

1. Sobre la hora del primer relevo nocturno[112] me despertó una súbita pesadilla: veo el disco de la luna llena, que en aquel instante salía del seno de las olas irradiando un vivo resplandor. Me sentí al amparo de la sombra, del silencio y del recogimiento
nocturnos; creí además en la augusta diosa y en su 2
soberano poder; me convencí de que su providencia rige a su albedrío los destinos humanos y que, tanto los animales domésticos como las fieras indómitas y hasta la misma naturaleza inanimada, todo subsiste por la divina influencia de su luz y de su bendito beneplácito; pensé que en la tierra, en el cielo o en el mar, los seres vivos se desarrollan con la luna creciente y pierden vitalidad en su menguante; por último,
mo, dado que el destino ya estaba satisfecho con tan- 3

112 Sobre esta expresión del lenguaje castrense, véase nota 79.

tos y tan graves desastres como me había infligido y que, aunque tarde, me ofrecía una esperanza de salvación, decidí implorar la veneranda imagen de la diosa
4 que tenía a la vista. Me sacudo en seguida de encima el sopor y la pereza; me levanto alegre y decidido; con ansias de purificarme inmediatamente, me tiro al mar, hundo la cabeza bajo el agua por siete veces, ya que ese número es el más adecuado a cualquier rito, según el divino Pitágoras. Luego, con lágrimas en los ojos dirijo a la diosa omnipotente la siguiente súplica:

2. «Reina del cielo[113]:

ya seas la Ceres nutricia, madre inventora de las mieses, que en la alegría de encontrar de nuevo a tu hija enseñaste a los hombres a dejar como pasto de animales la antigua bellota, para comer alimentos más agradables, y que ahora habitas los fértiles campos de Eleusis;

ya seas la Venus celestial, que, en los primeros días del mundo, uniste los sexos opuestos dando origen al Amor para perpetuar el género humano en una eterna procreación, y que ahora recibes un culto en el santuario de Pafos entre las olas;

2 ya seas la hermana de Febo, que, aliviando con solicitud a las parturientas, has alumbrado tantos pueblos, y que ahora te ves venerada en el ilustre templo de Éfeso;

---

113 Aquí nos ofrece Apuleyo un bello modelo del *carmen sacrum*, composición religiosa intermedia entre la forma poética y la prosa, de la que quedan abundantes muestras como el *Carmen* de los hermanos Arvales (*Carmina Epigraphica* 1), el *Carmen* de Catón (*Agricultura* 141), los muchos que transcribe Tito Livio (por ejemplo, VIII 9, 6), Macrobio (*Saturnales* III 9, 9), etc.

ya seas la terrible Prosérpina, la de los aullidos
nocturnos, la de la triple faz, que reprimes la agresi-
vidad de los duendes, cierras sus prisiones subterrá-
neas, andas errante por los bosques sagrados y te
dejas aplacar por un variado ritual;

tú, que con tu pálida claridad iluminas todas las 3
murallas, con la humedad de tus rayos das vigor y
fecundidad a los sembrados y en tu marcha solitaria
vas derramando tenues resplandores;

sea cual fuere el nombre, sea cual fuere el rito,
sea cual fuere la imagen que en buena ley hayan de
figurar en tu advocación,

tú, asísteme en este instante colmado de desventuras, 4
tú, consolida mi tambaleante suerte,
tú, pon término a mis crueles reveses
y dame la paz.
Basta ya de fatigas,
basta ya de peligros.
Despójame de esta maldita figura de cuadrúpedo;
devuélveme a mi familia,
devuélveme mi personalidad de Lucio,
y si alguna divinidad ofendida me persigue con su implacable cólera,
séame al menos lícito morir, ya que no me es lícito vivir».

3. Después de explayarme así en súplicas salpica-
das de sentidos lamentos, me vuelve la modorra y
sucumbo, como presa del sueño, en el mismo sitio y
en el mismo lecho. Apenas había cerrado los ojos, he 2
aquí que, del seno de las aguas, surge un divino rostro
cuya mirada infundiría respeto a los mismos dioses;
luego, poco a poco, salió el cuerpo entero; agita vio-
lentamente las aguas y se planta inmóvil ante mis ojos.
¡Qué maravillosa aparición! Trataré de daros una idea, 3
suponiendo que la pobreza del lenguaje humano o la

propia divinidad quieran hacer posible la descripción suministrándome todos los recursos de la más expresiva oratoria.

4 En primer lugar su rica y larga cabellera, un tanto
rizada, caía suavemente sobre su escote divino en on-
dulaciones sueltas y dispersas. Una corona de variadas
clases de flores e irregularmente dispuestas ceñía,
como remate, su cabeza; en su centro y coincidiendo
con la frente había un disco plano que, como un espe-
jo, o mejor dicho, cual luna simbólica, reflejaba una
5 blanca claridad. A derecha e izquierda, el disco des-
cansaba sobre las anillas de unas víboras a punto
de incorporarse, y para mayor realce colgaban por
encima unas espigas como atributo de Ceres. Su túni-
ca multicolor, de un finísimo lienzo, pasaba del más
esplendoroso blanco al oro del azafrán más florido,
y luego al más vivo granate de la rosa. Pero lo que
ante todo y sobre todo deslumbraba mis ojos, era su
manto de un oscuro tan intenso que irradiaba reflejos
de puro negro. Ese manto envolvía su busto pasando
bajo el hombro derecho y cubriendo el izquierdo a
manera de escudo; uno de sus extremos caía en artís-
ticos pliegues hasta rematarse en su orla inferior con
unos graciosos flecos.

4. Todo el remate bordado y hasta el lienzo de
fondo estaba sembrado de radiantes estrellas, y, en
el centro de ese firmamento, una luna llena despren-
día rayos de fuego. Ello no impedía, sin embargo, que
sobre el vuelo del insigne manto se hubiera añadido
un nuevo bordado con una corona integrada por toda
2 clase de flores y de frutas. Los atributos que llevaba
la diosa eran muy diversos: en la mano derecha tenía
un sistro de bronce cuya plancha fina y moldeada a
manera de cinturón circundaba unas varillas que al
ritmo de la triple cadencia de su brazo emitían un

sonoro tintineo. De su mano izquierda colgaba una 3
naveta de oro, a cuya asita, en su parte más saliente, servía de remate un áspid con el cuello en alto y extraordinariamente hinchado. Sus divinos pies llevaban como calzado unas sandalias confeccionadas con hojas de palmera, el árbol de la victoria.

Tal era la estampa y empaque sobrecogedor de la diosa, cuando, exhalando aromas de la Arabia Feliz, se dignó dirigirme la palabra:

5. «Aquí me tienes, Lucio; tus ruegos me han conmovido. Soy la madre de la inmensa naturaleza, la dueña de todos los elementos, el tronco que da origen a las generaciones, la suprema divinidad, la reina de los Manes, la primera entre los habitantes del cielo, la encarnación única de dioses y diosas; las luminosas bóvedas del cielo, los saludables vientos del mar, los silencios desolados de los infiernos, todo está a merced de mi voluntad; soy la divinidad única a quien venera el mundo entero bajo múltiples formas, variados ritos y los más diversos nombres. Los frigios, pri- 2
meros habitantes del orbe, me llaman diosa de Pessinonte y madre de los dioses; soy Minerva Cecropia para los atenienses autóctonos; Venus Pafia para los isleños de Chipre; Diana Dictymna para los saeteros de Creta; Prosérpina Estigia para los sicilianos trilingües; Ceres Actea para la antigua Eleusis; para unos 3
soy Juno, para otros Bellona, para los de más allá Rhamnusia; los pueblos del Sol naciente y los que reciben sus últimos rayos de poniente, las dos Etiopías y los egipcios poderosos por su antigua sabiduría me honran con un culto propio y me conocen por mi verdadero nombre: soy la reina Isis. He venido 4
por haberme compadecido de tus desgracias; heme aquí favorable y propicia. Déjate ya de llorar, pon fin a tus lamentos, desecha tu pesimismo; ahora, por mi

providencia, empieza a amanecer el día de tu salvación. Presta, pues, religiosa atención a las órdenes que te voy a dar.

5 »Desde los tiempos más remotos la piedad ha puesto bajo mi advocación un día[114]: es el día que nacerá de esta noche, día en que amainan los temporales del invierno, se calman las olas del proceloso mar, vuelve a ser posible la navegación, y mis sacerdotes me consagran una nave recién construida como para ofrecerme las primicias del tráfico. Has de esperar esa ceremonia sin impaciencias ni ilusiones profanas.

6. »Pues yo daré instrucciones al sacerdote para que ate una corona de rosas al sistro que él ha de llevar en la mano derecha durante el solemne ritual.
2 Así, pues, sin titubear, te abrirás paso entre la multitud e irás con todo fervor a formar en mi séquito; cuenta con mi beneplácito. Cuando estés bien cerca, muy devotamente, como si fueras a besar la mano del sacerdote, das un mordisco a las rosas y al punto te quitarás de encima el pellejo de ese maldito animal
3 que, ya hace tiempo, me resulta inaguantable. No te asustes ni consideres difícil ninguna de mis recomendaciones. Pues en el mismo instante que te estoy hablando a ti, me estoy apareciendo, en sueños, a mi sacerdote para decirle lo que ha de hacer después.
4 Según mis instrucciones, la densa masa del pueblo se retirará para dejarte paso; ante la alegría del ritual y la espectacularidad de la fiesta, nadie se escandalizará del horrible disfraz que llevas encima, nadie pensará mal ni tendrá la malicia de acusarte al ver la repentina metamorfosis.

---

114 El 5 de marzo, fecha en que se reanudaba la navegación en el Mediterráneo. La «barca de Isis» inauguraba la temporada.

»Pero has de recordar ante todo (y sea ésta una 5
convicción grabada para siempre en el fondo del corazón) que el resto de tus días, hasta exhalar el último suspiro, te debes a mi servicio. Es justo que si alguien te hace el favor de devolverte tu puesto entre los hombres, tú te consideres deudor suyo toda la vida.
Por lo demás, tu vida será feliz y gloriosa bajo mi 6
amparo, y cuando, llegado al término de tu existencia, bajes a los infiernos, también allí, en el hemisferio subterráneo, como me estás viendo ahora, volverás a verme brillante entre las tinieblas del Aqueronte y soberana en las profundas moradas del Estigio; y tú, aposentado ya en los campos Elisios, serás asiduo
devoto de mi divinidad protectora. Y si tu escrupu- 7
losa obediencia, tus piadosos servicios y tu castidad inviolable te hacen digno de mi divina protección, verás también que sólo yo tengo atribuciones para prolongar tu vida más allá de los límites fijados por tu destino».

7. Aquí terminó el oráculo venerando y se desva-
neció la imagen de la invicta divinidad. Al punto me 2
desvelo por completo entre el temor y la alegría; acto seguido, inundado de abundante sudor, me pongo en pie profundamente admirado ante la clarísima aparición de la poderosa divinidad, corro a bañarme en las aguas del mar y, sin pensar más que en sus augustos mandatos, iba repasando punto por punto sus
recomendaciones. De pronto, en cuanto se disiparon 3
las sombras de la oscura noche y apuntaron los áureos rayos del sol, he aquí que, como un día de romería y de verdadero triunfo, grupos animados discurren por doquier y llenan todas las calles. Con tanta alegría, unida a la mía propia, el mundo entero me parecía rebosar felicidad: toda clase de animales, todas las familias y hasta el aire que se respiraba me daban

4 una impresión de paz y satisfacción. A la bruma de
la víspera había sucedido de pronto un día claro y apa-
cible: hasta las avecillas, con sus trinos bajo el deli-
cioso y templado aliento primaveral, entonaban armo-
niosos conciertos para regalar el oído con dulces me-
lodías a la madre de los astros, creadora de las esta-
5 ciones y reina del universo entero. Más todavía: hasta
los árboles, tanto los fecundos frutales como los que
se conforman con darnos el producto estéril de su
sombra, todos se desarrollaban al soplo del Austro,
se engalanaban con los brotes de nuevos pimpollos y
susurraban leves murmullos moviendo suavemente
sus brazos. Había cesado el rudo fragor de las tor-
mentas, el mar había calmado la furia turbulenta de
su oleaje y besaba la arena en suave ondulación.

Y el cielo se había quitado su velo de bruma e irradiaba en su natural pureza toda su transparente luminosidad.

8. Ya desfilan, a paso lento, en cabeza de la so-
lemne comitiva y abriéndole paso, los bellísimos dis-
fraces votivos que cada cual se ha amañado a su
2 gusto. Uno llevaba un correaje y hacía de soldado;
otro, con su capa, sus polainas y sus venablos, hacía
de cazador; un tercero llevaba zapatos dorados, bata
de seda y un aderezo de valiosas joyas; su peluca
postiza y su movimiento de caderas completaban el
3 disfraz femenino. Otro llamaba la atención con sus
rodilleras, su escudo, su casco y su espada: parecía
salir de la escuela de gladiadores. Había quien, pre-
cedido por los fascios y vestido de púrpura, hacía
de magistrado; y quien, con un manto, un bastón,
unas sandalias de fibra vegetal y una barba de macho,
hacía de filósofo. Había un cazador de pajaritos con
cañas y liga, y un pescador con otra clase de cañas
4 y anzuelos. También vi una osa mansa: iba en litera,

disfrazada de dama distinguida; un mono con un gorro de paño, con vestido amarillo a la moda frigia y con una copa de oro en la mano recordaba al pastor Ganimedes; un asno al que habían aplicado un par de alas caminaba junto a un viejo achacoso: querían ser respectivamente Belerofonte y Pegaso: ambos daban mucha risa [115].

9. Entre estas diversiones y algaradas populares
de libre organización, ahora emprendía la marcha la
verdadera procesión de la diosa protectora. Unas mu- 2
jeres con vistosas vestiduras blancas, con alegres y
variados atributos simbólicos, llenas de floridas coro-
nas primaverales, iban caminando y sacando de su
seno pétalos para cubrir el suelo que pisaba la sagra-
da comitiva. Otras llevaban a su espalda unos bri-
llantes espejos vueltos hacia atrás: en ellos la diosa
en marcha podía contemplar de frente la devota mul-
titud que seguía sus pasos. Algunas llevaban peines 3
de marfil y con gestos de sus brazos y movimiento de
los dedos parecían arreglar y peinar a su reina. Entre
ellas las había que, como si gota a gota perfumaran
a la diosa con bálsamo y otras materias olorosas, inun-
daban de aromas las calles. Además, una gran mul- 4
titud de ambos sexos llevaban lámparas, antorchas,
cirios y toda clase de luces artificiales para atraerse
las bendiciones de la madre de los astros que brillan
en el cielo. Seguía, en deliciosa armonía, un conjunto
de caramillos y flautas que tocaban las más dulces
melodías. Detrás venía un coro encantador, integrado 5
por la flor de la juventud con su traje de gala, tan
blanco como la nieve: iban repitiendo un himno pre-
cioso, letra y música de un poeta mimado por las
Musas: la letra contenía ya como una introducción

[115] Cf. nota 76.

6 a los votos más solemnes. Formaban en el cortejo
los flautistas consagrados al gran Serapis[116], que con
su instrumento *lateralmente dispuesto* y apuntando
al oído derecho, repetían el himno propio del dios y
de su templo. Independientemente estaba el nutrido
grupo de quienes chillaban porque se dejara paso libre
a la piadosa comitiva.

10. Entonces llega la riada masiva de los iniciados
en los divinos misterios: hombres y mujeres de todas
las clases sociales, de todas las edades, flamantes por
la inmaculada blancura de sus vestiduras de lino.
Ellas llevaban un velo transparente sobre sus cabellos
profusamente perfumados. Ellos, con la cabeza com-
2 pletamente rapada, lucían la coronilla, como astros
terrestres de gran veneración. Sus sistros de bronce,
de plata y hasta de oro formaban una delicada or-
questa. Los pontífices sagrados, como grandes perso-
najes, iban enfundados en blancos lienzos que les
ceñían el pecho y les caían sin vuelo ninguno hasta
los pies; llevaban los símbolos augustos de los dioses
3 todopoderosos. El primero sostenía una lámpara de
gran luminosidad, pero que no recordaba en nada las
que iluminan nuestras comidas vespertinas: era una
naveta de oro, que en el centro de su cubierta echaba
4 una abundante llama. El segundo, de igual indumen-
taria, sostenía con ambas manos un altar, es decir,
un altar «del Amparo», pues debe su nombre específico
a la auxiliadora providencia de la diosa soberana. El
tercero llevaba una palma de oro artísticamente for-
5 jada y además el caduceo de Mercurio. El cuarto
exhibía el símbolo de la justicia, esto es, *la palma*
de la mano izquierda completamente abierta: por su

[116] Divinidad egipcia identificada con Osiris, el marido de Isis.

peculiar torpeza, su absoluta inhabilidad para trucos de prestidigitación, parecía ser más apta que la dere-
cha para representar a la Justicia; también llevaba un 6
pequeño vaso de oro, moldeado en forma de tetina [117]; con ese vaso iba haciendo libaciones de leche. Un quinto ministro llevaba una zaranda de oro llena de ramitas de oro; y el sexto iba cargado con una ánfora.

11. Inmediatamente detrás, accediendo a caminar sobre piernas humanas, marchan ahora los dioses. El primero, de aspecto sobrecogedor, era el gran mensajero que enlaza el cielo y el infierno: rostro negro o dorado [118], pero ciertamente sublime, sobre su largo y erguido cuello de perro; se llama Anubis; lleva un caduceo en la mano izquierda y agita con la derecha
una palma verdosa. Le iba a la zaga una vaca levan- 2
tada en ancas; esa vaca, símbolo de la fecundidad, encarnaba a la diosa como madre universal; iba apoyada a la espalda de un santo sacerdote que la sostenía sin perder su hierática compostura. Otro sostenía la cesta de los misterios: guardaba celosamente en su interior los secretos de la sublime religión. Otro
llevaba sobre su bienaventurado corazón la venerable 3
imagen de la divinidad suprema, sin encarnarla ya en forma de un animal doméstico, de un ave, de una fiera, ni tampoco de un ser humano; por un ingenioso descubrimiento, cuya novedad en sí ya inspiraba respeto, ideó un símbolo inefable para esa religión en-
vuelta en el mayor y más misterioso secreto: se acudió 4
a la forma material —en oro puro— de una pequeña urna muy artísticamente vaciada, de fondo perfectamente esférico y cuyo exterior iba decorado con mara-

[117] Símbolo de la fecundidad de la naturaleza o de la Madre Isis.

[118] El doble color (oro y negro) corresponde al doble carácter de su poder, que se extiende al Cielo y al Infierno.

villosas figuras del arte egipcio. Su orificio de desagüe, no muy alto, se prolongaba por un caño a modo de largo chorro; del lado opuesto sobresalía en amplia curva el contorno del asa, a cuyo vértice iba anudado un áspid con la cabeza muy erguida y el dilatado cuello todo erizado de escamas.

12. Ahora veo llegar la gracia que mi divina protectora me había prometido: con mi destino y mi vida en la mano, se acerca el sacerdote, precisamente en la actitud que anticipadamente me había descrito la divina anunciación: para la diosa, traía un sistro en la mano derecha, y para mí, una corona, corona bien merecida por cierto, ya que, con tantas y tan rudas pruebas como había aguantado, con tantos peligros como había corrido, ahora la gran diosa, en su providencia, me concedía la victoria sobre la Fortuna que
2 tan encarnizadamente me había perseguido. No obstante, sin dejarme llevar de una súbita alegría ni de un arrebato precipitado, con la debida cautela para que la imprevista irrupción de un cuadrúpedo no perturbara el orden pacífico de la ceremonia religiosa, a marcha lenta, midiendo las pisadas como lo haría una persona, muy poco a poco y de refilón, me fui deslizando insensiblemente entre la multitud, que, por evidente inspiración divina, me iba dejando paso.

13. Ahora bien, el sacerdote, aleccionado por el oráculo nocturno —como pude comprobar— y maravillado de ver las circunstancias adaptarse con tanta precisión a la misión que se le había confiado, se detuvo de pronto y, alargando por propio impulso la mano derecha, colocó la corona al alcance de mi hoci-
2 co. Yo, entonces, temblando de emoción, con el pulso acelerado y el corazón palpitante, me tiré sobre aquella corona de frescas y llamativas rosas, y ansioso de ver

realizarse la promesa, las tragué de un bocado. No salí 3
defraudado por la celestial promesa: al punto se esfu-
maron las horribles apariencias de animal que me
envolvían. Empezó por caerme el basto pelambre; se
me afina luego la recia piel, me desaparece la obesi- 4
dad abdominal, los cascos de los pies dan paso a unos
dedos con uñas, mis manos ya no son pies y se pres-
tan a las funciones de miembros superiores, mi largo 5
cuello recobra sus debidas proporciones, mi rostro y
mi cabeza se redondean, mis enormes orejas vuelven
a su reducido tamaño primitivo, aquellos dientes que
parecían cascotes recobran proporciones humanas, y
de aquella cola que antes era mi mayor suplicio...
¡no había ni rastro! El pueblo no vuelve de su asom- 6
bro, las almas piadosas adoran a la divinidad que ha
manifestado tan claramente su supremo poder y cuya
grandeza iguala la fantasía de las visiones nocturnas;
todos pregonan a voz en grito y sin discrepancias lo
fácil que ha sido la metamorfosis; todos tienden los
brazos al cielo, como testigos del insigne favor de la
diosa.

14. Yo, estupefacto, atónito, sin decir palabra e
inmóvil, no podía con la felicidad tan repentina y tan
completa que sentía. Ante todo, ¿qué podría decir y
cómo empezar? ¿De dónde sacaría un exordio para 2
estrenar mi voz? ¿Qué palabras serían de feliz augurio
con ocasión de haber recobrado el lenguaje? ¿Qué
términos serían bastante elocuentes para expresar mi
agradecimiento a la augusta diosa?

El propio sacerdote, bien enterado, por divina ins- 3
piración, de toda la serie de mis desgracias, aunque
no por ello menos conmovido él también ante el in-
signe milagro, mandó, por gestos, que ante todo se
me diera un manto de lino para cubrirme; pues en 4
cuanto el asno me había quitado de encima su nefando

envoltorio, yo me había encogido y aplicado las manos
estrechamente como velo natural para cubrir mi des-
nudez en la medida de lo posible.
5 Entonces, uno de los que integraban la piadosa
escolta se quitó sin vacilar su túnica exterior y me
la echó instantáneamente encima. Después de esto,
el sacerdote, con ademán de inspirado y expresión
verdaderamente sobrenatural, extasiado en mi presen-
cia, habla en los siguientes términos:

15. «Después de tantas y tan variadas pruebas,
después de los duros asaltos de la Fortuna y de las
más terribles tormentas, por fin, Lucio, has llegado al
puerto de la Paz y al altar de la Misericordia. Ni tu
nacimiento ni tus méritos o tu destacado saber te han
servido nunca de nada; la flor resbaladiza de una
juventud ardiente te ha hecho caer en la esclavitud
de la pasión, y has cosechado la amarga recompensa
2 de una desdichada curiosidad. Pero la Fortuna, con
toda su ceguera y con la pretensión de exponerte a
los más graves peligros, en su imprevisora maldad, ha
guiado tus pasos hacia la felicidad de nuestra religión.
Ahora ya se puede ir, ya puede dar libre curso a su
furor y buscarse otra víctima para saciar su crueldad;
pues las vidas que la majestad de nuestra diosa ha
tomado a su servicio ya no están al alcance de un
3 golpe hostil. Salteadores, fieras, esclavitud, idas y ve-
nidas por los más escabrosos caminos, diarias amena-
zas de muerte, ¿de qué ha servido todo ello a la im-
placable Fortuna? Ahora ya estás bajo la tutela de
una Fortuna [119], pero ésta es clarividente y hasta ilu-
mina a los demás dioses con su esplendorosa luz.
4 Pon ya una cara más alegre, en consonancia con tus

119 *Týchê,* es decir, Fortuna, figura entre las denominaciones de Isis.

blancas vestiduras, y súmate con paso triunfal al cor-
tejo de la divinidad salvadora. Abran sus ojos los
impíos, vean y reconozcan su error: ahí va, libre de
sus pasadas angustias por la providencia de la gran
Isis, ahí va Lucio, feliz y triunfante vencedor de su
destino. No obstante, para mayor seguridad y garantía, 5
alístate en esta sagrada milicia, para la cual hace pocas
horas la diosa requirió tu juramento, conságrate desde
este instante al servicio de nuestra religión y sométete
voluntariamente al yugo de ese ministerio. Pues, cuan-
do hayas entrado al servicio de la diosa, entonces sí
que sentirás las dulzuras de tu libertad».

16. Así habló el inspirado y egregio pontífice con
voz cansada y entrecortada. En cuanto calló, me sumé 2
a la marcha del sacro cortejo, como un asistente más
a la ceremonia. Toda la ciudad me conocía; la gente
me señalaba con el dedo y la cabeza como a un per-
sonaje célebre. Todo el mundo hablaba de mí: «He 3
ahí al que hoy ha recobrado su personalidad humana
por obra y gracia de nuestra augusta diosa. ¡Afortu- 4
nado mortal ciertamente y tres veces feliz el que, por
la inocencia y probidad de su vida anterior, mereció
del cielo tan preclara protección! Ha vuelto a nacer
en cierto modo, y al instante se consagra al servicio
divino».

Entretanto, en medio del tumulto y alegría de la 5
fiesta, fuimos avanzando poco a poco hasta llegar a
orillas del mar y precisamente al sitio en que el día
anterior se había cobijado aquel asno que era yo mis-
mo. De acuerdo con los ritos, allí dispusieron las sa- 6
gradas imágenes. Había una nave construida según
la técnica más depurada; unas maravillosas pinturas
egipcias decoraban su contorno con la mayor variedad.
El sumo sacerdote, después de pronunciar con sus
castos labios las solemnes oraciones, purificó la nave

con toda la pureza de una antorcha encendida, un
huevo y azufre: la puso bajo la advocación de la diosa
7 y se la consagró. Sobre esta nave feliz, flotaba al
viento una lujosa vela con una inscripción bien visible
bordada en letras de oro; esas letras formulaban un
voto por la feliz reanudación de la nueva temporada
8 marinera. Ya se eleva el mástil: un pino bien redon-
deado y majestuosamente plantado, cuyo cabrestante
llamaba grandemente la atención. La popa, rematada
en cuello de oca y revestida de chapas de oro, irra-
diaba brillantes destellos; daba gusto ver toda la quilla
en pulida y reluciente madera de tuya.

9 De pronto, todos los asistentes, tanto los profanos
como los iniciados, traen zarandas llenas de aromas
u ofrendas similares y liban sobre las olas un puré
con leche, hasta que, rebosante la nave de obsequios
y ofrendas votivas de feliz augurio, se sueltan las
amarras que la tenían anclada y, al favor de un viento
suave y propicio, la dejan libre sobre las aguas. La
10 nave se aleja, y, cuando ya no es para nosotros sino
un punto imperceptible en el horizonte, los portantes,
cargando otra vez con los objetos sagrados que cada
cual había traído, emprenden, alegres, el regreso al
templo con el mismo ceremonial y adecuada solem-
nidad.

17. Cuando llegamos a la entrada del templo, el
sumo sacerdote, con los portantes de las sagradas
imágenes que le precedían y los que llevaban mucho
tiempo iniciados en los sacros misterios, entran en el
camarín de la diosa y colocan en su sitio las imágenes
2 llenas de vida. Entonces, uno de ellos, a quien todos
llamaban el escriba, de pie ante la puerta, convocó
como para una reunión a la corporación de Pastóforos
—tal es el nombre de la sacrosanta cofradía[120]—, e

[120] Sacerdotes egipcios que deben su nombre a las «horna-

inmediatamente, desde un elevado púlpito, leyó en un 3
libro oraciones por la felicidad del gran emperador,
del senado, del orden ecuestre y de la totalidad del
pueblo romano, así como también por la de todos los
marineros y las naves que acatan la autoridad de
nuestro Imperio. Termina con la fórmula griega de
ritual, proclamando la apertura de la navegación. Una
aclamación general acogió estas palabras como men- 4
saje de feliz augurio. La gente, desbordando de ale-
gría, traía brotes, ramos, coronas; y, tras besar los
pies de la diosa, cuya estatua de plata descansaba
sobre una gradería, cada uno se vuelve a su casa. Yo,
en cambio, no podía pensar en apartarme un tanto 5
así de aquel lugar; en presencia de la diosa y con los
ojos fijos en su imagen, repasaba en mi recuerdo todas
mis desventuras pretéritas.

18. Sin embargo, la Fama, sin dar lugar a dilacio-
nes perezosas ni permitir descanso a sus alas, ya
había volado directamente a mi país; allí había divul-
gado el bendito favor que la diosa me había dispen-
sado y también la memorable fortuna que sobre mí
había recaído. Al punto, mis amigos, mis criados y 2
todos mis parientes más próximos se quitan el luto
que se habían impuesto al oír la falsa noticia de mi
muerte, y en su alegría tan grande como inesperada
acuden cargados de regalos diversos para comprobar
sobre el terreno mi regreso de las moradas infernales
a la luz del día.

Animado yo también al ver en mi presencia a tantas 3
personas que daba por perdidas, agradezco en todo
su valor los generosos obsequios de mis familiares,
pues se habían cuidado con notoria previsión de abas-

---

cinas» (*pastos* en griego) que llevaban en andas, con una imagen de Isis instalada dentro.

tecerme generosamente y proporcionarme una decorosa subsistencia.

19. Después de atender a todos con la debida cortesía y de contarles brevemente tanto mis antiguas desventuras como mi felicidad presente, me vuelvo ante la dulcísima imagen de la diosa. Alquilé unas habitaciones en el recinto del templo para fijar allí provisionalmente mi residencia; tomaba parte, todavía como los simples fieles, en los servicios divinos, siempre unido al colegio sacerdotal y adorador perpetuo
2 de la augusta divinidad. Ni una sola noche ni un solo instante en las horas del descanso dejó la diosa de manifestárseme cara a cara y de darme sus instrucciones. Me repetía una y otra vez cuál era su voluntad: yo estaba predestinado desde antiguo a la iniciación,
3 y ésta no debía diferirse ya por más tiempo. Pero, por mucho que fuera el fervor que me animaba, me retraía un religioso temor: me había informado bien de las dificultades de la santa regla, del rigor de la castidad y continencia, de la prudencia y circunspección que han de rodear a esta vida expuesta a múltiples caídas. Y reflexionando siempre sobre estos puntos, no sé cómo, a pesar de mi celo, iba dando largas al asunto.

20. Una noche creí ver ante mí al sumo sacerdote: me ofrecía el contenido de su manto repleto de cosas; y al preguntarle qué era aquello, me contestó que eran envíos mandados de Tesalia a mi nombre y que también acababa de llegar un esclavo de mi propiedad,
2 llamado Cándido. Al despertarme, daba vueltas y más vueltas en mi pensamiento a aquella aparición: qué significado podía tener aquello, sobre todo dado que yo estaba seguro de no haber tenido nunca ningún
3 criado llamado así. De todos modos, cualquiera que fuera el presagio de mi sueño, me convencí de que la

llegada de aquella partida significaba un indudable
beneficio. Con la impaciencia que supone el estar pen-
diente de un feliz acontecimiento, aguardaba, pues, la
apertura matutina del templo. Las cortinas blancas ya 4
se han corrido hacia los lados y ya estamos adorando
la venerable imagen de la diosa; el sacerdote da la
vuelta a los diversos altares, tributando el culto divino
según las fórmulas consagradas y vertiendo con el vaso
de las libaciones el agua sacada del fondo del san-
tuario: ahora, cumplidas esas ceremonias rituales, se 5
oye el clamor de los fieles que saludan al nuevo día y
anuncian la hora prima. En ese preciso instante llegan 6
de Hipata los servidores que yo había dejado allí
cuando me enredó el funesto error de Fotis [121]. Por
supuesto, habían tenido noticias de mis aventuras y
hasta me devolvían mi antiguo caballo, pues, aunque
había pasado de mano en mano, lo habían reconocido
por una señal que tenía en la espalda y lo habían
recobrado. No acababa de admirar la precisión de mi 7
sueño, pues no sólo era realidad el anuncio de una
ganancia, también lo era la alusión a mi servidor Cán-
dido, con la cual se me anunciaba la devolución de
mi caballo, «cándido» [122] de color.

21. Esta circunstancia redobló mi fervor: cumplía
con toda puntualidad mis deberes religiosos; los favo-
res presentes eran garantía de mis esperanzas para el
futuro; mis ansias por recibir la consagración no po- 2
dían menos que aumentar de día en día. Me presen-
taba con muchísima frecuencia ante el sumo sacerdote,
le pedía con la mayor insistencia la gracia de iniciarme
en los misterios de la sagrada noche. Pero él, como 3
hombre prudente y cumplidor, de proverbial austeri-

[121] Ver *supra*, libro III, capítulos 24 y 25.
[122] Es decir, «blanco».

dad religiosa, me recibía con la bondad y cariño de
un padre que modera los impulsos prematuros de sus
hijos: daba largas a mi impaciencia y al propio tiempo
calmaba mi inquietud con el consuelo de la esperan-
4 za: es la diosa quien, por una manifestación de su
voluntad, señala el día en que uno debe ser iniciado;
asimismo es su providencia quien elige al sacerdote
consagrante y quien da también instrucciones sobre
el presupuesto que ha de destinarse a sufragar los
5 gastos de las ceremonias. Todos nosotros, decía, hemos
de acatar esas disposiciones con exacta sumisión. En
mi caso particular debía estar muy alerta para no
pecar ni por precipitación ni por indocilidad, para
evitar el doble riesgo de no hacerme esperar cuando
se me llamara ni el de adelantarme sin ser convocado.
6 Por otra parte, ningún miembro de su clero estaba tan
loco o tan decidido a morir, como para aventurarse
alegremente, sin recibir órdenes concretas de la diosa,
en una intervención sacrílega y cargar con un pecado
que arrastra a la muerte; efectivamente, la diosa tiene
en su mano tanto las llaves del Infierno como la garan-
7 tía de la salvación; la misma entrega de los iniciados
simboliza una muerte voluntariamente aceptada y una
concesión gratuita de la divinidad para seguir viviendo.

Si, al llegar los mortales al término de la existencia
y traspasar el umbral que separa la luz de las tinie-
blas, hay alguno a quien se pueda confiar tranquila-
mente los augustos secretos de la religión, entonces
la diosa suele tomarlo a su servicio; su providencia
lo hace renacer en cierto modo y lo coloca otra vez
ante un horizonte con nuevas posibilidades de salva-
8 ción. Por consiguiente, también yo debía acatar la
divina voluntad, aunque desde hacía tiempo había
pruebas palpables y evidentes de que la gran divini-
dad se había dignado llamarme y tomarme a su ben-
9 dito servicio. Al igüal que todos los demás iniciados,

ya debía empezar entonces a abstenerme de alimentos profanos e impuros, para llegar antes a participar en los sublimes misterios de la religión más depurada.

22. Así habló el pontífice. La impaciencia ya no
perturbaba mi docilidad; con gran atención, con apa-
cible tranquilidad de espíritu y con ejemplar recogi-
miento asistía puntualmente, día tras día, a las sagra-
das ceremonias del servicio divino. La saludable bon- 2
dad de la augusta diosa no defraudó mi esperanza ni
me infligió el tormento de una larga demora: la diosa,
en la oscuridad de la noche, pero sin ninguna oscuri-
dad en sus manifestaciones, me dio a entender sin
lugar a dudas que había llegado el día tan anhelado
de mi alma en que mi aspiración más ardiente iba a 3
verse realizada. También me fijó el importe que debía
satisfacer para costear las rogativas y el celebrante
que intervendría en la ceremonia: sería Mitra, el sumo
pontífice en persona, pues, según decía la diosa, una
providencial conjunción astral enlazaba su destino con
el mío.

La augusta divinidad reconfortó mi alma con esas 4
instrucciones y otras no menos bondadosas. Sin espe-
rar a que acabara de amanecer, sacudí el sueño y me
fui directamente al despacho del gran sacerdote; pre-
cisamente salía entonces de su habitación; me ade-
lanto a saludarlo. Yo iba más decidido que nunca a 5
reclamar, esta vez como un derecho, mi iniciación en
los misterios. Pero él, anticipándose a hablarme, me
dijo en cuanto me vio: «¡Oh Lucio! ¡Feliz de ti!
¡Dichoso tú, a quien la augusta divinidad se digna
mirar con tanta benevolencia y cariño!». Luego, añade: 6
«¿A qué esperas ahí parado? ¿Habrá alguna indeci-
sión de tu parte? Ha llegado el día que te hacía sus-
pirar con incesante ardor, el día en que mis manos,
a invitación de la diosa de los mil nombres, te intro-

ducirán en las sacrosantas profundidades de nuestros
misterios».
7 Y, colocando sobre mi espalda su mano derecha,
el anciano, bondadosísimo, me acompaña en seguida
hasta la misma puerta del imponente edificio; pro-
cede en la forma ritual a la apertura del templo y
8 celebra el sacrificio matutino. A continuación saca de
un departamento secreto del santuario ciertos libros
cuya escritura es desconocida: en unos hay dibujos
de toda clase de animales y son símbolos de formu-
larios litúrgicos abreviados; en otros hay trazos nudo-
sos, o circulares, ya sea en forma de ruedas, ya de
apretadas y caprichosas espirales para velar el texto
a la curiosidad de los profanos. Leyendo en aquel
libro, me fue diciendo los requisitos indispensables
que debía reunir para proceder a la iniciación.

23. Sin perder tiempo ni reparar en gastos, realizo,
personalmente o por medio de mis amigos, todas las
compras necesarias.

Ya había llegado, según decía el sacerdote, la hora
propicia: me conduce, pues, acompañado de piadosa
escolta, a la piscina cercana; me manda bañarme
como de costumbre, y, después de implorar la protec-
ción divina, completa mi purificación con aspersiones
2 de agua lustral; me acompaña nuevamente al templo
y, transcurridos ya dos tercios del día, me coloca ante
los mismos pies de la diosa para darme en secreto
ciertas instrucciones que el lenguaje humano no puede
revelar; luego, me recomienda en voz alta y ante toda
la asistencia que durante diez días seguidos me abs-
tenga de los placeres de la mesa: no debía probar
3 carne de ningún animal ni beber vino. Observé esa
abstinencia con todo rigor. Por fin llegó el día fijado
para la divina cita. El sol en su declive hacía caer la
4 tarde. He aquí que de todas partes afluyen multitudes

de gente para agasajarme, según rito sagrado tradicional, con variados obsequios. Luego, el sacerdote manda que se alejen todos los profanos, me viste con una túnica de lino por estrenar, y, cogido de la mano, me lleva al mismísimo tabernáculo del templo.

Tal vez, lector estudioso, preguntarás con cierta 5
ansiedad qué se dijo, qué pasó luego. Te lo diría si fuera lícito decirlo; lo sabrías si fuera lícito oírlo. Pero contraerían el mismo pecado tus oídos y mi lengua: impía indiscreción en mi caso, temeraria curiosidad en el tuyo.

No obstante, en atención del probable fondo de 6
piedad que anima tu impaciencia, no quiero atormentarte prolongando tu angustia. Escucha, pues, y ten fe: vas a oír la verdad.

Llegué a las fronteras de la muerte, pisé el umbral 7
de Prosérpina y a mi regreso crucé todos los elementos; en plena noche, vi el sol que brillaba en todo su esplendor; me acerqué a los dioses del infierno y del cielo; los contemplé cara a cara y los adoré de cerca. Ésas son mis noticias: aunque las has oído, estás condenado a no entenderlas. Así, pues, me limitaré a contarte únicamente los detalles que, sin sacrilegio, pueden revelarse a la inteligencia de los profanos.

24. La mañana siguiente, al concluir las ceremonias de ritual, salí revestido con doce túnicas sagradas: por muy santa que sea esa indumentaria, nada me impide hablar de ella, ya que todo discurre entonces ante una nutridísima concurrencia. En el mismo 2
centro de la mansión sagrada y ante la imagen de la diosa, se levantó una tribuna de madera a la que se me mandó subir. Llamaba la atención el fino tejido de lino que me cubría, y sobre todo el florido bordado que lo realzaba. De mi espalda colgaba por detrás hasta los talones una preciosa clámide. Por los cuatro 3

costados lucía el variado colorido de mi bordado con
dibujos del reino animal; aquí había dragones indios,
allí grifos hiperbóreos, cuadrúpedos de otro mundo,
con alas como las aves. Esa prenda es la que, en el
lenguaje de los iniciados, se llama «estola olímpica».
4 En la mano derecha llevaba encendida una gran antor-
cha; una hermosa corona de palmera ceñía mis sienes,
y sus hojas doradas sobresalían alrededor de mi cabeza
como una aureola radial. Revestido así con los atribu-
tos del sol, me colocan como si fuera una estatua;
de pronto, se retiran unas cortinas y empieza el desfile
del pueblo para contemplarme. Después de esta cere-
monia celebré mi feliz nacimiento a la vida religiosa
5 con exquisitos manjares en alegre banquete. El tercer
día se repitió la misma ceremonia, así como el des-
ayuno ritual: con ello se completaron las formalidades
de la iniciación.

Seguí luego allí unos días saboreando a mis anchas
la inefable dicha de la contemplación ante la sagrada
imagen a quien nunca mis servicios podrían agradecer
bastante la protección que me habían dispensado.
6 Pero, por consejo de la diosa, después de pagarle mi
tributo de agradecimiento no con la medida adecuada,
sino con la de mis humildes posibilidades, llegó el día
de pensar por fin en mi regreso al hogar: me era
casi imposible romper los lazos del ardiente cariño
7 que allí me retenía. Me postré ante la sagrada ima-
gen; largo rato enjugué con mi rostro sus pies em-
papados de mis lágrimas; en medio de incesantes
sollozos que interrumpían mi discurso y ahogaban mi
voz, le dije:

25. «¡Oh tú, santo y perpetuo amparo del humano
linaje, alivio siempre generoso de los mortales! Tú
manifiestas el dulce cariño de una madre ante el in-
2 fortunio de los desgraciados. No pasa un día ni una

noche, ni siquiera un breve instante, sin que quede
marcado por tus favores, sin que tu protección cubra
a los hombres en la tierra y en el mar, sin que tu
mano salvadora aleje de ellos las tempestades de la
vida. Tú deshaces la enredada e inextricable trama
del destino, calmas las tormentas de la Fortuna y
compensas el nefasto influjo de las constelaciones. Los
dioses del Olimpo te veneran, te respetan los dioses 3
del Infierno; tú mantienes el mundo en órbita, tú su-
ministras al sol sus rayos de luz, tú riges el universo,
tus plantas pisan el Tártaro. A tu llamada responden 4
los astros, vuelven las estaciones; eres la alegría de
los dioses, la reina de los elementos. Por indicación
de tu voluntad soplan los vientos, se forman los nuba-
rrones, germinan las semillas y se desarrollan los gér-
menes. Ante tu majestad se estremecen las aves que
surcan el cielo, las fieras que andan por los montes,
los reptiles que se esconden bajo tierra y los mons-
truos que nadan por las aguas. ¡Ay! Es muy pobre mi 5
ingenio para celebrar tus glorias, muy corto mi patri-
monio para ofrecerte sacrificios. Mi voz es insuficiente
para expresar los sentimientos que me inspira tu gran-
deza; serían insuficientes mil bocas con otras tantas
lenguas y sus discursos en serie prolongándose incan-
sablemente durante toda la eternidad. Una sola cosa 6
es posible al alma piadosa por pobre que sea, y al
menos en eso seré fiel cumplidor: los rasgos de tu
divino rostro y tu sacratísima imagen tendrán un tem-
plo en el fondo de mi corazón y en mí un adorador
perpetuo».

Tal fue mi oración a la suprema divinidad. Abracé 7
luego al sacerdote Mitra, mi padre desde entonces;
colgado a su cuello y cubriéndolo de besos, le pedía
perdón por no poder corresponder dignamente a tan-
tas atenciones de su parte.

26. Me entretuve largo rato multiplicando los términos que le expresaran toda mi gratitud; finalmente me despido y, con ansias de volver a ver mis lares patrios tras tan larga ausencia, emprendo la marcha por el camino más corto; a los pocos días de estar en casa, por inspiración de la diosa omnipotente, recojo de pronto mis bártulos, me embarco en una nave y
2 salgo con rumbo hacia Roma. Con la feliz coyuntura de vientos favorables, llego muy pronto al puerto de Augusto[123]; desde allí un carro ligero me llevó en un vuelo y, al anochecer, la víspera de los idus de di-
3 ciembre, entraba en la ciudad sacrosanta. Mi preocupación más esencial desde entonces fue la de ofrecer diariamente mi tributo de oraciones a la divina majestad de la reina Isis, a quien llaman la diosa «campestre» por el emplazamiento del templo[124] en que se le tributa piadosa veneración. Yo fui asiduo adorador de su altar; aunque extranjero en el templo, pertenecía por nacimiento a su culto.

4 Después de recorrer su órbita estelar, el gran sol había completado ya un año, cuando he aquí que, una vez más, interrumpe mi sueño la diosa que velaba por mí con solícito cuidado: una vez más me habla de iniciación, una vez más me habla de sagrados misterios. Esperaba con sorpresa a ver lo que pretendía de mí, lo que me diría su oráculo. No podía ser menos, ya que, por mi parte, desde hacía tiempo, me creía iniciado en toda la extensión de la palabra.

27. Pero en parte examinando mis escrúpulos a la luz de mi propio entendimiento, y en parte sometiéndolos al juicio de nuestros sacerdotes, llego a un des-
2 cubrimiento sorprendente, sensacional: yo estaba des-

123 El puerto de Ostia.

124 El templo estaba situado en el Campo de Marte.

de luego iniciado en los misterios de Isis, pero me
faltaba todavía la iluminación que confieren los mis-
terios del gran dios, padre supremo de los dioses,
Osiris, el Invencible. Pues, a pesar de la estrecha rela- 3
ción, o mejor dicho de la unidad esencial de las dos
divinidades y respectivos cultos, hay una diferencia
capital en lo que atañe a la iniciación: por consi-
guiente también yo debía tener conciencia de mis obli-
gaciones al servicio del gran dios.

Mi incertidumbre fue de corta duración. La noche 4
siguiente se me apareció un sacerdote revestido de
lino: traía tirsos, hiedras y ciertas cosas que no se
pueden decir; lo colocó todo ante mis propios lares
y, ocupando el sitial que me correspondía, me anunció
un banquete relacionado con la augusta religión. El
sacerdote, sin duda para darme alguna señal precisa 5
que me permitiera identificarlo, tenía el talón del pie
izquierdo ligeramente desviado; por ello iba despacio
y cojeando. Tan clara manifestación de la voluntad 6
divina disipaba toda mi incertidumbre y oscuridad.
En cuanto concluí mi saludo matutino a la diosa, me
fui fijando con la mayor atención en cada uno de los
sacerdotes para ver si alguno de ellos tenía los anda-
res que yo había visto en sueños. No me defraudó la 7
esperanza. Pronto vi que uno de los Pastóforos tenía
la señal del pie y, además, que su estatura y todo su
aspecto correspondían exactamente con la aparición
nocturna. Después supe que se llamaba Asinio Mar-
celo, nombre claramente relacionado con mi metamor-
fosis. Sin pérdida de tiempo, me voy derecho a su 8
encuentro; por su parte conocía muy bien el asunto
que le iba a exponer, pues una comunicación paralela
a la mía le había mandado proceder a mi consagración.
En efecto, la noche anterior, también él había tenido 9
un sueño: cuando preparaba las coronas para el gran
dios, éste, con aquella boca que dicta el destino de

cada cual, le había anunciado que se presentaría a él un ciudadano de Madaura, muy pobre: debía iniciarlo sin demora en los sagrados misterios; pues su providencia reservaba a ese individuo un gran renombre literario y al propio sacerdote pingües ganancias.

28. De este modo quedaba en firme mi compromiso para la iniciación; pero la escasez de recursos demoraba mis anhelos. En efecto, los gastos del viaje habían consumido los últimos residuos de mi patrimonio y los precios en Roma superaban extraordinariamente a los que antes pagaba en las provincias.
2 Por consiguiente, las duras exigencias de la pobreza, como dice el antiguo adagio, me colocaban entre la espada y la pared: un verdadero suplicio. Y, no obstante, el dios seguía apremiándome con la misma in-
3 sistencia. Más de una vez me puso en grave aprieto con sus invitaciones repetidas y, por último, con sus órdenes terminantes. Acabé deshaciéndome de mi vestuario, y, por modesto que fuera, logré reunir la
4 pequeña suma que hacía falta. Esta medida extrema obedecía a una orden concreta: «¿Cómo? —me había dicho el dios—. Si pretendieras buscarte algún placer, no te importaría deshacerte de tus harapos; ahora, cuando se trata de abordar tan sagrados misterios, ¿te asusta caer en una pobreza que nunca has de lamentar?».

5 Dispuestos todos los preparativos adecuados, una vez más durante diez días sólo tomé alimentos que nunca habían tenido vida y, además, me hice rapar la cabeza. Iluminado por las orgías nocturnas del dios supremo, ya frecuentaba, seguro de mí mismo, el
6 culto sagrado de la religión hermana. Esto era un inmenso consuelo en mi estancia fuera de la patria; no constituía menor aliciente como medio de ganarme desahogadamente la vida, ya que llevado en alas del

Éxito propicio hice algún dinerillo en el foro defendiendo causas en latín.

29. Al poco tiempo, nuevas órdenes de los dioses —órdenes inesperadas y cada vez más sorprendentes— vuelven a perturbarme: he de someterme todavía a una tercera iniciación.

No poco preocupado, o, mejor dicho, en el colmo 2
de la perplejidad, me perdía en interminables consideraciones: ¿qué objeto podría tener aquella nueva e inaudita pretensión del cielo? ¿Qué requisito podría faltar en la reiterada iniciación? «Sin duda, en mi 3
caso, tanto el primero como el segundo de los sacerdotes se equivocaron u omitieron algún detalle». Por cierto, ya empezaba a poner en duda la honradez de ambos. Yo flotaba en este mar de cavilaciones, mi estado de ánimo rayaba en locura, cuando una benévola aparición nocturna me dio la siguiente aclaración:

«No hay motivo alguno para que te intranquilice 4
la serie de sucesivas consagraciones, como si hubiera en las anteriores alguna omisión. Al contrario, ha de alegrarte el continuo interés que por ti se toman los dioses; regocíjate, pues; más todavía, salta de alborozo por conseguir tres veces lo que otros logran a duras penas una sola vez; el número en sí ya te augura eterna felicidad. En cuanto a la iniciación que 5
vas a tener, es absolutamente necesaria; ten en cuenta ahora un solo detalle: tú has revestido el hábito de la diosa en una provincia; y así, los días de fiesta en Roma, ni podrás revestirte para practicar tus devociones ni, dado el caso, podrás lucir tus magníficas galas. Por consiguiente, vete con optimismo y sea enhorabuena: con el alma rebosante de alegría, acude una vez más a iniciarte: dioses poderosos te protegen».

30. Luego, la soberana consejera de los divinos sueños me indicó lo que iba a necesitar. Acto seguido, sin demora, sin remitir por dejadez el asunto al día siguiente, al instante me fui a dar cuenta de mi visión al sacerdote. Desde aquel momento abrazo el yugo de la abstinencia total de carnes. Practico y hasta prolongo voluntariamente el plazo de los diez días de austeridad fijado por ley inmemorial. Dispongo con largueza los preparativos materiales de la iniciación, teniendo más en cuenta el ardor de mi celo que la
2 medida de mis posibilidades. Es cierto, sin embargo, que no hube de lamentar mis sacrificios ni mis gastos: como no podía ser menos, la providencia y generosidad divinas me han tratado bastante bien con los
3 honorarios del foro. Y, para terminar, muy pocos días más tarde, el primero entre los grandes dioses, el más grande entre los primeros, el mejor entre los más augustos y el que reina entre los mejores, es decir, Osiris, se me apareció en sueños —no disfrazado bajo una extraña apariencia cualquiera, sino mostrándoseme cara a cara— y se dignó dejarme oír su voz vene-
4 randa: me animó a continuar resueltamente en el foro la gloriosa carrera ya emprendida de abogado, sin dejarme intimidar por las críticas malévolas que mi ardua labor de erudito y mi cultura habían suscitado en Roma. Y para no verme confundido con la masa de adoradores en el ejercicio de su culto, me admitió en el colegio de sus Pastóforos y hasta me ascendió a
5 la dignidad de decurión quinquenal. Una vez más me hice rapar la cabeza, y sin velar ni cubrir mi calvicie, sino luciéndola por los cuatro costados, cumplía con alegría las funciones propias de aquel antiquísimo colegio, fundado en tiempos de Sila.

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES

(Remitimos a libro y capítulo)

ÍNDICE GENERAL